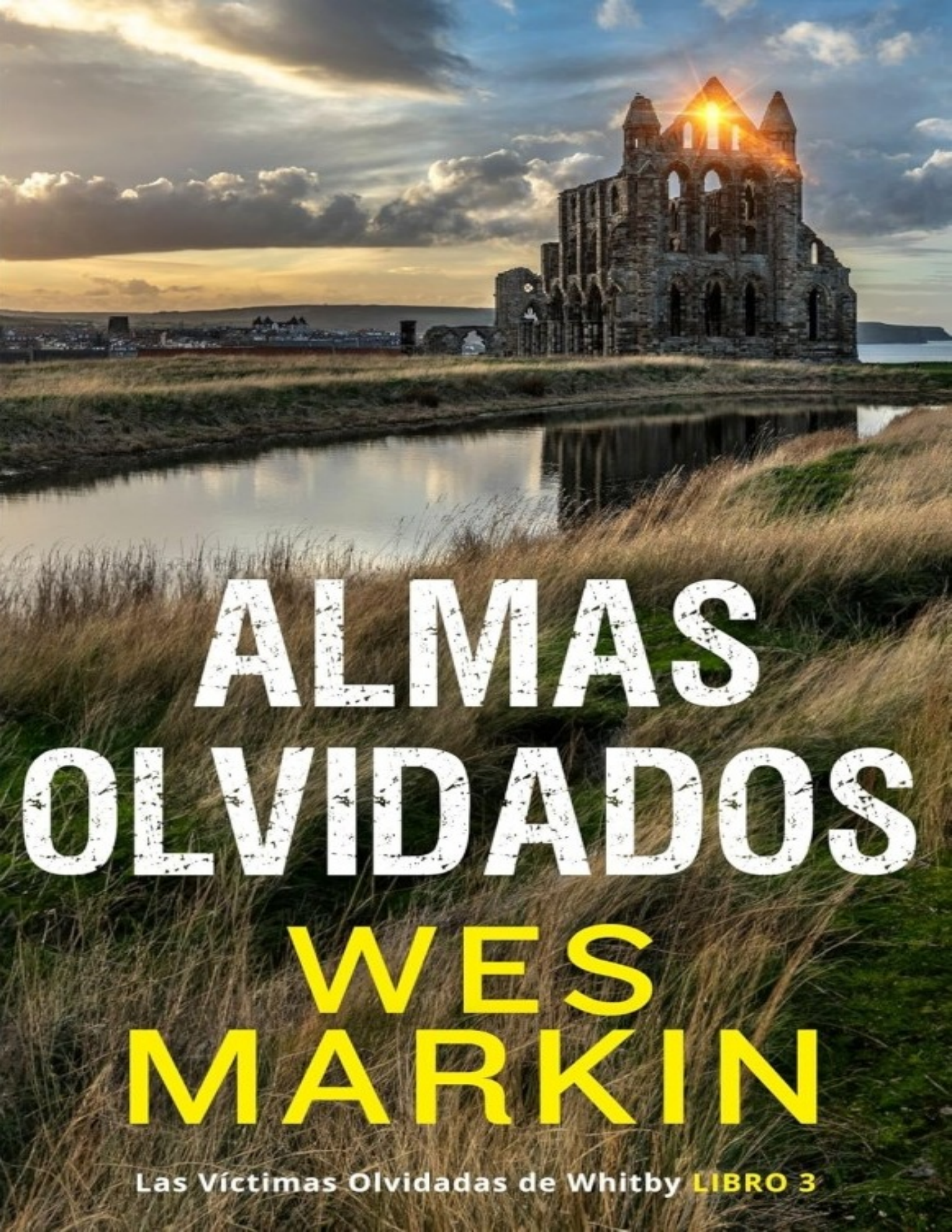

ALMAS
OLVIDADOS
WES
MARKIN
Las Víctimas Olvidadas de Whitby LIBRO 3

Almas Olvidadas

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Libro 3

Wes Markin

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Epílogo

Agradecimientos
Postfacio

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados *(Forgotten Bones)*

Vidas Olvidadas *(Forgotten Lives)*

Almas Olvidadas *(Forgotten Souls)*

Tumbas Olvidadas *(Forgotten Graves)*

Sombras Olvidadas *(Forgotten Shadows)*

Profundidades Olvidadas *(Forgotten Depths)*

Thrillers del DCI Yorke

Una Última Oración *(One Last Prayer)*

La Serpiente Arrepentida *(The Repenting Serpent)*

El Silencio de la Separación *(The Silence of Severance)*

El Ascenso de los Rayos *(Rise of the Rays)*

Baile con el Segador *(Dance with the Reaper)*

Navidad con el Conducto *(Christmas with the Conduit)*

Mejor el Diablo *(Better the Devil)*

El Diario Secreto de Lacey Ray *(The Secret Diary of Lacey Ray)*

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino *(The Killing Pit)*

Fuego en los Huesos *(Fire in Bone)*

Cataratas Azules *(Blue Falls)*

El Núcleo Podrido *(The Rotten Core)*

Entre la Espada y la Pared *(Rock and a Hard Place)*

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

1

No era la primera vez que la cantina de la comisaría central de Scarborough se engalanaba para una fiesta de cumpleaños. Sin embargo, sí era la primera vez que se engalanaba para el DCI Frank Black.

Por muy buenas razones.

Nadie vivo quería celebrar el cumpleaños de Frank, y menos aún el hombre del momento.

El DS Reggie Moyes tenía mucho que explicar. Frank estaba acostumbrado a las tonterías del hombre, ¡pero esta se llevaba la palma! Y no tenía sentido. Frank y Reggie habían sido compañeros durante más de treinta años. ¿En qué momento la idea de "a Frank Black podría gustarle una fiesta sorpresa por su sesenta y cinco cumpleaños" había echado raíces? ¿Y cómo demonios había llegado a materializarse la idea de aquel mentecato?

Miró a su alrededor y gruñó. ¿Cuántas sonrisas forzadas podían meterse en una habitación?

No estaba muerto, *por desgracia*, pero Jacob Marley probablemente habría tenido más asistentes en su funeral. Esto se debía a que la mayoría de la gente, a diferencia de Reggie, *entendía* a Frank. Sabían cuál sería su actitud ante semejante evento. Les había dado la excusa perfecta para no asistir. Estarían suspirando de alivio. A la mayoría de la gente Frank le caía tan mal como a él le desagradaban las fiestas.

Frank sostenía una Coca-Cola en un rincón sombrío bajo unos globos desinflándose.

Desgraciadamente, Wham! sonaba a todo volumen. Los últimos sesenta y los setenta eran más la época de Frank. Led Zeppelin y Dylan. El DJ o tenía problemas con las matemáticas o con la decencia humana básica. Aun así, la música era una gran excusa para mantener un perfil bajo. Había tantas posibilidades de que Frank saliera a la pista de baile como de hacerle cosquillas en la barriga a un tiburón blanco y que te lamiera afectuosamente.

Al otro lado de la sala, el DC Sean Groves intentaba flirtear con la DC Sharon Miller, que parecía tan poco impresionada como el día en que había acabado en el equipo de Frank. Ciertamente, Frank no venía con la mejor reputación. Sin embargo, su actitud había mejorado durante la última investigación, y había demostrado su valía. Sharon incluso había admitido esa misma noche que Frank era diferente a como ella había pensado que sería. Él conocía los comentarios que se hacían sobre su persona en otros departamentos. El gruñón de Frank Black; hoy es un día Black; negro como la noche Frank Black, etc. Se habían burlado muchas veces de su apellido. Aunque al parecer sin mucha creatividad.

Frank casi sentía lástima por los fallidos intentos de flirteo de Sean.

Casi.

Había sido prácticamente tan lento como un perezoso en su primera investigación juntos, y Frank temía que nada menos que una picana eléctrica lo estimularía. Sin embargo, al igual que Sharon, había mejorado su rendimiento en la segunda investigación. Había esperanza, pero estrellarse y quemarse con Sharon aquí no le haría mucho bien a la confianza de Sean.

Aun así, le proporcionaba algo de diversión a Frank durante este evento más bien soso.

Donald Oxley, el comisario jefe, se apiñaba con sus compinches en otro rincón, sin duda discutiendo asuntos importantes como los hándicaps de golf y el mantenimiento de yates. Frank podía imaginar la conversación: "Deberíamos celebrar la maldita jubilación de Black, no su puñetero cumpleaños".

Frank se rio entre dientes.

¿Se aferraba a su trabajo solo para fastidiar a Donald?

La idea se le había ocurrido. *A menudo.*

"Come on Eileen" de Dexys Midnight Runners comenzó a sonar. Fantástico. Sus tímpanos ahora solicitaban oficialmente el divorcio. Su teléfono vibró en su bolsillo.

Hizo una mueca ante la notificación.

Era su actualización semanal de Paula, una compañera que monitoreaba la delincuencia y las personas sin hogar en Leeds.

Seguía sin haber rastro de Maddie.

Suspiró, con el pecho oprimido. Habían pasado varios meses desde que su hija de treinta y tres años había desaparecido. Aparte de tres avistamientos en Leeds, no había habido nada. Lo peor era que ella había regresado a él a principios de este año después de pasar muchos años en la calle, adicta a la heroína y haciendo Dios sabe qué más. Había roto ese terrible ciclo, solo para estropearlo todo en la recta final con sus engaños. Su propia estupidez la había alejado de nuevo, y no tenía ni idea de si había vuelto a esa espiral descendente, o si siquiera seguía viva.

Se frotó la frente. A pesar de amarla con cada fibra de su ser, no había logrado ser el padre que ella necesitaba en ningún momento de su vida.

Ahora, todo lo que podía hacer era buscar y monitorear estas actualizaciones de Paula, esperando contra toda esperanza que estuviera en algún lugar, viva y bien.

Percibiendo su angustia, Rylan, el perro de terapia de la DI Gerry Carver, le empujó la mano con el hocico. Acarició la cabeza del Labrador Retriever y susurró: —Tú me entiendes, ¿verdad, amigo? Tú nunca habrías organizado este grotesco evento.

Gerry se materializó a su lado. Cuando levantó la mirada, ella estableció contacto visual con él. Una rareza. Eso significaba que venía a por una confrontación.

—¿Qué he hecho ahora? Es mi cumpleaños... ten piedad.

—Coca-Cola —señaló la lata de Coca-Cola en su mano como si estuviera sosteniendo una granada con la anilla a medio salir.

—Esos son unos poderes de observación...

—Una lata de Coca-Cola de 330 ml contiene aproximadamente treinta y cinco gramos de azúcar.

—¿Y?

—¡Y la cola light no los tiene!

—Pero la cola light sabe a mierda.

—¡También evita que desarrolles diabetes!

Frank resopló, sacudió la cabeza y cantó: —Cumpleaños feliz me doy. —Se detuvo y miró su reloj, deseando que fuera más tarde—. ¿Sabes, Gerry? Hace dos meses, esta habría sido mi séptima pinta de cerveza. ¿No habría sido eso peor que treinta y cinco gramos de azúcar?

—Sí.

—Exactamente. —Levantó la Coca-Cola—. ¿Entonces reconoces el mérito?

Gerry frunció el ceño. —No entiendo por qué habría que reconocerte el mérito por beber cola.

—No por la cola entonces... por dejar el alcohol. ¿Sabes qué? No importa. —Frank suspiró. Gerry era brillante, sin duda. Su mente funcionaba de maneras que dejaban a la mayoría de la gente, incluido Frank, en la estacada. Pero su comprensión de las sutilezas sociales era tan firme como la promesa de un político.

—¿Cómo van las cosas con Tom? —preguntó Frank, cambiando de táctica—. ¿Vosotros, tortolitos, planeáis una boda navideña?

El rostro de Gerry permaneció impasible. —Nuestra relación progresa satisfactoriamente. Hemos alcanzado el umbral del 95 por ciento de compatibilidad.

—Dios mío.

—¿Qué?

—¿Todavía estás midiendo eso? Después de todos estos meses.

—Aún podría caer por debajo, Frank. Se necesitan años para estabilizar algo así.

—Ya veo. —Frank tomó un sorbo de Coca-Cola—. ¿Cuáles son los problemas entonces?

—Bueno... el sexo sigue siendo bastante frenético, y él parece demasiado ansioso por complacer...

La Coca-Cola de Frank tomó el camino equivocado. Balbuceó, golpeándose el pecho, tosiendo.

—¿Estás bien?

—No. Cristo bendito, Gerry. ¿No recuerdas mi petición especial?

—¿Cuál?

—La de nunca, jamás, *jamás*, mencionar tu vida sexual delante de mí.

—Ah, sí. Me dijiste que es una regla no escrita de la interacción social.

—Sí. Y lo sigue siendo.

Gerry parecía confundida. —Pero he escuchado a compañeros hablando de sus vidas sexuales entre ellos.

—¿Eran todas mujeres?

—Sí, pero ¿por qué es relevante el género?

Suspiró. —Escucha. Las mujeres y los hombres rara vez hablan de sus vidas sexuales entre sí a menos que estén casados. Los hombres pueden hablar de ello entre ellos, las mujeres entre ellas. —Hizo un gesto cruzando los dedos—. Rara vez esos caminos se cruzan.

—Todo suena bastante anticuado.

—Sí. Justo como a mí me gusta. Además, tienes la misma edad que mi hija.

—¿Y?

—Así que tengo edad suficiente para ser tu padre. No menciones el sexo delante de mí. —Frank negó con la cabeza, preguntándose no por primera vez cómo funcionaba Gerry en el mundo—. Escucha, dame tu lectura de la sala, ¿quieres? ¿Qué ves?

Gerry escaneó la cantina. Frank se enderezó, expectante.

—Donald Oxley está enfrascado en lo que parece ser una discusión competitiva sobre puntuaciones de golf con el Superintendente Harrison —dijo Gerry—. Sus expresiones faciales, posiblemente provocadas por niveles elevados de cortisol, sugieren una rivalidad apenas disimulada.

—Bien. —Frank asintió—. Me gusta que esté incómodo. Continúa.

—Sharon está mostrando claros signos de incomodidad en respuesta a los intentos de flirteo de Sean.

—Yo diría más bien muy cabreada, pero supongo que incomodidad funciona.

Gerry asintió. —También detecto algo de lástima en sus microexpresiones.

Frank resopló. —Ja. Compasión. Es bueno saber que tiene corazón.

—Sean, mientras tanto, parece ajeno a su incomodidad y desinterés, probablemente debido a una combinación de consumo de alcohol y optimismo fuera de lugar.

—Al menos se ha animado para el desafío. Necesito ver un poco más de eso en la sala de incidentes.

—Podría ser más fácil para él si alguien le hiciera saber que ella es homosexual.

Frank arqueó una ceja. —¿Lo es? ¿Cómo lo has averiguado?

—No lo he averiguado. Ella me lo dijo.

Frank asintió. —Bueno, a mí no me lo ha dicho.

Gerry lo miró fijamente. —Probablemente como resultado de esa regla no escrita de interacción social.

—Listilla. Puede decirme que es gay... no lo que hace en el dormitorio.

Gerry ya había pasado a otra cosa. Estaba inclinando la cabeza y observando al organizador de la fiesta, Reggie. Estaba en medio de la sala, intentando lo que caritativamente podría llamarse bailar. Parecía más un hombre tratando de espantar un enjambre de abejas. Un par de amigos bebedores de Reggie lo animaban, su aliento alimentado por más de unas cuantas pintas. —La musculatura de Reggie es bastante impresionante para un hombre de su edad. Sin embargo, su elección de atuendo parece poco práctica para el ambiente y la temperatura actuales.

Reggie, siempre exhibicionista, se había enfundado en una camiseta al menos dos tallas demasiado pequeña, la tela tensándose contra su torso improbablemente musculado. Las palabras "A por ellos" apenas eran legibles en su pecho, distorsionadas por sus pectorales flexionados. A los cincuenta y cinco, Reggie estaba en

mejor forma que la mayoría de los hombres con la mitad de su edad, y nunca perdía la oportunidad de recordárselo a todos.

Frank resopló. —¿Poco práctica? Es un maldito peligro para la salud. Un estornudo y va a reventar la camiseta como el puñetero Hulk.

—Se lo mencioné antes —dijo Gerry—. Sus palabras fueron: "Si las armas son demasiado grandes para la funda, que así sea".

—¿Y no le diste un puñetazo en la cara?

Gerry pareció confundida.

Un coro de gemidos y risas llenó la sala mientras Reggie intentaba hacer breakdance. Frank se pellizcó el puente de la nariz. —Me quedaban diez minutos. Eso acaba de reducirse a unos treinta segundos. Necesito ir al baño.

La tranquilidad del pasillo fue un bendito alivio después de la alegría forzada de la cantina. Frank se tomó un momento para apoyarse contra la pared, cerrando los ojos y respirando profundamente. Se estaba haciendo demasiado viejo para estas tonterías.

Después de atender la llamada de la naturaleza, Frank se demoró en el pasillo, reacio a volver a unirse a la fiesta. Los sonidos amortiguados de conversación y risas se filtraban a través de la puerta cerrada. Entonces, de repente, el ruido disminuyó, reemplazado por las inconfundibles notas del "Cumpleaños Feliz". Debían pensar que todavía estaba dentro.

La mano de Frank se cernió sobre el pomo de la puerta. La idea de enfrentarse a ese mar de rostros expectantes, de tener que soplar velas y dar un discurso le ponía los pelos de punta.

Dio un paso atrás, luego otro. —A la mierda —murmuró, girando sobre sus talones.

Mientras Frank salía de la comisaría, sintió una punzada de culpa. Reggie había tenido buena intención, a su manera equivocada. Pero a veces, lo más amable que podías hacer por un amigo era dejarle ser quien era, incluso si esa persona era un viejo gruñón que prefería pasar su cumpleaños solo con comida para llevar.

El aire nocturno era fresco y vigorizante después del ambiente sofocante de la fiesta. Frank respiró profundamente, sintiendo cómo

la tensión se disipaba de sus hombros. Mañana se llevaría una bronca, sin duda. Pero en ese momento, con las estrellas parpadeando en lo alto y la promesa de algo de paz y tranquilidad por delante, no podía obligarse a preocuparse.

De camino a casa, se detuvo en una tienda y cogió un litro de Coca-Cola de la estantería. Mientras se acercaba a la caja para pagar, puso los ojos en blanco. —¡Maldita sea, Gerry! —Volvió a la estantería y cambió la Coca-Cola por una Diet Coke.

Ya en casa, Frank se acomodó en su sillón favorito, con la foto de Maddie en la mesita junto a él, al lado de la foto de Mary, su esposa, que había fallecido cinco años antes.

—Feliz cumpleaños a mí, cariño —murmuró—. Ojalá estuvierais ambas aquí.

Mientras daba un sorbo a su Diet Coke, su teléfono vibró. Un mensaje de Gerry.

> Tu ausencia fue notada. La tarta era mediocre. La camiseta de Reggie no sobrevivió. Feliz cumpleaños, Frank.

Frank se rio, negando con la cabeza. Quizás los cumpleaños no eran tan malos después de todo. Al menos, no cuando tenías a las personas adecuadas para compartirlos, aunque ese compartir ocurriera desde una distancia segura.

2

Sarah Chen, aspirante a bióloga marina, se consideraba una criatura de energía solar, por lo que no estaba de humor para el amanecer sombrío de Whitby.

Sin embargo, con el festival gótico anual de noviembre que comenzaba hoy, el ambiente parecía bastante apropiado. A diferencia de ella, Sarah sospechaba que los peregrinos oscuros que llegaban disfrutarían de la niebla.

Se ciñó más la chaqueta contra el frío mordiente y se acercó al muelle de Tate Hill. La histórica estructura de piedra se proyectaba hacia el puerto, su superficie desgastada resbaladiza por el rocío marino.

Gimió cuando divisó la furgoneta de Jack en la entrada. Había estado medio esperando que no aparecieran, obligándola a abandonar estas frías y lúgubres observaciones para retirarse rápidamente a su cálida pensión. Ilusiones vanas.

Sus amigos de la infancia, Jack Pearce y Liam Walsh, estaban obsesionados con la pesca magnética y se habían ofrecido a demostrarle este "arte". Ella estaba completando un proyecto sobre los beneficios ecológicos de esta práctica y realmente debería haber estado agradecida. Pero ver cómo su aliento se condensaba en el aire gélido estaba minando su entusiasmo ahora.

Miró hacia arriba, al centinela taciturno en el acantilado este. Las ruinas de la abadía de Whitby. Aún más inquietantes en el amanecer de noviembre, recortadas contra el telón de fondo de suaves olas

ondulantes. Sarah se estremeció, preguntándose si Bram Stoker habría estado en este mismo lugar cuando le llegó la inspiración para "Drácula".

Sarah golpeó firmemente en la ventanilla de la furgoneta, interrumpiendo los sonidos tranquilos del mar. Jack entreabrió la puerta, sonriendo. —¡Aquí está!

Sarah observó sus termos Stanley. —¿Dónde está mi bebida?

Jack intercambió una mirada con Liam. —Lo siento, supusimos que vendrías preparada.

Liam asintió. —Es la primera regla de una pesca al amanecer.

Sarah puso los ojos en blanco. —Gracias por avisarme.

—Todo es una curva de aprendizaje —Jack bajó de la furgoneta —. Además, es una mañana suave.

—¿Así es como lo llamas?

—Sí. —Las botas de trabajo de Jack golpearon las piedras con un golpe seco. Una devoción religiosa al entrenamiento con pesas y años de trabajo en la construcción lo habían convertido en una mole de músculos. Para el que una vez fue el chico más pequeño y delgado de su curso escolar, era toda una transformación.

—Prueba una pesca en enero. Te congelarás hasta los huesos.

Ella hizo una mueca. —Te creo. No pienso comprobarlo.

Liam se unió a ellos, su rostro pálido iluminado por el brillo de su smartphone, con los dedos volando sobre la pantalla.

Jack gruñó. —Eh, Liam, realmente sabes cómo matar el ambiente.

—Le estoy diciendo a Lorna que volveré a tiempo para llevar a los niños al colegio —respondió Liam, sin levantar la vista—. ¿Te parece bien, Jack?

—Estoy seguro de que te advertí sobre tener hijos. —Jack sonrió, revelando un diente frontal astillado, recuerdo de una pelea de bar años atrás.

—Lo hiciste. Una y otra vez. Como un disco rayado.

Jack chasqueó la lengua. —Habría sido prudente hacer caso a mi consejo.

—¿Por qué? —Liam guardó su teléfono—. La vida es buena.

Jack se carcajeó. —¿Lo es? He estado aquí fuera cada día de esta semana mientras tú estabas con tus deberes paternos. Encontré un viejo mosquete el otro día. Probablemente pertenecía a un pirata. ¿Quieres ver una foto?

—Me enviaste una —Liam sonrió con suficiencia—. Parecía un rifle de aire comprimido oxidado que algún niño tiró hace mucho tiempo. No como la vieja pistola que yo...

Sarah se aclaró la garganta. —No estoy aquí para un concurso de meadas sobre pesca magnética. Y me estoy congelando, ¿podemos seguir?

Jack pasó un brazo alrededor de Liam, riendo. —¿Concurso de meadas? Amigos para siempre, ¿eh?

Los dos hombres condujeron a Sarah hasta el equipo dispuesto en el muelle. Su mirada se deslizó sobre bobinas de cuerda, guantes resistentes, y las estrellas del espectáculo: tres potentes imanes de neodimio unidos a líneas robustas.

Los ojos de Liam se iluminaron. —Estas bellezas pueden levantar más de 500 kilos cada una. Solo las sueltas, las arrastras por el fondo y ves qué se pega.

Sarah arqueó una ceja. —Suenas emocionado...

Jack juntó las manos y se las frotó. —Eso es quedarse corto, Sarah. Nunca sabes lo que vas a sacar. Bicicletas viejas, monedas, carritos...

—Esperemos que no pesquéis una vieja mina de la Segunda Guerra Mundial. —Sarah se rió de su propia broma.

Nadie más se rió.

—No sería la primera vez —el tono de Jack se volvió repentinamente serio—. ¿Sabías que encontraron un tesoro vikingo justo en la costa en los años treinta? Apuesto a que este lugar está repleto de más.

Liam ya estaba arrodillado preparando el equipo. —Si eso fuera cierto, zoquete, estaríamos pescando con guardias armados, no con imanes.

Sarah suspiró, preguntándose si esta fría aventura realmente podría encontrar un lugar en su tesis. Respiró hondo, forzándose a mantenerse positiva. La chatarra oxidada era mala para la vida

marina. La pesca magnética tenía sus beneficios. Tomó algunas fotografías con su teléfono mientras ellos se preparaban.

Jack posó para una instantánea. —Ecoguerreros —se golpeó el pecho—. Limpiando el puerto, un trozo de chatarra oxidada a la vez.

Mientras sus compañeros continuaban preparándose, Sarah notó varias figuras en la distancia dirigiéndose hacia el acantilado este y la abadía. Góticos decididos queriendo aprovechar al máximo el amanecer. Les esperaba una decepción, ya que estaba nublado y brumoso.

Jack se acercó a su lado. —Y aquí vienen —entonó con voz espectral—. Los hijos de la noche. Quizás pesquemos a uno muerto por sus excesivos piercings. O izaremos a Gomez Lúgubre por sus botas de plataforma plateadas.

Sarah no se rió.

—Las botas de Gomez se llenaron de agua, ¿entiendes? —dijo Jack.

—No tienes que explicarme chistes malos. Además, deja de ser tan crítico.

—¡Mira cómo invaden mi pueblo! —dijo Jack.

—¿Acabas de decir *mi* pueblo? ¿En serio? Vaya —dijo Sarah—. También traen un montón de dinero a *tu* pueblo.

Liam se unió a ellos. —Sarah tiene razón, Jack, suenas como si fueras de la Edad Media.

—Vete a la mierda. —Jack se alejó.

Sarah se volvió hacia Liam. —¿Todavía propenso a alguna rabieta?

—No ha madurado nada desde 1º de ESO. —Liam le guiñó un ojo—. Pero tiene una furgoneta. Y necesitas una furgoneta para esto. Y pensar que tú... bueno, ya sabes. —Cerró los ojos, se cruzó de brazos e imitó un beso.

Ella le dio una palmada en el hombro. —Déjalo ya, tenía dieciocho años. Estaba borracha. Y eso fue antes de que sus desayunos proteicos se volvieran lo suficientemente grandes como para alimentar a una familia pequeña durante un año. —Levantó una ceja—. Y no estoy segura de que le favorezca.

—¿Qué? ¿Todos esos músculos?

—Solo hay un músculo que me gusta. —Se tocó la sien—. Aquí dentro. Y en eso está jodido.

Jack se frotó las manos. —Bien entonces, veamos qué tesoros tiene para nosotros hoy el fondo del mar.

Jack y Liam se turnaron para lanzar sus imanes al agua turbia, el chapoteo haciendo eco en la quietud de la mañana temprana. Sarah se encontró extrañamente hipnotizada por el movimiento rítmico de lanzar y recuperar, el suave tirón de la línea mientras se arrastraba por el fondo del puerto.

Pasaron veinte minutos sin novedades. La niebla parecía espesarse, y la luz del sol luchaba por penetrar la penumbra, tiñendo todo de un tono enfermizo y desteñido.

Sarah miró su reloj. —¿Siempre es tan lento? Solo me quedan diez minutos de paciencia...

—¡Eh! —dijo Jack, tensándose de repente—. El mar se ha ofendido por tu tono, Sarah. —Sus ojos se agrandaron—. ¡Joder! —Sus músculos se hincharon mientras intentaba sacarlo—. ¡Ven aquí, Liam!

—¿Tus grandes músculos no son suficientes? —dijo Liam, corriendo a ayudar.

Su fuerza combinada no tuvo impacto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sarah, sintiéndose más intrigada de lo que había estado toda la mañana.

—Músculos aún más grandes —dijo Liam.

Los dos hombres retrocedieron hacia la furgoneta.

Sarah notó que un pequeño grupo de góticos se había reunido para observar el espectáculo. Había un sombrero de copa adornado con lo que parecía ser un cuervo disecado, y una mujer con un corsé tan apretado que parecía desafiar las leyes de la física.

Normalmente disfrutaba viendo los elaborados disfraces por la ciudad, pero en este momento de tensión, con la niebla arremolinándose y la abadía cerniéndose sobre ellos, resultaba inquietantemente siniestro.

En la furgoneta, Liam y Jack conectaron una cuerda larga al cabrestante, mientras Sarah ofrecía un saludo tentativo a los

curiosos espectadores. El cabrestante cobró vida con un zumbido, su gemido mecánico resonando a través del brumoso puerto.

Jack corrió hasta el borde, gritando: —¡Joder! Escuchad ese *rugido*. Pesa mucho.

Sarah se unió a Jack mientras Liam controlaba el cabrestante.

—¿Cómo es que esto no te emociona? —Jack sonrió a Sarah.

—¿Estoy a punto de ver salir un viejo Morris Minor del agua? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros. —Pero no te acerques demasiado. Solo por si acaso, ya sabes. Enganchamos una activa...

Ella frunció el ceño. —¿Activa qué?

—Una mina activa. —Esbozó una sonrisa tonta.

—Vete a la mierda.

Una masa oscura finalmente rompió la superficie, con agua escurriendo por sus costados. A medida que el objeto se elevaba, Sarah pudo distinguir una forma rectangular alargada, quizás de un metro por medio metro, girando lentamente en la cuerda.

El objeto golpeó contra el costado del muelle con un ruido sordo y hueco. —¡Suficiente, Liam! ¡Para!

Liam bloqueó el cabrestante para evitar dañar el muelle. Se reunieron en el borde, examinando su captura.

—¿Qué es? —preguntó Sarah.

—Un viejo frigorífico, por lo que parece —respondió Jack—. No es la primera vez que pescamos uno así.

—¡Dios! ¿Me estás diciendo que la gente tira sus frigoríficos en el puñetero mar?

Jack se encogió de hombros. —Si ya no funciona...

—Entonces ve al punto limpio —murmuró Sarah—. Cabrones.

—Quizás deberíamos darles un respiro. ¡Mira la antigüedad que tiene! —Jack resopló—. Probablemente sea de una época mucho antes de que alguien tuviera la más mínima idea sobre la contaminación.

—¿Antes de que tuvieran sentido común? —dijo Sarah, arrugando la cara.

Juntos, izaron el frigorífico por encima del lado del muelle. Raspó contra las piedras con un chirrido que crispaba los dientes.

—¡Qué pesado es! —jadeó Sarah—. Estamos dañando el muelle solo con esto. Puede que sea bueno para la vida marina sacarlo... pero no dañemos el paisaje.

—¿Por qué crees que hacemos esto al amanecer? —preguntó Jack—. No hay nadie que venga a detenernos.

—No has cambiado entonces, Jack, sigues siendo irresponsable.

—Ignora su bravuconería —dijo Liam—. Raramente enganchamos cosas tan pesadas. Esta vieja cosa es una bestia.

Finalmente, el frigorífico yacía de lado. Picaduras y corrosión cubrían la vieja unidad oxidada.

Los tres retrocedieron, recuperando el aliento.

Jack ya estaba en cuclillas junto a él, sonriendo. —Vamos a abrirla, entonces.

—Adelante —dijo Liam—. Pero déjame mantenerme a distancia... por si hay algo muerto ahí dentro.

Jack alcanzó la puerta corroída. —Te apuesto cinco libras a que hay un paquete de seis Skol dentro. Ah, y por cierto, esta fue mi captura.

Sarah se rió. —¡Skol! Toda tuya.

Sarah notó que los espectadores góticos se habían acercado más. El sol estaba mucho más alto ahora, y la niebla se estaba disipando. El muelle mojado brillaba.

Jack tiró del asa del frigorífico. —No cede.

—Necesitas aumentar tu consumo de esteroides —dijo Liam.

Sarah se rió.

Jack gruñó. —Vete a la mierda. —Las bisagras cedieron con un chirrido ensordecedor. Cayó hacia atrás, soltando el asa mientras la puerta se abría de golpe, y el contenido se derramaba. Sarah se llevó la mano a la boca. Varios de los góticos jadearon.

—¡Mierda! El olor... —dijo Liam y arcadas.

Era un cuerpo. Parcialmente esqueletizado. Tiras de carne correosa aún aferrándose a los huesos. Cuencas oculares vacías miraban acusadoramente hacia el cielo que aclaraba; un grito silencioso congelado en las mandíbulas sin labios.

Jack se giró hacia un lado y vomitó.

Golpeada por el empalagoso hedor agridulce de carne muerta hace tiempo preservada en una tumba acuática, Sarah retrocedió tambaleándose, su mente dando vueltas, la bilis elevándose en su garganta, hasta que se topó con la furgoneta.

El pequeño grupo de góticos, cuyo elaborado maquillaje ahora parecía grotescamente apropiado, estaba junto a ella, observando con fascinación horrorizada.

Un pensamiento absurdo cortó a través del caos en su mente con claridad cristalina mientras observaba la escena, intentando no vomitar: *Nadie podría acusar a Whitby de no mantenerse fiel a la temática gótica este fin de semana.*

3

Frank se despertó sintiéndose fresco. La diferencia desde que había dejado el alcohol era asombrosa.

Con la mente despejada y los pensamientos agudos, ¡se sentía como un hombre joven otra vez!

Eso fue hasta que intentó levantarse de la cama. —¡Por el amor de Dios!

Gimió. *Analgésicos para desayunar, entonces.*

Después de estirarse, se propuso recuperar esa vibra positiva que había tenido al abrir los ojos por primera vez.

Nada de alcohol. Hecho.

Fumar pendiente.

¡Estoy rejuveneciendo!

Ahí estaba otra vez... ese cosquilleo de optimismo.

Su teléfono vibró. El Comisario Jefe Donald Oxley. Mierda.

¿Tendría ese cabrón un sexto sentido para saber cuándo Frank estaba de buen humor?

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Frank. ¿Disfrutaste de tu fiesta?

¿Donald mostrando interés por él? Sería el colmo. Más bien una pulla por su salida temprana.

—Sí —dijo Frank—. Aunque me fui temprano.

—¿De verdad? No creo que nadie lo notara...

Frank puso los ojos en blanco ante el sarcasmo apenas disimulado. —Un poco de malestar estomacal —dijo—. Debió de ser

algo que comí.

—Bien. Me temo que tengo algo que podría alterarte el estómago aún más. Tenemos un cadáver. En el muelle de Tate Hill.

Frank respiró hondo. —De acuerdo.

—¿Qué sabes sobre la pesca magnética, Frank?

—¿Eh?

—¿Pescar con imanes?

Frank negó con la cabeza, preguntándose si aún estaría dormido y esto sería algún tipo de sueño surrealista. —Sé que los peces no están hechos de metal...

Donald le explicó la pesca magnética.

—¿Y por qué alguien haría eso? —preguntó Frank.

—Por diversión, al parecer. Como esa gente con detectores de metales en la playa.

—Suena apasionante —dijo Frank—. Entonces, ¿qué tenemos?

—Los pescadores magnéticos sacaron una nevera vieja esta mañana. Algo de los setenta, creo. Había un cuerpo dentro.

Frank suspiró. —Terrible. Estaría descompuesto entonces, ¿no?

—No completamente. La nevera ha mantenido el cuerpo parcialmente preservado de los elementos.

Frank rebuscó en el cajón de la cocina buscando paracetamol, mientras mantenía el teléfono apretado entre la oreja y el hombro. —Vale, estoy terminando de desayunar. Iré directamente...

—Otra cosa, Frank. —Era el turno de Donald de suspirar—. Parece que la víctima es un niño.

Frank sintió un vuelco en el estómago. —¿Un niño?

—O un adulto pequeño. El patólogo forense está en camino.

—Mierda... si es un crío, no importará si el cuerpo tiene sesenta años; será una gran noticia.

—¿Crees que no soy consciente de eso?

—Sé que es usted consciente, señor. Solo sé lo reticente que es a emplear todos los recursos cuando se necesitan. —Lo que significaba que si era un adulto pequeño de hace sesenta años y no un niño, su investigación se reduciría a humo. Aun así, mejor un equipo reducido que un niño.

—Intenta tú hacer malabarismos con los presupuestos —dijo Donald—. Esto no podría haber ocurrido en peor momento. El festival gótico comienza hoy.

Frank gimió para sus adentros y se frotó las sienes. *No, Donald*, pensó. *Por favor, no te pongas político.*

—El turismo está en su punto máximo —dijo Donald—. Realmente no queremos interrumpir eso.

Frank se sirvió un vaso de agua para sus analgésicos. —Se me ocurre algo, señor. ¿Qué tal si no dejamos que el turismo nos interrumpa a *nosotros*?

—Sería agradable vivir en tu mundo, Frank. De verdad que sí.

—¿Qué? ¿El lleno de moralidad y decencia?

—El idealista. Manéjalo con delicadeza. La prensa se echará encima.

Que le den a la prensa, pensó Frank, poniendo fin a la conversación. *Y que te den a ti también, Donald, ya que estamos.*

Después de vestirse, Frank salió, sin poder evitar reflexionar sobre el proceso de la ley de Murphy. Ahí estaba él, sintiéndose un poco mejor, en cuanto a salud, de lo que había estado en años, solo para enfrentarse a un posible asesinato infantil. Su estómago se revolvió y de inmediato se sintió nauseabundo. El universo tenía un sentido del humor enfermizo. Especialmente enfermizo con él, al parecer.

Fuera, en el aire fresco de la mañana, Frank oyó el rugido de un motor. Un destartalado Ford Cortina azul de principios de los ochenta pasó rugiendo, expulsando humo del tubo de escape. Vislumbró dos siluetas dentro del coche.

Frank se bajó las gafas desde la frente, entrecerrando los ojos para distinguir la matrícula, pero el coche ya había doblado la esquina.

Mientras subía a Bertha, su fiel pero envejecido Volvo, no pudo quitarse la sensación de que el vehículo se había marchado cuando él había abierto la puerta de su casa.

¿Alguien me está vigilando?

4

Mientras Frank conducía hacia el muelle de Tate Hill, las calles de Whitby comenzaban lentamente a cobrar vida. Los madrugadores abrían sus tiendas, paseadores de perros salían a dar sus caminatas matutinas y, aquí y allá, grupos de juerguistas góticos aumentaban en número.

Un panadero con un delantal empolvado de harina abría su tienda junto a un grupo de góticos vestidos con ropa de luto victoriana completa, con sombrillas de encaje negro incluidas. Un corredor con licra de color neón esquivaba a un hombre que llevaba lo que parecía una armadura completa pintada de negro con aerosol.

En circunstancias normales, Frank podría haber encontrado divertida esta mezcla de lo cotidiano y lo extraordinario. Hoy, con un cuerpo esperándole en el muelle, potencialmente el de un niño, parecía un macabro cuadro viviente.

Al ver la multitud que se formaba alrededor del puerto, Frank optó por aparcar a poca distancia y recorrer el resto del camino a pie.

Divisó a un agente que luchaba por mantener a raya a algunos curiosos vestidos de negro. Afortunadamente, no habían traspasado el cordón amarillo, pero la cara del joven agente estaba enrojecida; claramente se estaba esforzando para evitar que eso sucediera.

—Señoras y señores —dijo Frank a una multitud de aproximadamente una docena de personas—. Las mejores vistas están en la abadía.

Una mujer con un vestido de encaje negro de estilo victoriano, completado con un tocado de plumas de cuervo, dio un paso adelante.

—¿Y perdernos el drama?

—Sí —dijo Frank—. Si pudierais. Lo que mi colega ha olvidado mencionar es que os arriesgáis a más drama si interferís con asuntos policiales.

—¿Como qué? —gritó algún listillo.

—¿Una acusación penal?

Eso debería bastar.

No fue así. Nadie se movió. Frank suspiró para sus adentros y mostró su placa.

—DCI Frank Black. ¿Quién quiere ser acusado primero?

Esto pareció funcionar, y se alejaron arrastrando los pies.

Frank negó con la cabeza. Algunas personas tenían un sentido del entretenimiento bastante retorcido.

—No te juzgo, chaval —le dijo Frank al joven agente que se esforzaba—. A todos nos ha pasado. Pero, ¿me permites darte algunos consejos sobre el control de multitudes más tarde?

—Gracias, señor. Lo agradezco —su tono rezumaba sarcasmo. El agente garabateó el nombre de Frank en el libro de registro.

Frank notó a Samantha Wells del *Whitby Gazette* merodeando cerca. Estaba en una profunda conversación con Martin Jeffries, el oficial de prensa de la fuerza policial. Frank negó con la cabeza. Joven, ambiciosa y con olfato para el escándalo, Samantha se había impuesto la misión personal de informar sobre cada detalle del submundo criminal de Whitby. Lo que, dado el tamaño de la ciudad, su naturaleza pacífica y la falta de un verdadero submundo, a menudo significaba exagerar incidentes menores.

—¡DCI Black! —le llamó Samantha, sus ojos iluminándose al verle—. ¿Algún comentario sobre el cuerpo encontrado esta mañana?

Él se acercó. Ella parecía ansiosa. Preparó su bolígrafo.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, dijo:

—Sin comentarios.

Ella pareció frustrada. Normalmente era él quien estaba al otro lado de esa respuesta en una sala de interrogatorios. Casi sintió lástima por ella.

—¿Afectará esto al turismo local?

¡Maldita sea! Era peor que Donald. Esto no era *Tiburón*. No había un gran tiburón blanco rondando el paseo marítimo. Señaló a la multitud de ansiosos espectadores con sus galas góticas.

—¿Te parece que el turismo está sufriendo? Probablemente podríamos cobrar entrada.

La boca de Samantha se tensó, pero antes de que pudiera responder, Frank ya se había alejado y estaba en el muelle.

La inspectora Gerry Carver le estaba esperando. A pesar de la temprana mañana, estaba elegantemente vestida y parecía fresca. Como era habitual.

—¿Qué tal, Gerry?

—Buenos días, Frank —dijo ella. Asintió hacia un grupo de individuos de rostro pálido agrupados cerca de una furgoneta de la policía.

—¿Son ellos los pescadores con imán? —preguntó Frank.

—Dos de ellos —dijo Gerry—. Los varones.

Frank sonrió.

—Otro deporte dominado por hombres, ¿eh?

Gerry frunció el ceño.

—Es una broma, Gerry, por Dios... como si esta mierda fuera un deporte.

—La mujer, Sarah Chen, estudia para ser bióloga marina.

—¿Entonces por qué está aquí? ¿No están esos más preocupados por los peces que por los viejos carritos de la compra?

—Está investigando. La pesca con imán tiene beneficios ecológicos. Están eliminando escombros potencialmente dañinos del agua.

Frank resopló.

—Y ocasionalmente, al parecer, cuerpos en frigoríficos. Apuesto a que eso no estaba en el folleto —asintió hacia los técnicos de la Policía Científica vestidos de blanco que estaban delante—. Vamos a vestirnos, Gerry.

5

El exterior del frigorífico, antes blanco, era ahora de un marrón moteado, cubierto de percebes y suciedad marina.

Yacía de lado, con la puerta oxidada colgando abierta como las fauces de una criatura horrible. Junto al electrodoméstico, un cuerpo estaba extendido sobre la lona negra.

Frank agradecía los tapones nasales. Los pequeños tapones de espuma bloqueaban los peores olores mientras aún permitían hablar y respirar con claridad.

Se arrodilló junto al cuerpo, luchando contra la incomodidad de su espalda protestona.

La carne de la víctima, donde aún se aferraba al hueso, había adquirido un tono ceroso, grisáceo-verdoso. En algunos lugares, la piel se había desprendido por completo, revelando zonas de hueso descolorido y restos de tejido muscular.

Pero lo peor de todo era el rostro. Parcialmente conservado, la víctima parecía sonreír, mientras sus cuencas oculares vacías miraban acusadoramente al cielo. Lo que quedaba de la ropa —una camiseta y unos vaqueros— colgaba del esquelético cuerpo en jirones, más parecidos a algas podridas que a tela.

Los ojos de Frank iban del frigorífico al cuerpo, con el estómago dando vueltas. *¿Cuánto tiempo has estado ahí dentro?*

Apretó los dientes, apartando el horrible pensamiento de que alguien podría haber metido a la víctima viva antes de arrojarla al

mar. Era una posibilidad oscura que no estaba preparado para expresar en voz alta.

Donde la mayoría retrocedería, Frank se sintió atraído, inclinándose más cerca, con la repulsión inicial desvaneciéndose hacia una profunda y dolorosa compasión. Si no hubiera comprometido la escena, Frank podría haber extendido la mano para ofrecer un toque reconfortante, un gesto de promesa de que ya no estaba solo en la oscuridad.

La doctora Nasreen Quereshi, la patóloga forense, estaba cerca, quitándose los guantes con un chasquido. —Varón —afirmó—, a juzgar por la estructura pélvica y la forma del cráneo. Principios de la adolescencia, basándome en la fusión de las placas de crecimiento en los huesos largos y el desarrollo dental. El sello del frigorífico ha conservado el cuerpo notablemente bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Es posible que este cuerpo podría llevar aquí décadas.

A pesar de que ya se había sugerido una edad, Frank no pudo evitar preguntar: —¿Entonces, es un niño? —Era más por desesperación general que por curiosidad.

—Necesitaremos algunas pruebas más para confirmarlo, pero sospecho que sí —respondió Nasreen.

¿Cómo? ¿Cómo podría alguien?

Pero Frank inmediatamente descartó la ingenuidad de sus pensamientos. Tenía experiencia. Su reacción era irracional. Sabía perfectamente que existían personas capaces de tales atrocidades. —¿Alguna evidencia de cómo murió?

—Hay fracturas. —Se arrodilló junto a él y señaló líneas en el cráneo y los huesos faciales—. Pero si la víctima fue arrojada al agua dentro del frigorífico, estas podrían ser consistentes con haber sido sacudido en un espacio pequeño. Sabremos más después de un examen completo.

—¿Podría haber estado vivo... cuando... ocurrió?

Nasreen se encogió de hombros. —No podría responder a eso.

Frank se puso de pie pero no pudo apartar los ojos del muchacho. Su mente ya estaba imaginando escenarios.

¿Habría salido a la tienda para sus padres, con billetes de cinco libras en mano, para no volver jamás? ¿O les habría saludado con la mano en la puerta en su último viaje al colegio, sin llegar nunca?

Pensó en Maddie cuando era adolescente.

Dios, había deseado desesperadamente envolverla en algodón, protegerla del mundo.

Por supuesto, no se podía, y finalmente había fracasado completamente en esa tarea, de todas formas. Sin embargo, los padres de este chico nunca habían visto siquiera crecer a su hijo, desprenderse de su inocencia, convertirse en adulto y emprender su propio camino.

Nunca habían tenido ni siquiera la oportunidad de fracasar.

Frank miró hacia el mar.

En su lugar, lo habían perdido en las profundidades.

En la oscuridad.

Donde había estado solo durante tanto tiempo.

6

—¿Frank?

Frank sonrió a la mejor amiga de su difunta esposa, Helen Taylor, jefa del departamento forense, mientras ella se acercaba. Sus penetrantes ojos verdes parecían atravesarle.

Desde que Mary había fallecido, Helen había mantenido un ojo vigilante sobre Frank. Nunca parecía gustarle lo que veía. Tampoco era persona de sutilezas.

Convencido de que tenía mejor aspecto desde que había dejado el alcohol, sentía curiosidad por ver si ella lo notaría ahora.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—Bien.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias.

Esperó un simple comentario de que él también tenía buen aspecto, o al menos algo mejor que las habituales observaciones sobre su peso.

Sacarle las palabras era como extraer sangre de una piedra.

Ella levantó una bolsa de plástico con su mano enguantada de blanco. —¿Qué te parece esto como una reliquia del pasado?

Dentro había un voluminoso buscapersonas negro. —Estaba en el bolsillo de la víctima.

—Vaya por Dios. Yo también tenía uno de esos. A mediados de los noventa. —Miró el cuerpo—. Entonces, ¿el pobre chico podría haber muerto hace casi treinta años?

—La nevera es de los setenta —dijo Gerry, acercándose junto a ellos mientras tecleaba en su móvil—. Una Frigidaire FPC12ES6 de aproximadamente 1975. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño ante la pantalla.

—No había buscapersonas en 1975 —dijo Frank.

Gerry asintió. —Lo sé. Hoy en día, la persona media conserva una nevera entre diez y quince años... así que es posible que quien hizo esto todavía tuviera la nevera en los noventa. Pero es poco probable. Las neveras por aquel entonces mejoraban a un ritmo acelerado.

—Sí. Y las neveras antiguas como esta con esas asas eran mortales —dijo Frank—. No se podían abrir desde dentro. Estoy bastante seguro de que las dejamos de usar bastante rápido en los ochenta y noventa.

—Así es —dijo Gerry.

—Lo que sugiere dos cosas entonces —dijo Frank—. Quien hizo esto seguía usando una nevera condenadamente vieja, o tenía una guardada. —Miró de nuevo el buscapersonas en la bolsa—. ¿Qué probabilidades hay de que un buscapersonas que ha estado en el mar durante varias décadas nos proporcione algo útil, Helen?

—Buena pregunta... Te lo haré saber tan pronto como pueda. También está esto. —Levantó otra bolsita de plástico—. Del cuello de la víctima. —La bolsa contenía un colgante con un cordón. Un diseño sencillo. Frank se inclinó para verlo mejor. Un círculo plateado con extrañas manchas negras—. ¿Qué tiene?

—Una huella de pata.

Se inclinó aún más cerca. —Sí. Ahora lo veo. ¿De perro, quizás? Yo tenía unos gemelos con la huella del pie de mi hija... —La garganta de Frank se tensó al recordar la diminuta huella de Maddie —. ¿Quizás era del perro de nuestro pobre chico? ¿Hay números de serie en la nevera? —preguntó Frank.

Helen negó con la cabeza. —Demasiado corroídos. Podríamos obtener algo una vez que la limpiemos en el laboratorio.

Frank se volvió hacia Gerry, que había estado tomando notas en silencio en su teléfono.

—¿Podrías tomar declaraciones detalladas a esos pescadores con imán, Gerry? Reggie puede unirse a ti cuando llegue.

Gerry asintió y se dirigió hacia el grupo apiñado junto a la furgoneta.

Nasreen estaba examinando el cuerpo de nuevo. Frank se acercó con Helen a su lado.

Trató de mantener una expresión neutra, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad de ocultar sus verdaderos sentimientos a Helen. Era igual que Mary. Las dos siempre habían podido leerle como un libro abierto.

Ella le tocó el brazo. —Este va a ser un caso difícil.

—Sí.

—Pero recuerda, es una investigación, Frank. Estás mejor cuando tienes la mente clara y estás tranquilo, ya lo sabes...

—¿No lo está todo el mundo?

—Sí, pero *especialmente* tú.

Frank contempló la pequeña figura destrozada sobre la estera. Las facciones del chico estaban distorsionadas por el tiempo y el mar, pero Frank aún podía ver el fantasma de la juventud en la curva de su mandíbula, en los delicados huesos de sus manos.

Quería ver esto como un caso más. Pero no podía.

Era un niño. Privado de la oportunidad de llegar a la edad adulta.

El sol subía más alto en el cielo, su luz dura proyectaba largas sombras a través del muelle. El aire estaba impregnado del olor a sal y algas. A lo lejos, podía oír el murmullo de una multitud. Los asistentes al festival gótico seguían mirando, su morbosa curiosidad aparentemente insaciable.

A medida que avanzaba la mañana, el muelle se convirtió en un hervidero de actividad. Los equipos forenses examinaban cada centímetro del área mientras los buzos se preparaban para buscar en las aguas alrededor del muelle en el punto desde donde se había izado la nevera. La multitud de curiosos había crecido y estaba siendo contenida por una línea de agentes cada vez más frustrados.

Frank observó cómo la forma amortajada era levantada sobre una camilla, la sábana blanca destacando contra la madera desgastada del muelle.

El hijo de alguien.

Pensó de nuevo en Maddie, su hija, y en las noches que había pasado en vela preguntándose dónde estaba y si estaba a salvo.

¿Quién eres?

Observó cómo el cuerpo era transportado hacia la furgoneta que esperaba, las ruedas traqueteando.

¿Quién te hizo esto?

Miró hacia el mar. El agua lamía los postes del muelle, oscura y reservada.

7

FRANK ESTABA EVITANDO el cordón policial del muelle cuando oyó unos rápidos pasos que resonaban en las piedras junto a él. Esperando que fuera Reggie, ansioso por presumir de las proezas atléticas de un hombre que le doblaba la juventud, Frank se giró con su expresión de desinterés ya preparada.

Pero no era Reggie. Era John Spears, el fotógrafo forense, que corría hacia él con su cámara Canon EOS R5 sin espejo rebotando contra su pecho.

—¡DCI Black! —estaba algo falto de aliento—. Tengo algo que debe ver.

Frank inclinó la cabeza, haciendo que sus gafas se deslizaran desde la frente hasta el puente de la nariz. —Bueno, si vale la pena que sudes por ello.

John manipuló su cámara torpemente, mostrando una imagen en la pantalla LCD de alta resolución. —Es el cordón que encontramos con el cuerpo —extendió la cámara para que Frank pudiera ver—. El patrón se ha desvanecido, pero si lo amplía entonces...

La imagen mostraba un patrón repetido a lo largo del cordón: una representación estilizada de la Abadía de Whitby.

—Si no es el corazón y alma de nuestra querida ciudad —dijo Frank—. Buen hallazgo, John. ¿Puedes enviarme esa imagen por correo? —asintió hacia la silueta imponente de la abadía en el acantilado—. No hay mejor momento que el presente.

Mientras John se alejaba apresuradamente, Frank vio a Gerry y Reggie entrevistando a los pescadores con imanes. Se dirigió hacia ellos, mirando con severidad a un nuevo grupo de góticos que se estaban arriesgando al acercarse poco a poco al cordón, sus elaborados trajes victorianos desentonando con los monos blancos propios de la cruda escena del crimen moderna.

—Gerry —la llamó. Ella se apartó de la entrevista—. ¿Casi habéis terminado?

—Sí.

—Bien. Necesito que vuelvas a la comisaría y empieces a investigar informes de los noventa sobre varones adolescentes desaparecidos.

No necesitaba decirle que ampliara su búsqueda a las zonas circundantes. La minuciosidad de Gerry era uno de sus rasgos más valiosos.

Asintió hacia Reggie, quien, incluso desde aquí, parecía estar verde de náuseas.

—¿Cómo está George Michael?

—¿Perdón? —preguntó Gerry.

—¿El cantante de Wham? ¿Artista musical muy famoso?

Ella parecía confundida. —Sé quién es, pero falleció.

—Me refería a Reggie y sus movimientos de baile ochenteros... —reprimió un suspiro—. Olvídalo.

—Bebió demasiado en tu fiesta de cumpleaños, así que me dejó hacer la mayor parte de las preguntas.

Frank resopló. —Si hubiera sabido que era tan fácil hacerle callar, le habría llevado a tomar unas copas en el pasado.

La expresión de Gerry permaneció impasible, el intento de humor de Frank pasó completamente por encima de su cabeza. Suspiró para sus adentros y le explicó lo del cordón.

—¿Vas a subir por las escaleras?

Sonrió. —Qué va. Mis caderas están casi tan desgastadas como las piedras de la abadía.

8

Frank se dirigió hacia el oeste por Church Street.

Bertha protestaba contra la empinada cuesta, su motor quejándose como lo habría hecho él si hubiera subido aquellos escalones de la abadía.

Dio unas palmaditas al volante. —Tenemos que cuidarnos a nuestra edad madura, ¿verdad, chica?

Normalmente, las curvas blanqueadas del Arco de Hueso de Ballena a su derecha, destacando contra un cielo gris, le inspirarían asombro. Pero conduciendo a Bertha cuesta arriba, no tenía tiempo para tal maravilla, debido a la ansiedad sobre si su membresía del AA estaba al día.

Finalmente, el monasterio en ruinas de 1.500 años de antigüedad apareció ante su vista.

Arcos góticos alcanzaban los cielos. Grandes marcos de ventanas vacíos miraban soñadoramente hacia el Mar del Norte.

Frank aparcó y, con los pies crujiendo sobre la grava, se dirigió hacia el centro de visitantes, abriéndose paso entre una multitud de góticos. Una mujer con una sombrilla de encaje negro pasó rozándole, seguida por un hombre que lucía una capa de terciopelo.

Bajó la cabeza y luchó contra el aire impetuoso, tratando de mantener su respiración bajo control. Últimamente, aquí arriba, realmente sentía el viento. ¿Era porque había mucho más de él para que el viento lo golpeara estos días? ¿O simplemente porque estaba cansado en sus años tardíos?

Miró hacia Whitby.

—Es toda una vista, ¿verdad? —La voz de Mary resonó en su memoria.

Cuando eran más jóvenes, venían aquí regularmente por las vistas. Ella recitaba datos sobre Caedmon y Drácula. Si hubiera sido cualquier otra persona, se habría aburrido. No así con ella. Se contentaba con observarla, hipnotizado por su entusiasmo.

Frank entró en el centro de visitantes y solicitó hablar con un gerente. Luego se apartó, mirando una colección de libros de cocina de Yorkshire, preguntándose si la comida para llevar debería ser su próximo objetivo después de los cigarrillos.

Unos momentos después, una mujer de mediana edad con pelo gris acero y ojos perspicaces se acercó. Se presentó como Maggie Hurst.

Frank mostró su identificación y luego sacó su teléfono, mostrando la imagen que John Spears le había enviado. —Espero que pueda ayudarme a identificar este cordón. Es parte de una investigación en curso.

Los ojos de Maggie se ensancharon mientras examinaba la imagen. —Oh, sí, reconozco este diseño. Un artista local. —Señaló hacia una colección de libros en la esquina—. Puede encontrar más de su trabajo en su libro, allí... —Contempló el cordón durante un breve momento—. Además de comprarlos, todo el personal los llevaba en cierto momento; creo que todavía tengo el mío por alguna parte... De hecho, fue el segundo o tercer año que estuve aquí. Lo sé porque la fiebre de los cordones no había alcanzado su punto máximo. La gente simplemente no los usaba entonces como lo hacen ahora. Solo etiquetas con el nombre. A algunos del personal no les gustó el cambio repentino. Creo que varios cambiaron de opinión con este diseño, sin embargo, porque era bastante elegante.

—¿En qué año empezó usted?

—En 1997. Cuando tenía dieciocho años, así que esto habría sido alrededor de 1998 o 1999. ¿Le ayuda eso?

—Sí. —Le entregó su tarjeta—. ¿No podría investigar un poco más y quizás conseguirnos fechas específicas? Cuándo comenzó y

cuándo terminó.

Ella tomó la tarjeta. —No debería ser un problema. Aunque no duró demasiado.

—¿Perdone?

—No duró mucho tiempo. Hubo un cordón especial del Milenio que tenía un diseño más tradicional. Así que, uno o dos años como máximo.

—¿Y este cordón estaba definitivamente disponible para el público?

Maggie asintió. —Los vendíamos en la tienda de regalos. Eran bastante populares entre los grupos escolares, de hecho. Muchos niños los compraban como recuerdos.

Un grupo escolar. Niños. Las palabras golpearon a Frank como un puñetazo en el estómago.

Mientras regresaba a Bertha, la mente de Frank iba a toda velocidad.

En algún lugar había una familia que llevaba esperando desde aproximadamente el cambio de milenio a que su hijo volviera a casa. No les faltaba mucho para descubrir que nunca lo haría.

9

Después del obligatorio tira y afloja por los recursos con Donald Oxley en la sede de Scarborough, Frank se puso al día con Gerry, que estaba utilizando una oficina. Había comenzado a revisar los informes de personas desaparecidas, y su enfoque metódico ya había generado un buen número de entradas en una hoja de cálculo.

El día se desvanecía rápidamente, y Frank sabía que el trabajo se intensificaría mañana cuando Helen y Nasreen proporcionaran más información sobre el cuerpo y los objetos recuperados. Con un gesto hacia Gerry y un par de momentos en cuclillas, permitiendo que Rylan le olisqueara la palma de la mano, Frank se dirigió a casa, decidido a mantener su energía para los días venideros, a pesar de que el caso ya estaba clavando sus garras en su mente.

El viaje de regreso a casa fue un borrón de farolas y teorías a medio formar.

Ya en casa, Frank se sirvió un vaso de agua con gas. Considerando los acontecimientos del día, anhelaba el sabor de una cerveza. Ya había probado la cerveza sin alcohol hacía un mes, pero eso solo había inflamado sus papilas gustativas y había dado como resultado que bebiera aún más de la auténtica.

Después del agua con gas, fumó dos cigarrillos liados fuera. Esa había sido la regla de Mary. Desde que ella murió hace cinco años, se había escabullido con tres cigarrillos liados en el salón. Pero, en cada ocasión, había oído un coche fuera y se había sobresaltado,

pensando que Mary regresaba del trabajo y estaba a punto de pillarlo. La sensación de patetismo que venía con darse cuenta de que no podía ser ella, en esas ocasiones, había sido tan extrema que desde hace tiempo había jurado no volver a fumar en la casa nunca más.

Ahora, el humo se enroscaba a su alrededor como la niebla de preguntas sin respuesta.

Agradeció la repentina distracción de oír a un perro ladrando a varias puertas de distancia.

Antes de conocer a Gerry y Rylan, no tenía tiempo para los perros.

Ahora, desde que su afecto por el Labrador había crecido, se preguntaba si tendría sentido tener uno.

Los paseos con el perro serían una razón para salir de casa cada día. También serían buenos para perder peso. Sin olvidar que necesitaría compañía cuando finalmente se jubilara...

Además, con un perro dependiendo de él, podría llevar su reciente ambición de vida saludable a un nuevo nivel. No sería de buen gusto abandonar este mundo y dejar a un nuevo can a la deriva.

De vuelta dentro, su teléfono de repente se sintió pesado en el bolsillo de su traje. Consideró contactar con Paula para obtener noticias sobre Maddie, pero habían pasado menos de veinticuatro horas, y ella ya le había advertido dos veces que dejara de acosarla.

En cambio, fue a acomodarse en su sillón, con los restos del pedido chino de anoche recalentados.

Pensó en el libro de cocina del centro de visitantes de la abadía. Debería haberlo cogido, maldita sea...

Después de comer, Frank cerró los ojos y escuchó el tictac del reloj de su repisa.

Un sueño se desplegó como una película granulada.

El muelle de Tate Hill. Oscuro y silencioso. Vacío.

La niebla se hizo espesa.

Más adelante, un frigorífico yacía de lado.

Ese frigorífico.

El frigorífico de los pescadores magnéticos. La basura de un hombre es el tesoro de otro.

Esto no era ni basura, ni tesoro.

Tragedia, angustia, maldad.

Frank agarró el asa y abrió la puerta de un tirón.

Maddie cayó rodando.

Aparentemente sonriendo. Cuencas vacías mirando al cielo.

Frank despertó sobresaltado. Jadeó en busca de aire.

Su ansiedad se activó.

Pensó dónde podría conseguir una copa ahora. El reloj marcaba las diez.

Era posible.

Con las manos temblorosas, agarró los brazos del sillón, cerró los ojos, obligándose a no moverse.

Mary. Se lo prometiste. Junto a su tumba.

Los segundos pasaban, cada uno una larga batalla.

Finalmente, su respiración se estabilizó, sus manos se relajaron... la ansiedad disminuyó—

Un débil resplandor captó su atención, dirigiéndola hacia la ventana. Frunciendo el ceño, se levantó, apartó la cortina de un tirón.

Allí estaba otra vez. El mismo Ford Cortina de antes, con el motor al ralentí, los faros brillando intensamente.

¿Quién demonios eres?

El coche se alejó a toda velocidad en la noche.

10

HACÍA MUCHO TIEMPO que Frank no llegaba al trabajo antes de las cinco de la mañana, pero había pasado la mayor parte de la noche pensando en aquel pobre chico en el frigorífico, y sabía que tenía poco sentido intentar descansar más.

Fuera, esperaba encontrarse con el Ford Cortina. No fue así. No podía decidir si eso era bueno o no. Después de todo, estaba desesperado por saber quién le espiaba. Pero al menos el día no comenzaba con un repentino aumento de la presión arterial.

El aire del amanecer era fresco y cortante mientras Frank encendía un cigarrillo liado en el aparcamiento de la central. Se preguntó si habría llegado antes que Gerry. ¡Eso sí que sería una hazaña!

Su inspector parecía funcionar con una combinación impía de eficiencia e insomnio, sobreviviendo con apenas cuatro horas de sueño por noche. Era admirable, aunque un poco preocupante.

Los pasos de Frank resonaron en los pasillos vacíos mientras se dirigía a la sala de incidentes designada.

Cuando llegó, no había rastro de Gerry.

Inmediatamente, la pizarra blanca vacía se burló de él con su desnudez, pero Frank no dejó que le molestara. Sabía que la pizarra no permanecería así por mucho tiempo.

Con un suspiro, se dispuso a transformar el espacio en blanco en el centro neurálgico de su investigación. Comenzó colocando los pocos datos que tenían. Una foto del frigorífico, la imagen del

cordón, el busca, el colgante. Escribió *¿1998-2000?* basándose en su entrevista con Maggie Hurst en la abadía. En el centro, utilizó otro signo de interrogación para mostrar dónde debería estar la foto de la víctima.

Mientras trabajaba, Frank no podía evitar pensar en los asientos de la sala que pronto estarían ocupados. Eran un grupo extraño, sin duda. Aunque, cualquiera fuera de su equipo se encogería de hombros como si fuera de esperar. Al fin y al cabo, a sus ojos, el Rey Extraño dirigía el equipo en persona.

¿Quizá por eso le caían bien y los había solicitado? ¿Quizá se veía a sí mismo en ellos... veía algo redimible, tal vez?

Fuera cual fuese la razón, eran suyos. Y, a pesar de sus excentricidades —o quizá debido a ellas— se estaban convirtiendo en una unidad formidable.

El estridente sonido de su teléfono cortó el silencio, haciendo que Frank diera un respingo. El nombre de Nasreen parpadeaba en la pantalla.

—Doctora Quereshi, tú también estás despierta temprano, ¿eh?

—¿Es temprano? No me he fijado. He estado trabajando toda la noche. El Dr. Glenard me echó una mano. Y llámame Nasreen, este es nuestro segundo caso.

Las cejas de Frank se dispararon hacia arriba. El Dr. Charlie Glenard era un antropólogo forense, y según los rumores, él y Nasreen eran algo más que simples colegas. Recordó el comentario de Reggie durante la última investigación: «Qué romántico, ¿eh? Acurrucados sobre un montón de huesos».

La voz de Nasreen se volvió profesional mientras resumía sus hallazgos: el desarrollo óseo y el desgaste dental acotaban el rango de edad entre doce y catorce años. La descomposición seguía siendo un gran problema. Identificar la edad real del cuerpo no era fácil en el mejor de los casos, pero cuando estaba sellado en un contenedor, complicaba aún más las estimaciones.

—Sin embargo, no hay nada que sugiera que no pudiera haber ocurrido entre 1997 y 2000, el período que nos diste ayer después de visitar la abadía.

—Buen trabajo —dijo Frank, garabateando notas.

—También encontramos una fractura curada en el brazo izquierdo, posiblemente de la infancia. Podría ser útil para la identificación. También hemos realizado un análisis preliminar de altura y complexión basado en medidas esqueléticas.

Escribió la nueva información en la pizarra debajo del gran signo de interrogación. —¿Qué hay del cráneo? Mencionaste las fracturas.

—Sí. Pero mi conclusión es la misma. No puedo identificar si ocurrieron antes o después de la muerte, o si ocurrieron dentro del frigorífico mientras se hundía. Hemos puesto en marcha una reconstrucción facial, así que si no encontramos nada en los registros dentales u otros métodos más tarde hoy, estarás listo para continuar.

—Gracias, Nasreen. No te agotes, ¿de acuerdo? Esta noche duermes.

Ella se rio y colgó.

Y nada más de cenas a la luz de las velas sobre restos en descomposición, ¿vale? pensó. *Simplemente no está bien.*

11

ENCORVADO SOBRE SU ESCRITORIO, saboreando su tercer café de la mañana, Frank no daba crédito cuando Gerry entró a las nueve. —¡Maldita sea! ¿A qué hora llamas tú a esto?

Gerry consultó su reloj. —Las nueve.

—¿Por qué llegas tarde?

Ella frunció el ceño. —Llego una hora antes. La reunión es a las diez.

Frank asintió. —Me refería a tarde según tus estándares.

Rylan entró caminando junto a ella y, al ver a Frank, se acercó tranquilamente para recibir algo de atención, que inmediatamente obtuvo.

—Tuve que estar en el veterinario a las ocho.

Frank acarició las orejas suaves y caídas de Rylan. —¿Todo bien con este muchacho?

—Rylan ha desarrollado un caso grave de flatulencia.

—Ajá. —Frank miró a Gerry—. ¿Eso es raro? ¿No puedes darle simplemente un antiácido? A mí normalmente me funciona.

Gerry negó con la cabeza. —El veterinario cree que es por una nueva marca de golosinas que Tom le dio. Ahora hay inflamación. Puede que tarde un tiempo en solucionarse.

—Apuesto a que Tom está en la lista negra.

—No fue culpa de Tom. Nada parecía sospechoso en los ingredientes. Me pondré en contacto con la empresa.

—Bueno, a mí me huele perfectamente ahora mismo.

—Nos mantuvo despiertos la mayor parte de la noche.

Frank arqueó una ceja. —¿Rylan duerme en la habitación con vosotros dos?

—Sí.

—¿Y a Tom no le importa?

—No hasta anoche.

—Ah... no me digas... ya recuerdo. La compatibilidad del 95 por ciento. Por curiosidad, ¿qué tiene que hacer para el 5 por ciento restante? ¿Poner la tapa del dentífrico?

Ella negó con la cabeza. —Pequeñas diferencias en nuestros ritmos circadianos y preferencias dietéticas explican ese 5 por ciento.

—Un 5 por ciento es buen resultado. ¿Eso fue antes o después de que Rylan empezara a tirarse pedos?

—Puede que Tom no se quede a dormir durante un tiempo, pero la flatulencia es transitoria. No creo que sea un problema.

Frank negó con la cabeza y volvió a jugar con las orejas de Rylan. —Al menos puedes pasar tiempo de calidad solo con Rylan. No querríamos que se pusiera celoso.

—No lo ha estado. Si tuviera celos, sus comportamientos cambiarían. No he notado ningún cambio.

—¿Aparte de los gases?

Ella asintió. —No está relacionado.

—No te preocupes, Rylan. —Frank se levantó de su silla y luego se arrodilló, con las rodillas protestando. Susurró—: Mejor fuera que dentro. A todos nos ha pasado. Se pasará.

—¿Te gustaría ver los niños desaparecidos durante ese período? —preguntó Gerry, acercándose a un ordenador disponible—. Estuve despierta hasta tarde.

Frank asintió. —Sí.

Mientras Gerry iniciaba sesión y abría una hoja de cálculo desde la nube, Frank se puso de pie y estiró las rodillas y luego la espalda.

—Entre 1997 y 2000 —dijo Gerry—, hubo veinte casos denunciados de niños varones desaparecidos en North Yorkshire que encajan con nuestros criterios.

Frank suspiró. —Más de lo que esperaba. ¿Hay alguno que destaque en particular?

Antes de que Gerry pudiera responder, sonó el teléfono de Frank. —Perdona... —Miró la pantalla—. Es Helen... podría ser algo importante... —Contestó—. ¿Helen?

—Frank, escucha. Aiden es un genio —dijo Helen.

—¿Y Aiden es *quién*?

—Aiden Foster, nuestro especialista en tecnología.

—Ah. Bien por él. Supongo que debe ser agradable ser un genio. ¿Qué ha averiguado?

—El buscapersonas.

Frank respiró hondo. —Brillante. Continúa.

—Aunque hay buenas y malas noticias.

—Ya sabes cómo va esto, Hel.

—Primero las malas, sí. Hubo enormes problemas para acceder a la memoria del buscapersonas empapado sin dañarla... así que no lo hicimos.

—Eso es malo —dijo Frank—. Me cuesta ver de dónde puede venir algo bueno entonces...

—Contente. Déjame terminar. Aiden pudo conseguir un buscapersonas idéntico, lo que no fue tarea fácil, y luego, siendo el genio que es, logró transferir la memoria.

Frank sintió una descarga de adrenalina. —Ahora esto suena bien...

—Desafortunadamente, la mayoría de los mensajes están demasiado dañados para leerlos.

Maldita sea, ¿hay alguna buena noticia?

—Pero pudimos recuperar un mensaje. Con fecha del 14 de octubre de 1998, enviado a las 7.03 de la mañana.

—Bingo —dijo Frank, buscando apresuradamente un bolígrafo, derribando su taza de café en el proceso, que afortunadamente estaba vacía—. ¿De quién era? ¿Qué dice?

—Modera tus expectativas, Frank. La información del remitente está dañada, y el mensaje es bastante críptico. El mensaje es "perdiendo control" sin mayúsculas, punto al final. Espacio. M mayúscula en "Nos vemos". Espacio, y luego una abreviatura. "WA". Otro punto, y espacio, B mayúscula en "Trae". Desafortunadamente,

los datos después de Trae están dañados, y posiblemente también los datos antes de perdiendo.

Frank miró lo que había escrito: *perdiendo control. Nos vemos WA. Trae*

—Nada más por ahora —dijo ella.

—Esto es extraordinario, de todos modos. Veamos qué nos dice la fecha. Gracias Helen.

Frank le explicó la llamada a Gerry y ella buscó la fecha.

14 de octubre de 1998.

—Frank... tenemos una coincidencia con la fecha...

El corazón de Frank latía con fuerza contra sus costillas.

—Greg Lyle, catorce años. Whitby. Denunciado como desaparecido por su madre a las 10.06 de la mañana del 14 de octubre de 1998.

Cada latido resonaba en sus oídos. Se movió alrededor de la mesa y se colocó detrás de Gerry y el ordenador.

La cara de un niño llenaba la pantalla. Un chico con pelo rubio cenizo y una sonrisa ladeada, con los brazos estrechamente envueltos alrededor de un golden retriever. El perro lo miraba con una adoración inconfundible.

A Frank se le cortó la respiración.

Greg Lyle.

Volvió a mirar el mensaje en su mano. Enviado tres horas antes de que Greg desapareciera: *perdiendo control. Nos vemos WA. Trae*

Alzó la vista nuevamente, sus ojos recorriendo los contornos del rostro de Greg.

¿Quién perdió el control? ¿WA? ¿Dónde te reuniste? La voz de Frank era apenas un susurro, cargada de emoción. —¿Y qué llevaste contigo?

12

Cuando se trataba del festival gótico, Raven Blackstone lo afrontaba más como una carrera de velocidad que como un maratón. Esto hacía que el fin de semana resultara bastante agotador. Pero formaba parte de un grupo apasionado que no aceptaba un no por respuesta, ni el fracaso como una opción, así que incluso cuando las nubes oscuras se cernían sobre la plaza del mercado, amenazando con desatar una tormenta que destrozaría el concierto que estaba organizando, ella se mantenía positiva e inquebrantable.

Raven examinó la plaza, dejando que su mirada se detuviera en las farolas victorianas adornadas con luces de hadas color rojo sangre y telarañas artificiales. A su alrededor, figuras vestidas de negro pululaban como cuervos, sus rostros pálidos destacaban contra el sombrío telón de fondo de los desgastados edificios de Whitby. Había cierta ironía en todo aquello. La arquitectura victoriana hablaba de control, y ahí estaba, siendo testigo de una celebración de todo lo oscuro y rebelde.

A diferencia de Raven, Damien no lograba mantener el optimismo. Su amigo cercano y compañero organizador, un hombre delgado de unos cincuenta años con una mata de pelo teñido de negro y afición por las capas con plumas, se acercó sigilosamente a ella.

Entre las columnas del antiguo ayuntamiento, señaló las nubes color gris acero que se arremolinaban y anunció:

—Estamos jodidos.

Raven arqueó una ceja.

—No es propio de ti ser tan dramático, Damien.

—Puedo completarlo con un soliloquio sobre la futilidad de organizar festividades al aire libre en noviembre si lo deseas.

—¿Para qué? Ya has expuesto tu punto con tanta elocuencia.

—¿Cómo consigues mantener siempre esa cara tan valiente? Además, anoche bebiste a cubos... ¿cómo sigues tan fresca y animada?

—¿Qué puedo decir? El absenta funciona de maneras peculiares.

Damien le guiñó un ojo.

—Siempre funciona particularmente bien si no tienes que pagar nada tú misma... ¿Cómo estaba Derek esta mañana?

—No sé a qué te refieres —dijo Raven, sonriendo.

—Bueno, imagino que su cartera está tan jodida como nosotros esta mañana. —Señaló el cielo nuevamente, y luego gesticuló hacia el escenario de madera de doce por veinte pies, elevado tres pies del suelo, por si acaso ella no captaba su punto.

—Estamos en Whitby, querido. —Le apretó el hombro—. El clima siempre está en el menú. Lo sabes.

—Tan malditamente estoica —dijo Damien.

—Además —susurró ella—, he comprobado el pronóstico. Habrá un aguacero dentro de una hora y luego se despejará. Antes de que comience el concierto.

—¿Y confías en el pronóstico?

Ella le guiñó un ojo.

—Hoy sí. Todos nuestros dioses nos sonríen.

Damien resopló.

—¿Todos ellos? Eso es mucha intervención divina para un festival gótico.

Ella salió de debajo del antiguo ayuntamiento hacia los adoquines. Sintió las primeras gotas de lluvia.

A sus cuarenta y seis años, Raven ofrecía una figura impresionante. Su pelo negro como el cuervo, atravesado por mechas de azul eléctrico, estaba apilado sobre su cabeza en un intrincado recogido que desafiaba la gravedad. Su piel de porcelana, empolvada hasta una perfección fantasmal, proporcionaba un lienzo

austero para sus labios rojo sangre y su intenso delineador. Llevaba un vestido victoriano con corsé, todo de encaje negro y seda brillante, que abrazaba sus curvas antes de ensancharse en una falda completa que se mecía al caminar.

Al acercarse al frente del escenario, Raven escuchó a un grupo de adolescentes susurrando emocionados sobre las próximas actuaciones. Los nombres "Morgue Walkers" y "Crimson Thorns" llegaron a sus oídos, y no pudo evitar sonreír. Este último era un grupo que había seleccionado después de escuchar su demo, una decisión que le había mantenido despierta durante noches, cuestionándose a sí misma. Ahora, al escuchar la anticipación en esas voces juveniles, sintió un destello de orgullo.

Se alejó del alcance auditivo de los adolescentes.

—Cuidado con esas luces, querido. No queremos una repetición del fiasco del año pasado. —Intentó mantener un tono ligero, pero hablaba completamente en serio.

—A sus órdenes, capitana —respondió Lawrence.

Reprimió un escalofrío al recordar las chispas cayendo sobre el cantante principal de "Grave Whispers", con su abrigo de terciopelo incendiándose en medio del estribillo. Los titulares habían sido poco amables, y Raven había pasado meses reconstruyendo la reputación del festival. "Festival Gótico Arde en Llamas" no era exactamente la publicidad que buscaba.

—No importa —dijo Damien, uniéndose a ella de nuevo—. La lluvia apagará cualquier incendio.

Raven puso los ojos en blanco.

—Ah sí, porque "Góticos Empapados en Diluvio" es un titular mucho mejor. Quizás si te sacrificamos a los dioses de la lluvia, serán clementes con nosotros.

Él resopló.

Cerca, un artista callejero había montado su espectáculo, su maquillaje facial en forma de esqueleto y su raído traje de maestro de ceremonias atraían a una pequeña multitud. Hacía malabarismos con lo que parecían ser cráneos humanos —de plástico, esperaba Raven—, para deleite de los góticos reunidos.

Mientras observaba, una familia pasó por allí: madre, padre y dos niños pequeños, todos vestidos a juego con terciopelo negro y encaje. El más pequeño, un niño de unos cinco o seis años, tiró de la manga de su madre y señaló al artista.

Cerca de los puestos de merchandising, una figura alta y delgada con un largo abrigo negro y bastón con punta plateada llamó su atención.

Derek.

Además de guapo, Derek ofrecía una compañía fascinante.

Pero la vida era buena en este momento. No quería poner su vida en peligro por una nueva relación.

Aunque Derek tuviera ojos profundos que la hacían flaquear.

Aunque su sonrisa le hiciera olvidar, por un segundo o dos, esos pesados secretos que cargaba.

Sin quererlo, su mente vagó hacia la noche anterior. El Elsinore, el principal pub gótico de Whitby, abarrotado hasta los topes. El aire había estado impregnado con el embriagador aroma de pachulí. Derek, que solo estaba en Whitby dos veces al año, la había invitado a compartir una botella de absenta.

Conforme avanzaba la noche, Raven y Derek se habían acercado más. El hombre era como un imán. Sin embargo, contrariamente a lo que Damien creía, con su lenguaje grosero y sus guiños incesantes, Raven había huido del pub antes de las once. Era mejor no abrir su corazón a nadie. Y si se acostaba con él, entonces sin duda las compuertas se abrirían.

Unas gotas de lluvia más intensas devolvieron a Raven al presente. Parpadeó, dándose cuenta de que había estado mirando a Derek durante demasiado tiempo. El aguacero no tardaría en llegar. La gente ya se estaba moviendo hacia el antiguo ayuntamiento en busca de refugio.

—¿No has sido un poco dura con el joven Lawrence? —dijo una voz detrás de ella. Raven se giró para ver a Lizzie, una de sus voluntarias habituales, sonriéndole—. Pensaba que se suponía que debíamos nutrir el talento joven, no aterrorizarlo hasta la sumisión.

Raven sonrió con ironía.

—Mira a tu alrededor, Lizzie. Si no pueden manejar un poco de terror, están en el negocio equivocado.

Lizzie se rio, su pelo con mechas moradas rebotando.

—Buen punto. Después del descubrimiento de ayer, todo esto debe parecer una pantomima.

—¿Te refieres al cuerpo junto al muelle?

Lizzie arqueó una ceja.

—Por supuesto.

—No he oído mucho al respecto.

—¿En serio? ¿Dónde has estado?

—Organizando este festival a muerte. La única socialización que he hecho fue anoche.

Lizzie sonrió con picardía.

—Y eso fue predominantemente con Derek. —Le guiñó un ojo—. Nuestro guapo forastero.

Ella lo miró nuevamente.

—Es guapo. Eso tengo que admitirlo.

Lizzie se rio.

—¿Se lo vas a *admitir*?

—Déjalo ya... En fin, este cuerpo... ¿alguna noticia sobre quién era? Escuché que era antiguo. En una nevera de hace como sesenta años o algo así.

—Hay rumores de que el cuerpo era de un niño —dijo Damien, acercándose a ellas.

Raven sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la lluvia. Miró fijamente a Damien.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. ¿Por qué lo haría? Samantha Wells aparentemente sugirió en su web que era un niño pequeño. Aunque cómo se enteró es un misterio. No ha habido anuncios oficiales. Algunas personas estaban cerca cuando esos pescadores lo encontraron... quizás vieron el cuerpo... vieron que era pequeño.

La sangre de Raven se heló. La lluvia aumentó de intensidad. Gotas gruesas y rápidas golpeaban contra su vestido de seda, oscureciendo la tela y pegando mechones sueltos de cabello a su rostro.

—Mierda... —dijo Lizzie—. Vamos a refugiarnos bajo el ayuntamiento...

La mano de Raven salió disparada y agarró a Lizzie.

—Espera.

Ella se soltó.

—¿Por qué? Vamos a quedar empapadas.

El estómago de Raven se revolvía. El mundo a su alrededor parecía difuminarse, el sonido de la lluvia y el trueno distante se desvanecían en un sordo rugido en sus oídos.

Lizzie ya se había ido, corriendo hacia el refugio.

Sintió la mano de Damien en su hombro.

—Vamos, Raven.

—¿Quién era el niño, Damien?

—¿Cómo se supone que voy a saberlo? ¿Qué ocurre?

—¿Un niño, de verdad? ¿Estás seguro?

—Es un rumor.

—Pero el cuerpo era de los sesenta o setenta, ¿verdad?

—De nuevo, ¿cómo podría responder a eso?

Raven sintió que su corazón se aceleraba, un sudor frío le brotaba en la frente.

Contrólate, Raven... esto no es lo que piensas...

El mundo se inclinó de forma nauseabunda, y de repente ya no estaba en la plaza. Estaba en el suelo de una habitación débilmente iluminada, el aire espeso con el acre hedor del miedo. Podía oír su voz.

—Cuéntame un cuento.

—¿Sobre qué? —preguntó ella.

Y entonces volvió a la realidad, mirando a los ojos preocupados de Damien. Su pelo ahora estaba pegado a su cabeza.

—¿Raven? ¿Estás bien?

Ella parpadeó para quitarse la lluvia de los ojos.

—Sí... sí.

Hubo un estruendo de trueno y la lluvia se intensificó.

13

El reverendo Ray Lawson observó a su congregación desde el púlpito. Habló por el micrófono que colgaba de su oreja. —Segundas oportunidades. ¿Cuántas se nos permiten? —Su rico tono de barítono resonó por toda la iglesia—. Una... dos... tres... —Su mirada recorrió los bancos—. ¿Infinitas, quizás? ¿Y a qué errores nos referimos cuando hablamos de segundas oportunidades? —Cruzó la mirada con Kath, su esposa, que estaba en el órgano—. ¿Hablamos de olvidar sacar la basura o de pagar la licencia de televisión con un mes de retraso? Si es así, soy tan culpable como cualquiera. —Levantó las manos fingiendo rendirse.

Kath puso los ojos en blanco.

Una ola de risas se extendió entre la congregación.

—Nadie va a ser fulminado por un rayo por olvidar sacar la basura. —Ray apoyó las manos sobre el púlpito—. De hecho, nadie va a ser fulminado por ningún error. —Miró a sus fieles con seriedad —. Porque sea cual sea el error, Dios ofrece redención.

Dejó que el mensaje calara mientras enderezaba su dolorida espalda. Durante el último año, sus rodillas de cincuenta y cinco años le habían obligado a dejar de correr. Su cuerpo podría haber sido más agradecido por este sacrificio. En vez de eso, había mostrado su aprecio regalándole varios kilos más, y ahora le dolían partes que nunca antes le habían dolido.

De no ser por su paseo diario hasta West Cliff para llegar a su bastante modesta iglesia de San Claudio, podría haber sido mucho

peor.

Se oyó un murmullo desde el fondo de la iglesia. No era inusual que su congregación susurrara entre sí cuando él estaba en pleno discurso, pero las interrupciones eran un fastidio, y siempre las desalentaba con una mirada severa.

Localizó el sonido: una mujer rubia que se agitaba, sentada sola en el último banco, a una distancia de tres bancos vacíos del siguiente ocupado. No la reconoció. Eso en sí mismo era inusual. Un escalofrío de inquietud recorrió la columna de Ray.

Como no estaba murmurando a nadie en particular, y no estaba causando demasiado caos con su inquietud, hizo todo lo posible por ignorarla y continuar. —Pero una nota rápida sobre la redención. La redención de Dios no se trata solo de *perdonar*. —Intensificó la pasión en su tono de voz—. Él os ofrece la oportunidad de empezar de nuevo, de convertiros en mejores versiones de vosotros mismos. Se trata de...

La mujer habló. Mucho más fuerte ahora, ya no era un murmullo.

No tenía idea de lo que había dicho. Estaba en pleno discurso.

Mientras la observaba, varios miembros de su congregación miraron hacia atrás.

¿Habían oído lo que dijo?

En ese momento, la mujer tenía la cara bajada y volvía a agitarse y murmurar. Se contuvo de dirigirse a ella directamente. Señalarla, avergonzarla, no era lo adecuado. Algo no iba bien allí.

Hablar con ella después del servicio era la decisión correcta.

Aclarándose la garganta, Ray continuó: —Él os da la oportunidad de reconocer vuestros fallos y luego debéis esforzaros por superarlos...

—Mentiroso —la mujer del último banco lo interrumpió, dejando sus siguientes palabras muertas en su garganta.

Ray sintió que su corazón se aceleraba. Alguien estaba en su iglesia, cuestionando su integridad mientras predicaba.

Este era un territorio inexplorado.

Había oído a sus colegas, las historias de terror. Gente entrando tambaleándose en sus iglesias, borrachos, o en medio de algún tipo

de crisis mental, causando un infierno. Para Ray, sin embargo, esta era nueva.

Por el rabillo del ojo, captó la mirada de Kath. Era una mezcla de simpatía y preocupación. Ella lo apoyaba. Miró a su congregación. De nuevo, en sus ojos, encontró apoyo.

Usó esto para seguir adelante. —La redención también consiste en abrazar el amor y el perdón que Dios nos ofrece, libremente y sin condición...

—¡Mentiroso! —Esto fue mucho más fuerte, y la sensación de inquietud que de repente se extendió sobre su congregación se volvió palpable.

La mayoría ahora miraba hacia ella. Algunos susurraban entre ellos.

Quizás era el momento de hablar con ella.

Si no lo hacía, seguramente alguien de su rebaño lo haría. Y eso no podía ser la mejor opción.

Levantó la mano para desconectar su micrófono, preparándose para alejarse del púlpito, cuando notó que Kath se levantaba de su asiento en el órgano.

Planeaba ocuparse de la situación.

No era tan mala idea.

Después de todo, no había mejor persona que Kath para tranquilizar y calmar a alguien en apuros. Le dio un rápido asentimiento a Kath cuando ella lo miró. La sacaría fuera para que tomara aire fresco.

Mientras Kath se dirigía hacia el fondo de la iglesia, Ray respiró hondo, preparándose para aumentar la pasión en su voz y eliminar cualquier crecimiento de tensión en la sala. —Pero recordamos, nadie está más allá de la redención. A toda costa. Nadie. Todos tienen derecho. Si no creemos esto, corremos el riesgo de pasarlo por alto...

Su esposa estaba junto al último banco, arrodillada, susurrando a la mujer. Suspiró para sus adentros. Su tono apasionado había hecho poco para atraer la atención de la congregación de vuelta. La mayoría se giraba en sus asientos para ver a Kath consolar a la misteriosa invitada.

El drama de la vida real le había robado el protagonismo.

Pero tenía que seguir intentándolo. —Ningún pecado es demasiado grande, ningún error demasiado terrible, que no pueda ser perdonado...

—¡MENTIROSO! —Su voz resonó por toda la iglesia.

Hubo un jadeo de la congregación, y entonces la mujer estaba de pie, señalándolo. —¡Eres un *mentiroso*, reverendo Lawson!

Sintió como si toda la sangre hubiera abandonado su cuerpo.

No por la confrontación, sino porque de repente la reconoció.

Esa voz... esos ojos ardiendo en él... ¡tenía que ser ella!

Se aferró al púlpito, con los nudillos blancos, mientras la iglesia caía en un silencio mortal.

Tragó saliva. ¿Y ahora qué? ¿Cómo evitaba que esto se saliera de control?

¿A quién quiero engañar? Esto ya está fuera de control...

—¿Podríamos hablar fuera? —Su pregunta sonó extraña haciendo eco en la iglesia, así que desconectó su micrófono y se apartó del púlpito—. Sea lo que sea —se movió hacia los escalones que bajaban de la plataforma—, vamos fuera para hablar de ello...

—¡Quítame las putas manos de encima! —siseó la mujer. Kath voló a través del pasillo y se estrelló contra un banco.

Ray bajó corriendo los escalones. —¡Kath!

Kath seguía de pie. Levantó las manos. —Estoy bien.

Ahora, la congregación estaba congelada. Inmóvil. Atónita en silencio. Y la mujer estaba en movimiento. Corriendo por el pasillo. Hacia él.

Llevaba una chaqueta raída sobre una camiseta manchada, sus vaqueros rotos y deshilachados. Su apariencia era un marcado contraste con la pulcra vestimenta dominguera de la congregación. Sus ojos ardían de furia.

A medida que se acercaba, vio su rostro claramente por primera vez.

Era ella. No se había equivocado.

Megan.

Un sudor frío brotó en su frente. Su corazón martilleaba en su pecho.

Antes de que Ray pudiera reaccionar, ella se abalanzó sobre él con tal velocidad que lo derribó y, con un destello cegador, sintió un dolor abrasador en la parte posterior de su cabeza al golpear el suelo.

La vio encima, volviendo a atacar. Luego sintió su peso sobre él. Su piel ardía mientras ella le arañaba la cara con las uñas. Estaba tratando de arañarle los ojos. Él los cubrió con el dorso de la mano.

—Para...

—Tus ojos —dijo ella.

Él intentó apartarla con la mano disponible mientras mantenía un escudo con la otra.

—Te creí. Te miré a los ojos, y te creí.

Oyó el caos que estallaba detrás de ella. Ella intentaba ahora meter los dedos entre sus manos para llegar a sus ojos. Podía sentirlos acercándose... —¡Mis ojos! ¡Aléjate de mis ojos...

Alguien de repente levantó el peso.

Miró hacia arriba y vio a Megan siendo tirada hacia atrás, con brazos rodeándola.

Ray retrocedió a rastras, saboreando la sangre, tratando de entender lo que estaba pasando.

Era Brian. Uno de los miembros más jóvenes de la congregación. El ex jugador de rugby había acudido en su ayuda. —Es suficiente.

Megan se retorcía en los brazos de Brian.

Ray se tambaleó para ponerse de pie, llevándose la mano a la cara. Podía sentir la sangre caliente que goteaba de los arañazos que Megan le había dejado, pero al menos la habían detenido antes de que lo cegara. Sus entrañas se sentían como si se estuvieran derritiendo. Su estómago se revolvía.

Miró a la mujer que se retorcía en los brazos de Brian.

Sintió una incredulidad total.

¿Megan? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿Cómo?

—Ray, ¿estás bien?

Podía oír a Kath a su lado, pero no era capaz de responderle. Estaba demasiado concentrado en la mujer de su pasado.

Megan se quedó quieta un momento, y sus miradas se encontraron. Inmediatamente vio más allá de la ira hasta el

profundo pozo de dolor debajo.

Empezó a extender la mano hacia ella...

Pero entonces Brian la estaba arrastrando hacia atrás por el pasillo, hacia la salida.

—¿Quién es esa? —preguntó Kath.

—Yo... no lo sé. —Mantuvo los ojos en Megan mientras la llevaban cada vez más lejos—. Nunca la había visto antes.

—No —dijo Kath—. Ella te conoce. ¿No viste sus ojos?

¿Cómo podría no haberlos visto?

Ray negó con la cabeza. —Estoy tan confundido como tú, querida. ¿Quizás me ha confundido con otra persona?

—Sabía tu nombre.

—Está en el frente de la iglesia —dijo Ray—. De ahí debe haberlo sacado.

Megan y Brian estaban en la parte de atrás ahora. Él la había soltado. Ella estaba recuperando el aliento y parecía agotada.

El tono de Brian ahora era suave. —Sal fuera. Vamos afuera a calmarnos.

Ray sintió una oleada de adrenalina. *¡No!*

No podía permitir eso. ¿Qué diría ella?

Ray empezó a bajar por el pasillo, con la mano extendida. —Por favor... permíteme... habla conmigo.

Los ojos de Megan se ensancharon. —¡Mentiroso! —gritó y luego pateó a Brian.

Brian aulló y se desplomó en el suelo, agarrándose la rodilla.

Megan salió disparada hacia la lluvia.

Él se acercó a la puerta.

Detrás de él, su congregación, no por primera vez hoy, permanecía en un silencio atónito.

Mientras veía a Megan correr, pensó en el sermón que había dado a su rebaño hoy.

No había pecados que no pudieran ser perdonados.

De repente, ya no estaba tan seguro.

14

La lluvia golpeaba contra las ventanas de la Floristería Seabreeze. A Lilly Petrova no le importaba mucho. Tenía sus rosas, lirios y claveles. Sus colores y fragancias eran un estallido de vida contra el día gris del exterior. Aunque sabía que el tiempo probablemente afectaría a las ventas de la mañana.

Sin clientes aún, Lilly terminó de preparar una pequeña maceta de Zdravets, un geranio tradicional búlgaro. Luego lo colocó detrás del mostrador. Este era su ritual semanal: añadir un pequeño trozo de su tierra natal a su tienda en Whitby.

El tintineo de la campanilla desvió su mirada del Zdravets hacia la puerta principal.

La señora Hodgson.

Aquí venían los consejos empresariales gratuitos, servidos con una pizca de crítica apenas disimulada.

—Buenos días, señora Hodgson —saludó, su acento todavía conservando el sabor búlgaro a pesar de estar en Inglaterra desde 1989—. Hoy llega temprano. Рано пиле рано пее.

—¿Perdón?

—Significa "el pájaro tempranero canta temprano". Es como "a quien madruga, Dios le ayuda".

La señora Hodgson sacudió su paraguas fuera antes de apoyarlo bajo el porche.

—¿Temprano? Querida, son casi las once. Me he levantado al amanecer, intentando evitar a esa gente.

Lilly se encogió de hombros.

—¿A quién?

—¿A quién? —Su tono era cortante—. Cuando dirigía mi negocio de muebles, querida, siempre estaba sumamente al tanto de lo que ocurría en la zona. El negocio fluye y refluye dependiendo del clima, la temporada y el turismo. ¿Cómo es posible que no esté usted al tanto de *ellos*?

Aún no entendía nada.

—Lo siento...

La señora Hodgson se inclinó hacia delante y susurró como si temiera ser escuchada.

—Whitby está invadido por langostas vestidas de negro.

Lilly se encogió de hombros.

—¿Langostas?

—Góticos —el tono de la señora Hodgson sugería que Lilly debería saberlo mejor.

Lilly reprimió una risa. El dramatismo de la señora Hodgson siempre era entretenido, aunque a veces resultara un poco exagerado.

—¿El festival? Un Whitby concurrido es bueno para mi negocio.

La señora Hodgson hizo un gesto despectivo con la mano.

—Tonterías. Esa gente lúgubre no estaría interesada en sus preciosos ejemplares tan coloridos.

¡Se sorprendería! —Ще се изненадаш.

—¿Qué significa eso, querida?

—Veo su punto —mintió Lilly. El cliente, después de todo, siempre tiene la razón.

La señora Hodgson se acercó a inspeccionar un arreglo cercano.

—Estas peonías son preciosas, pero las ha combinado con paniculata. Es un poco... provinciano, ¿no cree?

Lilly sonrió, asimilando la crítica.

—¿Le gusta algo?

—Echaré un vistazo, gracias.

Mientras la señora Hodgson continuaba su inspección, Lilly se ocupó en preparar un ramo. Sus ágiles dedos danzaban entre las flores, seleccionando cada una con cuidado y precisión.

La mente de Lilly divagó mientras trabajaba, recordando uno de los muchos proverbios de Dimitar. Siempre incluían flores. Няма роза без бодли. No hay rosa sin espinas.

El proverbio le recordó a Lilly que debía ser paciente. La señora Hodgson tenía buen corazón y buenas intenciones, aunque las expresara de manera bastante obtusa.

—Sabe —dijo la señora Hodgson—, realmente podría necesitar un local más grande. Creo que está lista para ser más ambiciosa.

Lilly sonrió.

—Lo pensaré. ¿Ha visto algo que le interese?

—Algunas piezas. Las flores son para la reunión del Instituto de Mujeres. Quiero algo... llamativo. Algo para demostrar a esas señoras de Scarborough que Whitby no es un pueblo perdido. Aquí tenemos cultura, ¿sabe? Aunque actualmente esté siendo invadido por entusiastas de los vampiros.

—De hecho, creo que tengo justo lo que necesita... —Lilly la guió hacia un cubo lleno de vibrantes girasoles—. Estos, con algunos lirios morados intensos y lilios blancos, quizás. Muy elegante, muy culto.

La señora Hodgson observó las flores con curiosidad. Haría falta mucho para que esta mujer permitiera que otra persona eligiera por ella.

Lilly esperaba un firme rechazo. Algo como *demasiado dominante* o *demasiado llamativo*.

—Esas vacas de Scarborough no sabrán qué les ha golpeado —dijo la señora Hodgson.

Sorprendida, Lilly reunió las flores para el arreglo.

—Excelente elección —dijo Lilly, concediendo el mérito a la clienta.

Se escuchó un golpe sordo.

Lilly se quedó paralizada, con la mano a medio camino de un girasol. El golpe había venido de debajo de sus pies.

—¡Cielos! —exclamó la señora Hodgson—, ¿qué ha sido eso?

Un frío se extendió por el pecho de Lilly; sintió que le oprimía la respiración.

Siguió un segundo golpe amortiguado.

Lilly respiró hondo. *Вземи се в ръце.* Intentar controlarse no estaba funcionando. Los ojos entrecerrados de la señora Hodgson indicaban que podía percibir la incomodidad de Lilly.

Hubo un tercer golpe.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó la señora Hodgson.

Lilly forzó una sonrisa en su rostro.

—Suele pasar. Es el viejo edificio asentándose. Estas estructuras victorianas... tienen vida propia.

La señora Hodgson no parecía convencida.

Lilly terminó el arreglo floral, esperando otro golpe en cualquier momento. Cuando regresó al mostrador con el ramo sin más interrupciones, sintió que su ritmo cardíaco se calmaba ligeramente, pero sus ojos se desviaban constantemente hacia la puerta detrás del mostrador. Era una cosa vieja y pesada, de roble macizo con una cerradura robusta, que conducía al sótano.

Pensó en lo que yacía más allá de esa puerta y bajando esas escaleras.

Las líneas que se habían cruzado.

И от бодил цвете никне.

No debía dudar de sí misma ahora. Había sido necesario cruzar esas líneas.

Incluso de un cardo, brota una flor.

Las manos de Lilly temblaban mientras entregaba el ramo.

—¿Se encuentra bien, querida? —preguntó la señora Hodgson, mirándola con preocupación—. Parece pálida.

Lilly asintió, quizás con demasiada energía.

—Sí, sí, estoy bien. Solo un poco... как се казва... indispuesta. Pero no es nada, de verdad.

Entregó el arreglo terminado, una hermosa cascada de girasoles, lirios morados y lilios.

—¡Esto les enseñará algo a esas señoras de Scarborough! —dijo la señora Hodgson.

Mientras la mujer mayor se dirigía hacia la puerta, quejándose en voz baja de la plaga de langostas que la esperaba, Lilly exclamó:

—Vuelva pronto.

En el momento en que la puerta se cerró tras su última clienta, el comportamiento alegre de Lilly desapareció como una capa descartada. Corrió hacia la ventana, volteando el cartel de "Abierto" a "Cerrado" con dedos temblorosos. Luego, bajó las persianas.

Justo cuando alcanzaba la última, un movimiento en el exterior captó su atención. Una joven pareja, bajo un paraguas, vestida completamente de negro con elaborado maquillaje, estaba mirando hacia la tienda. La chica señaló un ramo de rosas rojo intenso, diciéndole algo a su acompañante.

El corazón de Lilly se aceleró. No podía arriesgarse a tener más clientes, no ahora. Reuniendo cada pizca de su anterior calidez, abrió la puerta una rendija.

—Lo siento —dijo, tratando de mantener el temblor fuera de su voz—, pero estamos cerrados por inventario. ¿Quizás puedan volver más tarde, por favor?

La pareja pareció decepcionada pero asintió, alejándose calle abajo tomados de la mano. Lilly los observó marcharse, con los dedos blancos por la presión en el marco de la puerta. Solo cuando doblaron la esquina, finalmente cerró con llave la puerta, dejando escapar un suspiro tembloroso.

Por un momento, permaneció allí, con la frente apoyada contra el frío cristal. El alegre tintineo de la campana parecía burlarse de ella ahora, un recordatorio de la vida normal que había intentado construir con tanto esfuerzo. Una vida que ahora se balanceaba en el filo de una navaja.

Otro sonido del sótano la galvanizó para actuar. Moviéndose rápidamente, cruzó hasta la pesada puerta de roble, su mano vacilando solo un momento antes de girar la llave en la cerradura.

Las escaleras crujieron ominosamente mientras descendía, cada paso alejándola más del cálido refugio perfumado de flores de arriba. El aire se volvía más frío, más húmedo, el olor a tierra y moho reemplazando el dulce perfume de las flores. El corazón de Lilly latía con fuerza en su pecho, el sonido haciendo eco en el espacio cerrado.

Abrió la puerta con otra llave, la abrió y contempló los tres rostros pálidos en la penumbra.

15

El signo de interrogación que Frank había colocado anteriormente en el lugar de la víctima en la pizarra ya no estaba.

Y a pesar de que su equipo se encontraba reunido tras él, Frank no podía apartar la mirada de la fotografía de aquel sonriente muchacho de cabello rubio arenoso con los brazos rodeando a un golden retriever.

Greg Lyle.

Hacía menos de una hora, los registros dentales lo habían confirmado. Treinta minutos atrás, se había validado con los historiales médicos. Esa fractura en su brazo izquierdo se debía a un accidente en bicicleta cuando tenía ocho años.

Catorce años.

Había visto su buena parte de casos terribles a lo largo de los años, pero la muerte de un niño siempre era lo más duro. Una vida joven apagada antes de que realmente hubiera comenzado.

Tomó una respiración profunda, intentando centrarse, antes de dar un paso atrás y contemplar la tela de información que Gerry y él habían extendido sobre la pizarra.

Asintió y guiñó un ojo a la fotografía de Greg.

Nos ocuparemos de esto, hijo. Puedes estar seguro de ello.

Se giró. Reggie, Sharon y Sean estaban todos revisando documentos, releyendo entrevistas, siguiendo de nuevo el rastro de la investigación de persona desaparecida de 1998.

Llevaban bastante tiempo en ello.

Frank observó una nueva incorporación: Clara Jennings, analista de datos, sentada frente a un terminal de ordenador. Sus dedos volaban sobre el teclado, sus ojos oscuros intensos tras unas gafas de montura gruesa. Hacía tiempo que no tenía un analista en un caso.

También hacía tiempo que no investigaba la muerte de alguien tan joven.

La última vez, Mary aún estaba viva. Había estado allí para abrazarlo en las primeras horas de la mañana mientras él miraba al techo, con sus pensamientos perdidos en las acciones humanas más despreciables.

Esta vez, no tendría a Mary.

Y no tendría el alcohol.

Frank se aclaró la garganta, captando la atención de todos. —Greg Lyle tenía catorce años. Fue reportado como desaparecido la mañana del miércoles 14 de octubre de 1998, a las 10:06, cuando sus padres se enteraron de que no había llegado al colegio —intentó mantener su voz firme y sin titubeos—. Como sabéis, los restos fueron encontrados dentro de un Frigidaire de mediados de los setenta. Unos pescadores magnéticos lo sacaron del muelle de Tate Hill la mañana del 1 de noviembre —bajó la mirada, revolvió algunas notas en su escritorio. Luego volvió a mirar sus tristes rostros—. Bien, tenéis acceso a los informes, así que me ceñiré ahora a los detalles más relevantes. Podéis pasar el resto del día familiarizándoos con ellos. Greg fue diagnosticado con autismo —hizo una pausa en este punto y miró a Gerry. Ella estaba acariciando a Rylan, que le hociqueaba la rodilla—. Según sus registros escolares y evaluaciones psicológicas, se le describía como callado e introvertido, pero sincero y honesto. Tenía un profundo amor por los animales, especialmente por su perro, Buddy. Un golden retriever, si mal no recuerdo —hizo una pausa para tomar aire—. Buddy desapareció con Greg —tragó saliva. Frank miró a Gerry de nuevo—. ¿Sabemos qué edad tenía Buddy?

—Cinco años —dijo Gerry—. Un perro rescatado. Sano, completamente vacunado.

Frank asintió, escuchando los dedos de Clara repiquetear sobre las teclas mientras introducía la información. Algunos de estos hechos estaban presentes en la anterior investigación de personas desaparecidas, pero quería que se introdujeran de nuevo. Las inconsistencias a menudo podían hacer o deshacer un caso de esta naturaleza.

—Greg no tenía un grupo social como tal, pero tenía un amigo muy cercano en Terry Kane. Normalmente iban juntos al colegio caminando, pero la mañana que Greg desapareció, Terry estaba enfermo en casa y no asistió al colegio —Frank hizo una pausa, consultando sus notas—. Más información aquí de los informes de sus profesores sobre Greg. El chico era muy inteligente, pero tenía dificultades con las interacciones sociales. Tenía un interés particular por la biología marina y podía recitar datos sobre criaturas marinas durante horas. Su autismo se manifestaba en una estricta adherencia a las rutinas y dificultad con los cambios inesperados.

Frank se movió hacia la izquierda de la pizarra, donde Gerry y él habían dibujado un mapa de relaciones antes. —Katie y Simon Lyle. Sus padres. Ambos estaban a finales de la adolescencia cuando tuvieron a Greg. En el momento de la desaparición de su hijo, su matrimonio estaba bajo una tensión significativa.

El rotulador de Frank chirrió mientras trazaba una línea entre Simon Lyle y otro nombre en la pizarra: Raven Blackstone. —El día antes de que Greg desapareciera, Katie descubrió que Simon tenía una aventura con una joven llamada Raven Blackstone, camarera en el Harbour Lights Café. Solo tenía veinte años, doce menos que Simon. Según las entrevistas iniciales que acabo de leer, Katie ya sospechaba que algo ocurría. Pasó en coche por la casa de Raven en Church Street, llamó a la puerta y encontró allí a su marido. Katie admitió haber estallado. Greg fue testigo de esto. Katie describió cómo Greg lloró todo el camino de vuelta a casa, con las manos pegadas a sus oídos.

—Pobre crío —dijo Sharon.

Frank indicó a todos que movieran sus sillas para poder ver una pantalla. —¿Gerry?

Gerry dejó de acariciar a Rylan para usar su ordenador. —Ahora vamos a mostraros la ruta habitual de Greg cuando paseaba a Buddy. Recorría esta ruta a diario antes de devolver a Buddy a casa y marcharse al colegio —apareció un mapa de Whitby en la pantalla —. Según sus padres, nunca se desviaba de la ruta.

—Un ser de costumbres —dijo Reggie, asintiendo.

—Sí —dijo Frank—. Lo que hace interesante su ruta el día que desapareció. Pero primero, veamos la ruta habitual.

Gerry usó una tableta gráfica para rodear con un círculo rojo el punto de partida. —Salía de su casa en Esk Terrace alrededor de las 7:45. Luego se dirigía a la iglesia de San Claudio en West Cliff, un paseo de unos veinte minutos, cubriendo aproximadamente 1,6 kilómetros.

Gerry trazó una línea roja a través del mapa de Whitby hasta llegar a la ubicación de la iglesia de San Claudio.

—Luego, como señalé antes, volvía sobre sus pasos a casa, dejaba a Buddy alrededor de las 8:30 y se dirigía a la Escuela Eskdale. Sus padres ya habrían salido a trabajar para entonces. Como resultado, el 14 de octubre no se enteraron de que no había regresado a casa, y solo cuando el colegio les contactó para decir que estaba ausente se dieron cuenta de que él y Buddy nunca debieron haber vuelto.

Gerry pasó a la siguiente diapositiva, mostrando una ruta diferente. —También salió a la luz que su ruta había cambiado ese día según los testigos. Podría ser por la discusión de sus padres el día anterior frente a la casa de Raven, o podría ser por esto... el mensaje recuperado en el buscapersonas. El mensaje llegó a las 7:03.

Frank señaló el mensaje escrito en la pizarra con un rotulador, atrayendo la atención de todos: *perdiendo el control. Encuentro WA. Trae*

—Hemos especulado que "WA" podría significar Whitby Abbey —dijo Frank—. Pero no hay evidencia de que Greg llegara alguna vez al acantilado Este, como veréis en la ruta alternativa que Gerry está a punto de explicaros. Por supuesto, eso no significa que no fuera en algún momento; simplemente no tenemos avistamientos registrados

en ningún sentido —señaló la ruta en la pantalla, guiando a su equipo para que se volviera a centrar en ello.

—Esta fue la ruta real de Greg esa mañana, según lo que podemos reconstruir a partir de las grabaciones de las cámaras de seguridad y las declaraciones de los testigos —dijo Gerry—. Así que, como dijo Frank, podría no ser el mensaje del buscapersonas lo que cambió su ruta. Podría ser el hecho de que se enteró de la infidelidad de su padre el día anterior. Veréis, salió de casa en Esk Terrace con Buddy a su hora habitual, las 7:45, y fue primero a la casa de Raven Blackstone en Church Street. Un paseo de unos diez minutos desde su casa. Raven afirmó que abrió la puerta, pero su padre, Simon, no estaba allí. Greg continuó luego su paseo con Buddy hasta la Floristería Seabreeze en Flowergate, a unos cinco minutos caminando. Pasó allí unos diez o quince minutos, aparentemente queriendo comprar flores para animar a su madre, según la declaración proporcionada por Lilly Petrova —Gerry rodeó con un círculo la tienda—. Después de eso, caminó unos quince minutos más hasta la iglesia de San Claudio en West Cliff. Esta era la iglesia a la que asistía regularmente los domingos con su familia y a la que iba en su ruta habitual. Era amigo cercano del reverendo Ray Lawson, al parecer, y a menudo se detenía para saludar. Ese día, según la entrevista de Ray, Greg quería hablar sobre cómo se sentía respecto a la aventura de su padre. Finalmente, después de salir de la iglesia, continuó caminando a lo largo de West Cliff. Un paseador de perros, Harold Cross, que también asistía a San Claudio, lo reconoció. Calculó que serían las 9:15. Harold dijo que le indicó a Greg que tuviera más cuidado, ya que se estaba acercando demasiado a los bordes del acantilado. Fue la última persona que vio a Greg.

—Supongo que Harold Cross fue investigado a fondo, ¿no? —preguntó Reggie.

Frank asintió. —Sí. Lo interrogaron duramente, según sugiere el informe, a pesar de ser un ciudadano modelo de unos sesenta y tantos años. Registraron sus instalaciones. Todo el proceso.

—¿Sigue vivo? —dijo Reggie.

—Falleció hace diez años —dijo Gerry.

Reggie asintió, pareciendo decepcionado.

—Entonces, para aclarar —dijo Sharon, mirando sus notas y señalando los nombres con un lápiz—. ¿Las últimas cuatro personas que vieron a Greg fueron Raven Blackstone, Lilly Petrova, Ray Lawson y Harold Cross?

Frank asintió. —Podéis ver en los archivos que todos fueron entrevistados... pero, recordad, los investigadores no sabían que Greg estaba muerto, y por lo tanto, excepto con Harold, no presionaron tanto como podrían haberlo hecho... mejor dicho, como *deberían* haberlo hecho.

—En mi opinión —dijo Gerry—, presionaron demasiado con Harold Cross a expensas de los demás.

—Sí... roza la obsesión cuando lees el expediente de principio a fin... luego, cuando finalmente lo descartaron, optaron por descartar también el juego sucio. Había estado acercándose demasiado a los bordes del acantilado, ¿recordáis? Greg tenía necesidades educativas especiales. Se le consideraba vulnerable. Así que comenzaron búsquedas exhaustivas en la costa bajo los acantilados. Cuando no dieron resultados, plantearon la hipótesis de que había sido arrastrado por el mar. Los padres aceptaron la conclusión, pero creo que se impacientaron con los años cuando el cuerpo nunca apareció —suspiró—. Gerry y yo vamos a informar a la madre y al padre juntos después de esta reunión. Les he pedido a ambos que los traigan a la comisaría de Whitby a la luz de algunas evidencias recientes.

—Contarles lo que realmente le sucedió a ese chico... no hay nada más duro —dijo Reggie.

—Sí.

—¿Necesitáis algo de apoyo, jefe?

—Gracias Reggie, de verdad —sonrió a su colega—. Pero estaremos bien. Muy bien, tareas. No quiero que nadie hable con nadie hasta que hayamos hablado con Simon y Katie Lyle. Ya se está haciendo tarde, así que sugiero que dejemos el grueso de esas entrevistas para mañana —Frank miró a Sean—. Pero a partir de mañana quiero que investigues la vida escolar de Greg. Entrevista a sus antiguos compañeros de clase, profesores, cualquiera que pueda

tener conocimiento sobre su estado mental o cualquier problema al que se enfrentaba. ¿De acuerdo, Sean?

—Sí, señor.

—Sharon, Reggie... —continuó Frank—. Vosotros dos vais a seguir los movimientos de Greg el día de su desaparición. Esto es importante. He leído las entrevistas. Aparte de las de Harold Cross, son demasiado vagas. A primera hora de mañana, vamos a empezar a excavar y a ver qué desenterramos. Gerry y yo os apoyaremos en eso.

Sharon y Reggie asintieron.

Frank se dirigió a su nueva analista de datos. —Clara, necesito que revises todos los datos de la investigación original con lupa. Compáralos con nuestros nuevos hallazgos, observa si algo te llama la atención.

Los dedos de Clara volaron sobre su teclado. Su manera de reconocer la tarea, esperaba él.

Hizo una pausa, mirando a su equipo. Eran un grupo variopinto, cada uno con sus propias rarezas y debilidades, pero confiaba en ellos implícitamente. —También organizaremos esfuerzos de acercamiento a la comunidad para recopilar nueva información. Han pasado veintiséis años, pero los recuerdos tienen una manera de aflorar cuando menos lo esperas, especialmente cuando las noticias de este macabro descubrimiento se extiendan —Frank tomó una respiración profunda. Casi podía sentir a Greg observándolo desde la fotografía detrás de él—. Escuchad, este no es un caso cualquiera. Se trata de un niño vulnerable de catorce años que nunca pudo crecer. Un niño con un perro que lo significaba todo para él. Un hijo que intentó comprar flores para su madre cuando estaba triste. Un niño que debería ser un hombre ahora, habiendo encontrado su lugar en el mundo, viviendo su vida, no... —se interrumpió y se dio la vuelta.

Tomó aire profundamente, se frotó las sienes y se volvió. —No debería estar en una maldita nevera en el fondo del puerto, ¿de acuerdo?

Vio a Sharon parpadear rápidamente, la mandíbula de Reggie tensarse, los ojos de Sean agrandarse. Incluso Gerry bajó la mirada

y volvió a acariciar a Rylan.

—Alguien ahí fuera sabe lo que le pasó a Greg Lyle. Alguien ha estado cargando con ese secreto durante un cuarto de siglo —excepto por Gerry, que seguía concentrada en Rylan, miró a cada miembro de su equipo a los ojos, uno por uno—. Que Dios nos ayude si no podemos traer justicia para un niño —esperó a que cada uno de ellos le diera un firme asentimiento.

Mientras el equipo se dispersaba hacia sus diversas tareas, Frank se volvió hacia la pizarra, sus ojos una vez más atraídos por el rostro sonriente de Greg.

Vamos a conocerte, muchacho.

Ningún alma debería ser olvidada.

16

Temblando en su ropa húmeda, Raven cerró sus cortinas de terciopelo negro para bloquear la luz menguante del día y se sentó en la confortable penumbra de sus ornamentados candelabros parpadeantes.

El rostro preocupado de Damien flotaba en su memoria. Su flashback —su repentino momento de terror— lo había desconcertado.

Intentó culpar a la borrachera de absenta de anoche, pero Damien no era ningún tonto.

El ataque de pánico había sido provocado por la noticia del niño muerto recuperado cerca del embarcadero de Tate Hill.

Había logrado pasar por el concierto inaugural y, afortunadamente para aquellos a quienes estaba desesperada por entretener, la lluvia finalmente había cesado. Sin embargo, Damien no había apartado ni una vez su mirada penetrante de ella. Al final, fue demasiado y se escabulló a casa.

Mierda, pensó, sacudiendo la cabeza y conteniendo las lágrimas. *Pronto llegarán las preguntas.*

Damien no dejaría pasar esto.

Había puesto todo en peligro.

Se levantó y se acercó a su gran espejo barroco, cuyo marco dominaba una pared. Tenía un aspecto desastroso. El maquillaje manchado por toda la cara, el pelo desaliñado y enredado. Se quitó el vestido, quedándose en ropa interior, y se observó. Ya no quedaba

nada de aquella figura esbelta que había llegado a Whitby treinta años atrás. Esta versión de cuarenta y seis años de sí misma era apenas reconocible.

Era una persona completamente diferente.

En el reflejo, divisó la botella de absenta en una estantería junto a libros encuadernados en piel, calaveras falsas y sus favoritas de su gran colección de muñecas antiguas.

El hada verde.

Bajó la mirada hacia el diván victoriano tapizado en terciopelo carmesí intenso, que parecía listo para recogerla si volaba con el hada, y permitió que adormeciera sus pensamientos acelerados.

Su teléfono vibró. Leyó un mensaje de Damien. Mencionaba que la segunda banda había sido un gran éxito entre el público, incluso mejor que la primera.

Su mensaje decía:

> Raven, por favor dime que estás bien. Estoy preocupado por ti.

Raven se preguntó cómo se sentiría si le contara todo a él.

Pero, ¿serviría de algo desahogarse?

Después de todo, este mundo de oscuridad y teatralidad había sido su realidad durante tanto tiempo que descorrer las cortinas... bueno... ¿qué propósito tendría?

Su mirada se desvió hacia la escalera en el pasillo. Al salir, tocó el hada verde. —Espérame.

Primero tenía que ver algo.

Saber algo.

Al fin y al cabo, había pasado tanto tiempo, ¿podía realmente confiar en su memoria? ¿En lo que yacía enterrado en las sombras de un mundo oscuro y teatral tras las cortinas?

Fue a la habitación de invitados.

Un marcado contraste con la opulencia gótica del resto de su casa. Paredes blancas lisas, una cama sencilla con sábanas impecables y un tocador anodino.

El escenario ha quedado atrás.

¿Cuál es la verdad?

Se acercó a una cómoda, se arrodilló y abrió el cajón inferior. Se deslizó con un suave siseo. En cuanto sus dedos tomaron un sobre, supo que los recuerdos eran reales. Que nada podía ser realmente enterrado.

Y entonces su mente explotó con ellos.

Imágenes.

Cada una de ellas un golpe nauseabundo en el centro de su mente.

Cerrando los ojos, cayó de espaldas.

Los gritos resonaban.

¿Eran suyos ahora?

¿O eran de sus recuerdos?

Con manos temblorosas, Raven abrió los ojos y vació cuatro fotografías en el suelo desde el sobre.

Cuatro golpes nauseabundos.

Sacudió el sobre otra vez.

Un quinto golpe nauseabundo.

Acarició el rostro pecoso y su sonrisa con un hueco entre los dientes.

Cuéntame un cuento sobre monstruos.

El mundo del festival gótico, que había parecido tan absorbente hacía solo unas horas, ahora se sentía distante e irreal.

Como una obra de ficción.

17

En la comisaría de Whitby, el sargento de guardia estuvo encantado de vigilar a Rylan mientras Frank y Gerry hablaban con los padres de Greg.

—Obedece instrucciones —aseguró Gerry a la sargento Lucy Kimble—. Se quedará quieto y en silencio si se lo pides.

—Bueno —dijo Lucy—, esperemos que no sea necesario. Ha sido un día tranquilo hasta ahora, vendría bien animarlo un poco. Rylan y yo nos conoceremos mejor. —Le acarició las orejas—. ¿Verdad, pequeñín?

Frank notó que Gerry no parecía muy convencida.

—No le des de comer, por favor —dijo Gerry.

—Por supuesto que no —respondió Lucy, captando el tono y enderezando su postura—. Ni se me ocurriría.

—La inspectora Carver está preocupada porque tiene un problema gástrico en este momento —explicó Frank, intentando que el intercambio fuera más cortés.

—No es que pudieras darle de comer en cualquier otra ocasión —añadió Gerry—. Si es que vuelves a verlo alguna vez.

—Vale... —dijo Lucy, asintiendo—. Lo recordaré. Y no te preocupes, a menos que le gusten las barritas Mars, no tengo nada que ofrecerle.

Gerry abrió mucho los ojos.

—Los perros son alérgicos al chocolate.

—Lo sé —dijo Lucy con tono de exasperación—. Tengo tres retrievers.

Frank sonrió. Habiendo fracasado con la cortesía, intentó inyectar humor en la situación.

—Puede parecer mono y maravilloso, sargento Kimble, pero si le da de comer después de medianoche, bueno, se desata el infierno.

Se alegró de que la sargento se riera para evitar que pareciera un idiota, porque Gerry lo miró con completo desconcierto.

Como era de esperar, de camino a la sala de interrogatorios, ella le exigió una explicación.

Le habló de la película *Gremlins*.

—¿Seguro que la has visto?

Ella le lanzó una mirada que sugería que no la había visto y que nunca lo haría.

—Te lo pierdes.

Llegaron a la sala de interrogatorios.

18

HACÍA DEMASIADO CALOR en la sala de interrogatorios. Había atraído algunas moscas, algo inusual en noviembre. Zumbaban y rebotaban contra las duras luces fluorescentes.

Simon Lyle caminaba de un lado a otro en el extremo más alejado de la sala con un traje de negocios impecable. Katie Rhodes, que se había vuelto a casar y por tanto tenía un apellido diferente, estaba sentada rígida en su silla, con el rostro pálido y demacrado.

Detrás de él, Frank oyó a Gerry cerrando la puerta.

Frank comenzó:

—Señora Rhodes y señor Lyle, gracias por estar aquí, yo soy...

—¿A la luz de nuevas pruebas? —Simon se dio la vuelta, sus zapatos relucientes chirriaron en el suelo. Se movía bien para ser un hombre de casi sesenta años—. Eso fue lo que dijo, ¿no es así? —Señaló a Frank—. ¿Qué nuevas putas pruebas son esas?

Frank se quedó momentáneamente sin palabras; realmente no esperaba tanta furia.

—¡Llevamos casi tres décadas esperando respuestas, y ahora nos arrastran aquí como si fuéramos criminales! —Los ojos de Simon parecían enloquecidos.

Frank levantó una mano conciliadora.

—Lo siento, señor. Esa no era nuestra intención. El asunto era delicado y no me pareció justo hablar con ustedes individualmente desde el principio.

—Sois dos, ¿no es así?

Frank asintió brevemente. *Nos gusta hacerlo en parejas*, pensó Frank. *Después de todo, ¿quién sabe cómo será la respuesta... como tu respuesta, por ejemplo...* —Queda anotado. En fin, soy el DCI Frank Black, y esta es la DI Gerry Carver. Si pudiera tomar asiento, le explicaremos todo.

—Me quedaré de pie, gracias.

Está bien.

Frank, sintiendo el calor, se quitó la chaqueta y la puso sobre la silla.

Ambos se sentaron, con el leve zumbido de las moscas como telón de fondo constante.

Frank miró entre los ojos furiosos de Simon y los sombríos de Katie.

—Lamento tener que decirles esto, pero encontramos los restos de Greg ayer.

Permitió que esto se asentara por un momento, el silencio roto solo por el golpe ocasional de una mosca contra la lámpara.

Finalmente, Simon habló.

—¿Ese cuerpo... ayer... en el muelle?

Frank asintió lentamente.

—Lo siento mucho.

Simon avanzó y colocó sus manos sobre la mesa entre ellos, inclinándose y levantando una ceja.

—¿En una nevera?

Frank tragó saliva.

—Sí. Señor Lyle, si...

—¿En una puta nevera? —Simon se inclinó aún más.

Frank mantuvo el contacto visual con Simon. El hombre era demasiado confrontacional. Si se inclinaba un poco más, tendría que ponerle freno. Asintió brevemente.

—Lo siento.

Afortunadamente, Simon retrocedió, aunque sus ojos desorbitados sugerían que no había terminado.

—Pero... Greg cayó de un acantilado, ¿no? —Su voz llevaba un fuerte tono de sarcasmo.

Mierda, pensó Frank, *aquí estoy defendiendo a mis incompetentes predecesores.*

—No fue así. Lo siento. Ha resultado que...

—¿Resultado? ¿Resultado? Vosotros estabais completamente seguros, ¿entonces qué sugiere eso?

—Que se equivocaron —dijo Gerry.

Simon volvió sus ojos hacia Gerry.

—¿Eh? ¿Equivocados? ¿Equivocados sobre la muerte de mi hijo?

Frank se tensó, sintiendo que la situación se estaba escalando. Extendió la mano y tocó el brazo de Gerry por debajo de la mesa; ella entendería su instrucción de no decir nada más.

—Lo siento, señor Lyle, por su pérdida. Entiendo que esté conmocionado —dijo Frank—. Solo puedo disculparme por el resultado de la investigación anterior.

—¿Disculparse?

¿Hay eco aquí?, pensó Frank.

—Sí. En nombre de mis predecesores.

—Bueno, gracias por eso —dijo Simon—. Su disculpa. En nombre de sus predecesores.

Frank contuvo un suspiro, su paciencia se estaba agotando.

Katie, que había estado en silencio hasta ahora, dejó escapar un sollozo.

Frank la miró. Sorprendentemente, las lágrimas ya habían empapado su rostro, y sin embargo nadie la había oído hasta ese momento.

—¿Están seguros? —Su voz apenas sobrepasaba un susurro.

Frank le ofreció una mirada comprensiva.

—Lo siento, señora Rhodes. Se ha confirmado mediante registros dentales y médicos. —Alcanzó detrás de sí y sacó un paquete de Kleenex del bolsillo de su chaqueta colgada sobre la silla. Le ofreció uno.

Ella lo tomó y se secó el rostro.

—¿Cómo murió?

—Aún no lo sabemos con certeza —dijo Frank.

—Debéis tener alguna idea —dijo Simon—. Estaba encerrado dentro de una nevera... en el mar... y...

—¿Sufrió? —Los ojos de Katie suplicaban consuelo.

Sin duda, la posibilidad de que Greg estuviera vivo en esa nevera apuñalaba a los padres como apuñalaba a Frank, pero no quería abrir ese debate, no a menos que estuvieran seguros. Era una conversación que era mejor evitar en esta etapa. Intentó responder sin descartar la verdad.

—No hemos encontrado nada que sugiera que Greg sufrió.

—¿Cuándo sabréis más? —preguntó Katie.

—No estoy seguro —dijo Frank—. Pero tan pronto como lo sepamos, os lo haremos saber.

Simon inhaló profundamente, ruidosamente, dejando que todos supieran que estaba lejos de haber terminado. Frank lo miró.

—Pero alguien mató a mi chico, ¿verdad?

Frank también tomó aire profundamente, pero lo hizo más sutilmente. Asintió.

—Eso es lo que sugiere el descubrimiento.

—¿Sugiere? —Simon puso sus manos sobre la mesa otra vez—. ¿De la misma manera que se sugirió que cayó de un acantilado?

Frank luchó contra el impulso de defender su posición. Decirle que él no formó parte de esa investigación, pero jugar la carta de la culpa sería inapropiado.

—Tenemos la intención de ser lo más exhaustivos posible. Contamos con los avances modernos a nuestro favor. —Era débil. Este caso tenía veintiséis años y estaba frío como el hielo. Si no se resolvió cuando estaba caliente, lo más probable es que no se resolviera ahora que estaba frío.

—¿Queréis algo de tiempo? —Frank miró entre los padres—. ¿Para procesarlo? Necesitamos hacer preguntas, pero entiendo completamente...

—¿Tiempo? —Simon se inclinó—. ¿Tiempo? ¿Es eso una puta broma? Hemos tenido montones de eso... Veintiséis años.

Frank había tenido suficiente. La situación necesitaba ser desactivada o concluida. El hombre estaba desquiciado. Era comprensible, pero eso no significaba que Frank debiera esperar a que escalara más. Abrió la boca para decirle que dejara de inclinarse y se sentara, o tendría que llamar a más apoyo.

—Siéntate ya, Si —dijo Katie.

Simon miró a su ex esposa con horror.

—¿Qué?

—He dicho que te sientes de una puta vez. —Lo miró fijamente con sus ojos hinchados—. ¿Crees que esto está ayudando?

Los ojos de Simon estaban más salvajes que nunca.

Sin embargo, eso no la disuadió.

—Deja de comportarte como un imbécil.

Esto no va nada bien. Frank se puso de pie.

—Bueno, creo que tomaremos un descanso...

Simon volvió sus ojos hacia Frank, sacó su silla con un pie y se dejó caer en ella.

—Me siento. —Cruzó los brazos—. Y escucho.

Frank miró a Katie. *Vaya*, pensó. *¿Realmente acaba de funcionar eso? Bien jugado.*

Frank volvió a sentarse, tosió y se aclaró la garganta.

—Ahora, todavía estamos en las primeras etapas de la investigación, y hablaremos con ustedes individualmente después, cuando se sientan listos, por supuesto, pero hay algunas cosas que podría comprobar ahora que realmente ayudarían.

Katie asintió.

—Por favor, pregúntenos lo que sea.

Simon resopló.

Frank asintió a Gerry, quien deslizó una fotografía del colgante frente a ellos.

—Encontramos esto con Greg.

Las manos de Katie temblaban mientras recogía la foto. La miró fijamente, sus ojos llenándose de lágrimas frescas.

—Es la huella de la pata de Buddy.

Frank tomó nota.

—Nunca se lo quitaba... una empresa tomó una impresión de la pata de Buddy y luego redujo la imagen para que cupiera en el colgante. —Simon puso su puño en su boca y cerró los ojos con fuerza.

—Había un cordón —dijo Frank—. De la Abadía de Whitby.

—Lo recuerdo —dijo Katie—. Lo consiguió en una excursión escolar y ató el colgante al cordón.

—Mierda —dijo Simon, bajando la cabeza. Los objetos recuperados obviamente estaban haciendo que todo fuera más real para él.

Frank dudó, luego procedió cuidadosamente.

—También había un buscapersonas con él.

La mirada de Katie permaneció fija en la foto del colgante mientras respondía:

—Sí. Se lo dimos nosotros. Era diferente a la mayoría de los otros niños. Era autista. Queríamos que recibiera nuestros mensajes en cualquier momento... para que nos llamara desde teléfonos públicos, para decirle que volviera a casa... ese tipo de cosas. Le enviamos cientos de mensajes después de su desaparición.

Esto era interesante y algo que Frank aún no había considerado. El último mensaje recibido era el único que era descifrable. Todos los mensajes anteriores a ese habían sido corrompidos. Si los padres le enviaron mensajes después de que la escuela informara de su desaparición, significaba que el buscapersonas nunca los había recibido.

Lo cual significaba que el buscapersonas fue inmediatamente apagado por quien fuera que Greg hubiera conocido; o, Frank tragó saliva, Greg ya estaba muerto y dentro de esa nevera, cortando la señal del buscapersonas.

Katie levantó la mirada, sus ojos de repente distantes.

—Acabo de pensar en algo...

—Por favor, continúe —dijo Frank.

—El funeral... el funeral de Greg. Ya tuvimos uno. ¿Qué significa eso, exactamente? ¿Significa que necesitamos tener otro? ¿Organizar otro?

Frank no sabía cómo responder a esa pregunta.

—Estás siendo ridícula, Katie —dijo Simon.

Él ciertamente nunca habría soñado con responder así.

Katie sollozó de nuevo, sus hombros temblando con la fuerza de su dolor.

Frank reprimió una oleada de ira. Este hombre se estaba comportando como un completo imbécil.

—No puedo... no puedo... —Katie se interrumpió, ahogándose en sus sollozos. Finalmente, completó su frase—. No puedo hacer esto con él aquí.

Frank asintió. *¿Y quién podría culparte?*

—Ridículo, otra vez... —siseó Simon—. Es nuestro hijo.

—¡Era! —siseó Katie y miró entre Frank y Gerry—. Por favor. No quiero tener nada que ver con él.

Frank se puso de pie.

Simon estaba mirando fijamente a su esposa.

—¿Estás fuera de tus cabales? Si ni siquiera estamos juntos en esto... por Greg... ¿entonces qué oportunidad tiene?

Frank fue a abrir la puerta y llamó a dos agentes para que llevaran a la pareja a diferentes salas.

Gerry dijo:

—Señor Lyle, estábamos planeando hablar con ustedes dos por separado, de todos modos. Creo que ahora sería un buen momento para prepararnos para eso.

—¿Por qué no te preparas para irte a la mierda?

Frank se giró desde la puerta. Simon estaba ahora de pie.

—Señor Lyle, le estoy dando una advertencia. No debe hablar así a mi colega otra vez. —Miró a Katie, que estaba sollozando—. De hecho, no diga nada más... por ahora.

Simon avanzó bordeando la mesa, con lenguaje corporal agresivo. Frank se movió junto a Gerry.

Frank entrecerró los ojos.

—¿Ha escuchado mi advertencia, señor Lyle? Insisto en que no se mueva más.

Simon miró fijamente a Frank, lo consideró y luego dijo:

—Lo que sea.

Después de que los agentes los llevaran a diferentes salas, Frank miró a Gerry.

—¿Estás bien?

Gerry asintió.

—La reacción del señor Lyle, aunque extrema, no es infrecuente en casos como este. La confirmación repentina de un temor largamente sostenido a menudo se manifiesta como ira. Aunque no es agradable, no me sorprendió y, por lo tanto, no me siento demasiado inquieta.

Frank sacudió la cabeza. *Qué suerte tienes*, pensó. Se alegró de que la adrenalina disminuyera en su sistema.

—Hubo una cosa que me preocupó, sin embargo —dijo Gerry.

—Oh, ¿y qué fue eso?

—Tú, Frank.

Por Dios, allá vamos. ¿Puedo hacer algo bien?, pensó. —¿Cuál fue el problema? ¿Fui demasiado macho? Bueno, si lo fui, lo siento, Gerry, pero nací en una época diferente. Una época completamente diferente.

—No tiene nada que ver con tu masculinidad, Frank. Tiene más que ver con tu edad. Ese pequeño enfrentamiento con el señor Lyle fue arriesgado.

—Así que soy demasiado viejo para defenderte. ¿Qué pasaría si te hubiera atacado? Sé cuidarme. Te avisaré cuando sea demasiado viejo, Gerry. Muchísimas gracias.

—¿Has olvidado lo que pasó la última vez que te metiste en un altercado físico? ¿Tu cara?

—Me asaltaron.

—Sigue clasificándose como un altercado físico.

—Uno para el que no estaba preparado. Para este estaba preparado. Créeme.

—Ahora estás siendo demasiado macho. El alarde es peligroso. Tienes sesenta y cinco años.

Casi la corrige, pero luego recordó que tenía razón.

Como siempre lo tenía.

—¡Por Dios! ¡La próxima vez que alguien quiera atacar, me esconderé detrás de ti! Los tiempos ciertamente han cambiado.

—No tiene nada que ver con los tiempos o las épocas, Frank. Es más probable que yo sobreviva a un golpe fuerte que tú.

—¿Cuándo me convertí en un inválido?

—No en un inválido, pero la ciencia demuestra que tu densidad ósea no será tan fuerte y...

—Suficiente —dijo Frank, pensando, *A veces desearía que alguien me diera ese golpe final y acabara con todo de una vez.*

19

RAY ESTABA FRENTE al espejo en la sacristía de la Iglesia de San Claudio, dándose toques en las líneas rojas e irritadas de su cara. Tiró la bola de algodón manchada de sangre en un cubo cerca de sus pies.

Megan.

Su comportamiento había sido extremo, pero comprensible.

Le había fallado en el pasado, y ella ahora respondía a sus métodos poco convencionales.

Pero ¿se arrepentía de haberlo intentado?

No.

—No olvidemos —murmuró a su reflejo—, que el mismo Jesús volcó las mesas en el templo.

Miró alrededor de su sacristía, con su roble pulido y cuero desgastado.

Era difícil no preocuparse por las repercusiones de la visita improvisada de Megan. Parecían inevitables. Sin embargo, necesitaba mantenerse positivo. Su congregación necesitaba eso de él.

La puerta de la sacristía crujió al abrirse. Pam Eastwood, la secretaria de la iglesia, asomó la cabeza. Sus ojos bajo las gafas con montura metálica se agrandaron al ver el estado de su cara. —Reverendo, ¿está usted bien? He oído lo del alboroto durante el servicio.

Ray se giró. Sonrió, intentando no hacer una mueca de dolor. —¡Pam! No hay de qué preocuparse. Un culto demasiado entusiasta. —Su risa sonó hueca en la pequeña habitación. El rostro preocupado de ella no cambió.

Entró completamente en la sacristía, cerrando la puerta tras ella con un suave clic. —Llevo veinte años como secretaria aquí, y nunca he visto que un "culto" deje marcas como esas.

La sonrisa de Ray desapareció. Cuando se trataba de positivismo, Pam ciertamente no era la persona adecuada para el trabajo. —Está bien... esa mujer claramente necesitaba apoyo, pero se marchó antes de que pudiera hablar adecuadamente con ella. Por favor, no se preocupe, Pam, averiguaré quién es y veré si puedo ayudarla. —En cierto modo, no estaba mintiendo. Planeaba averiguar dónde estaba Megan. Al fin y al cabo, ¿qué otra opción tenía realmente?

Se arrodilló y se ocupó de guardar los suministros de primeros auxilios que su esposa había dejado fuera después de limpiar sus heridas.

Los ojos de la secretaria le taladraban. —Reverendo. La congregación está hablando. Están preocupados. Esa mujer... parecía conocerle. Sabía su nombre. Y le llamó mentiroso.

La mano de Ray se quedó quieta por un momento. Tomó una respiración profunda y luego reanudó su tarea con una naturalidad forzada. *Esto realmente no está bien*, pensó, suspirando interiormente.

—Ya sabes cómo es esto, Pam. La naturaleza del trabajo. A veces, nos convertimos en un receptáculo para el dolor de la gente, sus miedos. A veces, eso se manifiesta de... formas inesperadas.

—Pero eso no explica cómo sabía su nombre. El ataque fue tan personal... tan específico. ¿Quién era ella, Reverendo?

Ray sintió una gota de sudor deslizarse por su espalda. Se levantó y se enfrentó a Pam completamente, su mente funcionando a toda velocidad. *¿Iba a ser esto un problema?*, pensó. *¿Iba Pam a ser un problema?*

Reunió cada pizca de autoridad pastoral que poseía. Se acercó y puso una mano en su brazo. —Mi querida Pam, realmente no lo sé... todavía. En cuanto lo sepa, serás la primera en saberlo. Mira, aprecio

tu preocupación. De verdad, pero puedo asegurarte que no hay nada de qué preocuparse. Debe haber leído mi nombre desde la entrada, como le dije a Kath. Ahora dime, ¿cómo van los preparativos para la feria de la iglesia?

Pam parpadeó ante el repentino cambio de tema, su boca abriéndose, pero sin emitir sonido alguno.

—Pam, ¿la feria? —le insistió—. ¿No eras tú la que insistía ayer en que íbamos retrasados con la organización?

—Sí, yo... bueno, ha habido una mejora, supongo. Louise sigue insistiendo en ocuparse del puesto de pasteles de nuevo, a pesar del... incidente del año pasado.

—Ah, sí, el Gran Desastre del Bizcocho Victoria de 2023. —Ray se rio, el sonido más genuino esta vez. Sintió que parte de la tensión abandonaba sus hombros mientras se adentraban en un terreno más seguro—. Bueno, quizás podamos situarla en algún lugar menos... combustible este año. ¿Qué tal el puesto de libros? Siempre ha tenido buen ojo para la literatura.

Mientras Pam recitaba listas de voluntarios y promesas de donaciones, Ray sintió un alivio momentáneo. Pero el peso de sus secretos seguía presionándole, amenazando con aplastarlo bajo su masa.

Cuando terminaron y ella se giró para marcharse, hizo una pausa en la puerta y volvió a girarse. —Un asunto terrible, ¿verdad? Esa pobre criatura. Te hace preguntarte en qué se está convirtiendo el mundo, ¿no cree?

Él negó con la cabeza, sin saber de qué estaba hablando. —¿Criatura?

Ella parecía confundida. —Pensé que ya lo habría oído. Samantha Wells publicó algo en internet hoy sobre ese cuerpo en el muelle.

—No hablé con nadie de la congregación hoy... por razones obvias. Continúa, Pam. ¿Qué escribió Samantha?

—Bueno... —Bajó la voz—. Algunos que vieron el cuerpo en la nevera afirman que era un niño. Que era demasiado pequeño para ser un adulto.

Ray sintió que la sangre abandonaba su rostro. —Dios mío —susurró, con la voz ronca—. Qué... qué horrible. Pero seguramente...

¿cómo podrían saberlo realmente? Creo que lo mejor sería esperar noticias de la policía.

Pam asintió. —Espero que tenga razón, Reverendo. No podría soportar que fuera un niño.

—Sí —dijo Ray, cerrando los ojos, tomando una respiración profunda—. Sería terrible.

La luz colorida de la vidriera parecía burlarse de repente de la gravedad de la situación. Ray se sentó en su silla.

—Le traeré una taza de té, Reverendo, y luego veremos los folletos para la feria, ¿de acuerdo?

—Eso estaría bien, Pam.

Después de que Pam cerrara la puerta de la sacristía tras ella, se tocó la mejilla dañada e hizo una mueca de dolor.

¿Un niño?

¿Podría ser?

Desechó el pensamiento y tomó una respiración profunda. Entonces, por un breve y desenfrenado momento, Ray consideró tomar la mano de Megan y llevarla al frente de la congregación. Se imaginó viendo su rostro severo suavizarse mientras permitía que la verdad brotara.

La idea resultaba atractiva, pero luego pensó en su congregación. Le necesitaban. Se enderezó el cuello de la camisa y cuadró los hombros, preparándose para el día que tenía por delante.

20

Katie Rhodes retorcía entre sus dedos los restos de un pañuelo de papel. Frank le ofreció otro, que ella aceptó con un agradecido asentimiento de cabeza.

La sala de interrogatorios parecía más grande sin la opresiva presencia de Simon Lyle, pero seguía haciendo el mismo calor, y las moscas continuaban irritando con sus vuelos kamikaze hacia la luz.

Gerry estaba sentada a su lado con su postura perfecta como siempre, con su libreta abierta frente a ella.

—Señora Rhodes —comenzó Frank—. Sé que esto es difícil, pero cuanta más ayuda pueda darnos, más eficaces podremos ser. Dicho esto, si usted necesita más tiempo, no dude en pedirlo.

Katie negó con la cabeza. Una mirada decidida emergió de sus ojos enrojecidos. —No. Estoy bien.

Frank asintió. —Gracias. De acuerdo, quizás podría empezar contándonos un poco más sobre cómo era Greg.

Los ojos de Katie se suavizaron, y un fantasma de sonrisa se dibujó en su rostro. —Era especial... único... Sé que todos los padres dirían esto, pero Greg tenía su propia forma de mirar el mundo, de ver cosas que otros no percibían.

Frank sonrió, notando para sí mismo cómo Katie podría haber estado describiendo perfectamente a su colega sentada a su lado.

—Cuando tenía ocho años, ya podía nombrar todas las especies de peces del Mar del Norte. —El orgullo en su voz era evidente.

La mente de Frank se dirigió a Maddie a los ocho años, su pasión por el dibujo cubriendo cada pared de su cocina. Deseaba poder hablar de eso con el mismo orgullo que Katie tenía en su voz, pero para él, el recuerdo solo dolía.

—Conseguimos a Buddy, un perro rescatado, para el undécimo cumpleaños de Greg. Desde ese día, raramente estaban separados. —La mirada de Katie se perdió en la distancia—. Greg hablaba con Buddy como si fuera uno de nosotros. Decía cosas como: "Buddy, ¿sabes que los pulpos tienen tres corazones?". Pero, ya sabes, Buddy le miraba como si entendiera cada palabra.

—Parece que formaban un gran equipo.

—Inseparables. Hubo una vez, Greg tenía unos doce años, e hicimos un viaje a Robin Hood's Bay. Las pozas de marea le fascinaban. Le señalaba a Buddy todo lo que vivía en ellas. El perro simplemente se quedaba allí, paciente como nada, mientras Greg le daba una conferencia completa de biología marina. —Suspiró—. Era un perro maravilloso. Buddy.

—Tiene unos recuerdos preciosos.

Katie se secó los ojos con el pañuelo nuevo, asintiendo.

—Señora Rhodes —intervino Gerry—, tener un hijo autista a menudo conlleva desafíos. —Su tono era neutral, pero no descortés —. ¿Podría hablarnos sobre ellos?

Katie pareció sobresaltada por la pregunta al principio, y guardó silencio durante un tiempo, mientras las moscas zumbaban y chocaban contra la luz en el techo. Finalmente, tras observar a Gerry por un momento, Katie asintió, y había aceptación en su expresión. —Había muchos... —Hizo una pausa y bajó la cabeza. Frank sospechaba que se sentiría culpable, como si de alguna manera pudiera estar criticando a su hijo perdido al expresar los desafíos.

Gerry dijo: —Por favor, tómese su tiempo.

El lado empático de Gerry era algo que Frank no había visto a menudo. Apreciaba este raro vistazo.

—Los ruidos le abrumaban —dijo Katie—. Lo notamos cuando era muy pequeño. Se sentaba, con las manos sobre las orejas, balanceándose. Mejoró después de que llegara Buddy... Sabéis, era muy curioso sobre el mundo. Tan exigente en su necesidad de

conocer las cosas. A veces resultaba agotador con sus preguntas, pero era extraordinario ver crecer esa fascinación. Y, ya sabéis, seguía las normas al pie de la letra. Las desviaciones de las reglas podían provocarle crisis.

—Las personas neurodiversas suelen guiarse mucho por las reglas —dijo Gerry—. Les ayuda a aferrarse a estructuras concretas identificables en un mundo caótico.

A Frank le pareció que Gerry estaba hablando ahora de sí misma.

Katie asintió en señal de acuerdo. —Se memorizaba todas las normas del colegio, todas las leyes de tráfico. Hubo una vez que vio un coche aparcado en una línea amarilla doble. Estaba tan disgustado que insistió en que esperáramos allí hasta que volviera el conductor para explicarle por qué estaba mal. Habría sido un excelente agente de policía. Uno con principios morales, al menos. Aunque, quizás le habría resultado difícil que le aceptaran en esa carrera. El mundo nunca pareció aceptar a mi hijo.

—El mundo ha tardado en avanzar —dijo Gerry—. Pero se han conseguido mejoras. Lamento que Greg no esté aquí para verlas. Estoy segura de que Greg habría sido un maravilloso agente de policía.

Frank sintió una oleada de orgullo al escuchar hablar a su colega.

Katie se presionó el pañuelo contra los ojos y se tomó un momento para componerse. —Lo habría sido. Y sí, puedo ver cómo ha mejorado la sociedad. Aunque estaba diagnosticado, sé que ahora hay más apoyo para niños como Greg. Apoyo en la escuela, comprensión de las personas alrededor. Antes era menos así. La gente se alejaba. No querían reconocer nada fuera de lo ordinario. Como dijiste, creo que habría prosperado en el mundo de hoy.

—Sí —dijo Frank—. Lo habría hecho.

Ella arqueó una ceja hacia Frank. —Quizás... quién sabe... ¿lo que pasó nunca habría ocurrido?

La curiosidad de Frank se despertó. —Disculpe, señora Rhodes, pero ¿podría explicar a qué se refiere?

—Nada en particular... solo que una sociedad más cálida y atenta podría haberle animado a compartir más sus preocupaciones. En lugar de encerrarse y ocultar sus problemas.

La mención de problemas no podía pasar sin ser comprobada. —¿Alguno en particular... que no hayamos discutido ya? —presionó Frank suavemente.

—En los meses previos a su desaparición, parecía más retraído. Más callado de lo habitual. Pensé que solo era porque se estaba haciendo mayor, ya saben. Las hormonas. Pero siempre había sido muy abierto conmigo. De repente, parecía bastante reservado. Resultaba... desconcertante.

—¿Le preguntó sobre esto? —preguntó Frank.

—Por supuesto, sí, pero descartó mi paranoia. Greg era increíblemente honesto. Lo había sido toda su vida. Simplemente no podía aceptar que estuviera ocultando algo.

—¿Mencionó a alguien nuevo en su vida? —preguntó Gerry—. ¿Algún amigo nuevo, quizás?

Katie negó con la cabeza. —El único amigo del que hablaba era Terry. Tenían personalidades similares. ¡Los pillos solían esconderse en una casa del árbol en el jardín de Terry! Pensándolo ahora, Terry era más propenso a las crisis que Greg. Mi hijo era definitivamente más reflexivo. Se encerraba en sí mismo cuando se sentía abrumado en lugar de explotar... —Hizo una pausa, miró al vacío y luego sus ojos se abrieron ligeramente—. Acabo de recordar algo. Martha Higgins, mientras trabajaba como señora del paso de peatones, me dijo que había visto a Greg hablando con un hombre adulto mientras paseaba a Buddy, durante uno de sus paseos matutinos. Esto fue unas tres semanas antes de que desapareciera. No sabía si era relevante, todavía no lo sé, *pero* se lo mencioné a la policía en aquel momento.

Frank asintió, recordando el detalle de las notas. A pesar de tener una descripción de un hombre con un mono de trabajo sucio, potencialmente algún tipo de mecánico, proporcionada por Martha Higgins, la pista no había llevado a nada. Martha había señalado que el hombre se había puesto en cuclillas para acariciar a Buddy. Finalmente, la pista había sido descartada como nada más que el interés de un transeúnte en Buddy.

—¿Le preguntó sobre este transeúnte? —inquirió Gerry.

—Sí. Dijo que no podía recordarlo. Dijo que muchas personas se detenían para acariciar a Buddy, lo cual supongo que era cierto. Aun así, Martha había dicho que parecía estar disfrutando de la conversación y que no fue tan breve. Por lo tanto, pensé que era extraño que no lo recordara. Pero no insistí. Pensé que si era importante, me lo diría. —Su rostro se arrugó—. ¿Debería haber hecho más preguntas?

Frank le ofreció una mirada comprensiva. —Estoy seguro de que preguntó lo suficiente. Los adolescentes guardan cosas para sí mismos. Solo hay cierta cantidad—

—Sí, pero Greg era autista. ¿Debería haber prestado más atención?

—Por todo lo que ha dicho —la voz de Frank era suave pero firme—, no veo más que a una madre atenta y cariñosa.

Ella se emocionó de nuevo, pero su expresión estaba llena de gratitud por las amables palabras.

—Señora Rhodes —dijo Gerry—, ¿podría hablarnos sobre la relación de Greg con su padre?

El rostro de Katie se nubló. —Tensa... Creo que habéis visto qué tipo de hombre es Si. Pero hubo un tiempo en que yo estaba ciega ante su comportamiento. Solo quería que él y Greg tuvieran una relación más fuerte, y amaba a Si. —Suspiró—. De alguna manera, simpatizaba con Si, porque luchaba por entender y aceptar el diagnóstico de Greg. Si no fuera por su aventura, podría seguir con él, ciega ante lo cabrón que puede ser... Imagínate. Siempre presionaba a Greg para que fuera "normal", lo que sea que eso signifique. —Miró a Gerry—. Indignante, ¿eh? Avergonzado de su hijo... avergonzado de él. —Los ojos de Katie se estrecharon al recordar algo—. Hubo una excursión de pesca en grupo cuando Greg tenía doce años. Era para padres e hijos. Pero Greg... no podía soportar la idea de lastimar a los peces. Pasó el primer día dando conferencias a Si y a los otros padres sobre conservación marina y la importancia de prácticas pesqueras sostenibles. Si estaba furioso. Arrastró a Greg a casa, llamándolo "maldito sabelotodo" todo el camino. Incluso dijo que estaba decepcionado de tener un hijo que ni siquiera podía pescar correctamente. —Hizo una pausa, tragando

con dificultad—. Greg no habló durante días después de eso. Solo se sentaba en su habitación, leyendo libros de biología marina a Buddy.

Frank sintió una oleada de ira. Lo había visto antes. Padres despectivos con sus propios hijos.

Pensó en su propia relación con Maddie. ¿Había sido similar?

¿Había expresado decepción y vergüenza?

Dios, perdóname, Maddie, si alguna vez hice eso.

—Y el día antes de que Greg desapareciera —continuó Gerry suavemente—, cuando Greg se enteró de la aventura, ¿podría describir lo que sucedió?

Los ojos de Katie se movieron nerviosos antes de que su rostro se descompusiera. —Fue simplemente... horrible. Todavía hay noches en las que lo revivo en mis sueños. Fuimos a su casa. Greg y yo. Raven. Apenas era una cría. Asqueroso. Todavía la veo por ahí ahora. Una vez intentó disculparse conmigo. ¡Le dije dónde podía meterse sus disculpas! Eso sí, al menos tuvo sentido para deshacerse de Si antes de que las cosas se pusieran demasiado serias. Obviamente tenía más agallas que yo... Hizo falta perder a mi hijo para despertarme...

—¿Qué pasó en la casa? —preguntó Frank.

—Greg estaba en el coche y escuchó a Si y a mí discutiendo en la puerta de Raven. Si estaba gritando... yo lloraba. Estaba conmocionada. Tan conmocionada. —Se tocó el pecho y se emocionó—. Todo el camino a casa, Greg se balanceaba en el asiento del copiloto, con las manos sobre las orejas, diciendo "basta, basta, basta" una y otra vez. —Katie bajó la cabeza—. Nosotros le hicimos eso a nuestro propio hijo.

—Parece que Simon es el responsable —dijo Frank—. No usted.

—Pero no debería haberlo expuesto a eso. No pensé. Fue un error estúpido.

Mientras Frank tomaba notas, se le encogió el corazón. Greg, un niño autista, ya luchando por dar sentido al mundo, de repente enfrentado a la ruptura de su unidad familiar.

—Greg desapareció al día siguiente —dijo Katie, con una voz apenas por encima de un susurro—. Para siempre. ¿Cómo podría ser una coincidencia? Por eso fui tan rápida en creer la narrativa del

acantilado... Quiero decir... no parecía tan difícil creer que podría haberse quitado la vida.

Frank asintió.

—¿Cómo parecía estar Greg a la mañana siguiente? —preguntó Gerry—. ¿Antes de que se fuera?

—No muy diferente —dijo Katie, con voz temblorosa—. De todas formas, estaba callado la mayoría de las mañanas. Me abrazó antes de irse con Buddy, pero siempre hacía eso, así que no tuve ninguna razón para preocuparme. Además, tenía a Buddy para cuidar de él. Buddy. Buddy... ¿estaba Buddy con él? ¿También lo habéis encontrado? ¿Estaban juntos cuando murió?

Frank negó con la cabeza. —No hemos encontrado los restos de Buddy.

Ella bajó los ojos. —Eso podría haber sido algo. Su mejor amigo con él. Me pregunto qué pasó con Buddy.

Una buena pregunta, y una que el último equipo de investigadores no había abordado adecuadamente. Después de concluir que el chico probablemente había caído desde un acantilado, nunca pensaron en preguntarse qué había pasado con el perro. ¿Habían asumido simplemente que había sido robado?

Gerry se inclinó hacia delante. —Señora Rhodes, sé que proporcionó detalles sobre la rutina matutina habitual de Greg, pero ¿podría repasarla nuevamente con nosotros para ver si se pasó algo por alto?

Katie asintió. —Oh sí. Se despertaba exactamente a las 6:45 cada mañana, sin necesidad de alarma. Desayunaba —siempre dos trozos de pan tostado con mermelada de fresa, nunca de frambuesa — mientras leía un libro sobre vida marina. Luego se vestía, siempre abrochándose la camisa de abajo hacia arriba, nunca de arriba hacia abajo. Después, salía a dar su paseo con Buddy. Salía a las 7:45, llueva o haga sol, en punto, tomaba la misma ruta hasta la Iglesia de San Claude, y luego volvía a casa. Dejaba a Buddy y se iba a la escuela.

—¿Alguna vez Greg se desvió de esta rutina? —preguntó Frank.

—No que yo supiera. Cuando la escuela llamó para decir que no había llegado... supe que algo estaba terriblemente mal. Greg nunca

rompería su rutina de esa manera. Nunca. No puedo creer que fuera a buscar a su padre a casa de esa mujer... —Se cubrió la cara con las manos—. Y pensar que fue a comprarme flores para animarme... era un chico tan dulce.

Frank no podía soportar más su dolor. Recogió su silla y fue a sentarse junto a ella. Extendió la mano y tocó su brazo. —Greg parece que era un gran chico... y parece que te quería mucho.

Ella lloró por un momento, y Frank miró a Gerry. Tenía los ojos bajos mientras escribía en su libreta. Su rostro era impasible, pero Frank sabía que esto también le afectaba.

Le preguntó sobre el mensaje del buscapersonas, pero ella simplemente le miró, confundida. —Hasta donde yo sé, solo nosotros teníamos su número de buscapersonas... y desde luego yo no le envié ese mensaje. ¿Qué significa siquiera?

Buena pregunta, pensó Frank.

Después de algunas preguntas más, Frank regresó a su lado de la mesa. Cuando se sentó, Katie lo miró, con los ojos muy abiertos. —¿Cuándo podré verlo entonces? A Greg, quiero decir.

Frank sintió que se le revolvía el estómago. Había estado temiendo esta pregunta. —Quizás no sea una buena idea—

—Necesito... necesito despedirme adecuadamente.

—Lo entiendo, señora Rhodes, pero me temo que no sería posible en este momento. Todavía estamos investigando la causa de la muerte.

—Pero es mi hijo —suplicó Katie, con la voz quebrada—. Necesito verlo. Abrazarlo una última vez.

—En algún momento, puede que sea posible. Pero, le aconsejaría que es mejor recordar a Greg como era.

El rostro de Katie se descompuso de nuevo, lágrimas frescas rodando por sus mejillas. —Simplemente no lo entiendo. Pensaba que fue suicidio. ¿Quién querría hacerle daño? Era un alma tan gentil. No lastimaría ni a una mosca.

Frank sintió que sus propios ojos se irritaban. Parpadeó rápidamente, intentando mantener la compostura. —Haremos todo lo que esté en nuestro poder para encontrar la verdad.

Katie asintió, su dolor ahora más allá de las palabras. Se aferró a la mano de Frank en su brazo como si fuera un salvavidas.

Gerry, que había estado en silencio por un tiempo, habló. —Señora Rhodes. ¿Hay algo más que pueda decirnos? ¿Algún detalle menor que pueda ayudar?

—Yo... no lo sé. Todo es tan confuso ahora. Pero Greg, él... siempre intentaba hacer lo correcto. Incluso cuando era difícil. Incluso cuando otras personas no lo entendían.

Frank asintió. —Es bueno saberlo, señora Rhodes. Nos ayuda a entender quién era Greg.

—Era especial... único... —dijo Katie, enterrando su rostro entre sus manos.

Eran las mismas palabras que había utilizado para describir a su hijo al principio de la entrevista.

Un eco conmovedor que hizo que Frank se sintiera más decidido que nunca.

21

MIENTRAS SIMON LYLE tamborileaba con un ritmo impaciente sobre la mesa, Frank luchaba contra el deseo de estampar su puño sobre los dedos del hombre. *Recuerda, puede que sea un grano en el culo, pero no olvides el infierno por el que ha pasado, y lo que ha descubierto hoy.* —Sabemos que esto no es fácil, señor Lyle.

Simon infló las mejillas y tamborileó con más fuerza.

—Sin embargo, realmente necesitaríamos su ayuda —dijo Frank.

—¿Qué es lo que necesitan saber? —No había entusiasmo en su voz.

Frank intercambió una mirada rápida con Gerry, que estaba tomando notas, probablemente sobre su comportamiento. —¿Cómo era vuestra relación con Greg en aquel momento?

—Era mi hijo. Nos queríamos. ¿Qué más hay que saber?

Frank suspiró para sus adentros. —Lo agradeceríamos... Sabemos que había problemas familiares. Cuanto más podamos averiguar sobre el estado mental de Greg ese día, más fácil será descubrir lo que realmente sucedió.

Simon resopló. —¿Estáis pensando que yo tuve algo que ver?

—¿Por qué pensaríamos eso? —preguntó Frank.

El rostro de Simon se retorció. —No fui el padre del año, pero supongo que eso ya lo sabíais, ¿o por qué seguiríamos esta línea de interrogatorio?

—Señor Lyle —respondió Gerry—. No estamos aquí para juzgar su papel como padre. Nuestro objetivo es obtener la comprensión

más amplia posible de los momentos previos a la muerte de Greg. Necesitamos conocer el estado de cada relación que Greg mantenía en ese momento.

Simon respiró hondo, apretando la mandíbula. —¿De acuerdo? ¿Empezamos aquí? —Agitó un dedo en el aire—. Anotad esto. Pasé trece años intentando averiguar cómo ser padre de un chico que... que, bueno, no era como los demás chicos.

—¿Le resultó difícil aceptar el diagnóstico de autismo de Greg? —preguntó Gerry.

—¿Difícil aceptar su diagnóstico? Escucha... ¡Me resultaba difícil Greg, punto!

—¿Por ser autista?

—Por no ser como los demás. ¿Me estoy repitiendo? ¿Tienes hijos? —Estaba mirando directamente a Gerry.

—Yo sí —respondió Frank, intentando sacar a Gerry de la confrontación—. Una hija.

—¿Y?

Frank estaba confundido. —¿Y qué?

—¿La entendías completamente?

Frank realmente tuvo que contenerse para no sonreír. —¿Una adolescente? Bueno, lo intenté. Fue todo un desafío, sin duda. No estoy seguro de haber acertado siempre.

Simon se inclinó hacia delante, con mirada intensa. —Pero lo intentaste, ¿verdad? Porque era una chica adolescente. Como otras chicas adolescentes. Apuesto a que encajaba perfectamente, ¿eh?

No exactamente, no, pensó Frank, pero realmente no quería entrar en eso.

—Mi chico no era como ningún otro adolescente —continuó Simon—. Lo intenté, pero estaba dando palos de ciego. —Miró hacia la mesa durante un breve momento, y Frank se dio cuenta de que ya no tamborileaba con los dedos sobre ella.

—La verdad es que no quería tener mucho que ver conmigo —dijo Simon.

—Eso puede no ser cierto —dijo Gerry—. Greg podría haber tenido dificultades para expresar lo que realmente quería. Puede que

te quisiera profundamente y no lo transmitiera de una manera que hubieras entendido, o con la que te hubieras sentido cómodo.

Simon negó con la cabeza. —Qué va. Él y yo éramos como el agua y el aceite. Greg, él estaba... estaba en su propio mundo la mitad del tiempo. Intentaba conectar con él, hacer cosas de padre e hijo, pero era como... como intentar comunicarse con alguien a quien no conocía, ni llegaría a conocer jamás. Simplemente no estábamos cortados por el mismo patrón. Me habría ido mejor con la chica adolescente. —Asintió hacia Frank.

No sé yo, pensó Frank, *tampoco está siendo un camino de rosas.*

—Cada persona es única, señor Lyle, independientemente de cualquier diagnóstico —dijo Gerry—. Y todos tienen sus desafíos. Además, creo que las cosas habrían sido diferentes para usted si hubiera nacido ahora con autismo. Habría habido más apoyo para entender las necesidades de Greg y leer sus comportamientos.

—Estupendo saberlo, gracias. —Los hombros de Simon se hundieron—. La realidad es que no sabía cómo ser padre para Greg. Todo lo que intentaba parecía empeorar las cosas. Y Katie... hacía que todo pareciera tan jodidamente fácil.

Simon se había presentado como un hombre difícil de compadecer, pero Frank consiguió sentir algo de simpatía ahora. No solo había frustración en la voz de Simon, sino también un profundo dolor subyacente. He aquí un hombre que realmente podría haber necesitado la ayuda a la que Gerry se refería.

—Apuesto a que Katie os contó algunas historias, ¿eh? —Simon levantó una ceja—. ¿La excursión de pesca, por casualidad?

Frank intentó mantener una expresión neutra.

El repentino resoplido de Simon indicó que Frank había fracasado.

—¡Le encanta esa historia! —dijo Simon—. ¡Mi mejor momento, esa excursión de pesca! Al parecer, le dije que me avergonzaba de él.

—Entonces, ¿no dijo eso? —preguntó Gerry.

—No exactamente. Le dije que no quería avergonzarme de él. Que quería que encajara. Desesperadamente. Le dije que le ayudaría de cualquier manera posible.

—No puedes obligar a alguien a encajar —dijo Gerry.

—Eso me decía Katie a menudo.

—Y tenía razón —dijo Gerry.

—Quizás... sí... ahora lo veo. Creo que es bastante obvio que la cagué en algún momento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Frank.

—Quiero decir que la cagué.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, está muerto, ¿no? Así que, obviamente, algo hice mal.

—¿Entonces se siente directamente responsable de su muerte? —preguntó Gerry.

El rostro de Simon se arrugó. —Bueno, claramente pensáis que lo soy... ¿por qué me estaríais interrogando si no? Mirad... —Se inclinó hacia delante y se frotó las sienes—. Me crió un padre al que le gustaba arreglar cosas. Cualquier problema necesitaba una solución. Yo veía el autismo como un problema que requería una solución. ¡La sociedad se escandalizaría por eso hoy en día, lo sé! Intenté arreglar a alguien que era inarreglable.

—Él no estaba roto —dijo Gerry—. El concepto de arreglar...

—Vale... —La interrumpió—. Lo entiendo. En cierto modo, eso es lo que quería decir. Estaba intentando hacer algo que no necesitaba ser hecho.

—Dijiste que Katie hacía que todo pareciera fácil. ¿Podrías explicar a qué te referías? —preguntó Frank.

—Ella siempre sabía qué hacer, qué decir. Greg hablaba con ella durante horas sobre sus malditos peces y criaturas marinas. ¿Pero conmigo? Nada. Era como si ni siquiera existiera.

—¿Alguna vez habló con un profesional? —preguntó Gerry.

—¿Eh? —Simon resopló—. ¿Así que era yo el que necesitaba arreglarse? ¿Es eso lo que estás sugiriendo?

—No quise decir eso —dijo Gerry—. Me refería a alguien que pudiera escuchar cómo te sentías.

—No, no lo hice.

—De acuerdo —dijo Frank—. Hablemos del día antes de que Greg desapareciera. La noche en que Katie condujo hasta la casa de Raven Blackstone.

Simon cerró los ojos y se pasó ambas manos por el pelo gris. —En serio... estoy seguro de que ya tenéis todos los detalles de eso en vuestras notas.

—Esta es una nueva investigación —dijo Frank.

—Bueno, vale... esa noche fue un auténtico espectáculo de mierda. —Negó con la cabeza—. ¡Puedes anotar eso!

Frank notó que Gerry estaba garabateando de nuevo, pero dudaba que estuviera registrando realmente esas palabras.

—Una de las amigas de Katie me había visto entrar en casa de Raven el día anterior. La cotilla se lo contó a Katie casi de inmediato. Sabes, no tenía intención de seguir engañando. Iba a decírselo yo mismo a Katie. Planeaba dejarla, ¿sabes? Era lo justo... simplemente nunca tuve la oportunidad. —Miró entre sus caras—. Pero puedo ver que me estáis juzgando.

Simon era un hombre consumido por la paranoia, la culpa y la ira, se dio cuenta Frank.

Simon respiró hondo. —De todos modos, Greg nos escuchó discutir fuera de esa casa. Principalmente sobre la edad de Raven. Sí, era joven... lo entiendo... pero lo suficientemente mayor, ya sabes, ¿para saber lo que quería? Esto debió de sonar terrible para Greg. —Se frotó las sienes de nuevo—. El chico estaba muy alterado. Cuando miré, se estaba tapando los oídos, meciéndose hacia adelante y hacia atrás en el coche. Lo había visto mal antes, pero nunca tan mal como entonces. Le dije a Katie que si era una buena madre, lo llevaría a casa. Ya sé, ¿verdad? Un auténtico cabrón... después de todo, esto era culpa mía. No soy el mejor tomando decisiones correctas en situaciones estresantes.

Nunca lo habría adivinado, pensó Frank.

—En fin, Katie se lo llevó de casa de Raven... y eso fue todo. Nunca volví a ver a mi hijo. —Se quedó mirando al vacío durante un breve momento. Frank le concedió este momento de reflexión—. Le quería, por cierto, más que a nada, aunque nadie parezca creerme. En realidad, ¿por qué no apuntas eso también en tu cuaderno? Puede que tuviéramos problemas de comunicación, pero le quería. Que conste. Le. Quería. No estoy seguro de que haya quedado claro hasta ahora.

—Creo que amaba a su hijo —dijo Frank, y lo decía en serio.

Simon le dirigió una mirada de gratitud. Era la expresión más amable que había mostrado el padre en duelo hasta ahora.

—Ahora, Greg llamó a casa de Raven Blackstone a la mañana siguiente. Ella dijo que usted no estaba, ¿verdad? —dijo Gerry.

Bajó la mirada. La voz de Simon apenas superaba un susurro ahora. —Podría decíroslo ahora... debería haberlo hecho entonces, en realidad... aunque no suponga ninguna diferencia. Estaba allí. Vale. Arriba en su casa. Había pasado la noche allí.

Frank asintió. —¿Así que mintió? ¿Tanto usted como Raven?

Simon bajó la mirada, sus mejillas enrojeciendo de vergüenza. —Le dije que le dijera a Greg que ya me había ido a trabajar.

—¿Por qué?

—Porque no podía enfrentarme a él —dijo Simon, levantando los ojos—. Porque era un cobarde.

—¿Entonces por qué no nos lo dijo en su momento?

Simon respiró hondo. —Por la puta vergüenza, ¿por qué si no? Estaba arriba. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, obviamente habría bajado. Pero necesitaba hablar con él adecuadamente sobre Raven, y no quería hacerlo en la puerta a primera hora de la mañana. Al menos ahora estoy diciendo la verdad.

Veintiséis años después, pensó Frank. *Dios mío.*

—¿Cómo conoció a Raven Blackstone? —preguntó Gerry.

—Trabajaba en el Café Harbour Lights. Era interesante.

—¿Veinte años? —añadió Frank.

—Bueno, yo era infeliz —dijo Simon—. Mi mundo me estaba asfixiando. En casa, sentía que constantemente estaba pisando sobre cáscaras de huevo, sin saber nunca qué podría alterar a Greg. Con Raven, podía simplemente dejarme llevar.

Frank no pudo evitar pensar en su difunta esposa, Mary, y en la aventura que había tenido. ¿Era eso por lo que lo había hecho, también? ¿Se había sentido asfixiada? Tragó saliva y se volvió a concentrar.

Simon suspiró. —Pero estaba mal. Yo estaba equivocado. Lo gracioso es que ni siquiera era mi tipo. Es una gótica. En aquel entonces, no era tan extrema como lo es ahora, pero aun así...

maquillaje oscuro y ropa negra, te haces una idea. Hoy en día, apenas la reconozco. Un poco desastre, si me preguntas. Era guapa tal como era.

—¿Cómo era la relación? —preguntó Frank.

—Intensa. Excitante. Creo que ambos nos estábamos utilizando mutuamente para escapar de nuestros propios problemas. Ya conoces los míos. Raven tenía los suyos.

—¿Y cuáles eran? —preguntó Frank.

Se encogió de hombros. —Nunca lo dijo. Era mucho más reservada que yo. Fuera lo que fuese, era traumático. Recuerdo que tenía pesadillas horrorosas que la hacían gritar. Aun así, mirando atrás, nos divertimos. Podríamos haber tenido un futuro si no hubiera sido por lo que le pasó a Greg... Ella no podía soportarme a mí y a mi trauma, me lo dijo directamente. Parecía bastante poco comprensiva, pero ahora lo entiendo. Si su trauma era algo parecido al mío después de perder a mi hijo, entonces puedo entender por qué no habría espacio para la angustia de nadie más. —Miró fijamente a Frank.

—¿Cuánto duró la relación?

—Aproximadamente un mes antes de que Greg desapareciera y un mes después. Como ya dije, Raven era inestable. Propensa a cambios de humor. Un minuto estaba encima de mí, al siguiente me apartaba. Añade eso a mi dolor y desesperación. Era una mezcla volátil.

—¿Notó algo inusual en las semanas previas a su desaparición? —preguntó Gerry.

Simon negó con la cabeza. —Greg era todo rutina. Lo mismo, cada día. Despertar, desayuno, pasear al perro, escuela. Repetir.

—¿Mencionó alguna vez nuevos amigos? ¿Alguien con quien estuviera pasando tiempo? —insistió Gerry.

Simon frunció el ceño. —Greg realmente no tenía amigos. Solo ese chico Terry. Y Buddy, por supuesto. Ese maldito perro era su mejor amigo. Ahora que lo pienso, creo que se llevaba bien con ese reverendo de St Claude's.

—¿Ray Lawson? —preguntó Frank.

—Sí. Ese es. Yo nunca iba a la iglesia. Eso era cosa de Katie. Y Greg iba a la escuela dominical cuando ella iba, así es como llegó a conocer al reverendo. Me lo encontré algunas veces. Parecía agradable... un poco raro, quizás... pero amable.

—¿Raro cómo? —preguntó Frank.

—¿Su trabajo de vida es la iglesia? —Sonrió con ironía—. ¿No es eso suficiente?

—Para algunos, la iglesia es una fuente de consuelo y comunidad —dijo Gerry—. Proporciona estructura y significado a sus vidas.

—Para algunos —dijo Simon—. Ciertamente no para todos. ¿Dónde estaba Dios cuando metían a mi hijo en una nevera?

Frank intervino antes de que Gerry pudiera responder. —¿Alguien más aparte de usted y Katie tenía su número de buscapersonas?

Simon negó con la cabeza. —Por supuesto que no.

Frank anotó el mensaje que Greg había recibido a las 7:03 a.m. Simon lo miró. —Mensaje extraño.

—Incompleto... y no sabemos quién lo envió. ¿Significa algo para usted?

Simon se encogió de hombros. —¿Cómo podría? ¿Podría ser un error? Un fragmento del mensaje de otra persona. A veces, la gente se conecta al teléfono equivocado, ¿no... en estos días? Ciertamente yo no lo envié. ¿Quizás se lo envió su amigo, Terry?

Frank asintió. —Se lo preguntaremos.

Ahora que se había abierto, Frank y Gerry podían interrogarlo más a fondo, pero les costaba obtener algo nuevo. Frank estaba a punto de dar por concluida la entrevista cuando notó que los ojos de Simon de repente se vidriaron, como si estuviera al borde de las lágrimas. —Sabes, la última vez que lo vi, y no me refiero a dentro del coche frente a la casa de Raven... quiero decir que realmente lo vi... fue un par de semanas antes, cuando lo pillé sentado en las escaleras, escuchando a Katie y a mí discutir. Parecía tan... perdido. Tan... asustado. Le pregunté si estaba bien, y simplemente me miró como si ni siquiera estuviera allí. Intenté tocarlo, pero no hubo respuesta. Simplemente me miraba como si yo fuera invisible. —El dolor en la voz de Simon era palpable. Frank podía ver que el hombre estaba al borde del precipicio.

—Señor Lyle —dijo Gerry, con voz sorprendentemente suave—. El duelo puede manifestarse de múltiples formas. Mirar hacia atrás en eventos pasados para buscar culpa y autorreproche es una de ellas. Debería ser consciente de esto. Los recuerdos no siempre son productivos.

Simon tomó aire temblorosamente, visiblemente tratando de recomponerse. Miró a Gerry como si realmente apreciara sus palabras. —Se siente como si fuera ayer, ¿sabes? —Negó con la cabeza—. Pero, supongo que siempre se siente como si fuera ayer.

Y siempre será así, pensó Frank, reflexionando sobre la pérdida de su esposa.

Simon levantó la mirada, sus ojos encontrándose con los de Frank. Por primera vez desde que comenzó la entrevista, había una mirada desesperada y suplicante en su rostro. —Por favor. Haced que paguen por lo que le hicieron a mi chico.

Frank pensó en Maddie, en las veces que le había fallado, en los arrepentimientos que cargaba. En ese momento, a pesar de todos los defectos y errores de Simon, Frank sintió una profunda conexión con el hombre roto que tenía delante.

Asintió brevemente. —Tengo la intención de hacerlo.

22

La mirada de Lilly derivó hacia su pequeña maceta de delicado Zdravets rosa en el mostrador y suspiró. Bulgaria ahora parecía estar a toda una vida de distancia.

Cambió el cartel de "Abierto" a "Cerrado" y cerró la puerta principal con llave, luego se dirigió a la caja registradora para contar los ingresos del día. No había sido el mejor día, pero al menos no había habido más momentos dramáticos.

Ningún ruido más desde abajo.

Después de registrar las ganancias, recogió una bandeja de comida que había preparado y bajó al sótano, con los escalones crujiendo bajo su peso. Al llegar abajo, movió las cajas y volvió a abrir la puerta de madera con llave.

Había dispuesto alfombras para que los niños se acostaran. Un pequeño calefactor eléctrico zumbaba suavemente en un rincón, manteniendo el frío a raya. Colocó la bandeja en el suelo y se acercó lentamente, con las manos extendidas en un gesto de paz. —Shh, миличък. —*Cariños*—. в безопасност си. —*No falta mucho. Estáis a salvo.*

El más pequeño, un niño de siete años, gimoteó y escondió su rostro en el hombro de la niña mayor, Ivana. La chica de doce años sostuvo la mirada de Lilly con una mezcla de desafío y miedo.

Lilly se arrodilló a cierta distancia, teniendo cuidado de no agobiarles. Sonrió suavemente, con ojos llenos de compasión. Les

informó que les había traído comida, pan fresco, queso y fruta, y señaló la bandeja que había dejado.

El tercer niño, un chico de diez años, miró la bandeja con hambre pero no hizo ningún movimiento hacia ella.

Acercó la bandeja hacia ellos, pero no insistió en que la cogieran. En su lugar, susurró en su idioma, desesperada por calmarlos en este silencio tenso. Les habló sobre flores y hermosos paisajes naturales de su país natal.

Los niños habían llegado la noche anterior, y ella les había informado que estarían aquí durante dos o tres noches. Señaló un televisor y un reproductor de DVD y les preguntó si querían ver dibujos animados búlgaros otra vez. La noche anterior, el niño de siete años se había reído, pero los mayores habían mantenido rostros impasibles.

Estaban asustados, y era poco probable que alguna vez vieran a Lilly como algo más que una amenaza. Y si Lilly tenía que ser vista como la mala, que así fuera. Estos tres niños huérfanos eran algunos de los afortunados, y cómo se sintieran respecto a ella no tenía relevancia alguna.

Mientras comían, les contó que las personas con quienes pronto estarían eran de ascendencia búlgara y eran amables. Que hablarían su idioma y los cuidarían mientras los integraban en la sociedad. Omitió el hecho de que esto era ilegal y requería meses de arduo trabajo de falsificación de pasaportes y sobornos, porque ellos no necesitaban saber nada de eso.

Cuando los niños parecieron más tranquilos, Ivana le preguntó a Lilly cómo era arriba.

Lilly habló del estallido de colores y fragancias de arriba, así como de las flores frescas y sus significados.

Más tarde, mientras veían dibujos animados nuevamente, la mente de Lilly volvió a su primera experiencia en este país. Tenía la misma edad que Ivana. El recuerdo la golpeó con tanta fuerza que por un momento estuvo allí otra vez...

Once años. Se acurrucaba en la esquina de una habitación húmeda y oscura, abrazando sus rodillas contra el pecho. El suelo de hormigón estaba frío bajo ella. Una única bombilla desnuda colgaba

del techo, proyectando duras sombras que parecían moverse y mirarla con lascivia.

Había otras ocho.

Todas niñas. Todas ahora con el mismo destino.

Podía oír pasos pesados acercándose, y su corazón se aceleró. La puerta se abrió, y un joven corpulento con barba espesa y ojos fríos entró pisando fuerte.

Georgi.

Les dio a todas un trozo de pan duro.

Ella mordisqueó el pan duro, con el estómago revuelto de hambre y miedo. Georgi estaba cerca, sus ojos recorriéndolas a todas.

Su piel se erizaba.

Lilly parpadeó, volviendo al presente. Los dibujos habían terminado. Los niños la estaban mirando.

Ivana le preguntó a Lilly por qué les estaba ayudando.

Lilly les dio una versión abreviada en su idioma compartido: *Porque hace mucho tiempo, yo era como vosotros. Asustada, sola. Las personas que me trajeron aquí, que me cuidaron, no eran amables.*

Ivana asintió. Entendía. Su familia, que formaba parte de una organización criminal antes de ser asesinada, le permitía entender cosas que otros no comprendían.

Ivana habría sido traficada para la prostitución.

El destino de los otros dos niños habría sido similar.

Ivana sentía curiosidad. Quería saber cómo Lilly había sobrevivido.

—извадих късмет. —Y luego les contó cómo había tenido suerte...

Georgi las condujo, ocho niñas aterrorizadas, hacia la furgoneta estacionada afuera en la oscuridad. Dos hombres salieron del vehículo.

Lilly observó a Aneta, la mayor entre ellas, gritar y luchar contra Georgi. Le mordió la mano y entonces él la golpeó. Uno de los hombres la levantó y la arrojó a la parte trasera de la furgoneta.

Otra chica, Zora, forcejeó cuando intentaron meterla en la furgoneta. Georgi y los otros dos apartaron la mirada del resto de ellas.

Lilly estaba al final de esa fila. Decidió correr.

Habiendo sido siempre la corredora más rápida en la escuela, se sentía segura.

Había tenido razón en sentirse segura porque había logrado escapar. Sin embargo, les aseguró que ellos no tendrían tales experiencias. Que serían llevados a hogares búlgaros amables.

El estómago del niño más pequeño gruñó. Lilly señaló la comida restante. —Por favor, comed. Necesitáis fuerzas.

Observó a los niños terminar su comida, y mientras lo hacía, les pintó un cuadro de las vidas que les esperaban. Tendrían sus propias habitaciones, les explicó, con camas cálidas y muchos juguetes. Irían a la escuela y harían amigos. Lo más importante, estarían seguros y queridos. Le gustaba pensar que podía ver la esperanza cautelosa en sus ojos. Que les estaba ayudando de alguna pequeña manera en estos momentos aterradores.

La niña mayor le preguntó a Lilly si ella había encontrado eso después de huir.

Lilly asintió. —Sí...

Lilly corrió hasta que sus pulmones ardieron y sus piernas se sintieron como plomo. Las calles desconocidas se retorcían y giraban. Mientras huía, la oscuridad lentamente daba paso a la primera luz del día, revelando un pueblo diferente a todo lo que había visto antes.

Lilly se encontró en una calle empinada que llevaba al puerto. Los barcos pesqueros se balanceaban suavemente en el agua. Encaramada en un acantilado estaban las ruinas de una estructura negra y arácnida.

La mayoría de las tiendas tenían las persianas bajadas. Las ventanas estaban oscuras y poco acogedoras. Pero un escaparate resplandecía con luz y vida. Un hombre de mediana edad con un bigote tupido y una boina llevaba un montón de flores a la tienda. Sus movimientos eran deliberados y suaves.

Sobre la puerta, un letrero mostraba orgullosamente el nombre Floristería Brisa Marina en elegantes letras doradas. Debajo, en letra

más pequeña, había una frase búlgara que hizo que el corazón de Lilly diera un vuelco: 'Цветя за всички поводи' - 'Flores para todas las ocasiones'.

Lilly se detuvo tambaleándose frente a la tienda. El hombre levantó la mirada, sus amables ojos abriéndose mientras observaba su aspecto desaliñado y su rostro aterrorizado. Ella dijo que estaba en peligro. Sin decir palabra, él dejó sus flores y extendió una mano curtida, haciéndole señas para que entrara al calor y la seguridad de su tienda.

Al principio, no estaba segura de si podía confiar en él. Pero algo en la mirada amable del hombre le dio valor. Con un suspiro tembloroso, dio un paso adelante, cruzando el umbral.

—Su nombre era Dimitar. —Sonrió—. Y me dio este hogar.

Después de su historia, les dijo a los niños que ella dormiría arriba, en el suelo de la tienda. Que los visitaría cada hora. Pero insistió en que no debían llamar. Luego cerró la puerta, giró la llave y subió de nuevo a la planta de la tienda.

A mitad de camino por las escaleras, oyó unos suaves golpecitos en el cristal.

La puerta de la tienda.

Sería Nikolai.

Aceleró el paso. ¿Quizá ya habían venido a por los niños? Sería maravilloso que llegaran a sus nuevos hogares esta noche.

Los golpes se volvieron más fuertes y más insistentes cuando llegó al último escalón.

No le gustaba.

Nikolai siempre era tranquilo y sereno.

Curiosa, giró hacia la planta de la tienda y observó la enorme sombra que se cernía detrás de su puerta principal.

Los golpecitos eran más como golpes ahora.

Se le heló la sangre. No era Nikolai.

Se acercó a la puerta.

Georgi Vasilev tenía cerca de sesenta años, con pelo y barba blancos, pero seguía siendo el gigante intimidante y cruel que siempre había sido.

De hecho, había cambiado muy poco desde aquel día en que lo conoció por primera vez en 1989, cuando tenía once años.

—Ah, aquí estás, моето момиче. —Mi niña.

—Georgi —respondió ella. Siempre trabajaba en mantener su voz firme cuando hablaba con él—. ¿Qué haces aquí? Nuestra cita es...

—El último martes de cada mes. Lo sé... Lo sé...

Entró y cerró la puerta tras él.

Se volvió hacia ella, sonriendo. Cruzó sus enormes brazos sobre el pecho. —He descubierto algo bastante... inquietante.

Sintió que su estómago daba un vuelco. —¿Qué es?

Él levantó una ceja blanca. —лъгал си ме.

Me has estado mintiendo.

23

Inmediatamente después de la última reunión informativa del día, Frank se retiró a su despacho para ordenar sus pensamientos.

Sonó su teléfono. Al parecer Helen tenía otros planes para él.

—¿Hel? ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

Él se rio. —Esto no es sobre el caso, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque no has ido directamente al grano... como sueles hacer... entonces, ¿qué he hecho ahora?

Hubo una larga pausa. Nunca era buena señal. Mary solía ser la reina de los silencios embarazosos.

—Helen... ¿sigues ahí?

Ella suspiró. —Vale, Frank. Es lo siguiente. Debería estar diciéndotelo cara a cara, mirándote a los ojos.

Intrigante, pensó Frank, arqueando una ceja. —Debo de haberla fastidiado de verdad esta vez.

—Soy una maldita cobarde.

—Una cosa que no eres, Hel, es cobarde. Sin embargo, una pérdida de mi tiempo, especialmente en este momento, eso seguro que lo eres... ¿Puedes ir al maldito grano de una vez?

—Es sobre Evelyn.

El nombre golpeó a Frank como un puñetazo en el estómago. No pudo hablar.

—¿Evelyn Wainwright? —dijo ella.

Él tomó aire profundamente, intentando calmarse. —Sé quién es, Helen.

Evelyn Wainwright era la viuda de Nigel Wainwright. Hace cinco años, Nigel había tenido una aventura con la esposa de Frank, Mary. Una noche, conduciendo borracho, se había desviado hacia el tráfico en sentido contrario, matándose a sí mismo, a Mary y a una joven madre que iba en otro coche. El mundo de Frank ya era frágil debido al distanciamiento de su hija, Maddie. Esta tragedia lo había destrozado por completo.

—¿Sabes quién es? —siseó Frank.

—Claro que lo...

—Entonces, ¿por qué nos molestamos con esta conversación?

—No está bien, Frank.

—Mi pregunta sigue siendo la misma. ¿De qué se trata, Helen?

—Está muy enferma.

—¿Y? —dijo Frank. Sabía que sonaba frío, pero no tenía deseos de ceder—. ¿Qué tiene que ver conmigo... o contigo, ya puestos?

—Antes de que te enfades del todo, Frank, ¿puedo exponerte un hecho?

—Adelante.

—Evelyn Wainwright no fue quien tuvo una aventura con Mary.

—No seas condescendiente, Helen. Puede que tengas más neuronas que yo, pero tengo más de una.

—Evelyn, como tú, se quedó viuda.

—Tranquila. Estos conceptos pueden eludir mi capacidad intelectual...

—Sabía que esto era una mala idea.

—Sí. Entonces, ¿por qué llamaste? ¿Cuál es la relevancia?

—Es relevante, Frank, porque está enferma, está triste y no ha hecho nada malo. ¿Cuándo te han sido irrelevantes las personas necesitadas?

Frank soltó una carcajada. —Esto es una estupidez. ¿Cuánto tiempo llevas siendo amiga suya?

Hubo una pausa al otro lado de la línea. —No somos amigas. Pero... he... he estado en contacto con ella, Frank. Desde el accidente.

—¿Qué? —Su voz era baja. Contuvo su ira—. ¿Por qué?

—Porque quería entender. Mary también era mi mejor amiga. Necesitaba hacer preguntas.

—¿Qué preguntas? ¿Acaso las respuestas no son jodidamente obvias? Su marido mató a mi mujer. Y ella es una Wainwright.

Pudo oír a Helen tomar aire profundamente. —No... quería entender por qué Mary hizo lo que hizo. Por qué ella...

—¿Por qué me engañó?

Helen no respondió.

—Ja. ¿Y conseguiste la respuesta?

—No realmente.

—¿Quieres la respuesta?

—Ahora no, Frank... no es por esto por lo que te estoy llamando.

—Tú elige. Gordo. Bebedor empedernido. Obsesionado con el trabajo. Marido penoso. Padre penoso. Estoy bastante seguro de que, siendo tu mejor amiga, te habría explicado todo esto antes.

—Ese es el caso, Frank, no lo hizo. Siempre pensaba lo mejor de ti. O eso me parecía a mí.

—Eso tiene que ser una chorrada.

—No lo es. Y nunca te he mentido. No sabía lo de Nigel. Nunca me lo contó y era como una hermana para mí.

—Quizás estaba demasiado avergonzada para decírtelo.

—Probablemente... pero el hecho es que nunca pensé que te haría eso. Te quería.

—Sin duda pensó que era demasiado obvio para todos los que miraban desde fuera como para molestarse en explicarlo.

—¿Nunca te cansas de la autocompasión?

—No. Especialmente después de descubrir que la mejor amiga de mi mujer ha estado confabulándose con el enemigo.

—¿Enemigo? Madura, Frank. Ella está tan herida como tú.

Él suspiró y se frotó las sienes. —¿Qué soluciona hablar con ella? —Apretó los dientes—. A mis espaldas...

—De nuevo, madura. Soy una mujer adulta. Puedo hacer lo que quiera.

—Pues muy bien por ti. ¿Y qué respuestas obtuviste de Evelyn?

—Ninguna.

—¡Dios santo! —Puso los ojos en blanco—. Volvamos al principio de la llamada entonces. ¿Recuerdas cuando sugerí que esto no tenía sentido?

—Sí lo tiene.

Frank se puso de pie. —Mira... lo único que tenemos en común es que su marido arruinó la maldita vida de todos.

—Hacen falta dos para eso, Frank.

—Yo... yo... —Frank apartó el teléfono, gruñó y se frotó las sienes. Volvió a acercar el teléfono—. No, Helen.

—Ella no cree que alejara a su marido.

—Me. Da. Igual.

—Una cosa que sé de ti es que te importan las cosas. A menudo, demasiado. Quiere hablar contigo.

—¿Por qué? ¿Para que pueda culpar a Mary de nuevo?

—¡Ella no culpa a Mary!

—No parecía así cuando hablé con ella en el cementerio. Me insinuó que Mary era una gran seductora.

—Sí... me contó sobre eso...

—¿Y ese punto de vista no te resulta molesto?

—No, porque no es realmente lo que piensa. Ella no cree eso. Está triste, enfadada... confundida. Como tú. He estado ayudándola. Pero eres bastante confrontacional, Frank... y estabas merodeando junto a la tumba de Nigel. Eso intimida.

Él respiró hondo y se frotó la nuca. *Esperaba que nunca le hubiera visto meando en la tumba del cabrón*.

—¿Qué esperas, Helen?

—Que actúes conforme a tu edad. Tienes sesenta y cuatro años.

—Sesenta y cinco. ¿Y cómo actúo con sesenta y cinco?

—Sufrió un derrame cerebral hace dos días. Casi muere. —Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones.

Frank suspiró.

—¿Eso ha sido una expresión de compasión?

—Por Dios.

—¿Lo ha sido?

—No, solo ha sido un suspiro. Joder, Helen, ¿qué quieres de mí?

—No quiero nada de ti... bueno, eso no es cierto... quiero que seas feliz. Saludable. También quiero que Maddie vuelva donde debe estar. Quiero las mismas cosas que tú. Las que Mary habría querido. Te llamo en nombre de otra persona.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y qué solucionaría que yo viera a Evelyn?

—No lo sé. Algo.

—Genial. Eso es muy específico.

—Tú y Evelyn tenéis más en común de lo que crees. Ella casi muere. Quiere liberarse de la ira.

—Suena a terapia.

—¡Bueno, nunca he dudado que eso es exactamente lo que necesitas!

—Me encanta cómo se ha dado la vuelta a la tortilla. Me llamas arrastrándote, preocupada, y ahora yo soy el gilipollas.

—Nadie te ha llamado gilipollas.

Frank puso los ojos en blanco. —Bueno, eso no es cierto, ¿verdad?

—No —dijo Helen con un resoplido—. Eso ha sido bastante habitual a lo largo de tu carrera.

Él sonrió con suficiencia. —Vete a la mierda.

—Déjame preguntarte algo. En vuestra discusión en el cementerio, ¿tenías razón?

La mente de Frank volvió a esa confrontación, a la ira y el dolor que irradiaban de ambos. Había pensado en ese día más veces de las que le gustaría admitir, preguntándose si podría haberlo manejado de otra manera.

—¿Frank? —La voz de Helen interrumpió sus pensamientos—. Quiere verte. Y te lo estoy pidiendo, como amiga cercana, como la mejor amiga de Mary, por favor, ve a verla. Solo una vez. Comprueba si puedes sacar algo de ello.

Frank se pasó una mano por la cara, sintiendo el peso de años de ira y dolor sobre él. —No deberías pedírmelo.

—No. Pero Mary querría que lo hiciera.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, al 100 por cien. Y si lo piensas, tú también lo sabrías.

Sí, probablemente, pensó.

—Solo piénsalo, ¿vale? Tómate unos días.

Miró la foto de Greg de nuevo. —Mi mente está ocupada en otras cosas.

—Se irá a casa de su hija en unos días.

Helen le leyó la dirección y él se encontró anotándola.

Después de la llamada, Frank se quedó sentado en silencio, mirando al techo. Los expedientes del caso de Greg yacían olvidados en su escritorio mientras su mente lidiaba con esta nueva información. Evelyn Wainwright, la viuda del hombre que le había arrebatado a Mary, quería verle. Para hacer las paces.

Pensó en Mary, en su bondad, en su capacidad para perdonar.

Helen tenía razón. Mary querría que fuera.

Pero pensar en Mary en toda su belleza, en su esplendor, en todo lo que adoraba de ella, le hizo sentir el dolor y la angustia de su pérdida una vez más.

El pensamiento de Nigel Wainwright simplemente le hacía hervir demasiado la sangre.

Arrugó la dirección y la tiró a la papelera. Luego agarró su abrigo y se dirigió a la puerta.

24

Antes de entrar en la mansión de los Foley, Tom besó a Gerry en los labios y le dijo:

—No tienes que preocuparte.

Gerry frunció el ceño.

—No estoy preocupada...

—Porque estoy seguro de que causarás una impresión maravillosa.

—Eso sería bueno —dijo Gerry. Y lo decía en serio. Quería hacer feliz a Tom, y se alegraba de ello, porque demostraba que sus sentimientos hacia él se estaban fortaleciendo.

—Te adorarán.

Ella asintió, pero no respondió. Entendía lo que él quería decir, pero aún le sonaba demasiado extremo.

Él añadió:

—Y yo te quiero.

De nuevo, ella no respondió. Sabía que él deseaba desesperadamente escucharlo, pero ahora mismo, no podía confirmarlo. Sabía que le importaba, y eso era todo.

En menos de una hora, estaban sentados en una mesa de caoba bajo una lámpara de araña de cristal. Un elaborado centro floral dominaba la mesa. Unas campanas de plata ocultaban sus comidas.

Los padres de Tom, Reginald y Penelope Foley, se sentaban frente a ellos. La postura de Penelope era rígida, reflejando la de Gerry. Ahí terminaban las similitudes. Penelope llevaba un caro

vestido de gala y tenía el pelo peinado hacia arriba, mientras que Gerry llevaba uno de los vestidos amarillos de su difunta madre, y su pelo estaba alisado hacia abajo. Reginald vestía un traje de tweed marrón polvoriento con el pelo algo largo. Estaba ligeramente encorvado, pareciendo más un profesor académico que un rico terrateniente.

Consciente de lo fácilmente que se apartaba de las convenciones sociales, Gerry había pasado antes una hora frente al espejo en casa, practicando sus modales, recordándose mantener el contacto visual, controlar los comentarios impulsivos, y no ofrecer ninguna reflexión sobre el estilo de vida de los padres de Tom. Procedían de dinero antiguo. Tom le había advertido que sus actitudes y comportamientos podían ser bastante arcaicos y alejados de lo liberal.

No se avergonzaba de quién era, pero toda la situación parecía importante para Tom, y tenía que haber concesiones mutuas en una relación.

Sin embargo, no estaría dispuesta a transigir con Rylan. A sus pies, el Labrador golpeaba con la cola la alfombra persa.

Penelope se aclaró la garganta.

—Así que, Gerry, querida, Tom nos dice que tienes un trabajo prestigioso en la policía.

Gerry se obligó a mantener contacto visual y sonreír.

—No tan prestigioso. Soy inspectora de policía.

—Un trabajo importante —dijo Tom. Su mano se posó en el muslo de ella bajo la mesa. A ella no le gustaba el contacto físico cuando estaba concentrada en otra cosa, así que apartó suavemente su mano.

—¿Qué implica eso en el día a día? —preguntó Penelope.

—Ayudar a dirigir equipos pequeños en la investigación de delitos complejos.

—¿Asesinatos? —Reginald alzó las cejas.

—Recientemente, sí —dijo Gerry.

—¿Así que más que una simple policía?

—Me considero todavía una agente de policía.

—¿Pero con más importancia? —preguntó Reginald, asintiendo suavemente.

—Utilizaría la palabra "responsabilidad" en lugar de "importancia".

—Es lo mismo. —Reginald guiñó un ojo.

No realmente, pensó Gerry. Luego se dio cuenta de que lo estaba haciendo bien. Eso fácilmente podría haber sido un comentario impulsivo.

—¿Y qué te atrajo a una profesión tan exigente? —preguntó Penelope.

Gerry bajó la mirada por un momento. Encontraba agotador el proceso de intentar causar una buena impresión.

—Me resultan intelectualmente estimulantes los rompecabezas lógicos inherentes a las investigaciones criminales. Mi capacidad para observar detalles minúsculos y procesar información eficientemente me hace adecuada para el puesto. —Levantó la mirada a tiempo para ver a los padres de Tom intercambiando miradas.

—Eso suena satisfactorio, querida —dijo Reginald.

Gerry, recordando un consejo que Frank le había dado sobre usar el humor para aligerar el ambiente, pensó en algo que él podría decir en ese momento.

—Paga las facturas.

Podía notar que las risas alrededor de la mesa eran forzadas, así que lo intentó de nuevo.

—Y mantiene alejados a los agentes judiciales.

Las risas seguían siendo forzadas.

—¿Sabes? Siempre pensé que Thomas sería más compatible con alguien en una línea de trabajo más tradicional. Ya sabes, algo fundamental en la sociedad. Siempre pensé que podría ser una profesora o incluso una enfermera. Una agente de policía... ¡una inspectora, nada menos! ¡No solo importante, sino también una líder! ¡Qué fantástico! Estoy feliz con eso. —Penelope levantó su copa y luego tomó un sorbo.

Gerry percibió que Tom se movía incómodamente en su asiento.

Gerry no entendía cómo una elección de carrera hacía a alguien más compatible. Su relación se basaba en el respeto mutuo y los

intereses compartidos, no en las expectativas sociales de los roles de género. Abrió la boca para expresar sus pensamientos, pero se contuvo justo a tiempo.

—Personalmente —dijo Reginald—, siempre lo supe. —Apuró su copa de vino. El tinte rojizo en sus mejillas sugería que no era la primera—. Tom siempre ha sido un hombre a quien le gusta que lo guíen, en lugar de guiar.

—Nadie está guiando a nadie en esta relación, padre —dijo Tom.

—¡Ja! —Reginald se inclinó para rellenar su copa, asintiendo lateralmente a Penelope mientras lo hacía—. ¡Díselo a tu madre!

Penelope entrecerró los ojos.

Un silencio incómodo cayó sobre la mesa, roto solo por el sonido de Rylan rascándose detrás de la oreja.

Penelope tomó un rápido sorbo de vino, y la rigidez desapareció de su rostro de nuevo.

—¿Estás segura de que no quieres un poco de vino, Gerry?

—Gracias, pero no, no bebo —dijo Gerry.

—Ah... ¿es por el autismo?

—Madre —dijo Tom.

Penelope miró a Tom.

—Lo siento... —Levantó las cejas—. Dijiste que ella prefería que la gente lo supiera.

—Lo sé, pero...

Gerry lo interrumpió tocándole el brazo. Era otra convención que había aprendido de sus padres cuando había presenciado a uno de ellos tratando de calmar al otro en un momento de confrontación.

—Está bien, Tom. —Miró a Penelope y se obligó a sonreír—. Las personas autistas pueden beber. El autismo no es una condición física. Se considera del neurodesarrollo. Elijo no beber simplemente porque no me gusta. Me hace sentir mal por la mañana.

Reginald guiñó un ojo.

—Pero puede hacerte sentir bien por la noche. —Tomó otro sorbo de vino.

—Tom dijo que tienes este perro por el autismo, ¿es correcto? ¿Rylon? —preguntó Penelope.

—Rylan —corrigió Tom.

—Perdón, Rylan. —Enfatizó el *'an'.*

Gerry forzó una sonrisa. Quería mantener todo esto cortés.

—Rylan me ayuda a navegar por situaciones sociales y gestionar la sobrecarga sensorial. Su presencia me permite funcionar más eficazmente en entornos que de otro modo podrían ser desafiantes.

—Ya veo —dijo Penelope, asintiendo, aunque pareciendo bastante poco convencida—. ¿Comemos? —Levantó la campana más cercana a ella—. Pato asado con reducción de cereza.

Gerry levantó su propia cúpula plateada. Se sintió aliviada al ver el pato solo en el plato sin salsa. Podía sentir que Penelope observaba su reacción.

—Se ve delicioso —dijo Gerry.

—Tom nos informó de que te gusta tener tu comida en platos diferentes. —Penelope señaló otros dos platos cubiertos con campanas cerca de Gerry—. Patatas y espárragos. Cocinados por separado. Servidos por separado. —Señaló una salsera—. La salsa. —Habló lenta y precisamente como si de alguna manera Gerry tuviera dificultades para entender. Estaba acostumbrada a que las personas que no entendían su condición hicieran eso, pero no lo hacía menos irritante. Aun así, guardó sus pensamientos para sí misma.

—Muchas gracias —dijo Gerry, esperando que su gratitud no sonara demasiado ensayada y forzada.

Reginald ya estaba comiendo.

—Delicioso, querida. —Fijó a su hijo en su mirada—. ¿Cómo están los árboles, hijo?

Se refería al trabajo de Tom como arborista.

—He estado ocupado, pero han sido un par de meses productivos, nosotros...

—¿Cuántos árboles? —Su padre lo interrumpió antes de meterse más pato en la boca.

—¿Perdón?

—¿Cuántos has cortado, querido? —preguntó Penelope, sonriendo a su marido.

Con la boca llena, Reginald asintió su gratitud por la pregunta de seguimiento de su esposa.

Gerry podía oír a Tom inspirando lentamente.

—No lo recuerdo.

—Siempre te gustó estar al aire libre —dijo Penelope.

—Sí, es cierto —dijo Tom, cortando su pato.

—Bueno, mientras seas feliz.

—Gracias.

Parecía que a nadie le interesaba realmente la respuesta a la pregunta original.

—Quiero decir, su abuelo se está revolviendo en su tumba ahora mismo. —Reginald guiñó un ojo a Gerry nuevamente.

Tom suspiró.

—No te pongas así, hijo. —De nuevo, habló directamente a Gerry —. Siempre bromeamos sobre eso.

—Sí —dijo Tom—. Tenemos muchos chistes internos.

—Una larga línea de arquitectos, los Foley, ¿sabes? —dijo Reginald, sentándose derecho quizás por primera vez—. Algunos de los edificios más importantes que ves son gracias a nosotros. ¿Tom te ha contado sobre eso, querida?

Consideró mentir en su nombre, pero le resultaba una verdadera lucha ansiosa hacer eso.

—No.

—Construimos ciudades. ¿Y la ironía? —Guiñó un ojo—. Él corta los árboles para hacer espacio para ellas. ¡Ja! En mi época, eso era lo que pagábamos a los incultos para que hicieran.

—En realidad —dijo Gerry—, él no solo corta árboles. Tom y su equipo son responsables de la salud y el bienestar de los bosques urbanos.

Reginald resopló.

—Diagnostica enfermedades, trata infecciones y realiza cirugías en árboles que tienen cientos de años. Si no lo hiciera, nuestras ciudades no serían habitables. Nuestro aire no estaría limpio.

Miró a Tom. Él le estaba sonriendo.

Luego miró a Reginald, quien asintió y volvió a su pato. Un momento después, dijo:

—Por supuesto, sé todo eso. Es solo el medio ambiente, ¿sabes? Todo el mundo está obsesionado con el maldito medio ambiente hoy

en día. A veces, simplemente me cuesta la idea de salvar árboles, solo para ayudar a la vida silvestre. Pero supongo que si también ayuda a los humanos, eso es bueno. Arquitectos, sin embargo. Eso es lo que son los Foley. —Agitó su tenedor en dirección a Gerry.

Fue en este momento cuando Rylan se tiró un pedo.

Al principio, un silencio atónito se instaló en la mesa, pero luego Tom se rio a su lado. Ella, por su parte, no lo encontró gracioso, pero se alegró de verlo menos incómodo.

Al otro lado de la mesa, Reginald estaba comiendo, sin haberse dado cuenta realmente, mientras que los ojos de Penelope estaban muy abiertos.

Tom se estaba riendo de verdad ahora, frotándose la cara. Le estaba costando recomponerse.

Los ojos de Gerry se movieron entre los tres: estaba aprendiendo mucho sobre la dinámica familiar aquí esta noche.

—Entonces, Gerry —dijo Reginald, con su voz arrastrando las palabras ahora—, Tom nos dice que vosotros dos os conocisteis a través de un servicio de citas en línea. He oído hablar de ellos. Un mundo nuevo, ¿eh? Cuando conocí a la madre de Thomas, estaba ordeñando vacas en la granja de su padre. —Se rio—. Puede que no suene muy romántico, Gerry, pero yo sabía... la forma en que movía esas manos, tenía todo tipo de...

Penelope tosió. La forma en que él saltó repentinamente sugirió que ella le había dado una patada debajo de la mesa.

—Entonces, ¿cómo funcionó la cita en línea? —preguntó, claramente desesperada por cambiar de tema.

—Utiliza un algoritmo para medir la compatibilidad —dijo Gerry.

La expresión de Penelope sugería que esto estaba por encima de su comprensión.

—Te encuentra una buena pareja —dijo Tom—. Y, hasta ahora, parece que la evaluación está resultando precisa.

—Sí —dijo Gerry—. Hay algunas áreas que necesitan trabajo. Algunas incompatibilidades. Pero las estamos solucionando. —Miró a Tom, quien le sonrió.

Penelope asintió.

—Ya veo. —Arrugó el ceño—. Incompatibilidades. ¿Qué incompatibilidades?

—No se considera socialmente aceptable discutir tales asuntos en la mesa —respondió Gerry.

—Exactamente, querida —dijo Reginald.

—Especialmente cuando son de naturaleza sexual —dijo Gerry, cortando un trozo de pato. Solo cuando se lo estaba metiendo en la boca se dio cuenta de que el silencio incómodo había regresado. Después de tragarlo, tomó un sorbo de agua, preocupada de haber dicho algo incorrecto.

—Santo cielo —dijo Penelope, arrugando la cara con disgusto.

Gerry captó el olor.

—Lo siento mucho. Rylan tiene inflamación en el estómago debido a su dieta. Pensé que ya lo había superado. Debe estar expulsando los últimos gases atrapados y...

Tom estalló en risas nuevamente.

—Desearía que crecieras, Tom —dijo Penelope—. ¿No debería esperar Rylon fuera?

—*Rylan* —dijo Tom entre risas.

—Sí... bueno... ¿no debería? —insistió Penelope.

—Me temo que eso no es posible —respondió Gerry—. Como dije antes, Rylan es mi perro de terapia y proporciona apoyo emocional esencial.

Este era su punto no negociable.

Tom se estaba riendo fuerte a su lado. A veces, deseaba poder disfrutar del humor en situaciones como él lo hacía. Parecía divertirse mucho.

—¿Quizás podríamos hablar de otra cosa? —sugirió Tom débilmente una vez que recuperó la compostura.

Reginald se lanzó a una explicación detallada del árbol genealógico de la familia Foley y cada uno de sus logros arquitectónicos.

El siguiente olor fue el más penetrante. Incluso Reginald lo notó esta vez.

—Cielos santos, ese perro apesta, ¿verdad?

Tom, decidido a recuperar el control de sí mismo, soltó:

—Entonces, padre, ¿cómo va tu juego de golf?

Reginald, luciendo ligeramente verde, se aferró al nuevo tema con evidente alivio.

—Ah, sí, bueno, he estado trabajando en mi swing. Bajé de 80 la semana pasada, ¿sabes?

—Eso es impresionante —comentó Gerry—. Estadísticamente hablando, solo alrededor del 2 por ciento de los golfistas logran bajar de 80.

Los ojos de Reginald se ensancharon.

—Sí, es cierto...

—Debe haber dedicado una cantidad significativa de tiempo y esfuerzo para lograr ese nivel de competencia.

Reginald se hinchó ante el elogio.

—Supongo que sí. Ha requerido dedicación.

—No seas modesto, querido —dijo Penelope—. ¡También requiere cierta ventaja!

—Sí —dijo, viéndose muy complacido consigo mismo—. Dedicación, excelencia, siempre he tratado de inculcar estas cosas en Thomas.

—Eso es bueno —dijo Gerry.

—*Tratado* —enfatizó Reginald—. No estoy seguro de haberlo transmitido. No siempre me escucha...

Gerry sintió a Tom hundiéndose a su lado.

—Creo que escuchó, y creo que lo transmitió —dijo Gerry—. Sabe que su hijo posee un alto nivel de dedicación y habilidad en su campo elegido. Ha sido reconocido por sus técnicas innovadoras en la preservación de árboles.

Deslizó su mano bajo la mesa y la colocó en su muslo. Él sonrió y se enderezó nuevamente. Intentó pensar en una expresión humorística que Frank elegiría.

—Me quedé con un ganador.

La sonrisa de Tom se ensanchó.

—De hecho. —Gerry asintió—. Aunque no nos ajustemos a los modelos de relación tradicionales, nuestra asociación se basa en una base sólida de respeto mutuo y comprensión.

Tom apretó la mano de Gerry en su pierna. Ella sintió que su ritmo cardíaco aumentaba ligeramente, y se sintió más excitada por las relaciones sexuales de lo que había estado en cualquier otro momento de su relación.

Más tarde, después del postre, y a medida que la noche llegaba a su fin, los padres de Tom los acompañaron a la puerta, sus expresiones una mezcla de alivio y perplejidad persistente.

—Fue... interesante conocerte, Gerry —dijo Penelope, con su sonrisa ligeramente tensa—. Y a ti también, eh... Rylon... perdón... Rylan...

Rylan meneó la cola en respuesta, causando que Reginald diera un paso atrás, mirando al perro con cautela.

Mientras caminaban hacia el coche, Tom dejó escapar un largo suspiro.

—Bueno, eso fue... algo.

Gerry asintió.

—En efecto. Encontré la velada bastante informativa. Las reacciones de tus padres a varios temas y situaciones me han proporcionado nuevas perspectivas sobre las expectativas sociales y las relaciones familiares.

—Me alegro de que la hayas encontrado educativa. Estaba preocupado de que pudiera haber sido demasiado... intensa para ti.

Al subir al coche, Tom extendió la mano y apretó la de Gerry.

—Gracias por defenderme.

Gerry sonrió.

—Me resultó gratificante. Además... —Sonrió—. Me excitó.

25

El pub favorito de la comunidad gótica, el Elsinore, pulsaba con energía.

Raven se dejó llevar por las risas, el tintineo de las copas y la música industrial palpitante. Damien presidía su mesa habitual en la esquina, contando anécdotas cómicas. —Así que le dije: "Querido, si vas a vestirte como un vampiro, al menos ten la cortesía de morder como uno".

Mientras los compañeros de Damien reían, Raven alzó su copa de absenta. El espíritu verde brillaba.

Por el hada verde, brindó. *Tus poderes mágicos no tienen límites.*

Después de bebérsela de un trago, notó a Derek junto a la barra, con su habitual abrigo negro largo y su bastón con punta de plata, destacándole como uno de los góticos más elegantes presentes. Sus ojos se encontraron con los de Raven.

Ella se levantó y se tambaleó hacia él, mientras el mundo se volvía cada vez más borroso. Realmente esperaba no haberse pasado demasiado pronto.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Derek, haciendo referencia a su estado anterior.

Ella se inclinó hacia él, inhalando su loción para después del afeitado. —Mejor a cada segundo.

Él sonrió, sin duda consciente de sus avances. —¿Tendrá algo que ver con la absenta?

—No... pero tiene todo que ver con la compañía. —Se atrevió a acercarse un centímetro más.

—¿Quién? ¿Damien? —Derek sonrió.

—No... Él es gay...

—Ya veo.

—Y de todos modos, no es mi tipo.

—Eso es bueno, porque si es gay, supongo que tú tampoco serías el suyo.

—Sí... quiero decir, no... —Ella se rio—. Vete a la mierda... ya sabes lo que quiero decir. Además, es como un hermano para mí.

—Sí, he visto vuestras discusiones.

Ella se acercó aún más, fijando completamente sus ojos en los de él.

—El caso es —dijo Derek, empezando a parecer bastante sorprendido—. Bueno... —Puso un brazo alrededor de su cintura—. Anoche, pensé que esta era una vía cerrada.

Ella presionó su dedo contra los labios de él. —Nunca antes me habían llamado una vía cerrada.

—Bueno, no quería decirlo exactamente así. —Su dedo amortiguaba su voz.

—No te preocupes. Tus palabras. Son sexys. —Retiró el dedo y observó el pintalabios negro que ahora estaba manchado en él.

Le oyó respirar profundamente. —Pareces tan diferente esta noche —dijo.

Ella se encogió de hombros y retrocedió. —Solo estoy más relajada. La parte más difícil del festival ya pasó.

—Sí... ¿qué te pasaba exactamente antes?

—Solo era el estrés de la organización.

—Bueno, es una lástima que no te quedaras para el espectáculo completo... Fue genial. Raven...

Ella sonrió y se inclinó de nuevo hacia él. —¿Sí?

Él suspiró. —Me temo que me voy mañana a primera hora.

—¿Te vas a perder el último día?

—Desgraciadamente, sí. Mi hija, Lace, está en la universidad.

—Sí, me lo habías dicho.

—Bueno, solo lleva un par de meses fuera, y está nostálgica. Sal está fuera.

—¿Sal, la *ex*mujer? —preguntó, enfatizando deliberadamente el "ex".

Él sonrió. —Sí, la *ex*mujer. ¡No miento sobre cosas así! De todos modos, le dije a Lace que pasaría el día con ella.

Ella retrocedió. —Parece lo correcto.

—Pero podría volver, ¿quizás pronto? ¿Como el próximo fin de semana?

Ella presionó su dedo contra los labios de él nuevamente. —Guarda ese pensamiento... Voy a fumar. Mientras tanto, ¿no habías dicho que ibas a la barra?

—No —dijo Derek—. Porque ya estoy de pie junto a ella.

—Qué afortunado —dijo y le guiñó un ojo.

Fuera, el aire fresco de la noche golpeó a Raven como una bofetada en la cara. Se apoyó contra la pared de ladrillo del pub, tanteando con su mechero. Después de varios intentos, encendió su cigarrillo, dando una larga calada y exhalando una columna de humo hacia el cielo nocturno.

Mientras la nicotina llegaba a su sistema, la mirada de Raven se deslizó hacia el otro lado de la calle. A través de la niebla del humo y el alcohol, una figura se materializó bajo una farola distante, aparentemente mirándola fijamente.

Curiosa, Raven salió del jardín del pub y fue a la acera para poder ver mejor a la persona.

Era una mujer. Su larga gabardina beige era más adecuada para un entorno profesional que para una noche en Whitby, especialmente durante el festival gótico. Había algo vagamente familiar en ella, pero la mente embotada por el alcohol de Raven no podía ubicarla con exactitud. Probablemente tendría que estar más cerca.

Raven levantó una mano para mostrar que la había visto. —¿Te conozco?

La mujer no respondió.

Bien... lo que sea... Raven terminó su cigarrillo, lo aplastó bajo su pie y se dio la vuelta.

—¿Señora Blackstone? —llamó la mujer.

Raven se volvió mientras la mujer cruzaba la calle.

Finalmente la reconoció cuando se acercó más.

Samantha Wells. Periodista del Whitby Gazette*.*

Raven había hablado con ella varias veces sobre la publicidad para el festival gótico; sin embargo, solo se habían conocido en persona una vez, varios años atrás.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo Samantha—. Nos conocimos antes, Raven.

—Lo recuerdo —dijo Raven—. ¿Cómo está usted, Samantha?

—No me puedo quejar. Aparte de la lluvia torrencial de antes. Vi que aun así conseguisteis que el concierto siguiera adelante, ¿no?

—Nunca hubo duda. —Raven sonrió. Metió la mano en su bolsillo para sacar otro cigarrillo. Le ofreció uno.

—No, gracias.

—¿Va a entrar a tomar algo?

—No creo que vaya vestida adecuadamente.

—A nadie le importará. ¿No tenía nada negro en casa?

Samantha se rio. —Guardo ese tipo de disfraz para mi marido.

Raven se rio. —Qué afortunado.

—Es casi la única forma de conseguir que se emocione últimamente —dijo Samantha.

Raven se rio de nuevo. Era una conversación extraña, pero mezclada con absenta, una bienvenida y cautivadora.

—¿Qué haces fuera a estas horas, entonces? —preguntó Raven.

—Bueno, en realidad te estaba buscando.

La mente intoxicada de Raven no registró la rareza de esta declaración. En cambio, dio otra larga calada a su cigarrillo. —¿Sabías que iba a salir —miró su reloj— a las diez y media para fumar?

Samantha negó con la cabeza. —No. Pero sabía que estabas en este pub. E iba a entrar para verte. Gracias por evitarme desentonar tanto.

—De nada. ¿Es sobre el festival? Mañana es el último día, pero la cobertura en la *Gaceta* sería genial...

—No es sobre el festival.

—Ah, vale... —Ahora, esta reunión improvisada la tenía desconcertada—. ¿De qué se trata entonces?

Samantha metió la mano en su bolso y sacó una tarjeta de visita. Se la entregó. Raven se tambaleó, entrecerrando los ojos mientras trataba de leerla. Estaba borracha.

En la parte superior de la tarjeta aparecía "Sombras del Pasado: Desenmascarando Crímenes Reales" en letras negras.

A Raven se le heló la sangre.

—Estoy diversificándome —dijo Samantha—. En podcasting, específicamente de crímenes reales. Raven... lo siento... pero creo que tu historia sería fascinante para un primer episodio.

Raven parpadeó, preguntándose si había oído mal. Abrió la boca para hablar, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—Y podrías contarla tú. Tu transformación de chica de pueblo pequeño a enemiga pública número uno y luego a reina gótica de Whitby.

Su estómago se revolvió. —Se ha equivocado.

—No hay error. —Una sombra de sonrisa apareció en la cara de Samantha.

Raven retrocedió un poco. Extendió la tarjeta. —Tómela.

—Quédatela. No hay daño hecho.

—No. De verdad ha cometido un error.

—*De verdad* que no.

Samantha sacó su teléfono móvil y desplazó hasta una foto. La foto mostraba a una chica de quince años con un sencillo vestido floral, el pelo recogido en una simple coleta, sin rastro del estilo gótico que ahora la definía. —Chica de pueblo —dijo Samantha, examinando con la mirada la apariencia actual de Raven—, a reina gótica.

—¿De dónde has sacado eso?

—Estoy en el periodismo, conozco a gente, es...

—Déjate de mierdas. ¿Qué sabes?

—No lo suficiente. —Samantha asintió ansiosamente, ajena a la creciente angustia de Raven—. No conozco tu versión y, en última instancia, eso es muy importante...

—¿Mi versión?

—Sí.

—No deberías estar aquí... esto no está jodidamente permitido. ¿No lo entiendes?

Samantha sonrió. —Déjame ser tu voz.

Raven arrugó la tarjeta y se la tiró a Samantha. —Lárgate.

—El podcast saldrá igualmente. Es mejor para ti que tu voz esté en él.

—No hay diferencia... Me destruirás.

—Esa no es mi intención.

—¿Estás loca? ¿Qué crees que me pasará?

—Nada debe detener la verdad... no es nada personal.

Raven sintió un ardor en sus dedos. El cigarrillo se había consumido. Hizo una mueca y lo tiró.

Entonces sintió la adrenalina correr por sus venas, su visión estrechándose hasta un túnel enfocado únicamente en Samantha. Extendió sus manos, un grito primario formándose en su garganta.

Samantha jadeó y tropezó hacia atrás, chocando contra el cubo de basura que estaba justo detrás de ella.

—¡Lárgate! —gritó Raven, con los puños apretados—. ¡Lárgate antes de que yo...

—¿Raven? —Sintió unos brazos rodeándola, apartándola—. ¡Raven, detente!

Derek.

Ella giró en sus brazos y miró su cara seria y luego volvió a mirar atrás. Samantha ya se marchaba con la mano levantada. —Piénsalo, Raven —dijo por encima del hombro.

—¿Quién es esa? —preguntó Derek.

Raven se apretó contra él, su pecho agitándose con respiraciones entrecortadas.

El mundo giraba a su alrededor, una nauseabunda mezcla de alcohol, adrenalina y terror puro. —Llévame a casa —siseó al oído de Derek, sus dedos clavándose en sus brazos—. Por favor, simplemente... llévame a casa.

26

El suave tic-tac del reloj de pie llenaba el pasillo mientras Ray permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, saboreando un momento de paz. Acababa de colgar su abrigo en el perchero, con el peso de los acontecimientos recientes aún sobre sus hombros.

—¿Estás bien? —la voz de Kath interrumpió aquel breve respiro.

Abrió los ojos y observó a Kath acercarse. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, ella le levantó la barbilla para examinar su mejilla. —Parece doloroso.

—Estoy bien, querida —dijo, tocando su mano—. Podría haber sido mucho peor.

Recordó sus palabras: *Te creí. Te miré a los ojos, y te creí.*

—Es tarde —dijo ella.

—Mañana es el servicio dominical. Sabes que me gusta estar preparado.

—Creo que deberías tomarte un día libre. Ha sido una experiencia impactante y...

—Estaré bien —le besó la frente.

Se escabulló y entró en el salón, acomodándose en un sillón. Cerró los ojos de nuevo y los mantuvo así.

—¿Le contaste a la policía lo que pasó con esa mujer? —preguntó Kath desde la puerta.

Él no abrió los ojos. —Me encargaré de ello, Kath.

La voz de Kath se agudizó con incredulidad. —Ray, ¿no hablas en serio? Te atacó delante de toda la congregación. Debes decírselo a la

policía.

Él abrió los ojos, la miró y suspiró. —La pobre mujer está perturbada, Kath, necesita ayuda, no castigo.

—Pero...

—Sabes quién soy... conoces mis valores.

Kath se adentró en la habitación. —Esto no se trata solo de tus valores, Ray. Se trata de seguridad. ¿Y si vuelve? ¿Y si viene aquí? ¿Y si me pone a mí también en peligro? De hecho, ¿y si ella misma está en peligro?

Ray se pasó la mano por su cabello escaso. —Debe estar cargando con un gran peso.

—Ray, te llamó mentiroso, y por tu nombre. ¡Te arañó la cara! ¿Cómo puedes estar tan tranquilo al respecto?

La mente de Ray volvió al rostro de Megan, contorsionado por la ira y el dolor. Era una expresión que había visto demasiadas veces antes: un alma luchando contra un peso opresivo.

Te creí. Te miré a los ojos, y te creí.

Y tenías razón en creerme, Megan. Yo era sincero. Sigo *siendo sincero.*

—La encontraré y la ayudaré, Kath. Como he ayudado a otros antes que ella. Llamar a la policía no es la respuesta.

Kath recorría la habitación ahora. —¿Cómo piensas encontrarla?

—Kath, por favor —dijo, cerrando los ojos de nuevo, reclinándose en su sillón y frotándose las sienes—. Confía en mí.

Incluso con sus propios ojos cerrados, Ray sintió su mirada taladrándole. Después de treinta años de matrimonio, Kath podía leerlo como una de sus desgastadas Biblias. Sabría que había algo más en todo esto.

Pero algunos secretos eran demasiado oscuros, demasiado peligrosos para compartirlos, incluso con la mujer que más amaba en este mundo.

Hablar de almas perdidas no era cosa sencilla.

Finalmente, ella dijo: —Espero que sepas lo que estás haciendo, Ray. De verdad lo espero.

Él abrió los ojos mientras ella se daba la vuelta y abandonaba la habitación. Escuchó sus pasos resonando en el pasillo mientras subía

las escaleras.

Durante un rato su mente permaneció fija en Megan, pero eventualmente se desvió, como lo hacía casi todos los días, hacia Graham.

Con un profundo suspiro, Ray se levantó del sillón y se dirigió a su estudio y sus estanterías. Allí, entre textos teológicos y novelas muy manoseadas, sacó uno de sus álbumes de fotos, encuadernado en piel, con los bordes desgastados por el uso.

Cerró con llave la puerta del despacho, se acomodó en su silla de oficina y abrió el álbum. La primera fotografía fue todo lo que necesitó. Sintió que se le oprimía el corazón y respiró hondo.

Dos chicos le sonreían desde la imagen descolorida. El mayor, desgarbado y con gafas, tenía el brazo alrededor de los hombros de un chico más pequeño con una sonrisa traviesa. Ray recorrió el rostro del chico mayor con un dedo tembloroso.

Graham. Su hermano mayor por tres años. Su héroe.

Pero había sido tan diferente a todos los demás. Incapaz de quedarse quieto, impulsivo y ruidoso. Para algunos, fuera de control.

El mundo no había logrado entender a Graham y el peso sobre su alma. Le habían dejado vulnerable, y los demonios se habían instalado en su mente.

Había dejado de ir al colegio. Esquivaba las puertas del centro. Y si sus padres de alguna manera conseguían meterlo dentro, se escapaba y saltaba la valla.

Los terapeutas intentaron identificar sus vulnerabilidades, sus necesidades de aprendizaje, pero el colegio no las aceptó. Se resistían. Estaban vinculados a una iglesia y querían deshacerse de él. Era un inconveniente.

Demasiado disruptivo, había afirmado el reverendo. Un animal que no podía ser enjaulado.

Los demonios torturaban su mente con pesadillas. Ray se despertaba con los gritos de su hermano, antes de ir hacia él en la esquina de su habitación compartida. Allí Graham temblaba, y Ray lo abrazaba.

Hacia el final, se escapaba, desaparecía durante días, negándose a decirle a nadie dónde había estado.

Luego, un día, simplemente no regresó.

Ray recorrió de nuevo el rostro de Graham con el dedo.

Fue Ray quien lo encontró.

Ray recordaba la frenética búsqueda que duró una semana, los coches de policía con sus luces parpadeantes, los vecinos formando equipos de búsqueda para peinar los bosques detrás de su casa. Recordaba el rostro de su madre bañado en lágrimas, la sombría determinación de su padre.

En el fondo, Ray había sabido dónde estaba, pero había tenido demasiado miedo para ir. ¿Y si alguien le seguía? ¿Y si descubrían el escondite secreto de su hermano?

Pero, después de una semana, Ray tuvo claro que algo no iba bien.

Así que fue a la antigua vía férrea en desuso que atravesaba el bosque. Y a aquel saliente, atravesando la valla rota, que se alzaba unos ocho metros por encima de la vieja línea.

Había esperado ver a su hermano sentado allí, como hacía tan a menudo, a veces durante más de un día, desesperado por no regresar a una sociedad que no lo quería.

Pero no estaba sentado en aquel saliente, así que Ray se sentó allí en su lugar.

Y, en ese séptimo día, mientras el pueblo escudriñaba los bosques por segunda vez, Ray se quedó sentado durante horas, mirando hacia abajo, al cuerpo de su hermano.

Ocho metros más abajo.

Gris. Mirando al espacio. La luz moteada del sol moviéndose sobre su rostro.

Ray ya sabía lo que diría el mundo. Suicidio. Un trágico resultado de una enfermedad mental.

La sociedad siempre necesitaba la opción más ordenada.

Pero en aquel saliente, mirando hacia abajo, Ray no tenía ilusiones.

Había sido causado por ese demonio dentro de su hermano.

Encendió su ordenador y buscó entre sus archivos hasta que encontró el etiquetado como 'MP2004'.

Respiró hondo.

Megan Powers, de quince años, miraba a la cámara desde la silla en la que estaba sentada.

Te creí. Te miré a los ojos, y te creí.

Exhaló y dijo: —Porque te estaba diciendo la verdad.

Luego, escuchó a su yo más joven dirigirse a Megan en la grabación.

—¿Estás lista?

27

GEORGI VASILEV RECORRÍA LA TIENDA, como siempre hacía, pasando sus manos sobre las flores y oliendo sus dedos después.

Asentía y dejaba entrever su satisfacción de que Lilly mantuviera la calidad alta.

En realidad, Georgi no sabía nada sobre flores.

Solo era conocedor y hábil en un área.

La intimidación.

Completado su ritual habitual, Georgi se detuvo, sus ojos oscuros atravesando a Lilly, en marcado contraste con su barba y cabello blanco como el hielo.

El silencio asfixiante se prolongó.

Ella luchó contra el impulso de moverse nerviosamente.

Finalmente habló, con voz baja y amenazadora. —¿El negocio va bien, моето момиче?—. Las palabras "mi niña" le ponían la piel de gallina. Como si fuera de su propiedad. Él realmente creía que lo era.

—Como siempre —dijo ella.

Él asintió. —He tenido a alguien vigilándote...

El aliento se le quedó atrapado en la garganta.

—Y me han dicho que has estado ocupada.

Su mente corrió, intentando recordar qué más podría haber visto esta persona que la vigilaba. Seguramente, Georgi no lo sabía. *No podía saberlo.*

—Así que, supongo que mi cheque será más grande este mes.

—Será exacto... como siempre... —Su voz tembló ligeramente, traicionando su miedo.

—Oh, no lo dudo. —Se crujió los nudillos mientras se acercaba a ella—. Sin embargo, no estoy hablando de la comisión de las putas flores.

Su sangre se heló. *Lo sabía.*

Echó la mano hacia atrás, y ella cerró los ojos, preparándose. Ya había pasado por esto antes, probando la sangre de una nariz rota, viendo estrellas por un revés. Cuando no ocurrió nada, respiró profundamente y abrió los ojos.

—Relájate. —El cabrón sonrió—. ¿Vale?

Ella asintió rápidamente, tratando de mantener su expresión firme, pero sentía las lágrimas acumulándose.

Él masticó su labio inferior por un momento, contemplando algo. Luego, dijo: —Siempre fuiste una chica tan buena... —Extendió la mano y la presionó plana y dura contra su pecho, aplastando sus senos—. Un corazón tan grande. —La piel de Lilly se erizó. Intentó alejarse hacia un lado, a lo largo del mostrador, pero se encontró atrapada.

Él era un hombre corpulento que dedicaba tiempo a su fuerza.

—Puedo sentirlo. —Miró hacia arriba y movió la cabeza de arriba a abajo—. Pum pum. Pum pum. También puedo oírlo.

La bilis subió por la garganta de Lilly. Tiró de su muñeca con ambas manos. —Por favor, suéltame.

Él apartó la mano y dio un paso atrás. Sin embargo, permaneció a distancia de golpe. —Está bien... entonces. ¿Qué tienes abajo, Lilly?

El pánico la inundó. *Mierda. Realmente lo sabía.*

Los niños estaban en peligro.

—Lilly, estoy esperando —dijo Georgi.

Ella negó con la cabeza. —Existencias... Nada... Yo... —La manera en que las palabras salieron de su boca no ofrecía ninguna sinceridad.

Levantó la palma de su mano de nuevo. —Pum pum... pum pum. —Su sonrisa se transformó en una mueca depredadora mientras se

acercaba—. Pum pum... pum pum... —Extendió la mano para tocarla —. Pum...

—Vale... hay unos niños ahí abajo, pero por favor, Georgi. Por favor. Es...

Él levantó una ceja. —¿Es...?

—¡No es lo que piensas! —Las palabras brotaron de ella con desesperación. Era, por supuesto, lo que él estaba pensando. El juego había terminado.

Su único objetivo ahora tenía que ser proteger a los niños.

Ya fuera a través de dinero, o... un escalofrío recorrió su cuerpo... o haciendo algo con él. Con Georgi.

—Ah. —Asintió—. Muy bien. Enséñamelo...

A estas alturas, la resistencia parecía inútil. Acorralada y atrapada, tenía que manejar esto de alguna manera. ¿Pero cómo? Georgi era un criminal experimentado, endurecido por años en las calles. Contra él, se sentía débil. Patética.

Abrió la puerta del sótano y lo guió hacia las escaleras. ¿Cómo había sido tan descuidada? ¿Cómo no se había dado cuenta de que la estaban vigilando?

Cada paso se sentía como un toque de difuntos.

En el fondo, toqueteó la llave, sus manos temblando violentamente.

—¿Necesitas ayuda?

Respiró hondo. —Estoy bien. —Con esfuerzo, estabilizó su mano lo suficiente para abrir la cerradura.

Antes de abrirla, se volvió para mirarlo. —No les hagas daño. —Su voz era de acero, a pesar del miedo que le revolvía las entrañas —. Son inocentes.

Él sonrió. —¿No lo son todos?

—Si debes... tocarme... te daré lo que quieras.

Él pasó los dedos por su espalda. —¿Alguna vez te toqué en aquel entonces?

Ella se estremeció.

—No.

—Precisamente. Ahora, abre la puerta.

Ella abrió la puerta.

Los tres niños sonrieron cuando vieron a Lilly, pero cuando notaron a Georgi, rápidamente se acurrucaron juntos.

—Здравейте, деца. —Georgi los saludó en búlgaro.

Miró alrededor de la habitación. El calefactor, las alfombras en el suelo, la televisión... —Estoy impresionado, Lilly. —Se volvió, sonriéndole—. Parece que aprendiste bien... de mí.

La mandíbula de Lilly se tensó. No dijo lo que estaba pensando. *Aprendí lo que no había que hacer. Esto es diferente, Georgi, muy diferente.*

—Ah... veo en tus ojos que no estás de acuerdo.

—Todo lo que sé es que les estoy ayudando.

—¿Ayudándoles? —Georgi fijó su mirada en Ivana—. ¿Cómo?

—Los estoy sacando del peligro hacia la seguridad.

Georgi asintió. —¿En qué se diferencia eso de lo que yo hice?

Se mordió el labio. *Que te den, Georgi.*

Él se volvió y le sonrió de nuevo. Se tocó el pecho. —Имаш голямо сърце. *Tienes un gran corazón.* —¿Pero crees que lo que yo hice estuvo tan mal, Lilly? Han ganado dinero, han puesto comida en la mesa... Quiero decir, mírate ahora.

Tú no me diste nada de esto. Huí de ti, hijo de puta. Dimitar me dio esto.

—¿Cómo crees que habrían sido sus vidas si los hubiéramos dejado en Bulgaria?

Las uñas de Lilly se clavaron en sus palmas. *Mejor que ser vendidos como esclavos, gusano sin espina.* Quería gritar, pero no podía arriesgarse, no con los niños tan vulnerables.

—Entonces, ¿con quién estás trabajando? —Hizo un gesto hacia los niños.

Lilly dudó. Tenía la boca seca.

Estaba a punto de decir *con nadie*, pero él habló primero. —¿Nikolai?

Ella se estremeció. No tenía sentido mentir ahora.

—¡Nikolai! ¿Ha salido de su retiro, entonces? Extraño, ¿eh? —Chasqueó la lengua y guiñó un ojo a Ivana, quien atrajo a los niños más pequeños hacia ella—. No recuerdo que Nikolai hiciera mucho por la bondad de su corazón en aquella época.

Fue obligado, intimidado y controlado por gente como tú. —Escapó cuando pudo. Quiere reparar el daño. —Estas palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Georgi se arrodilló y extendió la mano hacia la cara de Ivana.

Lilly se tensó. —No lo hagas.

La mano de Georgi se acercó más.

Ivana retrocedió. —Махни се от мен.

—Es una luchadora, ¿eh?

—Te dije que no los tocaras —dijo Lilly.

Georgi se encogió de hombros.

—Luchadora como tú, Lilly. —Su mano se movió hacia la niña de nuevo.

Lilly no podía permitirlo. Se abalanzó y le golpeó en la espalda. Él apenas se movió. —Aléjate de ella. La estás incomodando.

Georgi se levantó, riendo, con las palmas hacia fuera en falsa rendición. —Disculpas. No quisiera infringir su comodidad. Sé que las cosas son diferentes ahora. Con los derechos de los trabajadores y todo eso.

—Ella nunca será una trabajadora. No así. —Lilly entrecerró los ojos. Respiró hondo varias veces. Necesitaba recuperar el control. No antagonizar con él.

—Entonces, ¿les has encontrado hogares?

Lilly asintió.

La mirada de Georgi se clavó en ella. —¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Dinero.

—Nada.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió, el sonido resonando en las paredes del sótano. Después de bajar la cabeza de nuevo, dijo: —No, ¿en serio?

—Es verdad. Nada.

Miró hacia sus pies, sacudiendo la cabeza. Ella vio la ira en sus ojos cuando volvió a mirar. —¿Sabes? Es tan ridículo que te creo. Pero tienes que poner fin a ese trabajo voluntario.

—No puedo.

—Cualquiera que desee acoger a estos niños sería lo suficientemente rico y estaría feliz de pagar.

—No se trata de eso.

Georgi avanzó hacia ella. —Pero estoy aquí para decirte lo contrario. Recuerda, trabajas para mí. Siempre has trabajado para mí.

Lilly se mordió el labio.

Miró de nuevo a los niños y luego a ella. —¿Quieres que me haga cargo? Podría encontrar al mejor postor para estos niños.

Lilly mordió con más fuerza, saboreando la sangre.

—¿Es así como deberíamos hacerlo?

Negó con la cabeza. —No. Preferiría ir a la policía.

—¡Ja! ¿Lo harías? ¿Te das cuenta de que eso nos llevará a ambos a la cárcel por mucho tiempo?

—No estoy segura de que me importe.

—¿Y entonces qué crees que les pasará a estos tres niños? Los despojos de su familia los querrán de vuelta. Solo para venderlos de nuevo al mejor postor. Podrías también quedarte con el dinero.

Quería sacudir la cabeza, gritarle en la cara, pero sabía que la respuesta no estaba aquí, en este momento. La respuesta tendría que llegar cuando estuviera lejos de él.

—Así que la pregunta es, vas a ser tú, o voy a ser yo. Por supuesto, estoy feliz de dejártelo a ti por una compensación adecuada... ¿Cómo suena eso? ¿Razonable?

Apretó los dientes. Estaba demasiado enfadada, y demasiado aterrorizada, para hablar.

Sonrió, agitando un dedo hacia ella. —Gran corazón. Demasiado grande. Puedo ver que tienes mucho en qué pensar. Tienes hasta el mediodía de mañana antes de que tome el asunto en mis propias manos. Me iré yo solo. —Extendió la mano y le acarició la cara, y ella cerró los ojos. Cuando se apartó, abrió los ojos y lo vio despedirse con la mano de los niños y despedirse de ellos en búlgaro.

—Recuerda, моето момиче, mañana al mediodía.

Lilly suspiró, sus hombros se hundieron bajo el peso de su difícil situación. Encontrar a Dimitar había sido el mejor momento de su vida. El día que Georgi la encontró de nuevo había sido el peor.

Miró a los niños, que temblaban y se acurrucaban juntos. *Lo siento*, pensó, con el corazón dolorido. *Todo esto es culpa mía.*

28

Los brazos de Derek rodearon la cintura de Raven, sujetándola mientras ella tropezaba hacia el pie de su escalera.

—Lo siento —dijo ella, mirando hacia arriba—. Me vendieron una mentira. Me dijeron que el hada verde te hacía volar. Tendrás que llevarme en brazos.

—Lo intentaría si yo mismo no estuviera medio borracho.

Raven se giró en el abrazo de Derek, sus ojos escudriñando su rostro. Vio el deseo allí, pero también detectó su preocupación. Le acarició la mejilla. —Gracias.

Él frunció el ceño. —¿Por qué?

—Por impedirme hacer algo de lo que me habría arrepentido.

—¿A esa mujer?

Ella asintió.

—¿Qué tal si me dices quién era?

El mero pensamiento de hablar sobre Samantha Wells hizo que la cabeza de Raven girara aún más. Por esto Derek estaba aquí. Para alejar su mente de Samantha. Del miedo, aunque solo fuera temporalmente.

—No es importante —mintió, presionando sus labios contra los de Derek.

El beso rápidamente se intensificó.

Pero entonces él se separó. —Estás borracha.

—Tú también lo estás... Aprovechémonos ambos.

Sus besos se volvieron más apasionados mientras se dirigían al dormitorio, despojándose de la ropa por el camino. Raven intentó desesperadamente mantener toda su atención en la experiencia, pero su mente era un caldero de emociones contrastantes: miedo, deseo, vergüenza y una necesidad desesperada de conexión.

Hasta que Derek descubrió cómo acariciar su piel, y una sensación indescriptible se apoderó de ella, anclándola rápidamente al momento.

En el suave resplandor etéreo de una lámpara de sal del Himalaya, las sombras danzaban en las paredes del dormitorio de Raven. Espejos ornamentados reflejaban sus formas entrelazadas mientras caían sobre la cama, en un enredo de extremidades y anticipación sin aliento. Raven cerró los ojos, perdiéndose en el ritmo de su encuentro íntimo, en la ternura del tacto de Derek.

Se aferró a él, clavando sus uñas en su espalda, desesperada por mantenerse lejos de las oscuras aguas de su pasado. Con cada movimiento, cada beso, alejaba la imagen de Samantha Wells, y su miedo a ahogarse disminuía.

Cuando alcanzaron el clímax juntos, Raven sintió un momento de perfecta claridad. Era poco más que un fugaz latido lejos de la tormenta.

Pero fue poderoso. Singular.

Aun así, a medida que su respiración se ralentizaba, sus emociones inquietantes regresaron. Se volvió de costado, alejándose de Derek, temerosa de que si él miraba en sus ojos, vería la verdad acechando allí, detrás de sus lágrimas.

—Raven. —La voz de Derek era suave, tentativa—. ¿Quién era esa mujer?

Raven cerró los ojos. —Te dije que no es importante —susurró. *Y a menos que pueda detenerla*, pensó, *lo sabrás muy pronto, de todas formas.*

Derek insistió. —Nunca había visto esa expresión en tu cara antes. Estabas aterrorizada. No soy solo una cara bonita... También sé escuchar, ¿sabes?

Una risa escapó de los labios de Raven. Se volvió hacia él y le besó en la nariz. —Gracias —dijo—. Pero no quiero hablar de ello.

Él sonrió ante el gesto de afecto, pero luego debió notar sus lágrimas, porque su expresión decayó de nuevo. Derek extendió la mano, acunando su mejilla. —Raven, sea lo que sea que ocurrió en tu pasado, quiero que tú...

—No —le interrumpió ella—. Por favor. Te pido que pares... solo... abrázame, Derek. Es todo lo que quiero ahora mismo. Es lo que necesito.

Derek asintió, atrayéndola hacia sí. Raven enterró su rostro en el pecho de él, inhalando su aroma, intentando anclarse en el presente como había hecho durante el sexo, y en las secuelas inmediatas.

Raven dejó que el mundo se desvaneciera, y se durmió...

El mobiliario escaso del comedor bañado en la débil luz del día. Una cortina amarillenta ondeando junto a una ventana entreabierta. Algunos de los anillos de la cortina se habían soltado del riel y golpeaban contra el cristal. La mesa de roble junto a ella estaba desnuda, su superficie marcada por años de uso.

Raven se volvió hacia la esquina de la habitación, con el corazón palpitante. Mientras observaba, la luz del día se desvaneció. La habitación se oscureció. Ella lloró y tembló, desesperada por marcharse.

Detrás de ella, escuchó su voz llamándola. *Cuéntame un cuento*.

Se hizo más oscuro.

Por supuesto. ¿Sobre piratas?

Empezó a girarse.

No. Cuéntame un cuento sobre monstruos.

Una vela solitaria envolvía la mesa en un brillo etéreo. Una pequeña figura se desplomaba sobre ella.

No podía evitar acercarse a él. Este sueño nunca había sido suyo para controlar. De la misma manera que la realidad nunca había sido suya para controlar tampoco.

Su mejilla izquierda estaba presionada contra el roble. Parecía que todavía sonreía con esa misma sonrisa desdentada; todavía mirando con esos mismos ojos abiertos. Había una cuchara en su mano, y un cuenco volcado.

Pero estaba tan frío e inmóvil.

El único movimiento era el goteo constante de la sopa que caía de la mesa.

Gota. Gota.

Solo un niño.

Una voz detrás de ella: *Déjame tocar tus alas, pajarito.* Manos frías agarraron sus muñecas, su contacto enviando gélidos zarcillos de miedo a través de su cuerpo. *Vuela, pajarito, vuela.*

Gritando, ella miró fijamente a los ojos de Derek.

Él le estaba sujetando las muñecas, y ella estaba en el suelo.

—Raven. Estás a salvo. ¡Estás a salvo!

Ella tomó respiraciones profundas.

—Solo era un sueño —dijo él.

Ella sacudió la cabeza de lado a lado. Intentó liberar sus muñecas. *Déjame tocar tus alas, paja...*

—No soy un pajarito —gritó a la cara de Derek.

Soy un cuervo.

Derek se deslizó a su lado, atrayéndola con fuerza contra él. —Lo sé... lo sé...

Vuela, pajarito...

—Volaré cuando me dé la puñetera gana.

—Sí, por supuesto —la calmó Derek—. Cuando tú quieras.

Entonces ella lloró, murmurando las mismas palabras una y otra vez: —Cuando yo quiera. Cuando yo quiera.

Finalmente, cuando estuvo más calmada, y su mente más clara, miró hacia él. —No quiero olvidar nunca.

Él parecía confundido. —¿Olvidar qué, Raven?

Ella tomó una respiración temblorosa. —Todo. —Hizo una pausa, su voz bajando a un susurro—. Abrázame.

—Sí —dijo Derek.

Eso le dio un pequeño momento de esperanza, pero Raven sabía, en el fondo, que él no podría estar ahí para ella.

Nadie podría estarlo.

Y cuando despertó por la mañana, él se había ido.

Y ella era de nuevo, otra alma solitaria.

29

LILLY MIRÓ LA caja registradora vacía, sin sorprenderse por el saqueo que Georgi había realizado antes de salir de la tienda. Suspiró y la cerró, su mente retrocediendo a cuando tenía dieciséis años.

Habían pasado poco más de cuatro años desde que había huido de Georgi para caer en los brazos de Dimitar Petrova. En aquel momento, su amable benefactor había quebrantado la ley para gestionar su residencia con el fin de ofrecerle la nueva vida que necesitaba. Había sido una época de promesas.

Si tan solo Natasha no hubiera aparecido aquel día...

Lilly sabía que la estaban observando desde el otro lado de la calle mientras organizaba el escaparate de Pascua en la entrada de Seabreeze. Como siempre, mantenía la mirada al frente. Sus antecedentes, quién era y de dónde venía, la hacían vulnerable.

—Si alguna vez viene alguien buscándote —le decía Dimitar una y otra vez—. Debes alejarte y venir a hablar conmigo.

—¿Lilly?

La voz le resultaba familiar, catapultando su mente a compartimentos oscuros en barcos y habitaciones claustrofóbicas en edificios mugrientos de Inglaterra.

Su instinto fue negar que era Lilly y luego huir al interior, pero cuando miró a la joven a su lado, un nombre salió de sus labios. —¿Natasha?

Natasha había sido la mayor de los niños traficados en 1989.

Al principio, se abrazaron, siguiendo una conversación emocionada, pero después de que la emoción del reencuentro se disipara, emergieron la amargura y el resentimiento. Natasha se volvió curiosa por saber por qué Lilly nunca había hablado con nadie, ni buscado ayuda para el resto de ellos. Natasha entonces lloró, y Lilly escuchó algunas de sus historias.

Fue devastador. Lilly, también llorosa ahora, se disculpó una y otra vez. Enfatizó que solo tenía doce años. Que estaba confundida y aterrorizada, y que un hombre mayor y amable la había cuidado y le había dicho que permaneciera callada.

Le suplicó perdón a Natasha, pero en el fondo, Lilly sabía que esto sería imposible. ¿Cómo podría Natasha no sentir envidia de lo que Lilly había conseguido para sí misma? ¿Y cómo no sentirse amargada por haber sido dejada para sufrir?

Varias veces, Natasha miró la tienda, sacudiendo la cabeza, y acarició las flores, con aspecto afligido.

Luego, le mostró a Lilly su anillo de boda. Para escapar de la esclavitud, Natasha, a los diecisiete años, se había casado con uno de sus explotadores.

Fue en ese momento cuando Lilly se dio cuenta de que ahora estaba en una situación peligrosa. Aunque Natasha le aseguró que su secreto estaba a salvo, sabía en el fondo que realmente no lo estaba. Era obvio que su mundo estaba a punto de desmoronarse.

Antes de que terminara la semana, Georgi estaba parado en la tienda de Dimitar. El cerdo astuto había esperado hasta que Dimitar estuviera haciendo un recado. Una vez dentro, el hombre corpulento cerró la puerta principal con llave y volteó el cartel a "Cerrado".

Se giró y dijo: —моето момиче. —Mi niña.

Inicialmente, mostró moderación mientras expresaba su profunda tristeza por haberla perdido, enfatizando que siempre había tenido grandes esperanzas para ella. Actuó sorprendido de lo cerca que había estado. Él esperaba que hubiera huido a otra parte del país, no que se refugiara en una tienda local. Su conclusión fue que siempre estuvieron destinados a reunirse.

—беше писано в звездите.

Escrito en las estrellas.

Cuando Dimitar regresó, intentó protegerla. Exigió que Georgi se marchara. Pero el anciano no era rival para el despiadado traficante. Ir a la policía quedaba descartado, porque Dimitar también había infringido la ley, y Lilly, por supuesto, estaba aquí ilegalmente. Al final, Georgi se aprovechó. Pagos regulares para mantener en secreto el pasado de Lilly, para evitar su deportación a Bulgaria donde no tenía a nadie ni nada.

...Lilly miró una foto de Dimitar en su teléfono, tomada un mes antes de su muerte. No había día en que no lo echara de menos. Dimitar había adorado a Lilly. Había pagado un porcentaje de las ganancias de la tienda a Georgi hasta el día de su muerte, y Lilly había estado pagando desde entonces.

Pensar que Georgi nunca más causaría otro problema había sido una insensatez por parte de Lilly. Sí, solo visitaba una vez al mes para cobrar dinero, y faltaban varias semanas para su próxima visita programada, pero realmente debería haber sabido mejor. Debería haber sospechado que podría enviar gente para vigilarla de vez en cuando. Había puesto a esos pobres niños en peligro...

Sonó un golpe en el cristal. Su corazón dio un vuelco, pero suspiró aliviada cuando vio a Nikolai mirando a través de la puerta de cristal. Lo había llamado y había llegado en minutos.

Nikolai era un hombre alto y delgado de unos cincuenta años, con cabello entrecano. Una vez había formado parte del mismo mundo que Georgi y había sido uno del grupo que había traído a Lilly al país. Solo tenía dieciséis años y, en su opinión, también había sido víctima de explotación. Ella lo había perdonado. Ahora, él también se comprometía a intentar hacer lo correcto.

Una vez que Nikolai estuvo dentro de la tienda, y la puerta cerrada de nuevo con llave, ella se derrumbó en sus brazos. —Lo sabe... el bastardo lo sabe...

Durante el té, Nikolai no dejaba de tranquilizarla.

—No creo que Georgi sea lo suficientemente estúpido como para involucrarse —dijo Nikolai—. Las personas de su época son dinosaurios. —Se tocó el pecho—. Yo incluido.

Ella sonrió. Su comportamiento sereno siempre había sido un marcado contraste con el caos que Georgi traía a su vida.

—¿A quién puede llamar para que le apoye? Nadie estará interesado. Piensa en las personas que tenemos de nuestro lado, en casa. Gente poderosa. Buena gente, que quiere hacer lo correcto por estos niños. Georgi sería un tonto si alborotara las aguas.

—Pero es un tonto —dijo Lilly—. ¿Y si me destruye por despecho?

—¡Eso sería la guinda del pastel de su idiotez! Si te destruye, destruye parte de sus ingresos. Por lo que sabemos, podrías ser su única fuente en estos días. ¡Su pensión!

Ella suspiró. —Se lleva tanto. —Miró a Nikolai—. Pero vale la pena si se mantiene alejado. —Señaló al sótano con un movimiento de cabeza—. Esto es importante para mí.

Él extendió la mano y tomó su brazo. —He hecho una llamada. He intentado acelerar el proceso. Podría ser esta noche... como muy tarde, mañana por la noche. Nos ocuparemos de Georgi cuando estén a salvo.

—Quiere saberlo mañana antes del mediodía.

Nikolai asintió. —Entonces envíale un mensaje a mediodía. Dile que esto no le concierne, y que es mejor que lo deje en paz si quiere seguir cobrando.

—¿Y crees que funcionará?

Él suspiró. —Creo que sí. Mira, desafía su farol. O recibe algo o nada. Apuesto a que cederá.

—Es codicioso.

—Es un matón, y uno que está muy pasado. Cederá.

Ella sonrió. —A veces, me pregunto si no sería mejor simplemente... ya sabes... ¿matarlo?

La expresión de Nikolai se ensombreció.

—Estaba bromeando —dijo ella.

—Lo sé, pero ni siquiera lo menciones en broma.

—Vale.

Él entonces se inclinó y la besó, y de repente ella se sintió más ligera de lo que se había sentido en días.

Después, Nikolai miró a Lilly y le apartó el flequillo de los ojos. —¿Sabes sobre ese cuerpo que encontraron junto al muelle?

—Sí, escuché algo.

Él asintió. —Están diciendo que era un niño... de finales de los noventa.

—¿Perdona?

—Un niño.

—No, ¿cuándo?

—Finales de los noventa.

Ella hizo algunos cálculos mentales, y se le cayó el alma a los pies. Había estado en una montaña rusa de ansiedad durante días, pero esta caída se sintió pronunciada.

—Finales de los noventa... no creerás que... bueno... —Lilly se interrumpió, incapaz de dar palabras a sus temores.

Vio cómo el color desaparecía de su rostro cuando él captó la idea. —Oh... no me di cuenta de que la policía había confirmado una fecha... ¿Podría ser un rumor? Mira... —Dejó su té en el mostrador y le agarró la mano—. Yo...

—Todavía veo su cara, todos los días, cuando me despierto, Nikolai. —Tragó saliva—. De pie en esa puerta, con los ojos muy abiertos. Era solo un niño, no mucho mayor que yo cuando me perdí... sola sin nadie.

Nikolai le acarició la cara con la otra mano. —Intenta que no todo te haga recordarlo.

—Greg era mi amigo. Si es él, entonces es mi culpa.

—No sería tu culpa, y probablemente no sea él.

Ella hizo una pausa y miró al vacío. Una sonrisa se extendió por su rostro. —Leyendo sobre criaturas marinas.

Lilly cerró los ojos, los recuerdos de Greg inundando su mente, tan vívidos y claros como si hubieran ocurrido ayer. Había sido una mujer mucho más joven, apenas entrada en los veinte. Él venía a la tienda casi todas las mañanas, atraído como una abeja a sus flores.

Recordaba su tono dulce y suave la primera vez que cruzó esa puerta. —Me gustan los olores. Las flores son una de mis cosas favoritas. Podría olerlas todo el día. —Parecía que decía la verdad. Regresaba a diario, durante meses, con su perro, Buddy. A Dimitar no le gustaban los perros en la tienda, pero hizo una excepción con Buddy porque se portaba muy bien, y podía ver que a Lilly le gustaba hablar con Greg.

—¿Qué más te gusta, aparte de los olores? —le había preguntado ella un día.

Él sacó un pequeño cuaderno de dibujo. En la primera página, un detallado dibujo a lápiz de un caballito de mar, su cola curvada y patrones intrincados capturados con una habilidad sorprendente. Luego, la página siguiente: una majestuosa ballena, rompiendo la superficie del agua. Cada página tenía una criatura marina diferente, dibujada con la misma atención meticulosa al detalle.

—Criaturas marinas —dijo él—. Sí. Tres cosas favoritas.

—Solo me has dicho dos.

—Y Buddy, también, por supuesto. Buddy es el número uno.

Recordaba acariciando a Buddy. —Puedo ver por qué.

Greg entonces le preguntó: —¿Cómo te llamas?

—Lilly.

—Bueno, Lilly, ¿cuáles son tus cosas favoritas?

Ella le dijo la verdad, con voz suave. —Los niños... los niños que son felices.

30

La luz matinal se filtraba a través de las vidrieras de la Iglesia de San Claude, proyectando un caleidoscopio de colores sobre los desgastados bancos de madera.

El reverendo Ray Lawson permanecía en el púlpito, sus dedos aferrándose a los bordes. Los bancos habitualmente llenos estaban medio vacíos.

Era la menor asistencia a un servicio dominical que podía recordar.

El tema de hoy de repente parecía muy apropiado. —Buenos días. Hoy hablaremos sobre el poder de la fe en tiempos de adversidad.

Los feligreses se removieron en sus asientos.

—En Salmos 46:1, se nos recuerda que "Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones". Estas palabras resuenan especialmente en tiempos de incertidumbre y miedo.

Percibió susurros indescifrables en el aire.

Ray continuó, decidido a mantener un aire de normalidad. —Recordamos que nuestra fe no se pone a prueba en tiempos de paz, sino en momentos de tribulación.

Sus ojos buscaban rostros familiares. La señora Hodgson, que había asistido todos los domingos durante los últimos treinta años, no se veía por ninguna parte. Toda la familia Thompson, que solía

ocupar la mayor parte del tercer banco a la izquierda, tampoco había aparecido.

Y estaba seguro de que cada vez que cruzaba la mirada con alguien, este se estremecía y apartaba la vista.

Este es mi tiempo de tribulación.

Respiró profundamente, se armó de valor, se concentró... Su mente le decía que estaba acabado, terminado. Con el corazón latiendo más rápido, miró hacia su esposa, Kath, sentada en el órgano. Necesitaba su mirada tranquilizadora, pero ella no establecía contacto visual.

Ella también se sentía traicionada por él.

Siguió luchando. —Es fácil creer cuando todo va bien, pero la verdadera fe brilla con más intensidad en la oscuridad.

Levantó la mano para tocarse la mejilla dolorida. El recuerdo de la ira y la amargura de Megan se entrelazaba con sus palabras sobre la fe y la adversidad. Lo había intentado desesperadamente con ella. Hace tanto tiempo ya, mientras estaba en otra iglesia en North Yorkshire. Knaresborough. Lo último que supo fue que ella estaba recomponiendo su vida. Pero Megan siempre había sido su caso más difícil.

Su mayor fracaso.

Pero, ¿debería ser juzgado solo por eso?

Al darse cuenta de que estaba sudando y perdiéndose en sus propios pensamientos, Ray anunció un himno. —Cantaremos "Quédate conmigo".

Se apartó del púlpito pero cantó con su congregación. Su mente volvió a la imagen del cuerpo de su hermano. La muerte de Graham lo había puesto en este camino, un camino que lo había llevado al sacerdocio y a los aspectos más oscuros y ocultos de la fe que la Iglesia rara vez reconocía. Ayudando a aquellos que se encontraban atrapados en el fuego cruzado de una batalla entre el bien y el mal que no podían comprender. Cantaba por instinto mientras su mente permanecía en el pasado. Pensó en los niños a los que había ayudado y en los niños a los que había fallado. ¡Todo hace tanto tiempo ya! ¡Casi tres décadas! Pero aún tan vívido en su memoria.

Y a veces había tenido éxito, y a veces había fracasado.

¿No podía simplemente aceptarse eso?

A mitad del himno, Ray notó que las dos puertas de la iglesia se abrían.

Un hombre y una mujer, ambos vestidos con trajes elegantes, se deslizaron hasta el último banco. Rostros desconocidos. La mujer llevaba un labrador dorado con correa.

El hombre era mayor, corpulento, quizás en sus sesenta, con cabello canoso y expresión severa. La mujer era más joven, su postura rígida y alerta. No se unieron al canto.

Su presencia era sin duda oficial y desentonaba entre los feligreses habituales.

¿Policía? ¿Era esto? ¿Era este el final?

¿Y por qué estaba el perro aquí? ¿Era un perro guía? ¿La mujer tenía problemas de visión?

Sus pensamientos estaban en tumulto. Imágenes de Megan como una niña pequeña en Knaresborough pasaron por su mente, seguidas de tantos otros rostros.

¿Cuántos más de aquellos a los que intentó ayudar surgirían para volverse contra él?

Cuando el himno terminó, Ray volvió al púlpito, sintiendo sus piernas inestables debajo de él. —Oremos —Cerró los ojos mientras recitaba la oración, desesperado por mantenerse concentrado. En la oscuridad detrás de sus párpados, vio el rostro acusador de Megan, escuchó el eco de sus gritos:

Te creí. Te miré a los ojos y te creí.

Sintió sus uñas en la mejilla de nuevo, intentando llegar hasta sus ojos.

—Señor. Concédenos la fortaleza para enfrentar nuestras pruebas con valentía y fe —¿Estaba rezando por su congregación o por sí mismo?

Al abrir los ojos, se encontró mirando nuevamente a los dos extraños en la parte trasera de la iglesia. El hombre tenía la mirada fija en Ray. La mujer tenía los ojos bajos.

Con un acto supremo de voluntad, Ray volvió su atención a su sermón. —En tiempos de oscuridad —Elevó la voz con la esperanza de que lo refocalizara y lo apartara de su pánico—. Debemos

aferrarnos a nuestra fe con más fiereza. Porque es a través de la fe que encontramos la luz que nos guía a casa.

¡Casi tres décadas! En aquel entonces, el mundo había cambiado tan rápidamente. Pasar tiempo a solas con niños se estaba convirtiendo en algo mal visto, una clara señal de sospecha a la que todos se aferrarían. No tuvo más remedio que parar.

Greg Lyle había sido el último.

Su recaudación de fondos... sus programas de ayuda... durante tanto tiempo había sido la fuerza con la que había combatido el mal que se había llevado a su hermano y que se llevaría a otros. No, no había sido suficiente, pero la bondad era bondad, y había sido mejor que nada.

Ahora, parecía que después de más de un cuarto de siglo, su sacrificio no había valido la pena. Debería haber continuado... Salvado a más si hubiera podido...

Y ahora, se preguntaba cuál sería su juicio... y su sermón dio un giro brusco que no formaba parte de su planificación. —Todos somos pecadores. Todos nos hemos quedado cortos ante la gloria de Dios. Pero es al reconocer nuestros pecados, al enfrentarlos directamente, cuando encontramos el camino hacia la redención.

Y si estoy redimido, entonces puedo seguir ayudando.

El servicio concluyó en una neblina de confusión y conversaciones susurradas. La congregación salió, rápidamente, la mayoría sin querer esperar para estrecharle la mano como era costumbre. Ray se encontró clavado en el sitio, incapaz de moverse del púlpito.

Observó cómo los dos extraños se levantaban de sus asientos y se dirigían hacia él. Con cada paso que daban, Ray sentía que se alejaba más y más de la redención.

31

La sacristía del reverendo Ray Lawson olía a libros antiguos y velas de cera de abeja. Frank se acomodó en el gastado sofá junto a Gerry. Rylan, como le habían indicado, se sentó tranquilamente a los pies de Gerry. Frente a ellos, Ray se hundió en un viejo sillón de cuero que crujía con cada movimiento. Entrelazó sus dedos con fuerza sobre su regazo. —Precioso perro. Mi padre tenía labradores. Ese es espectacular.

—Se llama Rylan —dijo Gerry.

—Bueno, Rylan —Ray le guiñó un ojo—. ¿Te apetece unirte a mi congregación?

Habiendo entrevistado a su buena parte de eclesiásticos a lo largo de los años, Frank lo encontró típicamente afable y entusiasta.

—¿Estáis seguros de que no puedo ofreceros una taza de té? —preguntó Ray.

—No, gracias. Estaremos bien —Frank miró a Gerry, preocupado de que pudiera haberle molestado que respondiera por ella. Pero si le molestó, no lo demostró. En ese momento, estaba preparando su cuaderno.

Frank observó las marcas rojas de ira en la mejilla de Ray. Parecían recientes, con la piel circundante aún inflamada. —Tiene unos arañazos bastante desagradables, reverendo. ¿Está todo bien? ¿Qué ha pasado?

Ray miró a Frank como si no esperara esa pregunta. Tras un momento de silencio, negó con la cabeza, sonriendo. —¿Ya os

habéis enterado?

—¿Perdón? —dijo Frank—. ¿Enterado de qué?

—Una mujer entró en el servicio el otro día. Delante de todos. Perdió los estribos y me atacó. Sin motivo.

—¿Quién era? —preguntó Frank.

Ray se encogió de hombros. —Nunca la había visto antes. Tenía unos treinta y tantos, quizás cuarenta años. Intenté hablar con ella después, pero salió corriendo.

Frank asintió. —Ya veo. No estaba al tanto. Curioso. Supongo que lo ha denunciado, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Suspiró. —Quería ver si volvía primero, para poder hablar con ella. Ayudarla. En lugar de meterla en problemas.

Frank negó con la cabeza. —Mejor que lo denuncie. Ella podría estar en problemas ahora. *Usted* podría estar en problemas si regresa. ¿Alguien de su congregación la conoce?

Ray negó con la cabeza. —Si la conocían, nadie dijo nada. Lo denunciaré.

—Creo que es lo más sensato —dijo Frank.

—Reverendo —comenzó Frank—, estamos aquí por un cuerpo recientemente recuperado del agua cerca del muelle de Tate Hill.

Ray se inclinó hacia delante. Mantuvo la compostura, pero Frank notó que sus manos apretaban más su agarre entre sí. —Terrible. Me enteré de eso. Un asunto horrible... —Se recostó, asintiendo—. Terrible. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Qué relevancia tengo yo en eso?

Frank había observado atentamente al reverendo mientras daba su sermón. Era un actor, eso estaba claro. Sería capaz de decir mentiras bajo presión.

Frank ya había informado a Gerry que no fuera directamente al grano. Quería tener una sensación detallada del reverendo antes de ponerlo completamente en el punto de mira. —Llegaremos a eso. Primero, sin embargo, me gustaría confirmar algunos detalles sobre sus antecedentes, si no le importa. ¿Inspectora Carver?

—Nuestros registros muestran que ha sido el reverendo aquí en San Claude durante veintisiete años, desde septiembre de 1997. ¿Es correcto? —dijo Gerry.

—Lo es.

—¿Y antes de eso, estuvo en Knaresborough durante diez años?

—También es cierto. El tiempo vuela, ¿verdad?

—Sí, así es —coincidió Frank.

—Apenas parece posible que lleve aquí casi tres décadas.

—También veo en mis notas que es usted muy respetado en la comunidad —dijo Gerry.

Ray intentó esbozar una sonrisa modesta. —Bueno, si usted lo dice.

Gerry leyó de sus notas. —Varios reconocimientos de la Diócesis de York por su trabajo comunitario, incluido el Premio del Obispo a la Excelencia en el Ministerio en 2015. La Orden de San Melito en 2018 por sus destacadas contribuciones al cuidado pastoral y al alcance comunitario.

Ray asintió. —Me siento honrado por todo el reconocimiento, por supuesto, pero le aseguro que solo estoy haciendo el trabajo de Dios. Estos premios pertenecen a muchos en mi congregación. Son ellos quienes hacen posibles todas nuestras iniciativas.

Gerry asintió. Frank notó que ella estableció contacto visual con él por primera vez. —¿Podría hablarnos de su trabajo benéfico, reverendo?

—Es un tema amplio. ¿Por dónde quiere que empiece?

Gerry mantuvo su mirada. —Parece centrarse en personas con necesidades educativas extremas. ¿Puede comenzar por ahí?

Ray se movió en su asiento, y el viejo cuero crujió. —Bueno, siempre me he sentido llamado a ayudar a aquellos que podrían tener dificultades para integrarse en la sociedad. Hemos establecido varios programas a lo largo de los años. —Los enumeró, contando con los dedos—. Está el servicio de "Culto adaptado a lo sensorial" que celebramos mensualmente, diseñado para personas con autismo o trastornos del procesamiento sensorial. Atenuamos las luces, mantenemos la música suave y proporcionamos juguetes antiestrés para ayudar a la gente a sentirse cómoda.

Frank asintió para animarlo, mientras Gerry bajaba la mirada y tomaba notas.

Ray continuó, con la voz cada vez más animada. —También dirigimos un grupo de apoyo semanal para adultos con discapacidades de aprendizaje, centrado en habilidades para la vida e interacción social. Nuestro programa "Compañeros de lectura" empareja a voluntarios con niños que tienen dislexia u otras dificultades de lectura. Y recientemente hemos comenzado un programa de musicoterapia para personas con deterioros cognitivos graves.

—Eso es muy impresionante —comentó Gerry, volviendo a levantar la mirada—. ¿Y qué hay de sus programas de divulgación? Tengo entendido que también está involucrado en trabajos más allá de los muros de la iglesia.

Su rostro se iluminó aún más. —Tenemos un comedor móvil que atiende a personas sin hogar con problemas de salud mental en Leeds. No se trata solo de proporcionar comida, sino también de ofrecer una oreja atenta y conectar a las personas con recursos. —Hizo una pausa, tomando aire antes de continuar—. Nuestros talleres "Arte para todos" proporcionan una salida creativa para personas con diversas discapacidades. Hemos visto un progreso notable en la autoexpresión y confianza de los participantes. Y luego está nuestro evento "Día deportivo inclusivo", que reúne a personas con y sin discapacidades para un día de diversión y competencia amistosa.

Frank observó a Ray mientras hablaba. Había una suavidad en sus ojos, una ligera sonrisa jugando en las comisuras de su boca mientras describía el impacto de su trabajo. También escuchó la pasión genuina en su voz. Contaba la historia de un buen hombre, más que la de un asesino.

El comportamiento altruista como fachada no era algo con lo que Frank no tuviera experiencia. Aunque, si ese fuera el caso aquí, Frank tendría que reconocer que estaba a un nivel que nunca antes había visto.

Ray miró su reloj. —Con todo eso en marcha, puedo estar bastante ocupado. Tengo una feria que organizar. Siento sonar

grosero, pero ¿podéis decirme por qué estáis aquí? ¿Mencionasteis ese cuerpo? Un asunto terrible.

—Casi llegamos, reverendo, solo una cosa más... ¿Inspectora Carver?

Gerry levantó la mirada de nuevo. —Reverendo, se hizo una acusación contra usted durante su tiempo en Knaresborough. —Hizo una pausa.

Frank le había pedido que hiciera esto, y funcionó de maravilla para inquietarlo. El ceño de Ray se frunció, un destello de inquietud pasó por sus facciones. —¿Knaresborough? Como establecimos, ¡eso fue hace bastante tiempo!

Gerry continuó, con voz neutral. —Se le acusó de intimidar a dos chicos con necesidades educativas severas.

Ray negó brevemente con la cabeza. —Fue un malentendido.

—Los padres de Ethan Wilkins, que tenía síndrome de Down, y Philip Foster, que era autista no verbal, presentaron una queja contra usted. Se quejaron de que sus hijos se volvieron más retraídos después de pasar tiempo con usted.

—Recuerdo los detalles. —Negó con la cabeza más enérgicamente ahora—. Y como dije, fue un malentendido, y rápidamente retiraron el caso.

Gerry dijo: —Perdone, ¿podría confirmar las acusaciones con usted?

—¿Es necesario? —preguntó Ray, abriendo más los ojos.

Gerry continuó de todos modos. —Los chicos se ponían nerviosos con la mera mención de su nombre. Ethan se refirió a que usted gritaba y tenía arrebatos aterradores. Philip escribió sus preocupaciones: "usando palabras extrañas, diciendo cosas que no entiendo, continuando incluso cuando estaba llorando".

Ray negó con la cabeza. —Un malentendido. Los chicos enfrentaban desafíos significativos. Tenían muchos problemas, Dios los bendiga. Solo intenté ayudarlos. Creo que la comunicación fue un problema. Quizás debería haber hablado más suavemente, usado un vocabulario menos complejo al comunicarme. Ese tipo de cosas. He aprendido mucho a lo largo de los años.

—Aun así —dijo Frank—, ¿por qué continuar si uno de ellos estaba llorando?

—¿Continuar qué? ¿Hablando? No lo sé... simplemente no me di cuenta. De todos modos... no quiero ser grosero o irrespetuoso. —Lanzó una mirada entre ellos—. Pero alguien investigó esto. Encontraron que sus cambios de comportamiento estaban relacionados con sus condiciones, y no necesariamente con mis interacciones con ellos. Estaba tratando de ayudar a esos chicos, de darles un espacio seguro para ser ellos mismos. Sí, podría haber adaptado mi enfoque hacia ellos. Aprendí de todo eso.

—Excepto que no necesitó adaptar su enfoque hacia ellos —dijo Gerry—. Ellos abandonaron la iglesia.

Ray asintió y bajó la mirada. —Sí. Todo fue muy desafortunado.

—¿La queja también era sobre usted pasando tiempo a solas con ellos, individualmente? —La voz de Gerry era tranquila pero insistente.

—Era una época diferente entonces. No teníamos la misma... conciencia... que tenemos ahora sobre los límites. Estar a solas con niños. —Se inclinó hacia adelante, moviendo sus ojos entre Frank y Gerry—. Ahora, tengo mucho cuidado de asegurarme de no estar nunca solo con niños. El mundo ha cambiado, y debemos adaptarnos a él. Todos nuestros programas tienen estrictas políticas de salvaguarda en vigor... Ahora, mirad, ¿se me está investigando por esto de nuevo? —Ray arqueó una ceja.

Frank negó con la cabeza. —Solo necesitamos cubrir todas las posibilidades.

—¿Por qué? Todavía no me habéis dicho de qué se trata.

—El cuerpo junto al muelle —dijo Frank—. Perdón, una cosa más antes de eso... En varios artículos que consultamos, usted citó a su hermano como inspiración para su trabajo con niños con necesidades educativas especiales. ¿Puede contarnos un poco sobre eso?

Ray suspiró y apartó la mirada. Frank pensó que estaba a punto de perder los estribos, pero luego su expresión se suavizó. —Graham era diferente. Brillante, inteligente, divertido, pero el mundo no lo entendía. Tenía dificultades en la escuela, no podía quedarse

quieto, siempre se metía en problemas. Hoy, los médicos le habrían diagnosticado autismo y TDAH, estoy seguro. Pero en aquel entonces, simplemente lo etiquetaban como difícil, perturbador. —Ray hizo una pausa, sus ojos distantes, perdidos en el recuerdo—. Se quitó la vida cuando tenía quince años.

Bajó la cara.

—Lo siento —dijo Frank—. ¿Y lo encontraste tú, es cierto?

—Sí... yo tenía trece años.

—Debió de ser duro.

—Mucho... Aunque eso me puso en mi camino. Supe que tenía que ayudar a niños como él. Niños que no encajaban en la estrecha definición de "normalidad" del mundo. Eso, combinado con mi llamado de Dios... bueno, de alguna manera encajó, supongo.

Frank asintió con simpatía, notando el dolor crudo aún claro en la voz de Ray. —Estoy seguro de que su hermano estaría orgulloso de que su memoria haya impulsado gran parte de su trabajo.

Ray asintió. —Eso espero. Quiero asegurarme de que ningún otro niño se sienta tan perdido e incomprendido como él.

Frank intercambió una mirada con Gerry antes de continuar, su voz suave pero firme. —Ahora, reverendo, lamento informarle que el cuerpo recuperado pertenecía a Greg Lyle.

Ray miró directamente a Frank.

Frank esperó a que hablara, pero no lo hizo.

—¿Reverendo? —insistió Frank.

—¿Greg? —dijo Ray.

—Sí... siento si esto le ha impactado.

Ray giró la cabeza de lado a lado, con el rostro completamente pálido. —Murió por una caída... desde un acantilado. Escuché sobre el niño del muelle... no fue una caída.

—No, no lo fue —dijo Frank.

—La caída fue la conclusión del informe de persona desaparecida —dijo Gerry—. Pero nunca encontraron el cuerpo. Realmente nunca debería haberse llegado a esa conclusión.

Parecía que iba a vomitar. —¿Cómo sabéis que es él?

—Registros dentales —dijo Frank—. Siento tener que decírselo de esta manera.

—¿No estaban en... una nevera? —Sus ojos se estaban ensanchando.

—Sí —dijo Frank.

—¡Entonces simplemente no puede ser él! —Sus ojos se estaban llenando de lágrimas.

—¿Qué le hace decir eso?

Se frotó los ojos. —Porque era un buen chico... un chico tan, tan bueno... ¿Quién podría hacer tal cosa?

—Esperamos descubrirlo —dijo Frank—. Entonces, ahora que entiende la importancia de nuestra visita, ¿podría contarnos sobre su relación con Greg?

—Él formaba parte de esta iglesia. Venía a la escuela dominical. —Se interrumpió, negando con la cabeza. Ray se inclinó hacia adelante, frotándose las sienes—. Tan brillante, tan curioso...

—¿Y eran ustedes dos cercanos? —preguntó Gerry.

—Sí... pero no puedo creer esto. No me malinterpretéis, sabía que él ya se había *ido*. Sabía que nunca regresaría. Lo lloré. Pero pensé que podría haber sido suicidio, como Graham.

—Siento que esto le haya afectado tanto —dijo Frank—. Ha dicho que eran cercanos. ¿Puede entrar en más detalles sobre su relación con Greg?

Ray soltó los dedos de sus sienes y su cabeza se levantó de golpe con un destello de actitud defensiva en sus ojos. —Intento estar cerca de todos mis feligreses, dentro del ámbito de lo respetable.

—¿Entonces su relación con Greg no era diferente a su relación con cualquiera de sus feligreses? —preguntó Frank.

Ray asintió bruscamente. —Nada fuera de lo común.

—Ya veo... entonces nunca estuvisteis solos —insistió Frank.

Ray suspiró. Parecía frustrado. —Mire... hablamos mucho. Venía a mí en busca de apoyo, tratando de entender el mundo. Por amistad también, supongo. Era incomprendido, autista...

—¿Entonces, estaba a solas con él? —preguntó Gerry.

Ray se estremeció y luego asintió. —Sí. Pero esto fue, ¿qué, a finales de los noventa? Después de eso, después de ser investigado por la policía cuando desapareció, cambié. He sido más cuidadoso

desde entonces. Como dije antes, me aseguro de no estar nunca a solas con niños ahora. ¡Debería haber sido más cuidadoso entonces!

Deberías haber aprendido la lección después de Knaresborough, pensó Frank, pero no lo dijo. El hombre parecía bastante alterado en este momento. —De acuerdo, ¿entonces cómo eran vuestras interacciones?

Ray tomó un respiro profundo. —Greg necesitaba a alguien que lo entendiera, que pudiera escucharlo sin juzgarlo. Sus padres estaban luchando, y tenía pocos amigos de su edad. —Los ojos de Ray adoptaron una mirada lejana, una pequeña sonrisa tocando sus labios—. Greg me recordaba tanto a Graham en algunos aspectos. Brillante, pero incomprendido. Tenía tal pasión por la vida marina, podía recitar hechos sobre criaturas marinas durante horas. Pero tenía dificultades con las interacciones sociales, con los cambios en su rutina. —Hizo una pausa, negando con la cabeza—. La gente a menudo subestimaba a Greg debido a su autismo. Tenía dificultades para articularse correctamente. Sus habilidades lingüísticas se desarrollaron a un ritmo más lento. La gente le hablaba como si fuera un niño pequeño o lo ignoraba por completo. Pero era tan inteligente, tan observador. Solo necesitaba a alguien que lo escuchara, que lo tomara en serio.

Frank se inclinó hacia adelante. —Le dijo a los investigadores en 1998 que Greg lo visitaba a menudo cuando paseaba a su perro, Buddy. ¿Es correcto?

Ray asintió. —Sí... admitidamente, todos los días en un momento dado. Era muy rutinario. —Miró a Rylan y sonrió—. Buddy. Ese perro fue una bendición para Greg. Nada fue nunca mejor para ese chico que Buddy. ¿Lo entiendes, verdad? —Miró a Gerry.

—Los perros de terapia pueden ser increíblemente beneficiosos para personas con autismo. Proporcionan apoyo emocional, reducen la ansiedad y pueden ayudar con las interacciones sociales —dijo Gerry.

—El vínculo entre ellos era... hermoso —continuó Ray—. Buddy parecía entender a Greg de una manera que sus padres o yo no podíamos.

—¿Los padres de Greg sabían de vuestra amistad con Greg? —preguntó Frank.

Asintió. —Por supuesto. Como dije, eran feligreses.

—¿Entonces, sabían que estaba a solas con él?

—Sí...

Tanta confianza, pensó Frank, pero entonces parecía muy digno de confianza, y la sociedad de entonces había sido mucho menos vigilante.

Ray suspiró. —Después de que Greg desapareciera, Katie y Simon nunca regresaron... Katie perdió su fe.

—¿Mantuvo el contacto?

—Lo intenté, por un tiempo. Pero Katie había perdido completamente su fe. Y Simon, bueno, Simon siempre parecía agresivo. Vino varias veces a interrogarme porque había visto a Greg en ese último día. Podía ver una mirada salvaje en sus ojos. Una sugerencia de que no iba a detenerse ante nada. Eventualmente, debo haberle convencido de que yo no tenía nada que ver con ello. No lo he vuelto a ver desde entonces.

He visto esa misma mirada salvaje en sus ojos, pensó Frank.

—¿Cómo intentó ayudar a Greg? —preguntó Gerry, su bolígrafo rascando el papel.

—Intenté crear un espacio seguro para él, donde pudiera ser él mismo sin miedo al juicio. Hablábamos de sus intereses, trabajábamos en sus ansiedades. Le animaba a escribir y dibujar, a expresarse de formas que le resultaran cómodas.

Frank asintió. —El 14 de octubre de 1998 fue el día que Greg desapareció. ¿Puede contarnos lo que sucedió esa mañana?

—Lo recuerdo, y ayuda que conté esta historia en varias ocasiones a los investigadores. ¿Supongo que la tenéis?

—Así es —dijo Frank.

—Pido disculpas por cualquier inconsistencia entonces. Han pasado veinticinco años.

—Veintiséis —dijo Gerry.

Ray asintió. —Greg estaba agitado. Confundido. Incluso Buddy estaba luchando por mantenerlo tranquilo. Había descubierto la infidelidad de su padre el día anterior. No podía entender por qué su

padre haría algo así. Había sacudido todo su mundo. La rutina era muy importante para Greg, ¿sabes? Esto... esto era una interrupción masiva. Seguía diciendo: "No tiene sentido. ¿Por qué haría papá eso? No está bien".

—¿Qué hizo usted? —preguntó Gerry.

Ray suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Escuché. Traté de consolarlo lo mejor que pude. Le expliqué que a veces los adultos cometen errores, que eso no significaba que su padre lo quisiera menos. Pero Greg estaba luchando por procesar todo. Había algo más que le molestaba también.

Frank se inclinó hacia adelante. —¿Qué era?

—No quiso decirlo, lo cual era raro en él. Normalmente, me lo contaba todo. Era algo más que este asunto de la infidelidad, estoy seguro. Mencionó reglas. Reglas rotas. Recuerdo que abrazaba a su perro con fuerza mientras lo decía. Como si de repente fuera a escapar o desaparecer. Supongo que debía estar desesperado por ese consuelo. Eso fue todo lo que pasó realmente. Al menos, todo lo que puedo recordar ahora.

—Nos han dicho que Greg estaba muy centrado en seguir las reglas.

—Sí. Algo le había causado gran ansiedad.

Frank le mostró a Ray el mensaje que habían recuperado del buscapersonas de Greg.

—¿Esto te dice algo?

Lo pensó. —Lo siento. No. WA podría significar Whitby Abbey, tal vez?

—Sí, consideramos eso. ¿Alguna vez te mencionó la Abadía de Whitby?

Negó con la cabeza. —Mira, él no mencionó reunirse con nadie. Recuerdo haberle sugerido que diera un largo paseo con Buddy por la playa para despejar su mente. Eso siempre parecía calmarlo. Durante años, deseé que hubiera hecho lo que le pedí. Sabía que había seguido caminando a lo largo de West Cliff, y ahí es donde pensé que se había caído. Ahora sé que esto puede no haber sido el caso. Tan triste... —Ray levantó la mirada, sus ojos llenos de pesar

—. Le dije que volviera si necesitaba hablar más tarde. Por supuesto, no lo hizo. Esa fue la última vez que lo vi.

Frank observó a Ray, notando el genuino dolor en sus ojos. —Reverendo, sé que esto es difícil, pero ¿hay algo más que pueda recordar sobre ese día? ¿Algo que pueda ayudarnos a entender qué le pasó a Greg?

Ray negó con la cabeza, con lágrimas derramándose por sus mejillas. —Lo he repasado mil veces en mi cabeza. Si tan solo hubiera hecho algo diferente, dicho algo más... quizás aún estaría vivo. Tal vez debería haberlo mantenido aquí, llamado a su madre... Cuando pensé que podría haber sido suicidio, como Graham, sentí que le había fallado, igual que le fallé a mi hermano. Me llevó mucho tiempo aceptarlo.

Frank y Gerry continuaron un rato, tratando de inducir a Ray a recordar algo más de ese día, de esa época, que pudiera arrojar luz sobre dónde había ido Greg después de la iglesia, pero al igual que los investigadores de hace veintiséis años, no lograron nada.

Finalmente, Frank se puso de pie, señalando el final de la entrevista. —Gracias por su tiempo, reverendo. Es posible que necesitemos hablar con usted de nuevo a medida que progrese nuestra investigación.

Ray asintió, con los hombros caídos. —Qué cosa tan terrible.

En el camino de salida, Frank se volvió. —También debería hacer que le miren esos arañazos. Parecen dolorosos.

32

Después de compartir notas, Frank incorporó con suavidad el Audi que habían reservado del parque móvil de la comisaría a la carretera principal. Gerry iba sentada en silencio, con su libreta abierta sobre el regazo, aún reflexionando.

—Ya es suficiente para ti, Gerry. Te voy a dejar en casa.

—No me importa...

—No, ya has hecho más que suficiente. Es domingo. Necesitas descansar.

—Vale... llévame a casa. Tom seguirá en la cama.

—Por favor, Gerry, ya hemos tenido esta conversación.

Ella frunció el ceño. —¿Perdona?

—Sobre el sexo. —Sintió que sus mejillas se sonrojaban al decirlo.

—No me refería a eso —dijo Gerry—. Quería decir que seguirá allí, así que podré organizar algo con él.

—Ah... por cierto, ¿qué tal sus padres? ¿Seguiste mi consejo?

—Una parte.

Frank arqueó una ceja. —Bien. Entonces probablemente salió mejor que cuando yo conocí a los padres de Mary.

—¿Qué pasó con los padres de Mary?

—Su padre me echó un vistazo y me dijo directamente que no era lo bastante bueno para su niña.

—¿Cómo respondiste?

—Demostrándole que tenía razón... —dijo Frank.

—Creo que deberías ser más amable contigo mismo.

Frank la miró de reojo. —Escuchado... considerado... —Volvió a mirar la carretera—. Y descartado. Entonces, ¿fue bien?

—No lo sé —dijo Gerry.

—Cuéntame —dijo Frank, señalizando para cambiar de carril.

Gerry frunció el ceño. —Bueno, el padre de Tom parecía obsesionado con el hecho de que Tom eligiera convertirse en arborista en lugar de seguir la tradición familiar de la arquitectura.

—Pensaba que se suponía que debían centrar su atención en ti.

—Les costó hacerlo. Especialmente a la madre. No dejaba de ofrecerme vino, incluso después de explicarle que no bebo. Luego me preguntó si era por mi autismo, como si el autismo y el alcohol fueran médicamente incompatibles.

Frank hizo una mueca. —Ay. Me imagino tu detallada explicación sobre las condiciones del neurodesarrollo y su falta de correlación con la tolerancia al alcohol.

—No quería abrumarla.

—¿Eh? —La miró—. ¿Eso lo reservas solo para mí? ¿Qué he hecho yo tan malo?

—Principalmente lo hago con personas a las que aprecio.

—¡Me aprecias! —Se rio—. Vaya... si solo pudiera oír esto ahora el otro 99 por ciento de las personas con las que he trabajado. Les haría un corte de mangas y les diría lo incomprendido que he sido.

—Practiqué etiqueta frente al espejo antes de la comida, y eso salió bien.

Frank asintió y sonrió. —¿Algún otro momento destacable?

Gerry asintió seriamente. —Los problemas gastrointestinales de Rylan continúan.

Frank miró por el retrovisor a Rylan en el asiento trasero. —Pobre chico.

—Soltó gases bastante ruidosamente durante la cena. A Tom le pareció hilarante.

Frank se rio. —Me lo puedo imaginar.

—Sus padres... no tanto —dijo Gerry.

Frank se rio con más ganas. —¿Ah, son así? Me habría encantado ser una mosca en *esa* pared. —Detuvo el coche frente a la casa de

ella.

Gerry lo miró, con expresión pensativa. —¿Sabes, Frank? Creo que estoy mejorando en estas situaciones sociales. Hace unos meses, quizás les habría dado una conferencia sobre la improbabilidad estadística de que su hijo siguiera exactamente la carrera que ellos habían elegido. Es un progreso, ¿no crees?

Frank no pudo evitar sonreír. —Sí, eso es progreso sin duda.

Serás toda una mariposa social en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué vas a hacer esta tarde, Frank?

—Cosillas.

—¿Relacionadas con este caso?

Sonrió. —Aún no lo he decidido. —Pero, por supuesto, ella tenía razón—. Devolveré el coche y luego quizás compruebe un par de cosas. *O diez u once cosas...*

—Tú también necesitas descansar.

—¿Por qué? —Frank se encogió de hombros—. No bebo. ¿Qué hay que hacer cuando se descansa?

—Que no bebas no significa que no puedas relajarte. ¿Has pensado en tener algún hobby?

Frank resopló. —¿Qué, como coleccionar sellos? No, gracias.

—Sabes —dijo Gerry con cuidado—, hay grupos de apoyo para personas que han dejado de beber. Podría ser útil hablar con otros que entienden lo difícil que puede ser un estilo de vida alternativo.

—Estoy bien, Gerry. No necesito sentarme en un círculo para hablar de mis sentimientos.

Gerry asintió, pero Frank pudo ver que no estaba convencida. —Deberías hablar con Evelyn Wainwright. —Lo había dicho como si fuera una parte natural de la conversación, cuando no lo era en absoluto.

Gerry entreabrió la puerta.

—Espera un momento. ¿De dónde ha salido eso?

Gerry no respondió. Se había dado cuenta de que no debería haber dejado escapar eso. Estaría reprendiéndose por ese desliz impulsivo.

—¿Cuándo hablaste con Helen?

Gerry dijo: —Anoche. También, dos veces la semana pasada...

—No sabía que os habíais hecho tan cercanas.

Gerry negó con la cabeza. —No lo somos. Simplemente me llama para hablar de ti.

¡Por el amor de Dios!

Irónico realmente. Deberían estar contentas de que hubiera dejado el alcohol, ¡y allí estaban, empujándole de vuelta a ello! —¿Así que vosotras dos estáis, qué? ¿Comparando notas? Los cotilleos no ayudarán en este asunto.

Gerry negó con la cabeza. —No cotilleamos, Frank. Estamos preocupadas por ti. Helen piensa —y estoy de acuerdo— que hablar con Evelyn podría ayudarte con...

—¡Gerry, para! —Cerró los ojos, sintiéndose exhausto—. Agradezco la preocupación, pero conocer a Evelyn... no es tan simple.

—¿Por qué?

—Para empezar, me recuerda todo lo que he perdido.

Gerry se quedó callada un momento. —Quizás esa es exactamente la razón por la que deberías verla, Frank. Para ver a Evelyn como alguien como tú, alguien que también sufre... no solo como una extensión de tu propia pérdida.

Frank suspiró. —¿Helen te pide que me acoses así? —preguntó.

—¿Acosar?

—¿Importunar?

—Sé lo que significa la expresión. Simplemente no pensaba que lo estuviera haciendo.

Gruñó. —¡Evelyn Wainwright! De todas las conversaciones que nunca pensé que tendría contigo, esta ocupa un lugar destacado. Última cosa sobre este asunto. Una agradable charla con la viuda del hombre que mató a mi mujer no es algo que me apetezca.

—En mi experiencia, evitar las cosas dolorosas las hace más dolorosas.

¡Dame fuerzas! —Gracias, tía Sue. —Frank se quedó allí un momento, y luego suspiró profundamente—. Te veo mañana, Gerry.

Gerry recogió a Rylan del asiento trasero. —Te veo mañana, Frank.

Mientras Gerry se alejaba, Frank la llamó: —¿Gerry?

Ella se volvió, con las cejas levantadas.

—Gracias —dijo con aspereza—. Por preocuparte. Aunque a veces tengas una manera condenadamente extraña de demostrarlo.

Gerry sonrió. —De nada, Frank.

De vuelta en la comisaría, se preguntó si debería tomarse también el resto del domingo. Pero entonces sus ojos captaron la fotografía de Greg y Buddy en la pizarra, y se dio cuenta de que eso no ocurriría.

Repasó las notas de la entrevista con Ray una y otra vez.

El reverendo había pintado una imagen similar de Greg a la que había hecho su madre. Un niño amable y curioso que veía el mundo de manera diferente. Luchando por encajar, pero con una naturaleza bondadosa. Ray hablaba de Greg con genuino cariño.

Pensó en Katie, la madre de Greg, derrumbándose frente a él mientras recordaba la adoración de su hijo por las criaturas marinas y por Buddy. Recordó sus comentarios sobre Simon y su incapacidad para conectar con su hijo.

Frank negó con la cabeza.

No quería que Greg le recordara a Gerry, pero sintió que ocurría en su mente.

Greg, como Gerry, había luchado por encajar.

¿La diferencia?

A Gerry se le había dado la oportunidad de encontrar su camino y mira cómo había florecido.

Greg, en cambio, había sido desechado como si no importara.

Alguien iba a pagar por eso.

33

Frank se sentó en su escritorio el lunes por la mañana, obligando a sus cansados ojos a permanecer abiertos.

Miró hacia la papelera llena de latas vacías de Coca-Cola.

Había vaciado la máquina expendedora el día anterior. Cada sorbo había sido una silenciosa rebelión contra los intentos de Helen y Gerry de controlar su vida. *¡Empacharme con esta porquería es culpa vuestra!* Su silenciosa rebelión había fracasado estrepitosamente, y se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama por una sobredosis de cafeína.

Sonó un golpe en la puerta de su despacho. Dio permiso y se alegró de ver a Gerry y a Rylan.

—Ven aquí, amigo —dijo, girando su silla hacia un lado del escritorio para poder tomar la cabeza del Labrador con ambas manos y acariciarle las orejas.

Levantó la mirada hacia Gerry—. ¿Qué tal?

—¿Qué te pasa?

—¿Eh? —Frunció el ceño—. Solo estoy cansado.

—Vale... —No parecía convencida—. En fin, he descubierto algo.

—Fantástico.

—Pero te aviso, tendrás que hablar con Donald.

—Ah, mierda... realmente no estoy de humor para eso. —Y era la verdad—. ¿Quizás es mejor que no me lo cuentes?

Ella se quedó allí, observándole.

—Era una broma, Gerry. Siéntate... por favor.

Gerry se sentó y sacó su libreta—. Mientras investigaba los antecedentes de Raven Blackstone, encontré inconsistencias...

—De acuerdo. —Frank se inclinó hacia delante—. Continúa.

—Raven se mudó a Whitby en 1997, un año antes de su aventura con Simon Lyle. Habría tenido diecinueve años. Durante este tiempo, su historial laboral muestra que trabajó en administración para varias empresas. —Consultó sus notas—. Whitby Maritime Services, Endeavour Accounting y Bram's Bytes IT Solutions. También trabajó en la cafetería Harbour Lights por las noches y los fines de semana. Ha estado involucrada con la organización del festival gótico desde 1999. Antes de Whitby, supuestamente vivía en Scarborough. Se graduó del instituto con niveles A a los dieciocho años en 1995. Esta fue la inconsistencia a la que me refería. Debería haberse graduado en 1996 ya que tenía diecinueve años en 1997, ¿recuerdas?

La cabeza de Frank retumbaba con el aluvión de información, pero logró ver el punto. Levantó una ceja—. Bien visto, Gerry. ¿Qué podría significar? ¿Quizás repitió?

—Pensé eso, así que hablé con el instituto de Scarborough para confirmarlo. Raven Blackstone no se graduó en 1995, ni tampoco en 1996. La información es falsa. Intenté contactar con sus padres registrados... y tampoco existen.

—Dios mío. —Frank podía sentir su pulso en las sienes—. Extraño.

—Es casi como si solo hubiera empezado a existir en 1997. Hace tres años, Raven fue arrestada por conducir ebria. Le tomaron las huellas dactilares y la metieron en el sistema. Parecía una posibilidad remota, pero dados los problemas que mencioné, me adelanté y busqué esas huellas.

Frank se inclinó hacia delante. Este era un típico rastro de Gerry. Y típicamente, siempre terminaba con una bomba—. ¿Y?

—Obtuve dos coincidencias, Frank. Obtuve dos identidades separadas.

A Frank se le cortó la respiración—. Imposible.

—La primera coincidencia fue para Raven Blackstone, la identidad que acabo de presentarte. Pero hay una segunda identidad vinculada a esas mismas huellas.

Frank negó con la cabeza, luchando por procesar esto—. ¿Qué sabemos sobre esta segunda identidad?

—No tengo nada sobre la segunda identidad.

Frank sacudió la cabeza—. Un error, obviamente. ¿Ha añadido el sistema un segundo registro sin información? ¿Un fallo?

Gerry negó con la cabeza—. El registro existe. Me está denegando el acceso. Está bloqueado.

Frank respiró hondo y asintió mientras asimilaba la verdad—. ¿Un cambio de identidad? ¿Protección de testigos? Lo he visto antes. ¡Supongo que podría ser una espía! Vale, pues no hay más remedio, necesitamos acceso. —Se puso de pie—. Tenías razón, desde el principio. Don Corleone será.

—¿Don Corleone? —dijo Gerry.

—El Padrino... de la película... el jefe supremo. Resuelve todos los problemas. Me refiero a Donald Oxley, por supuesto. Irónicamente, es un hombre que rara vez resuelve problemas. Simplemente los crea. Pero hoy, va a resolvernos este... ya que no estoy de humor para sus tonterías.

—Tengo algo más —dijo Gerry.

—¡Joder, yo estuve aquí todo el día de ayer, y eres tú quien está produciendo resultados!

—Es sobre Lilly Petrova.

—Recuérdame de nuevo lo que sabemos sobre Lilly Petrova.

Gerry consultó sus notas—. Lilly Petrova, cuarenta y seis años. Nacida en Bulgaria. Es la sobrina del propietario original, Dimitar Petrova. Era un inmigrante legal que abrió la tienda a finales de los años 70. Dimitar trajo a Lilly en 1990 cuando tenía doce años. Los registros decían que había quedado huérfana en Bulgaria, pero no había muchos detalles. Los procesos no eran tan estrictos como lo son ahora. Lilly ha estado dirigiendo la tienda desde que Dimitar falleció en 2015. No está casada. Sin hijos. Greg pasó por la tienda la mañana que desapareció para comprar algunas flores para su madre. Lilly afirmó que no notó nada inusual en su comportamiento, y que no conocía a Greg. Nunca lo había visto antes.

—Vale —dijo Frank—. ¿Y qué tienes?

Gerry le ofreció su teléfono. Frank se bajó las gafas por la nariz y entrecerró los ojos mirando la pantalla. La imagen mostraba un delicado boceto a lápiz de una flor, con sus pétalos desplegándose con un detalle notable. Bajo el dibujo había una palabra en alfabeto cirílico que Frank no podía descifrar—. ¿Qué es eso?

Gerry dijo—. Esto es de uno de los cuadernos de bocetos de Greg fotografiados como prueba para la investigación en 1998. La flor es una especie búlgara, Silene thracica, o clavel de los Balcanes. El nombre debajo está escrito en búlgaro. Había una fecha. 2 de septiembre de 1998.

—Dios mío. Así que esto sugiere que él estuvo allí un mes antes... ¿dibujando la flor en su tienda? ¿Cuántos cuadernos de bocetos has revisado, Gerry?

—Tenía quince.

Frank la miró. *Vaya. Realmente tengo suerte de tenerte.*

—Vale. —Frank se puso de pie—. Trabajo increíble, Gerry. Tu recompensa es dirigir la reunión mientras yo hablo con Donald. Nadie debe acercarse a Raven Blackstone hasta que sepamos quién es. ¿Queda claro?

Gerry asintió.

—Las asignaciones están fijadas, pero por si acaso. Lo primero, tú y yo vamos a interrogar a Lilly Petrova. Reggie y Sharon tienen que hablar con Terry Kane, el mejor amigo de Greg. Ah, y dile a Sean que vaya a ver a Kath Lawson... me interesa saber qué opina sobre esos arañazos en la cara de su marido.

Y entonces Frank se marchó, preparándose mentalmente durante el camino para un enfrentamiento con Oxley.

¿Una identidad oculta?

Hacía mucho tiempo que no veía nada de esta naturaleza.

¿Podría estar a punto de dar un giro radical al caso?

34

Por respeto a Gerry, Frank no fumó mientras ella estaba en el coche, pero ¡por Dios, después de su reunión con Donald, lo necesitaba con urgencia!

—Cualquiera pensaría que estaba pidiendo el código para activar nuestro disuasor nuclear —dijo.

Gerry respondió:

—¿Le explicaste claramente a Donald que necesitamos los antecedentes de Raven Blackstone? Fue una de las últimas personas que vio a Greg con vida.

Frank le lanzó una mirada. —Voy a fingir que no has dicho eso... Se lo expliqué de *numerosas* maneras, Gerry, con distintos grados de agresividad. ¡Puedes estar segura de que ahora entiende lo importante que es esto! Pero está retrasando el acceso porque no quiere alborotar ningún maldito gallinero. Típico.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Le dije que empezara a alborotar de una puñetera vez! ¡Pronto!

—¿Y?

—Me dijo que adoptaría un enfoque más comedido, metódico y *profesional* para acceder a la información.

—Tiene razón en seguir el procedimiento —sugirió Gerry.

Frank la miró fijamente con una ceja levantada. —¿Estás intentando deliberadamente disparar mi ansiedad por la nicotina? —Se volvió, apretando el volante con más fuerza—. Necesitamos esa

información ahora, no después de que haya pasado por un comité y le hayan censurado todas las partes útiles. En fin, ya tiene su ultimátum.

—¿Cuál fue?

—Veinticuatro horas para conseguirme esa información, o encontraré una vía alternativa. Este caso es demasiado importante como para dejar que la burocracia nos frene.

—¿Y qué dijo él?

—No mucho.

—Puede que no te haya creído.

Una sonrisa sombría cruzó el rostro de Frank. Le lanzó una mirada. —Eso sería un grave error de juicio.

Se sumieron en el silencio mientras Frank tomaba el último giro hacia Church Street. La Floristería Seabreeze apareció ante su vista. El edificio era una encantadora mezcla de lo antiguo y lo nuevo: paredes de piedra y carteles brillantes. Coloridos ramos y plantas en macetas bordeaban el escaparate, dándole un aspecto fresco y acogedor.

Frank se detuvo al otro lado de la calle, frente a la tienda.

35

Frank escudriñó la pintoresca fachada de la tienda buscando un cartel en la ventana. «*Se admiten perros bien educados*». Lo señaló. —Podemos entrar.

Frank empujó la puerta, y un tintineo de campanilla anunció su llegada. Inmediatamente se sintió abrumado por el color y la fragancia.

Voy a necesitar gafas de sol y una pastilla para la alergia, pensó.

Frank observó a una mujer alta y elegante que atendía a un cliente. Tenía el pelo oscuro cortado en forma de bob, una figura esbelta y unos ojos amables que se arrugaban en las comisuras cuando sonreía. Sus manos se movían con destreza, envolviendo un ramo en papel marrón y rematándolo con un lazo de cinta. Frank solo podía imaginar el desastre que él provocaría si intentara algo así.

En la esquina trasera de la tienda, cerca del mostrador, había una gran mesa de trabajo cubierta de cintas, papel de envolver y ramos a medio terminar. Los dos detectives y Rylan esperaron junto a ella.

—Aquí tiene, señora Lane —dijo la dependienta, con un acento que delataba un ligero origen búlgaro—. Espero que a su hermana le gusten. Las fresias deberían durar al menos una semana si cambia el agua a diario.

Después de que la clienta se marchara, sus ojos se posaron en los dos detectives. Su sonrisa flaqueó ligeramente, cruzando por su

rostro un destello de incertidumbre. Frank observó cómo su mirada se dirigía a Rylan y luego volvía a ellos.

Frank dio un paso adelante, sacando su placa. —¿Señorita Petrova?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarles?

—Soy el DCI Frank Black, y esta es la DI Gerry Carver. Esperábamos poder hablar con usted unos diez minutos.

—¿Hay algún motivo?

Frank bajó la mirada y luego la levantó. —Quizás haya oído sobre unos restos que han sido recuperados del mar cerca del muelle de Tate Hill.

El color desapareció del rostro de Lilly tan rápidamente que Frank se preguntó si podría desmayarse. Esta era una reacción que se estaba volviendo muy común.

—¿Se encuentra bien, señorita Petrova? —preguntó Frank.

Ella se apoyó en el mostrador para estabilizarse. Tomó una respiración profunda y pareció recuperar algo de control. —Ужасно e... просто ужасно e.

—No entiendo —dijo Frank.

—Oh, perdón... sí... dije que era horrible, simplemente horrible... un momento.

Se movió por detrás del mostrador y se apresuró hacia la puerta, girando el cartel a "Cerrado" y cerrando con llave. Frank vio que Gerry hacía una anotación en su libreta. *¿Estaría anotando la reacción extrema de Lilly?*, se preguntó Frank. *¿Habría deducido ya que podría ser Greg? El chico que había visto en su último viaje veintiséis años atrás. Y, en ese caso, ¿por qué estaba tan horrorizada por un chico al que apenas conocía?*

Lilly regresó al mostrador, haciéndoles un gesto para que se acercaran. Sus movimientos eran bruscos, casi robóticos.

Frank notó una pequeña foto enmarcada detrás de la caja en la pared. Una Lilly más joven de pie junto a un hombre mayor, ambos sonriendo con orgullo frente a la tienda. Su tío Dimitar, supuso.

—Lo siento... —dijo ella—. ¿Pero era ese chico? ¿Aquel por el que me preguntaron hace mucho tiempo? Entró aquí para comprar flores para su madre el día que desapareció.

—Sí —dijo Frank—. Me temo que sí.

—¿Greg Lyle? —Lilly se tocó el pecho.

Frank asintió. —Tiene usted una memoria excelente. Fue hace mucho tiempo.

—Lo recuerdo bien. Hablé con la policía entonces, ¿saben?

Frank asintió. —Lo sabemos.

—Volvieron y me dijeron que se había caído de un acantilado. —Se llevó una mano a la boca e hizo una pausa. Frank dejó que el silencio se prolongara por un momento—. Oí lo del frigorífico... Qué horrible... qué horrible... ¿Qué le pasó?

—Estamos tratando de averiguarlo —dijo Frank—. Usted le dijo a los investigadores en 1998 que no conocía a Greg. Que nunca lo había visto antes.

Lilly asintió, evitando el contacto visual. Sus movimientos seguían siendo bruscos. —Sí. Así es. Vino esa mañana queriendo comprar flores para su madre. Claveles, recuerdo. Rosas. Dijo que ella estaba triste. Que su padre había sido desagradable con ella.

Frank miró a Gerry, quien claramente estaba revisando la declaración original en su cuaderno. Ella hizo un breve asentimiento para mostrar que el informe coincidía. Lilly había recordado bien su guion. —Señorita Petrova, la investigación de 1998 fue por una persona desaparecida. Esta investigación es por un asesinato. ¿Hay algo que desee añadir a su relato de entonces?

Ella desvió la mirada. —No estoy segura de a qué se refiere.

Frank respiró hondo. —¿De verdad? Porque, honestamente, señorita Petrova, creo que hay más en esta historia.

Ella lo miró. —¿Por qué dice eso?

—Bueno, para empezar, pareció muy impactada cuando mencionamos el cuerpo.

—Sí. Oír sobre la muerte de cualquier persona es impactante, ¿no cree?

—¿DI Carver? —indicó Frank.

Gerry le mostró a Lilly el dibujo de la flor búlgara en su móvil.

—Балканско плюскавиче. —Se llevó una mano a la boca.

—¿Perdón? —preguntó Frank.

—Clavel de los Balcanes —tradujo ella.

—Sí —dijo Frank—. Y no es el tipo de cosa que un joven de Whitby normalmente conocería.

Ella suspiró.

—A menos que tuviera alguna conexión con Bulgaria. O con alguien de Bulgaria. Pero no tenemos evidencia de eso —dijo Frank —. ¿Vende usted esta flor aquí, señorita Petrova?

Lilly cerró los ojos, respiró hondo y asintió. —Lo siento... lo siento *tanto*. No pensé que podría ayudaros entonces... Debería haberles contado más... Прости ми... perdonadme. —Las manos de Lilly temblaban ligeramente mientras se alisaba el delantal. Frank notó una pequeña mancha en la tela, tal vez polen o simplemente el desgaste del trabajo diario con flores.

—Sí —dijo Frank—. La fecha sugiere que dibujó eso un mes antes de desaparecer. ¿Lo viste también ese día?

Ella asintió. —Greg vino por primera vez cuando tenía doce años. Quería comprar flores para el cumpleaños de su madre, pero no tenía suficiente dinero. Era tan sincero, tan decidido. Le ayudé a elegir unos claveles que pudiera permitirse. Le di algunos extra, también... —Una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca.

Frank ignoró las arrugas alrededor de sus ojos y, por un momento, imaginó a la joven Lilly de diecinueve años cuando conoció a Greg por primera vez.

—Venía regularmente, al menos una o dos veces por semana, mientras paseaba a Buddy. Le encantaban las flores. Quería mirarlas, olerlas, dibujarlas. —Acarició distraídamente un ramo cercano de margaritas—. Recuerdo que decía que le calmaban cuando el mundo se volvía demasiado ruidoso. Eran una de sus tres cosas favoritas. Buddy, la vida marina... —Miró alrededor de la tienda—. Y mis flores.

Una o dos veces por semana. Sus padres no podían saberlo... de lo contrario, habría sido parte de su rutina.

—A veces se sentaba en el rincón —continuó Lilly, señalando un pequeño hueco junto a la ventana. Frank casi podía imaginar a un joven Greg allí, inclinado sobre un cuaderno de dibujo—. Dibujando flores o criaturas marinas. Tenía talento. Siempre tenía algún dato que compartir sobre la vida marina o las plantas. Мил и нежен.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Frank.

—Amable y gentil... —La sonrisa de Lilly se ensanchó—. Me contaba cosas que yo ya sabía, pero seguía resultándome emocionante escucharlas, por lo entusiasmado que *él* sonaba. Recuerdo que me dijo que algunas flores pueden cambiar de color según el pH del suelo. También me contaba cosas que yo no sabía. Los peces payaso cambian de género. —Miró al vacío—. Era el único momento en que lo veía animado, cuando hablaba de cosas que amaba.

Había un afecto genuino en su voz cuando hablaba de Greg, una suavidad que no había estado presente antes. Frank sintió que empezaba a simpatizar con ella.

Pero, aunque empezaba a simpatizar con ella, tenía que mantenerse serio. Ella había ocultado esta relación... ¿Qué más podría estar ocultando? —Parece que llegaste a conocerlo bien —dijo Frank—. ¿Por qué no se lo contaste a los investigadores en 1998?

La sonrisa de Lilly se desvaneció. —Mi tío, Dimitar, me dijo que no podía. —Bajó la cabeza—. Lo siento... Era joven y estaba en deuda con Dimitar por haberme criado. *Debería* haber dicho algo.

Frank asintió. —¿Por qué quería tu tío que guardaras silencio?

Lilly miró la foto de su tío. Tenía una expresión de culpabilidad en su rostro. —Mire... por favor no piense mal de él... era un buen hombre. *Tan* buen hombre. Pero las cosas eran diferentes entonces. Mi tío había sufrido mucho racismo. Todavía lo enfrentaba regularmente. La gente parecía pensar que era apropiado cuestionarnos por ser inmigrantes. Cuando Greg desapareció, él estaba aterrorizado. Dijo que si le contaba a la policía sobre nuestra amistad, invitaríamos a la sospecha. Que nos mirarían a nosotros... lo mirarían a *él*. Yo era joven... él estaba asustado por mí... Llevó a la decisión equivocada. —Tenía lágrimas en los ojos—. Lo siento.

Frank asintió, comprendiendo. Había visto situaciones similares antes, donde el miedo y las experiencias llevaban a las personas a ocultar información, incluso cuando no tenían nada que esconder. —¿Cómo era la relación de tu tío con Greg?

—Dimitar era amable con él, como lo era con todos, pero mantenía las distancias. Esto era normal. Dimitar nunca se acercaba

realmente a nadie, excepto a mí y a algunos otros familiares que nos visitaban a lo largo de los años. —La voz de Lilly tenía un tono de tristeza, quizás de arrepentimiento—. Mi tío dejaba que Greg se quedara y dibujara, pero normalmente era yo quien hablaba con él. Tampoco permitía perros como norma, por aquel entonces, pero permitía a Buddy. Lo hacía por mí porque veía que yo disfrutaba hablando con Greg.

Gerry habló por primera vez en un rato. —¿Cuánto te contó Greg sobre su relación con sus padres?

—Algo. Adoraba a su madre. Decía que ella lo entendía, sabía cómo escucharlo, ayudarlo cuando se sentía abrumado... pero su relación con su padre no era la mejor. Decía que su padre a menudo lo entristecía. Que no lo entendía. Pero nunca conocí a sus padres personalmente.

—¿Alguna vez mencionó a alguien más?

Ella lo pensó. —Su mejor amigo... Recuerdo que dijo que tenía un amigo que era similar a él, que tenían su propia casa en un árbol. Le dije que me gustaría conocerlo, pero Greg nunca lo trajo.

—¿Alguna vez mencionó la iglesia? —preguntó Gerry.

—Sí... de hecho... lo hizo. Dijo que el reverendo era agradable. El reverendo Ray Lawson. Todavía trabaja allí. En San Claudio. Recuerdo que dijo que Ray entendía sus desafíos.

Frank sacó su teléfono de nuevo, esta vez mostrándole el mensaje que habían encontrado en el buscapersonas de Greg. —¿Esto te dice algo?

Lilly entrecerró los ojos mirando la pantalla, luego negó con la cabeza. —No, lo siento.

—WA... ¿Whitby Abbey quizás? —dijo Frank.

—Quizás... Lo siento mucho. No tiene mucho sentido.

—Creemos que falta parte del mensaje —dijo Frank.

—¿Cómo parecía Greg durante ese último encuentro? —Gerry tenía su pluma sobre su cuaderno.

—Estaba tal como dije entonces... angustiado. Más de lo que nunca lo había visto. Compró los claveles para su madre, como dije antes, pero parecía... realmente alterado. Agitado. Dijo que era por su padre, y por lo que le había hecho a su madre. Intenté

preguntarle si estaba bien, pero él solo negó con la cabeza y se fue rápidamente...

Un golpe ahogado desde abajo la interrumpió.

Frank notó que Rylan se tensaba. Sus orejas se movieron.

Hubo un segundo golpe, más fuerte.

Frank miró a Lilly. Sus ojos parecían mirar más allá de él. Se volvió para mirar el mostrador y la puerta detrás.

¿Alguien en el sótano?

—¿Qué ha sido eso, señorita Petrova? —preguntó, volviendo a mirarla.

—Ocurre a veces —dijo Lilly. Frank notó que de repente estaba apretándose las manos—. Cajas que se caen en el sótano. La humedad puede debilitar los contenedores y...

Se oyó una sucesión de golpes, cada vez más fuertes e insistentes. Rylan emitió un gemido bajo.

Frank alzó una ceja. —Algo no va bien.

Los ojos de Lilly se movieron entre Frank y Gerry. —Realmente no es necesario. Solo es almacenamiento ahí abajo. Bastante desordenado, la verdad. No quisiera hacerles perder el tiempo.

—Lo siento, señorita Petrova —dijo Frank, con voz suave pero firme—. Estoy preocupado. Hay alguien ahí abajo. —Se acercó más, manteniendo el contacto visual—. ¿Sabe quién es?

Con los ojos muy abiertos, ella negó con la cabeza. —Lo siento... no lo sé... no.

—Entonces me gustaría garantizar su seguridad. ¿Puede abrir la puerta, por favor?

Los hombros de Lilly cayeron. Parecía derrotada, asustada. Sus ojos se dirigieron a la foto de Dimitar y luego de vuelta a Frank. —No será nada...

—Ahora, por favor —insistió Frank—. Alguien podría estar entrando.

Con manos temblorosas, Lilly se dirigió a la puerta detrás del mostrador. Sacó una llave, tropezando un poco mientras la abría, encendió la luz e iluminó una escalera.

Hubo otro golpe.

—¿Llamo a refuerzos? —preguntó Gerry.

—Quédate aquí. Gritaré si... —miró a Lilly— hay algo más que cajas cayéndose.

Cajas cayéndose y una mierda, pensó, tomando aire profundamente, deslizándose junto a Lilly y descendiendo por los escalones.

36

El sol proyectaba largas sombras a lo largo de la tranquila calle. El aire fresco insinuaba el invierno que se aproximaba.

Sharon se ciñó el abrigo con más fuerza mientras se acercaba a la modesta casa adosada.

Reggie había estado haciendo una incómoda charla trivial durante todo el trayecto, pero se había guardado lo mejor para el final. —¿Qué tal ese nuevo chico tuyo?

—¿Quién, Mandy?

No necesitaba mirar para saber que había provocado un gesto de sorpresa. Además, el consiguiente silencio prolongado hablaba por sí solo.

Cuando llegaron al camino hacia la casa de Terry Kane, finalmente miró.

Parecía desconcertado.

—Lo siento, habría jurado que tenías novio.

—Te dije que tenía pareja, señor. Nunca mencioné el género. Pero puedes relajarte, señor... —Le costó contener una sonrisa.

Él se esforzaba por mirarla a los ojos. —Lo siento, entendí mal... Ya sabes que no hay nada malo en eso... No tengo problema con las preferencias de la gente... ¿no crees?

Su intento bien intencionado pero torpe de inclusividad resultaba extrañamente entrañable. —¡Ja! ¡Preferencias! Sí, por supuesto que lo sé. —Le sonrió—. Créeme, no tengo ningún problema con ello. Ahora relájate.

Cuando Reggie se recuperara de su revelación, se daría cuenta de que había sido el mejor rompe-hielos hasta el momento. En cierto modo, ella estaba empezando a sentir simpatía por él. Era entrometido, franco y demasiado jovial en momentos incómodos, pero su corazón estaba en el lugar correcto. Quería que todos se sintieran felices.

Se adelantó y llamó a la puerta.

Mientras esperaban, Reggie dijo: —¿Así que cuánto tiempo lleváis juntas Mandy y tú?

—Más de un año —respondió Sharon.

—Genial —dijo él—. Entonces es para quedarse.

La puerta fue abierta por un hombre larguirucho. Su pelo oscuro estaba peinado en un flequillo pulcro, aunque algo grasiento. Sus ojos se movían nerviosamente entre los dos detectives, nunca haciendo contacto directo, sino enfocándose en un punto justo detrás de sus hombros o en el suelo cerca de sus pies.

Reggie mostró su identificación y se presentaron. —¿Terry Kane?

—Sí. —Se llevó la mano para ajustarse el flequillo grasiento—. ¿Puedo ayudarles? —Su voz era suave y apenas audible por encima de la brisa.

—¿Podemos entrar y hablar, señor Kane? —preguntó Sharon—. Se trata de un amigo suyo de hace mucho tiempo.

Sus ojos se centraron en los de Sharon por primera vez. —¿Greg?

Sharon asintió. —Sí. ¿Qué le hizo pensar en Greg?

Los ojos bajaron de nuevo. —Usted dijo amigo. —Retrocedió, abriendo más la puerta para permitirles entrar, con movimientos precisos—. Nunca he tenido muchos. Y usted dijo hace mucho tiempo...

Sharon y Reggie entraron.

—... en aquel entonces, solo tenía uno.

37

El salón estaba impecablemente limpio, casi estéril en su pulcritud. El aire contenía un ligero aroma a productos de limpieza con olor a limón. Había varios cuadros abstractos alrededor de la habitación. Colores intensos y formas caóticas creaban un contraste casi discordante con la blancura clínica de las paredes.

—Interesante el arte —señaló Reggie hacia una colección de espirales rojos y azules que dominaba una pared. Se quedó mirándola un momento.

El intento de Reggie por comprenderlo impresionó a Sharon. Aunque, por la manera en que empezaba a fruncir el ceño, se notaba que estaba fracasando estrepitosamente.

Terry asintió, llevándose de nuevo la mano para ajustarse el flequillo. —Son de mi padre. No he cambiado nada desde que falleció —sus ojos se desviaron brevemente hacia la pintura antes de volver a un punto neutro en la media distancia—. El cuerpo encontrado cerca del muelle de Tate Hill —levantó la mirada—. Era Greg, ¿verdad?

—Sí —Sharon intentó mantener su voz cálida con compasión—. Lo siento... y realmente agradecemos que se tome el tiempo para hablar con nosotros hoy —ofreció una pequeña sonrisa.

Un gran sofá seccional gris dominaba un lado del salón, con sus cojines perfectamente alineados y sin muestras de uso. Una mesa de café de cristal se encontraba frente a él, su superficie sin marcas de

vasos ni desorden. Sharon notó que no había fotografías en ninguna parte, ni ningún otro signo de detalles personales.

El suave zumbido del sistema de calefacción y el amortiguado tictac de un reloj acentuaban la sensación de esterilidad.

—Leí que el cuerpo estaba dentro de una nevera —dijo Terry—. ¿Mataron a Greg?

Sharon asintió. —Me temo que parece que sí.

Terry rodeó el sofá dos veces. Los largos dedos de una mano ajustaban su flequillo, mientras la otra tiraba del borde de su camisa, retorciendo la tela. Su respiración se aceleró, volviéndose superficial y rápida.

Reggie dio un paso adelante para ayudar, pero Sharon levantó una mano, la agitó y arrugó la frente, indicándole que se detuviera.

Él lo hizo.

—¿Está todo bien, Terry? —preguntó Sharon.

Después de rodear el sofá por tercera vez, se dirigió a la ventana en la parte trasera de la habitación. Se quedó mirando hacia fuera, de espaldas a los detectives. Sus hombros subían y bajaban con cada respiración rápida.

Reggie miró a Sharon buscando una señal. "Dale un momento", articuló ella sin hablar.

El silencio y el espacio eran el mejor enfoque aquí. A Terry le estaba resultando difícil procesar esta dura información.

El tictac del reloj parecía hacerse más fuerte en la quietud, marcando el paso del tiempo.

La mirada de Sharon se desvió hacia la ventana por la que él miraba.

¿Había algo ahí fuera que llamaba la atención de Terry?

Finalmente, Terry se giró. —Lo siento —su voz sonaba tensa—. A veces necesito moverme, y otras veces necesito pararme. ¿Tiene sentido? —sus ojos saltaban entre Sharon y Reggie, buscando confirmación.

—Totalmente —dijo Reggie.

—Por supuesto, Terry. ¿Prefiere que nos quedemos de pie o nos sentemos?

—No importa.

—Nos quedaremos aquí, ¿de acuerdo? —dijo Sharon.

Terry asintió. —Voy a seguir caminando.

—No hay problema, colega —dijo Reggie.

—Tomaremos todo el tiempo que necesite —añadió Sharon.

Sus largas zancadas lo llevaban de un lado a otro por la habitación, desde la ventana hasta la pared del fondo y de vuelta. Rara vez miraba a los detectives, pero a menudo se dirigía a la ventana.

—Bien... —dijo Terry—. ¿Qué os gustaría preguntarme?

Sharon miró a Reggie, quien le dio un rápido asentimiento. Estaba contento de dejarle el testigo a ella.

—Sé que fue hace mucho tiempo, Terry, pero ¿podría hablarnos de su amistad con Greg? ¿Eran cercanos? ¿Cómo se conocieron? —preguntó Sharon, sacando su libreta del bolsillo. Mantuvo su voz tranquila, como contrapunto a la energía nerviosa de Terry.

Trabajando su flequillo mientras se movía, Terry dijo: —Teníamos otro amigo al principio. En primaria. Pero se fue. Primer curso. Así que luego solo quedamos nosotros dos. Como dos guisantes en una vaina, decía mi madre. No porque fuéramos autistas. Aunque, eso nos ayudó a entendernos... pero nuestros intereses —hizo una breve pausa y asintió—. Similares. Animales. A los dos nos gustaban. Todavía me gustan —un atisbo de sonrisa cruzó su rostro al recordar, desapareciendo casi tan pronto como apareció—. O al menos a mí. Puedo llevaros a mi habitación si queréis. Allí guardo mis imágenes de animales.

—Eso sería agradable —dijo Sharon—. ¿Quizás podríamos hacerlo más tarde?

Él asintió, fue de nuevo a la ventana y miró hacia fuera. Suspiró. La tensión en sus hombros pareció relajarse momentáneamente. —Greg estaba obsesionado con la vida marina, podía hablar durante horas sobre peces, mientras que yo prefería los pájaros. A veces íbamos a observar aves, y él me hablaba sobre las aves marinas —sus frases se volvían más complejas y menos apresuradas. Se giró de perfil. El sol resaltaba los ángulos marcados de su rostro—. Greg sabía todo sobre el ecosistema marino local. Me contaba sobre los patrones migratorios de diferentes especies de peces, cómo los

cambios en la temperatura del agua afectaban su comportamiento... y le encantaba dibujarlos. Tenía cuadernos llenos de dibujos detallados de peces y aves marinas —su mano se movió desde su flequillo por el aire, como si estuviera dibujando, trazando líneas invisibles.

—Solíais caminar juntos, ¿es correcto? —indicó Sharon suavemente, guiando la conversación.

—Sí, casi todos los días —confirmó Terry, su ritmo disminuyendo mientras se concentraba en el recuerdo. Sus pasos parecían moverse al compás de sus palabras—. Buddy —bajó la cabeza—. Buddy —se volvió para mirarlos, con lágrimas en los ojos—. Buddy era tan suave —se frotaba las puntas de los dedos con los pulgares como si recordara el tacto del perro—. ¿Sabéis qué pasó con él?

—No lo sabemos.

Terry negó con la cabeza y volvió a caminar.

—Siempre caminábamos. Yo, Greg y Buddy. A menos que fuéramos camino a la escuela, entonces Buddy volvía a casa. La mayoría de las veces caminábamos los fines de semana y después de la escuela.

—¿Qué hacíais en esos paseos? —preguntó Sharon.

—Había tantos. Mi favorito era observar las gaviotas, buscar conchas interesantes en la playa, o lanzar pelotas en la playa para Buddy. Le encantaba la pelota —giró bruscamente, regresó a la ventana y miró hacia fuera—. Le encantaba la pelota.

Los ojos de Sharon se entrecerraron ligeramente. Terry había gravitado hacia la ventana muchas veces ya. ¿Qué había allí fuera que tenía tal importancia?

—Greg siempre parecía tomar la misma ruta por la mañana, antes de dejar a Buddy e ir a la escuela.

—¿Alguna vez caminaste con él entonces? —preguntó Sharon.

—Nunca.

Aunque estaba de espaldas, Sharon podía notar que estaba forzando su flequillo sobre la oreja.

—Siempre quería estar solo con Buddy en esos paseos... pero solo en esos...

—¿Por qué crees que era así? —preguntó Sharon.

—Ese era su momento de tranquilidad. Ambos teníamos un momento de tranquilidad. El suyo era por la mañana antes de la escuela y su caos. Para mí, era por la noche, después de todo el caos. Entonces, me sentaba solo y dibujaba animales —señaló por la ventana—. Me gustaba dibujar ahí fuera.

—¿En el jardín? —preguntó Sharon.

Terry no respondió.

Reggie cambió de postura, captando la mirada de Sharon. Levantó una ceja. Ella sospechaba que él también había percibido que había algo relevante en ese jardín.

—El día que Greg desapareció...

—14 de octubre de 1998 —la interrumpió Terry, girándose bruscamente.

—Sí. ¿Lo recuerdas? —preguntó Reggie.

¡Pero claro que lo recuerda, Reggie! pensó Sharon. *Fue uno de los peores, si no el peor, momentos de la vida de este pobre hombre.*

—Estaba enfermo —dijo Terry—. Vomité durante el desayuno. Así que nunca fui a la escuela.

—Tenemos constancia de eso —dijo Sharon.

De repente, Terry volvió a caminar, a un ritmo más rápido. —Habría sabido antes que no había vuelto de su momento tranquilo con Buddy —manipulaba su flequillo con ambas manos ahora—. Que estaba perdido... que se había caído... —Su respiración estaba aumentando.

—No se cayó —dijo Reggie.

—Lo habría sabido... —Terry estaba empujando su flequillo agresivamente ahora—. Todavía podría estar aquí... Greg todavía podría estar aquí...

—Terry... —dijo Sharon con voz tranquilizadora.

Terry siguió caminando.

Le dieron un momento hasta que se calmó, luego ella lo intentó de nuevo. —Terry... esto no es culpa tuya.

Terry se detuvo, con la cabeza baja, y controló su respiración. —Su madre era agradable. Katie. Siempre amable conmigo. A veces todavía la veo. Ella realmente lo entendía. A mí. A ambos. Katie

todavía viene a verme —asintió hacia el sofá como si ella estuviera allí—. Le gusta beber té y hablar de animales conmigo.

—¿Y su padre? —sugirió Reggie.

El rostro de Terry se ensombreció. Caminó de nuevo, negando con la cabeza. —No... no... él no entendía a nadie. Hacía llorar a Greg. Tantas veces... hacía llorar a Greg.

—¿Puedes recordar por qué lo hacía llorar? —preguntó Reggie.

—Siempre quería que Greg cambiara. Que fuera diferente. Que madurara. Que le gustara el fútbol. Que fuera como los otros chicos —volvía a frotarse el flequillo—. Una vez, le dijo que dejara de dibujar. Que lo abandonara. Le dijo que era una pérdida de tiempo.

Se giró y regresó a la ventana, volviendo a mirar lo que fuera que le ofrecía consuelo.

Sharon avanzó un poco. —¿Conocía al reverendo Ray Lawson?

—No... Aunque a Greg le caía bien. Era amable. Lo escuchaba. Hablaba de sus problemas.

—¿Pasaban mucho tiempo juntos? —preguntó Sharon.

—Creo que sí. Creo que a veces se reunía con él durante sus momentos tranquilos. Durante ese paseo matutino. Greg nunca hablaba mucho de él. Solo decía que el reverendo le estaba ayudando a entenderse mejor a sí mismo, y que yo también debería hablar con él.

—¿Y lo hiciste?

—Lo pensé... pero luego Greg desapareció. Y todo simplemente se quedó callado... silencioso... durante un tiempo, y entonces no vi cómo podría hablar con él. No voy a la iglesia, como hacía Greg. Mis padres no eran religiosos. Lo dejé estar.

—¿Y qué hay de la florista, Lilly Petrova? Él le compró flores el día que desapareció.

—Decía que era agradable. Solía contarme sobre todas sus flores. Decía que no había ningún lugar en el mundo que oliera como su tienda. Y a ella le gustaban sus dibujos. Greg quería hablar de sus dibujos con todo el mundo.

Sharon sabía que Frank y Gerry estaban ahora con Lilly Petrova. Se preguntó si habrían conseguido que revelara esta verdad: que

había conocido a Greg desde hacía más tiempo del que inicialmente había dicho... que eran cercanos.

¿Cómo no habían descubierto esto de Terry en la investigación inicial? Deberían haberle interrogado extensamente. Esto irritaba a Sharon, y se preguntaba lo preparados que habrían estado para entrevistar a un joven autista en aquel entonces. Aun así, deberían haberlo intentado con todas sus fuerzas.

—¿Sabías de la aventura de su padre con Raven Blackstone?

—Esa noche... la noche *antes* de que desapareciera, se enteró de lo de su padre y Raven. Me llamó por teléfono fijo. Sonaba triste. Muy triste. No sabía qué decir. ¿Crees que si hubiera dicho lo correcto, Greg seguiría aquí?

Sharon miró a Reggie, quien le devolvió la mirada con tristeza en los ojos.

—No creo que ese fuera el caso —dijo Reggie.

Sharon sonrió a Reggie, agradecida por su expresión de simpatía, y luego se arriesgó a dar otro paso más cerca de la ventana.

—¿Qué hay de otros amigos o conocidos? —dijo Sharon—. ¿Greg pasaba tiempo con alguien más?

Terry se volvió desde la ventana. —A Greg le resultaba difícil. A mí me resultaba difícil —respiró profundamente—. Todavía me resulta difícil. Pero nos teníamos el uno al otro, y teníamos a Buddy —su flequillo cayó. Se sopló la mano y luego lo golpeó de nuevo, aplanándolo lo mejor que pudo—. Ahora no tengo a nadie. Solo personas que me ayudan. Me traen comida. Caminan conmigo. Pero solo están haciendo su trabajo. No son mis amigos, no realmente. Tengo un trabajo en McDonald's, pero de nuevo, solo me hacen limpiar, y me hablan como si no los entendiera, pero sí entiendo. Y leo, y probablemente tenga un vocabulario más amplio que algunos de ellos, pero nadie ve eso.

Sharon dijo: —Estoy segura de que hay muchas personas a las que les caes bien, Terry, eres muy agradable.

Él se volvió de nuevo hacia la ventana. —Soy una bomba de relojería. Tengo crisis demasiado a menudo. Todos andan de puntillas a mi alrededor, me hablan como a un bebé. Nadie se da cuenta de que no son ellos los que causan las crisis —se señaló la

cabeza—. Soy yo... —Miró por la ventana—. Todas las personas que entendían eso se han ido. Todos necesitan relajarse. Como vosotros. Me gusta hablar. Me gusta hablar apropiadamente con la gente.

El corazón de Sharon se encogió por Terry. Su aislamiento era palpable. Esta fascinación y conexión al mirar por la ventana lo estaba vinculando de alguna manera con tiempos más felices.

—Terry —dijo ella—, encontramos un mensaje en el buscapersonas de Greg del día que desapareció. Decía "perdiendo el control. Encontrémonos WA. Trae". ¿Eso significa algo para ti?

Terry trabajó su cabello, pensando. —WA... ¿podría ser una persona? ¿Un lugar? ¿WA? ¿Whitby Abbey? Caminábamos allí a veces. Pero él no perdió nada. A Buddy le gustaba. Le gustaba caminar por el sendero cerca de las tumbas. Buddy... Greg... hubo buenos momentos... momentos maravillosos —puso sus manos en el cristal. Su aliento empañó el cristal, creando círculos que se expandían y contraían con cada exhalación.

Sharon acortó la distancia, para quedarse de pie junto a él. Miró por la ventana, tratando de ver lo que captaba su atención.

Estaba mirando un pequeño grupo de árboles en el fondo del jardín. Un tapiz de rojos, dorados y marrones, meciéndose suavemente con la brisa. Anidada en lo alto de las ramas había una estructura de madera deteriorada: una casa del árbol desgastada y hundida. Parches de musgo verde se aferraban a las esquinas. Una escalera de cuerda, deshilachada y oscurecida por el tiempo, colgaba de la entrada, balanceándose ligeramente con el viento.

—Terry —preguntó Sharon, con voz baja y cuidadosa—, ¿qué hay ahí fuera? ¿En esa casa del árbol?

Reggie se había acercado silenciosamente, su presencia un apoyo constante a la espalda de Sharon. El aire en la habitación parecía espesarse con anticipación.

Terry se arregló el flequillo. —Greg.

38

ABAJO EN EL SÓTANO, el ambiente era húmedo y mohoso.

Desde que había llegado al último escalón, Frank no había vuelto a oír ningún golpe.

Vio otra puerta frente al último escalón. Lentamente, se dirigió hacia ella y pegó la oreja. Podía oír un traqueteo y un silbido, que parecía ser el viento.

Girando la cabeza, llamó escaleras arriba a Lilly, —¿Hay alguna puerta que salga de esta habitación?

—Sí —le respondió Lilly desde arriba—. Conduce a una escalera de hierro que sube al nivel de la calle. Pero está cerrada con llave. Hay un interruptor de luz a tu izquierda cuando entres.

La llave estaba en la cerradura. Cogió una escoba de la pared junto a él, giró la llave y abrió la puerta. Gritó hacia el interior, —DCI Frank Black. Policía. Si hay alguien ahí dentro, necesito que se tumbe en el suelo con las manos detrás de la cabeza... De lo contrario usaré la pistola eléctrica... —Miró la escoba que tenía en la mano—. La tengo cargada y lista.

Con el corazón acelerado, Frank alargó el brazo y tanteó en busca del interruptor. Sus dedos fríos se movían torpemente contra la pared. Tras encontrarlo, inundó la habitación con una dura luz fluorescente. Entrecerró los ojos. *Eso servirá.*

Ante él, la habitación era un caos. Observó una alfombra arrugada cerca de sus pies y un calefactor volcado junto a ella. En una esquina, varias pilas de macetas de terracota vacías se

tambaleaban peligrosamente. Una carga se había derrumbado y roto, y Frank estaba seguro de que ese era uno de los fuertes ruidos que había oído antes.

Al fondo de la habitación había una brillante rendija de luz diurna. La rendija se ensanchaba y estrechaba mientras la puerta se balanceaba hacia afuera, abriéndose y cerrándose. Algo impedía que se cerrara completamente de golpe.

Se abrió camino entre el desorden, mientras la cerámica rota crujía bajo sus pies. En sus manos sostenía la escoba en tensión. Estaba bastante seguro de que quien hubiera estado allí ya se había ido, pero no quería arriesgarse.

La puerta trasera estaba siendo mantenida abierta por una regadera tumbada de lado. Un hilo de agua seguía filtrándose por su boquilla.

Gritó por la rendija. —¿Recordáis la pistola eléctrica? — Conteniendo la respiración, con la escoba en su mano izquierda, Frank empujó la puerta y miró afuera.

No había nadie.

Exhaló y miró hacia los ocho escalones de hierro que subían al nivel de la calle. Luego, todavía sosteniendo la escoba, ascendió. Miró arriba y abajo de la calle. Varios peatones, algunos compradores saliendo de las tiendas y un par de personas paseando perros.

Salió disparado a la calle y se movió entre ellos, mostrando su placa y preguntando si habían visto a alguien en la puerta trasera de la tienda. Recibió encogimientos de hombros y disculpas.

Por supuesto, uno de estos individuos podría haber sido la misma persona que había entrado, pero nadie le pareció particularmente sospechoso.

Volvió a bajar por las escaleras de hierro, observó la cerradura rota en el exterior de la puerta trasera, luego pateó la regadera hacia dentro, entró y cerró la puerta tras él.

Suspiró. Podía imaginar a Donald con un movimiento de cabeza presuntuoso y un comentario malicioso: "¿Un allanamiento mientras estabais arriba en el maldito lugar... y se escaparon?"

Frank gruñó mientras avanzaba con cuidado entre la cerámica rota.

Al pie de la escalera, pidió a Lilly y a Gerry que se reunieran con él. Les explicó que alguien había estado allí.

El rostro de Lilly palideció. —Мамка му.

—Perdón, ¿qué ha dicho?

—He maldecido.

—Ah, es comprensible, señora Petrova. —Tomó nota mental de la palabra. Podría serle útil en las innumerables ocasiones en que quisiera maldecir frente a personas ante las que no debería—. ¿Alguien le ha recomendado alguna vez instalar una reja de seguridad?

—Solíamos tener una. Pero las bisagras se oxidaron demasiado y la mandé quitar.

—¿Podría sugerirle otra?

—Sí...

—¿Quiere comprobar si se han llevado algo? —Colocó la escoba de vuelta y miró tras de sí—. Quiero decir... ¿qué buscaban, señora Petrova? Hay una televisión vieja y un reproductor de DVD, pero apenas vale la pena el esfuerzo. ¿Merecen la pena robar flores y macetas?

—Algunas flores raras, pero con ciclos de vida tan cortos... Las macetas pueden ser caras.

Frank suspiró. —Eche un vistazo, por favor.

Ella entró y miró alrededor.

Unos minutos después, regresó. —Todo parece en orden. Arreglaré la puerta e instalaré una reja.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez? —preguntó Gerry.

—Ayer por la tarde. Yo... bajé a buscar más tierra para macetas para un pedido grande. Todo estaba bien entonces. Quiero decir, no ha estado ordenado desde hace tiempo, pero no así.

—De acuerdo, lo reportaremos. Algunos agentes uniformados pasarán por aquí. Harán lo que puedan. Como mínimo lo necesitará para el seguro. Yo les daría un inventario completo de lo que había aquí abajo. —*Y yo mismo examinaré esa lista también*, pensó Frank.

Arriba, concluyeron la entrevista rápidamente. Ella estaba muy nerviosa. Frank le preguntó de nuevo al salir, —Señora Petrova, ¿hay algo más que crea que deberíamos saber sobre usted y Greg?

Ella hizo una pausa por un momento, moviendo los ojos de un lado a otro. Finalmente, negó con la cabeza. *¿Estaba considerando si contarme algo?*

—¿Y sobre el allanamiento? ¿Alguna idea de por qué ocurrió? —preguntó él.

Nuevamente, ella negó con la cabeza tras una pausa.

Ya fuera, en el coche, Frank se volvió hacia Gerry. —Los allanamientos diurnos son raros. Suelen ser robos desesperados. Alguien buscando algo valioso en una pequeña ventana de oportunidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Gerry.

—Y no me creo que fueran a por macetas o flores raras. Puede que haya muchos jardineros demasiado entusiastas por ahí, lo admito, pero eso es ir demasiado lejos. Aquí está pasando algo.

—Ella también ocultaba algo al final.

—Sí, me di cuenta.

Gerry asintió. —Era como si realmente quisiera contarnos algo sobre Greg, pero no pudiera.

Frank arrancó el motor. —Sí. Estaremos atentos a esto, creo. —Miró por la ventana hacia la tienda—. Pero hay una cosa de la que estoy seguro. —Volvió a mirar a Gerry—. Ella no lo mató.

—Yo también lo percibí —dijo Gerry—. Tiene mirada amable.

—No soy muy bueno evaluando miradas, Gerry —dijo, sonriendo —. Pero hablaba de él con genuino afecto. Era casi maternal. Me pareció sincero. —Miró la tienda una última vez.

Entonces, ¿qué estás ocultando, Lilly?

39

Después de que Terry desapareciera dentro de la casa del árbol, Reggie agarró la desgastada escalera de cuerda.

—¿Qué está haciendo, señor? —preguntó Sharon.

Él la miró y susurró:

—Siguiendo a Terry hacia esa trampa mortal. ¿Qué parece que estoy haciendo?

Ella señaló hacia la reliquia infantil posada en lo alto de los árboles.

—¿Se da cuenta de que los *tres* ahí dentro acabará en desastre?

—Por supuesto... Nunca pensé que subirías tú.

—¿Por qué no, señor?

Se encogió de hombros.

—Porque, como acabamos de decir, no es seguro.

—Eso es muy caballeroso por su parte, señor.

—No tiene nada que ver con el género, Sharon, *por favor*.

—Bueno, desde luego no tiene que ver con el rango, o me enviaría a mí primero al frente.

Puso los ojos en blanco.

—¿Acaso soy yo el culpable de la estrechez de miras del mundo? ¿Quieres saber la verdadera razón? Si te pasa algo, Frank me asará, lentamente, sobre una hoguera.

Afortunadamente, Terry ya estaba en la casa del árbol. Con suerte, no habría oído la discusión en susurros.

—Está deseando hacerlo de todas formas... Mire, señor, creo que ambos sabemos que sería mejor que fuera yo quien subiera. Él está más relajado conmigo.

—Sí, pero...

—Muchísimo más relajado.

Reggie soltó la escalera de cuerda, se apartó a un lado y señaló hacia ella.

—Solo ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré, señor —le guiñó un ojo—. ¡Ahora deje que la niña tenga algo de independencia!

Él pareció irritado.

—¡Nunca tuvo nada que ver con el maldito género! Con la edad, en todo caso.

—Si fuera por la edad, entonces definitivamente debería ser yo quien haga esto —comenzó a trepar.

—Discriminación por edad. Que sepas que mis estadísticas muestran que estoy más en forma que el veinteañero medio.

Sharon contuvo una réplica sobre haber leído un artículo acerca de lo frecuentemente inexactos que eran los relojes inteligentes en las mediciones de condición física, y se concentró en dominar la bamboleante escalera de cuerda.

Una vez que se hubo impulsado a través de la trampilla, se recostó sobre la madera.

La madera crujió.

—No te preocupes —dijo Terry—. Siempre ha crujido... Como te dije antes, sigo tratando la madera. No está podrida. También reviso las cuerdas y los árboles regularmente.

Su tranquilizadora explicación no ayudó con sus palpitaciones.

Se incorporó, se puso de rodillas y miró alrededor. El interior medía aproximadamente dos metros por tres. Se levantó hasta que su cabeza rozó el punto más alto del techo inclinado. Si se adentraba más, tendría que volver a agacharse.

—Esto es impresionante, Terry.

—Sí —dijo Terry. Se apartó el flequillo hacia atrás—. Greg y yo lo diseñamos, y mi padre nos ayudó a construirlo. Tiene unos cinco metros cuadrados.

Ella sonrió a Terry mientras él jugueteaba con el dobladillo de su camisa, y luego volvió a mirar alrededor.

Era como una cápsula del tiempo de la infancia de Greg y Terry. Pilas de cómics, el Monopoly y otros juegos de mesa reconocibles estaban apilados en una esquina.

Las paredes tenían carteles de vida marina y varias especies de aves clavados en ellas; las arrugas que los atravesaban mostraban que habían sido arrancados de revistas.

En la pared, incluso había una estantería repleta de libros ajados sobre animales y naturaleza. Sharon se fijó en títulos como *La Guía Completa de Aves Marinas Británicas* y *Ballenas del Mar del Norte*. El uso frecuente había agrietado sus lomos.

Había un cartel escrito a mano en una pared: "Base Secreta de Greg y Terry".

El pecho de Sharon se oprimió al imaginar a los dos niños trabajando juntos como uno solo. El equipo definitivo. Sin saber que su mundo un día se haría pedazos de manera tan horrible.

Terry fue a sentarse en la esquina y abrazó un pulpo de peluche. Sus largos tentáculos azules descansaban sobre su estómago.

—Este es el Capitán Manchatinta. Lo compré para Greg por su décimo cumpleaños. Lo manteníamos aquí arriba para vigilar el lugar.

Sharon sonrió.

—Buena elección. Nadie se va a meter con un pulpo —Sharon dio un paso cauteloso hacia delante, tratando de no hacer una mueca mientras las tablas del suelo gemían bajo sus pies.

—¿Sharon? —La voz de Reggie llegó desde abajo—. ¿Va todo bien?

—Estamos bien —respondió ella, manteniendo sus ojos en Terry.

Terry se mecía mientras sostenía al Capitán Manchatinta. La estructura parecía balancearse. Claramente no había sido construida para adultos completamente desarrollados.

La voz de Terry tembló mientras hablaba.

—Sabes, el Capitán Manchatinta es un buen oyente. Después de que Greg se fuera, hablé con él a menudo.

Presionó el peluche contra su boca.

—Le echaba tanto de menos. Y echaba de menos a Buddy. Todavía lo hago.

Sharon sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Terry tenía treinta y nueve años. La pérdida que había experimentado a los trece había definido dos tercios de su vida hasta ahora. Sus padres ya no estaban. Se preguntó quién, aparte del pulpo, le escuchaba, intentaba ayudarle. Antes, él había hablado de cómo la gente iba con pies de plomo a su alrededor, tratándole como a un niño, sin estar dispuestos a arriesgar su estado emocional. Pero, ¿era eso compasivo? Apoyar a alguien por sus necesidades educativas especiales tenía que ir más allá de eso. ¿Había alguien que realmente hubiera intentado ayudarle a lidiar con su sentimiento de pérdida?

—Cuando me dijeron que Greg se había ido, no podía entenderlo. Solo seguía preguntando: "¿Dónde está Buddy? ¿Dónde está Buddy?" —Su voz se quebró—. Greg nunca abandonaría a Buddy. *Nunca*. Sin embargo, nadie parecía interesado en Buddy. Y de alguna manera lo entiendo. Pero Buddy era tan importante para él. Así que, si se preocupaban por él, necesitaban preocuparse también por Buddy. Pero no lo hicieron. Y nadie me escuchó.

La mirada de Sharon cayó sobre un tablón de corcho cubierto de fotografías. Se acercó, con cuidado de no molestar a Terry. Las imágenes contaban la historia de dos chicos creciendo juntos, siempre con un golden retriever a su lado. Cada foto era una ventana a un mundo de alegrías compartidas y placeres sencillos.

Estudió cada imagen cuidadosamente, sintiendo como si estuviera armando un rompecabezas.

Allí estaban Greg y Terry en la playa, observando a Buddy corretear entre las olas. Sharon casi podía oír las risas y el romper del oleaje. Otra mostraba a los chicos en esta misma casa del árbol, absortos en una guía de identificación de aves, con la cabeza de Buddy descansando en el regazo de Greg. Sus rostros resplandecían de curiosidad y asombro.

—¿Quién tomó estas fotografías?

—Mi madre —dijo Terry.

Sharon asintió y observó una instantánea del día de Navidad que capturaba a ambos chicos encontrándose para intercambiar regalos. Buddy estaba husmeando el papel desechado a sus pies. La alegría en sus rostros era palpable. Una época en que el mundo estaba lleno de magia y posibilidades.

—Los tres erais inseparables —dijo Sharon.

Terry asintió, su balanceo disminuyendo ligeramente.

—Buddy nos entendía. Nunca pensó que fuéramos raros o diferentes. Siempre me sentía a gusto con él.

Sharon no pudo evitar pensar en Gerry. Su comprensión de su colega se profundizó ligeramente.

—El vínculo entre animales y humanos puede ser muy fuerte —dijo Sharon.

El rostro de Terry se iluminó.

—Sí... puede serlo.

Mientras miraba alrededor, Sharon notó un frasco lleno de conchas marinas en una pequeña mesa. Un móvil toscamente elaborado colgaba del techo, hecho con madera de deriva y plumas. Giraba suavemente con la brisa, creando sonidos suaves.

En una esquina, vio una pila de cuadernos de composición. Sharon abrió suavemente el de arriba, revelando páginas llenas de la pulcra caligrafía de Greg: observaciones sobre la fauna local, bocetos de peces y aves, y reflexiones sobre el mar. Era un vistazo a la mente de un chico curioso y reflexivo que veía maravillas en el mundo natural.

—Le gustaba escribir y dibujar —dijo Sharon.

La voz de Terry apenas superaba un susurro.

—Sí. Greg tenía esa forma de escribir cosas... explicar cosas... decía que le ayudaba a dar sentido a las cosas cuando el mundo se volvía demasiado ruidoso. Hacía las cosas claras... para mí... de una manera que nadie más ha logrado desde entonces.

Sharon se dio cuenta, en ese momento, de que esto no era solo un escondite de la infancia. Era un santuario a una amistad trágicamente truncada, un testimonio del vínculo entre dos chicos que habían encontrado consuelo en la compañía del otro y en el mundo natural que les rodeaba.

Mientras Sharon cambiaba de posición, su tobillo tropezó con algo sólido contra el borde. Miró hacia abajo y vio una alfombra deformada y deshilachada. Había algo debajo. Se arrodilló y levantó la esquina, descubriendo una vieja caja de herramientas.

—¿Qué es esto, Terry? —preguntó, cogiéndola.

Hubo un fuerte crujido cuando Terry se levantó. Sacudió la casa del árbol, y Sharon tropezó mientras se ponía de pie sosteniendo la caja.

Mantuvo el equilibrio y se apoyó contra la pared, mirando hacia arriba justo a tiempo para ver a Terry acercándose rápidamente hacia ella. Arrojó al Capitán Manchatinta a un lado.

—Terry...

Las palabras murieron en su boca cuando él le arrebató agresivamente la caja de herramientas de las manos.

—*¡No!* ¡No lo hagas!

—Terry, para... Qué...

—¡No puedes tenerla! —Retrocedió, apretando la caja contra su pecho como había hecho con el pulpo.

Ella notó que estaba cerca de la trampilla abierta.

—Cuidado, Terry, detrás...

Nuevamente, él la interrumpió.

—Greg me dijo que la cuidara. Que nunca se la mostrara a nadie. No tenías derecho a cogerla.

Sharon levantó las manos.

—Está bien, Terry. No la tocaré. No la quiero. Cálmate. Te lo prometo.

Terry se detuvo a un centímetro de la trampilla abierta.

—¿Va todo bien? —llamó Reggie.

—Sí —dijo Sharon. Internamente, estaba suplicando: *¡Cállate, Reggie!*

—Lo prometí. Se lo prometí a Greg —la voz de Terry temblaba. Sostenía la caja contra su pecho con un brazo y se frotaba con fuerza el flequillo.

—Lo sé... y eso está bien —Sharon mantuvo las manos en alto—. Tómatelo con calma y olvidaré que alguna vez la vi.

—Esto es destructivo —miró la caja en una mano—. Greg me lo dijo —se golpeó el flequillo—. Soy *tan* estúpido.

La casa del árbol crujió y se movió mientras Terry cambiaba su peso. Un pequeño modelo de barco cayó de una estantería cercana, estrellándose contra el suelo. Sharon se sobresaltó, temerosa de que Terry diera un paso atrás a través de la trampilla abierta.

Reggie dijo:

—Quiero que bajéis los dos.

Los ojos de Terry iban de un lado a otro. No sabía qué hacer.

¡Cállate, Reggie!

—Solo relájate —dijo Sharon, arriesgándose a dar otro paso, con voz tan tranquilizadora como pudo hacerla.

—¡Bajad ahora! —insistió Reggie.

Por el amor de Dios, Reggie, pensó Sharon, apretando los dientes.

Terry estaba agitando su mano, frotándose con fuerza el flequillo.

—Va a quitármela.

—¡No lo hará! No dejaré...

—¡Ahora! —gritó Reggie.

Terry giró con la caja apretada bajo un brazo. Puso un pie en la escalera de cuerda.

Era demasiado pronto para suspirar aliviada.

—Cuidado —dijo Sharon, avanzando—. Necesitas las dos manos para esa escalera.

Él la ignoró y bajó con una sola mano.

Ella miró hacia abajo. Su corazón martilleaba en su pecho.

Él se balanceaba de un lado a otro, luchando. Ella se arrodilló y extendió la mano.

—Por favor, solo dame la caja, Terry. No la abriré. Tienes mi palabra. Solo dame la caja, para que no te caigas.

Él la miró, con los ojos muy abiertos. Parecía estar considerándolo. Luego, negó con la cabeza.

—No. Estás mintiendo —se apartó bruscamente y giró alejándose de la escalera, agarrándose a la cuerda con una mano. La fuerza hizo que la caja de herramientas se le cayera de la mano, y fue a agarrarla con la otra, soltando su agarre.

—¡Terry!

Sharon observó horrorizada cómo la caja de herramientas caía al suelo con estrépito, seguida menos de un segundo después por Terry, con un golpe escalofriante.

40

Mientras Frank conducía de vuelta al cuartel general, repasaba una y otra vez el encuentro con Lilly por si se le había escapado algo. Sin embargo, el Audi que había cogido del cuartel era demasiado silencioso al conducir, mucho más que Bertha, y encontraba ese silencio inquietante y desconcertante. No podía imaginar que hubiera mucha gente en el mundo que anhelara un coche que te reventara los tímpanos y te sacudiera hasta provocarte una hernia, pero desde luego él lo deseaba en ese momento.

—Tengo una pregunta —dijo Gerry—. Es personal.

La mandíbula de Frank se tensó involuntariamente.

—¿Vale?

—¿Y si dijera que no?

—No te preguntaría.

Suspiró. —Adelante.

—¿Qué haces para divertirte y relajarte últimamente, Frank?

¿En serio?

La miró de reojo. —Pensaba que eras feliz con Tom. Ni se te ocurra pedirme una cita.

Ella frunció el ceño. —Eso sería inapropiado... Estás siendo sarcástico, ¿verdad?

Frank se rio. —Toco música, fumo en mi jardín y, a veces, me pido pescado con patatas. Sin ningún orden en particular.

—¿Socializas?

Resopló. —¿Te refieres a hablar con otras personas?

—Sí.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora? De hecho, ¿no es eso lo que hacemos todos los días?

—Esto no es socializar.

Sonrió. —Si estás segura... entonces, no, no socializo.

—Eso pensaba.

Negó con la cabeza. —¿Por qué son tan malas mis habilidades sociales? O... en realidad, ahora que lo pienso... ¿es ese el pensamiento de Helen transferido a tu cerebro por una llamada telefónica... de la misma manera que muchos de sus pensamientos se te están transfiriendo últimamente?

—Helen dijo que solías ir al pub a menudo. Que tenías una vida social activa.

—¡Demonios! —Resopló—. Esto es cada vez mejor. Dejo el alcohol, ¿y ahora quieres que vuelva al dichoso pub? Simplemente genial.

—Se trata del hecho de que ibas al pub a ver a gente que te caía bien.

Se encogió de hombros. —Sí, pero también iba al pub a beber cerveza que me gustaba... así que...

—Los pubs venden refrescos.

La miró. Gerry ciertamente parecía seria. Pero eso no era nada nuevo.

—No bebo refrescos.

—Podrías tomar agua o...

—No entiendes el punto, Gerry.

Ella frunció el ceño.

—No voy a ir al pub, no voy a beber refrescos ni agua, y si quieres que socialice, entonces socializaré contigo. ¿Lo dejamos así?

Gerry levantó su móvil. —He encontrado un grupo llamado "Almas y Espíritus".

—¿Qué has qué?

—"Almas y Espíritus".

—Suena como una zapatería religiosa.

—Es un club de running para la salud mental.

—Te paro ahí. ¿Correr? ¿Salud mental? Creo que definitivamente uno tendrá efecto sobre el otro, pero no de la manera que esperas...

—Se reúnen, corren y luego van a pubs o cafeterías después.

—¿Para tomar refrescos? —Frank puso los ojos en blanco.

—No, para socializar.

El teléfono de Frank sonó. Dejó escapar un suspiro de alivio. Contestó, poniéndolo en altavoz. —¿Sean? ¿Qué tienes?

La voz de Sean crepitó a través del altavoz. —Señor, he estado entrevistando a Kath Lawson. Fue muy habladora. La mayor parte era bastante normal. Relatos de rutinas diarias, participación en varios comités de la iglesia. He tomado notas, pero tengo algo significativo que creo que le gustaría saber. Es sobre la mujer que le atacó en la iglesia.

Miró a Gerry, que ya tenía su libreta preparada. —Continúa, Sean.

—Ella cree, o más bien, está absolutamente convencida de que esta mujer que atacó a Ray le conocía.

Las cejas de Frank se elevaron. —¿De verdad? Ahora bien, eso no fue lo que el buen reverendo nos dijo, ¿verdad, Gerry?

—No —dijo ella simplemente.

—Le llamó por su nombre —dijo Sean.

—¿Pero podría haber conseguido su nombre en otro sitio? —preguntó Frank.

—Sugerí eso, pero no le interesó. Estaba convencida de que esta mujer le conocía. Dijo que la manera en que le habló, sobre creerle, antes de arañarle... todo sonaba demasiado familiar.

—Sean, empieza a hablar con los feligreses que lo presenciaron. Alguien podría saber quién es esta mujer.

Después de que la llamada terminara, el rostro de Frank se endureció. Esperó un hueco en el tráfico y realizó un brusco cambio de sentido. —¿Me iré al infierno por llamar mentiroso a un hombre de sotana?

—No puedo responder a eso, Frank. No soy religiosa y no creo en el infierno.

—¿En serio? ¿No crees en el infierno? Entonces no has vivido lo suficiente, Gerry. Este mundo es un infierno en vida... y esperarías

que un clérigo como el buen Reverendo Lawson hiciera todo lo posible para hacerlo menos así, en lugar de mentirnos en la puñetera cara.

Y que Dios te ayude, Reverendo, si intentas salir de esta con más mentiras, pensó.

41

Ray terminó la llamada.

Se secó el sudor de la frente con manos temblorosas.

El tiempo era ahora esencial.

Tras un rápido y desesperado vaso de vino, agarró su chaqueta y salió disparado por la puerta de la sacristía, casi derribando a Pam.

Ella retrocedió a tiempo, con un montón de papeles apretados contra el pecho.

—Lo siento, Pam...

—¿Está usted bien?

—Sí... bien... solo llego tarde a una cita.

—Oh. Mire, Reverendo, venía a verle por lo de...

—De verdad que voy tarde —Ray pasó junto a ella y se dirigió hacia la puerta de la iglesia.

Oyó los zapatos de Pam repiqueteando sobre el suelo de piedra mientras corría tras él—. Pero el comité de la feria está esperando su aprobación.

—Tendrá que esperar —No había conseguido eliminar el tono cortante de su voz; sería un contraste notable con su tono habitualmente paciente.

En la puerta de la iglesia, oyó a Pam intentarlo una última vez—. Reverendo, por favor. La señora Hodgson está bastante insistente con la ubicación del puesto de pasteles...

Ray se giró bruscamente—. ¡Tengo asuntos más importantes que atender que los malditos puestos de pasteles!

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos. Los ojos de Pam se abrieron de par en par, con dolor y conmoción evidentes en su rostro. En todos los años que había trabajado para él, Ray nunca había alzado la voz, nunca la había despachado de esa manera.

Inmediatamente, Ray sintió que una ola de vergüenza lo invadía. Respiró hondo, tratando de centrarse. Necesitó un par de respiraciones más antes de tener suficiente claridad—. Lo siento mucho, Pam. Eso ha sido innecesario. Es solo que... hay un asunto urgente que debo atender. Un alma necesitada. Perdóneme.

Pam bajó la mirada—. Por supuesto, Reverendo. Lo entiendo. ¿Debo reprogramar la reunión del comité?

Ray asintió, ya girándose hacia la puerta—. Sí, por favor. Hablaremos cuando regrese. Y me disculparé como es debido.

No esperó su respuesta, empujando las pesadas puertas de madera y saliendo al aire fresco del otoño. Se apresuró a cruzar el cementerio hacia su coche, con la camisa pegada a la espalda por el sudor frío. Podía sentir la mirada desconcertada de Pam en su espalda.

Insensato, pensó. *Insensato por perder el control*.

Después de arrancar el motor, se miró en el retrovisor y trazó las marcas de arañazos en su cara.

Voy en camino, Megan.

Sus programas de ayuda con jóvenes problemáticos por todo el Norte de Yorkshire le habían proporcionado muchos contactos fiables. Ray había conseguido la dirección de Megan más fácilmente de lo esperado. Uno de los programas había ayudado a alojarla en Starbeck, que se encontraba entre Harrogate y Knaresborough. Lo conocía bastante bien.

Puso el coche en marcha, pensando en el rostro furioso de Megan cuando dijo: "Le creí. Le miré a los ojos, y le creí". Dio marcha atrás, con imágenes de Graham en el suelo muy por debajo de él, junto a la vía del tren. Luego, sus ruedas chirriaron en el suelo mientras aceleraba, con imágenes de Greg en su mente, aquel último día, cuando se dobló roto, en la sacristía, desesperado por las traiciones de su padre.

Los fracasos de Ray.

No de Dios.

Suyos.

Señor, guíame. Ayúdame a no volver a fallar.

Las calles familiares de Whitby pasaron borrosas mientras se dirigía hacia la autopista. Entonces, vio el rostro de Megan otra vez. Esta vez, no como la mujer furiosa y desesperada que había intentado sacarle los ojos, sino como la joven y asustada chica que había depositado su confianza en él.

42

Frank y Gerry atravesaron el cementerio de la Iglesia de San Claude. Era un mosaico de lápidas desgastadas y hojas otoñales. La mirada de Frank se posó en la superficie de mármol de una ornamentada lápida que brillaba bajo el sol de la tarde.

Pensó en la lápida de Mary, en las flores con las que la decoraba, en las actualizaciones que le contaba tanto sobre su vida como sobre la búsqueda de su hija.

Luego, por alguna razón, volvió a pensar en Evelyn Wainwright. Aquella amarga discusión junto a la tumba de su marido.

Rylan fue el primero en llegar a la pesada puerta de madera de San Claude. Su nariz se movió mientras olfateaba la antigua superficie de roble, marcada por siglos de uso. Frank extendió la mano y tocó primero la puerta, luego golpeó con los nudillos. El sonido resonó de forma hueca en el silencioso atrio.

Toc.

La puerta crujió al abrirse. Reconoció a Pam de su visita del día anterior.

La secretaria de la iglesia se quedó en el umbral, con los ojos hinchados y enrojecidos, un pañuelo arrugado en una mano. Su pulcra apariencia del día anterior había desaparecido. Parecía como si se hubiera estado pasando las manos por el pelo con angustia. —Hola de nuevo... —Su voz tembló.

—¿Está usted bien, señora Eastwood?

—Sí, perdone... solo estoy muy cansada. ¿Puedo ayudarles?

—¿Está el reverendo Lawson?

Ella negó con la cabeza. —Se marchó con bastante prisa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Dijo que tenía una cita urgente.

Frank se preguntó si este era el motivo de su inquietud. *¿Qué había pasado aquí?* —¿Mencionó algo sobre su cita?

Pam negó con la cabeza.

—Hemos oído que la mujer que le atacó podría conocerle —dijo Frank.

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada. —No sé nada de eso. Nunca la había visto antes. Simplemente se abalanzó sobre él y empezó a arañarle.

—La esposa del reverendo le dijo a mi colega que ella sabía su nombre.

Pam no respondió.

—¿Señora Eastwood?

Esto sacó a Pam de su ensimismamiento. Levantó la mirada. —Sí. Lo hizo. Pero no sé quién era. Todo fue muy extraño.

—De acuerdo... ¿está segura de que todo va bien? Parece alterada.

Pam negó con la cabeza. —Creo que no, en realidad. Desde que ella le atacó, ha estado diferente. Distraído. Y ahora, parecía un hombre... poseído por algún tipo de espíritu maligno. —Sus ojos se ensancharon—. Perdón por mis palabras —murmuró.

—No tiene que disculparse —dijo Gerry.

No se estaba disculpando con nosotros, pensó Frank, mirando hacia el interior de la iglesia.

—¿Podría prepararnos una lista de todos los que estaban en la iglesia el sábado, durante el ataque?

—Sí. Por supuesto. —Pam asintió—. Me pondré a ello ahora mismo.

Después, Frank le dijo a Gerry: —Parece conmocionada y alterada. Vamos a emitir una alerta para localizar a Ray y su coche.

Gerry asintió, ya marcando en su teléfono para emitir la alerta de búsqueda.

Algo no va bien, pensó Frank, de pie junto al coche, mirando fijamente la deteriorada iglesia. *Algo no va bien en absoluto.*

Primero, la reina gótica Raven Blackstone, y el agujero negro que era su identidad antes de mudarse a Whitby. Luego, la florista búlgara, Lilly Petrova, y el misterioso allanamiento. Y ahora, una figura pública popular, un reverendo, mintiendo a la policía tras un ataque violento, por ahí con asuntos urgentes haciendo Dios sabe qué.

Nada encajaba. Nada tenía sentido. El misterio parecía ramificarse en todo tipo de direcciones, planteando constantemente más preguntas en lugar de responder a alguna.

Miró hacia el cielo. *¿Algo más que quieras lanzarme?*

Su teléfono vibró. *¿Es esta mi respuesta?*, pensó.

La llamada era de Sharon. Se alejó de Gerry, que estaba solicitando la alerta para localizar a Ray.

Sharon le relató los acontecimientos de la entrevista con Terry. Frank escuchó atentamente, su ceño frunciéndose cada vez más mientras ella describía la caída de Terry desde la casa del árbol y la recuperación de un misterioso objeto de una caja de herramientas metálica.

Después, se acercó a Gerry, y continuaron su camino de vuelta al coche.

—Acabo de hablar con Sharon.

—¿Y?

—Terry Kane se ha roto el tobillo al caerse de una casa del árbol.

Gerry le miró con el ceño fruncido.

—Te lo explicaré en el coche. Parece que se puso protector con una cinta VHS en una vieja caja de herramientas metálica.

—Una cinta VHS —dijo Gerry—. ¿Sabemos qué hay en ella?

—La cinta está rota por dentro. Y el casete se dañó aún más con la caída.

—El declive gradual del VHS comenzó alrededor de 1997. Podría contener algo relevante para nuestro período de tiempo.

Frank asintió. —Ya está en el laboratorio forense para ver qué pueden extraer de ella. Ahora, vamos a la central antes del final del día y actualicemos ese tablero. —Se dio un golpecito en la cabeza—.

Es como un nudo de espaguetis aquí dentro. Hilos de evidencia enredándose y cruzándose, cada uno potencialmente llevándonos hasta Greg o a otro callejón sin salida. Necesito verlo todo expuesto, para desenredar este lío antes de que sobrescriba completamente mi cerebro.

43

LILLY ESTABA SENTADA con Nikolai detrás del mostrador de la tienda, con las manos entrelazadas, hablando en voz baja.

Nikolai se inclinó y le besó la frente. —Recuérdate a ti misma que los niños están a salvo. He visto a Ivana y a los otros dos niños con sus nuevas familias. Tendrán buenas vidas. Lo conseguimos. *Tú* lo conseguiste.

—Sé que es así, pero piensa en lo cerca que estuvimos. Si no los hubiéramos trasladado anoche... Solo puedo imaginar...

—Pero lo hicimos. Me advertiste, yo hice la llamada. Aceleramos todo y salió bien.

—¡Salió bien! ¡Entró a la fuerza para secuestrar a los niños!

—Y fracasó.

—*Esta* vez. ¿No dijiste que ya no era el mismo? ¿Que no haría nada drástico?

Él se encogió de hombros. —Quizás solo intentaba asustarnos. Tal vez no hubiera intentado llevarse a los niños realmente.

—¿Te das cuenta de que esto se ha terminado, verdad? ¿Que ese cabrón lo ha acabado todo?

Él negó con la cabeza. —No... no dejaremos que eso ocurra.

Ella podía sentir cómo se le aceleraba el pulso, el peso de su situación oprimiéndola como una fuerza física. —¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

Él se mordió el labio inferior.

—Georgi no lo dejará pasar —continuó ella—. Seguirá volviendo. Comprobando. ¡Me tendrá vigilada las veinticuatro horas del día! No parará hasta que consiga una parte de los beneficios.

—No hay beneficios, ni los habrá nunca.

—Ya ha dejado claro que no va a permitir que eso quede así.

—Pero...

—¡No hay peros! —Se alejó de él. El espacio entre ellos se sentía inmenso, lleno de miedos no expresados—. Se forzará en la situación como intentó forzarse antes hoy.

Nikolai levantó los ojos y la miró durante un breve momento. —Estás olvidando nuestras opciones. Sabes que hay algunas. —Sus ojos se estrecharon, su tono amenazante.

Lilly sintió un escalofrío recorrerle la espalda, recordando al Nikolai que había conocido años atrás, antes de que cambiara. Por un momento, vio un destello del hombre que solía ser, y eso la aterrorizó. —Y eso no nos hace mejores que ellos.

—Podría ser un medio para un fin. Y no seremos nosotros. Gente poderosa que quiere el bien para estos niños. No tienen tiempo para matones como Georgi.

—No —siseó—. No. ¿Vale? No quiero ser parte de eso.

—¿Entonces le pagamos? —dijo Nikolai.

—Pero sabes que nunca será suficiente. Seguirá volviendo. No. Simplemente paramos. Hemos hecho lo que pudimos. No hay nada más que podamos hacer.

Ambos se quedaron en silencio durante un breve momento.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Lilly.

Él respondió con una fuerte exhalación. —Que te quiero.

Ella sonrió, pero ese fugaz momento de felicidad no llegó a sus ojos. El peso de su situación flotaba pesadamente en el aire entre ellos.

Él chasqueó la lengua un rato y luego dijo: —Supongo que entonces lo único que puedo hacer es hablar con él. Intentar hacerle entender que su tiempo ha pasado. Decirle que recibirá un último pago.

—No. —Se golpeó el muslo con la mano—. Seguirá volviendo. Mira, no lo quiero involucrado, conectado. Con el tiempo, él forzará

para que se convierta en algo diferente. Como solía ser. Como fue para mí. No podrá evitarlo. Empujará y empujará.

—Pero si aún podemos ayudar a otros niños, tenemos que intentarlo. ¿Incluso si nos vemos obligados a tomar solo un pequeño beneficio para él?

—No. Ese será un camino sin fin. Ese hombre consume. —Cruzó los brazos—. Consumirá más y más y luego se llevará todo. Prométeme que no le ofrecerás nada.

Él no habló.

—Si me quieres, prométemelo.

Asintió, pero a ella le costaba ver la convicción en su expresión.

—¿Qué pasó con la policía antes, de todos modos? —preguntó él —. ¿Mencionaste que estaban preguntando por Greg? ¿Cuánto les contaste?

—Bueno, no les hablé de Georgi si es a lo que te refieres, pero les conté todo lo demás. Los cuadernos de bocetos. Sus dibujos. —Bajó la cabeza—. Eran muy buenos. —Volvió a mirar hacia arriba—. Admití que venía con regularidad.

—¿Y?

—En ese momento irrumpió abajo, así que todos nos distrajimos. No creo que sea lo último que escuche de ellos. Quizás eso sea bueno. Quizás debería simplemente decirles la verdad.

—¿Sobre Georgi?

—Sí.

—Ridículo. No fue él. No mató a ese chico. Y si le involucras, nos arrastrará a todos con él.

—¿Cómo sabes que no fue él?

—Por la misma razón que lo sabía entonces. Sentido común.

—Escucha. —Su voz era baja pero intensa, llena de una mezcla de miedo y convicción—. Yo estaba aquí. Vi cómo miraba a Greg esa mañana. Vi la sospecha en sus ojos. ¿Crees que matar a alguien está por encima de las capacidades de Georgi?

—No a un chico local... No puedo verle atrayendo tantos problemas sobre sí mismo.

Ella suspiró. —No. Es lo bastante estúpido y capaz.

Nikolai negó con la cabeza. —Simplemente no lo hagas. No les hables de Georgi. Todo se vendrá abajo...

Ella le miró fijamente. —Georgi me observó a través de la ventana mientras consolaba a Greg esa mañana. No puedo quitármelo de la cabeza. No puedo borrar esa mirada paranoica en sus ojos.

—¡Pero le dijiste que era porque su padre tenía una aventura!

—¡Georgi no se lo tragaría! Vio sus lágrimas... mis lágrimas. Georgi dijo que su padre había engañado a su madre, y nunca le había hecho llorar. Era frío. Georgi se enfureció esa mañana después de que Greg se fuera. Estaba demasiado paranoico... también estaba bebiendo mucho en esa época, como sabes, y tomando Dios sabe qué. Recuerdo lo hinchados que tenía los ojos... lo fuera de sí que estaba. Me acusó de compartir secretos sobre cómo llegué a este país con un crío que apenas conocía, y creo que realmente se lo creía.

—Y si lo hizo, se habría ido, hablado con alguien, y entonces, seguramente, su proceso de pensamiento racional habría entrado en funcionamiento...

—¿Racional? Escúchate, Nikolai. Creo que has olvidado cómo es.

—Oh, no lo he olvidado. Lo recuerdo bastante bien.

—¿De verdad no crees que fue demasiada coincidencia? Quiero decir, nunca volví a ver a Greg. ¡Nadie lo hizo! Desapareció. ¿Cómo puedo no sospechar siquiera que tuvo algo que ver con ello? ¿Cómo puedes tú no hacerlo?

—Pero hiciste las paces con esto...

—Solo porque estaba convencida de que había muerto en un accidente. Si la policía estaba convencida, ¿por qué no iba a estarlo yo? Ahora descubrimos que estaba en un frigorífico. Lo siento... vamos, Nikolai... un frigorífico. ¡Мамка му! —La maldición búlgara se le escapó—. Y si fue Georgi...

—Tienes que parar. —Nikolai le tomó las manos. Se inclinó más cerca.

—Si fue él, entonces sabes lo que eso significa.

—Para, Lilly. —Ella podía verle suplicando con los ojos, desesperado por que no dijera lo que venía a continuación.

—Habría sido mi culpa. *Toda* mi culpa que Greg muriera. No debería haberme hecho amiga de Greg. Debería haber sabido que yo era demasiado peligrosa. Como Dimitar siempre me advirtió. Nunca te acerques demasiado a nadie.

Nikolai la rodeó con sus brazos. —No puedes culparte. Eras una niña que también sufría. Greg necesitaba apoyo, y tú se lo ofreciste. Eso te convierte en una buena persona. Cualquier otra cosa es ilógica. A pesar de eso, honestamente, entiendo tus preocupaciones, pero realmente no creo que Georgi arriesgara todo asesinando a un niño... es demasiado descabellado. Es un cabrón desagradable, pero no un asesino de niños.

—¿Igual que estabas seguro de que no haría algo estúpido respecto al otro asunto?

—Eso es diferente.

—¿Cómo?

—¿Asesinar a un niño local de trece años? Creo que estás cansada, y no estás pensando...

Un fuerte golpe en la puerta le interrumpió.

El sonido resonó a través de sus huesos. Su respiración se cortó en su garganta. ¿Y si era él? ¿Georgi?

Miró fijamente a Nikolai, con los ojos muy abiertos.

Podía decir por su expresión que pensaba lo mismo.

Miró por encima del mostrador tras el que estaban arrodillados.

—Es él —susurró.

Por eso estaban arrodillados, por eso la puerta del sótano estaba abierta junto a ellos. —Vale, Nikolai, vete.

Nikolai miró la puerta abierta del sótano y luego la miró a ella.

Dudó.

Hubo otro fuerte golpe.

—*Ahora*. —Elevó la voz.

Él se quedó. Era la primera vez que se negaba a hacer lo que ella le había pedido.

—Lo prometiste. —Entrecerró los ojos.

Hubo un tercer golpe más fuerte. Le sorprendería que Georgi llegara a un cuarto sin echar la puerta abajo de una patada.

—Lo siento —dijo Nikolai. La besó—. Te quiero, pero esto tiene que terminar. —Se puso de pie—. Verás que es lo mejor.

Corrió alrededor del mostrador.

Ella se levantó de un salto y le persiguió, pero para cuando llegó hasta él, ya estaba abriendo la puerta.

Lilly sintió que su mundo estaba a punto de arder.

44

Después de un día de acontecimientos inquietantes, los traqueteos y gemidos de Bertha le proporcionaron a Frank consuelo y familiaridad.

Maniobró a Bertha con cuidado alrededor de dos chicos jóvenes en bicicletas, preguntándose por qué no llevaban luces ni cascos, y maldiciendo a sus padres.

En el espejo retrovisor, echó un vistazo a sus rostros risueños.

Entusiasmo e impetuosidad.

Si no sufrían un final desafortunado en la carretera, estaban empezando un viaje. Tenían el mundo a sus pies. Una aventura por vivir.

Y luego estaba Greg Lyle.

Congelado. Sin viaje, sin aventura. Su mundo ahora era un frigorífico. Descartado sin compasión.

Esperaba que los padres de estos jóvenes ciclistas no vivieran para lamentar el no haber asegurado que sus hijos estuvieran a salvo en la carretera.

Arrepentimientos.

Pensó en Maddie. No congelada. A mitad de un viaje, pero ciertamente no era una aventura. Al menos no en el sentido positivo de la palabra.

De hecho, estaba completamente perdida en un mundo que él no podía comprender ni siquiera alcanzar.

Eres un hipócrita, Frank, pensó. *¡Maldiciendo a los padres de estos dos jóvenes ciclistas! ¡Maldícete a ti mismo!*

Maddie, a los trece años, había estado llena de feroz determinación por el arte. Frank la había empujado hacia actividades más prácticas. Había descartado su pasión como una fase pasajera.

Era como el día en que mandó a su hija a salir sin luces y sin casco.

Mientras aparcaba frente a su casa, los ojos de Frank escudriñaron instintivamente la calle buscando el acechante Ford Cortina. Ni rastro.

Captó el revelador movimiento de las cortinas de al lado. Henrietta Timber, su siempre vigilante vecina, indudablemente estaba catalogando su llegada tardía.

Frank se quedó sentado en el coche un momento. Su casa se alzaba ante él, una silueta oscura contra el cielo nocturno. Siempre parecía tan poco acogedora.

Hubo un tiempo en que Mary y Maddie vivieron allí.

Ahora estaba oscura y silenciosa.

Lo que lo hacía peor era el frigorífico lleno de comida saludable y la falta de cerveza.

¿Para qué?

¿Para mantenerlo vivo más tiempo?

¿Con qué propósito?

Frank cerró a Bertha con llave y se dirigió a la puerta principal. Henrietta seguía mirándolo. Recientemente había considerado instalar un timbre con cámara en la puerta de su casa. Al final, había decidido que no tenía sentido, no mientras Henrietta siguiera ofreciendo un servicio tan dedicado.

Insertó la llave en la puerta pero no pudo girarla.

La puerta ya estaba abierta.

Maldita sea.

Podría tener sesenta y cinco años, pero si décadas como policía le habían inculcado un hábito permanente que no corría peligro por los descuidos de la vejez, era que nunca dejabas tu casa sin cerrar con llave.

Nunca.

Jamás.

Con el corazón acelerándose, cogió a "Gruñón Gus", un gnomo que Mary había comprado unos años antes de su fallecimiento. Mary le había puesto el nombre, y se refería a Frank como Gus, siempre que estaba de mal humor.

Por esta razón, Frank le había tomado cariño al gnomo. Odiaría verlo roto.

Pero la necesidad manda, y era mejor arma que aquella maldita escoba de antes en la tienda de Lilly.

—¿Hola? —llamó Frank, su voz haciendo eco en el pasillo oscurecido. Se movió con cautela por su bungalow, encendiendo luces y revisando cada habitación, con Gruñón Gus preparado. La sala de estar estaba intacta... dos botellas vacías de agua con gas en la mesa - algunas bebidas sin alcohol para mantener orgullosos a Gerry y Helen. La cocina también estaba como la había dejado.

Su propio dormitorio estaba intacto y desordenado.

Echó un vistazo a la habitación de Maddie, pero parecía sin alterar.

Miró al gnomo—. Bueno, Gus, parece que finalmente estoy perdiendo la cabeza. Donald estará frotándose las manos. Me mandará a pastar antes de que termine el año.

Sacó un poco de agua con gas del frigorífico y una zanahoria cruda, y se sentó a mirar una pantalla de televisión en blanco, crujiendo la verdura cruda. A mitad de camino, la tiró sobre la mesa —. ¡No es de extrañar que esté perdiendo la cabeza! ¡Me he pasado a la dieta del Conejo de la Suerte!

Menos de un minuto después, se puso de pie y señaló a Gus, a quien había colocado en la mesa, y que parecía mirar con desprecio la zanahoria a medio comer—. No lo acepto, Gus. Hay muchas cosas mal con este miserable viejo, de acuerdo —se señaló la cabeza—. Pero esta sesera todavía funciona.

Se dirigió a la casa de al lado y llamó. Henrietta lo observó desde la ventana y luego fue a responder. Lo miró de arriba abajo. Su rostro severo de ochenta años estaba fruncido de sorpresa y leve irritación.

Henrietta solía tener mucho tiempo para Mary y Maddie cuando era niña. Nunca para Frank. Cualquier hombre que pasara tanto tiempo descuidando a su esposa e hija no era un hombre a sus ojos. Hoy en día, él estaba de acuerdo con ella, pero estaba tratando con una mente obstinada, y la posibilidad de intentar convencerla de que reconocía el error de sus caminos parecía fantástica y, por lo tanto, inútil.

Tendría que ir al grano rápidamente. Tendría suerte si conseguía un minuto en su puerta.

—Buenas noches, Henrietta —dijo Frank, tratando de mantener un tono ligero—. Perdone que la moleste, pero mi puerta estaba abierta cuando llegué a casa. Sabiendo el buen ojo que usted mantiene en esta calle, me preguntaba si vio a alguien pasar por allí.

Ella arqueó una ceja—. ¿Quizás decirle a su hija que cierre la puerta al salir? Fue la última en marcharse.

El mundo a su alrededor de repente se inclinó. Retrocedió tambaleándose. Si no fuera por el marco de la puerta, se habría caído.

—¿Está usted bien? —preguntó ella.

Con la mente de repente acelerada, miró su mano, blanca de agarrar el marco de la puerta—. Sí... perdone... creo que está usted equivocada.

—No estoy equivocada. Lo más probable es que sea usted, Frank. Después de todo, no tiene buena pinta...

—No —dijo, controlando su respiración—. Mi hija no está en casa en este momento... no ha estado en mucho tiempo.

—Pues la vi clara como el día. Hace un rato.

No salieron palabras de su boca, solo un sonido estrangulado que podría haber sido una pregunta.

—No estaba sola tampoco... había un pequeño desgraciado grasiento con ella.

A pesar de sentir como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, se enderezó, sabiendo que necesitaba recuperar el control de sí mismo—. ¿Maddie? ¿Un pequeño desgraciado grasiento? ¿Está segura, Henrietta? Esto es importante...

—No estoy senil. Era Maddie, clara como el día —su tono era cortante—. Ella abrió la maldita puerta. Ese joven patán de aspecto desagradable la estaba mirando con lascivia.

Todavía tiene una llave, pensó Frank.

—¿Estaban en un Ford Cortina azul? ¿Uno viejo?

Henrietta asintió—. Ese mismo. Estaba abollado... se mantenía unido con óxido y rezos —asintió, señalando hacia Bertha—. No muy diferente al suyo.

El corazón de Frank era como un peso de plomo.

El coche misterioso. El Ford Cortina. Había sido Maddie todo el tiempo. Había estado tan cerca de verla, y había perdido su oportunidad.

¿Por qué no me lo tomé más en serio, maldita sea?

Cabalgando en una ráfaga de adrenalina, Frank se volvió y corrió de vuelta a su casa. Irrumpió en la antigua habitación de Maddie por segunda vez esa noche. Encendió la luz y el repentino resplandor le hizo entrecerrar los ojos, pero escudriñó el espacio desesperadamente. Nada parecía fuera de lugar. Miró en los cajones. Un armario. Apartó las sábanas. Abrió la otra puerta del armario.

Miró hacia abajo al espacio debajo de la ropa.

Algo faltaba...

Chasqueó los dedos, tratando de recordar...

¡Una mochila!

Recordó haberla registrado el día que ella desapareció.

Frank se sentó en la cama, con las piernas de repente débiles. ¿Por qué había vuelto por ella? Debía haber algo en ella todo este tiempo... algo que necesitaba... pero ¿qué?

Golpeó la cama. ¿La había revisado lo suficientemente bien? Estas mochilas a menudo tenían bolsillos interiores.

¡Dios todopoderoso, había estado aquí!

Miró alrededor de la habitación, su visión borrosa. Cuestión de horas. Había estado aquí, y ahora se había ido de nuevo.

Regresó a la puerta de Henrietta y golpeó.

Se abrió—. Frank, ¿qué demonios...?

Frank la interrumpió—. ¿Cómo se veía? Maddie... ¿Cómo se veía?

La expresión de Henrietta se suavizó.

—¡Dígamelo! —siseó Frank. Sabía que ella podía ver las lágrimas en sus ojos.

—Cansada... parecía cansada. Y delgada. Demasiado delgada, si me pregunta.

Se frotó la cara y se apartó las lágrimas de los ojos. Se apoyó nuevamente en el marco de la puerta.

Henrietta murmuró—: Entre antes de que se caiga, Frank. Pero no va a fumar, maldita sea.

—Debería haber estado aquí —murmuró Frank, mientras la seguía adentro—. Debería haberlo sabido. Debería haber...

—Déjeme ser yo quien juzgue eso —dijo Henrietta—. Cuéntemelo todo y déjeme ser yo quien juzgue eso.

45

El corazón de Lilly latía aceleradamente mientras los dos hombres que la habían traficado cuando era una niña de once años se enfrentaban.

Era difícil no sentirse frustrada con Nikolai por romper su promesa de no confrontar a Georgi, pero tenía que reconocerle el modo en que mantenía la calma. No parecía alterado y se comportaba de manera serena y razonable.

Georgi estaba en su modo predeterminado: burlas, comentarios mordaces, interrumpidos por estallidos de agresividad.

—Nunca despertaste, Nikolai. Siempre el soñador. Pero estar dormido y soñando no paga ninguna puta factura que yo haya recibido.

Lilly pudo ver cómo Nikolai apretaba la mandíbula al recibir esas palabras salvajes, pero de nuevo, su voz se mantuvo firme cuando respondió. —Esto no es un sueño, Georgi. Los que están al mando estarán encantados de pagar una pequeña cantidad si yo lo digo.

Lilly vio un destello depredador familiar en las profundidades de los ojos de Georgi. —¿Los que están al mando? Yo estableceré las condiciones.

Nikolai miró a Lilly. Ella percibió que su paciencia se estaba agotando y que apenas empezaba a darse cuenta de lo que había intentado decirle: esto iba a fracasar. Nikolai volvió a mirar a Georgi. —Eso no va a ocurrir, Georgi.

—¿No?

—No. Esta es la única oferta. Organizaré una pequeña compensación. Lo tomas o lo dejas.

—Lo dejo.

—Estás siendo un necio.

—Lo siento.

—Me has oído...

Georgi agarró el hombro de Nikolai, interrumpiéndolo. —Esto es lo que va a pasar. Vas a despertar, soñador, y vas a escuchar cómo va a funcionar esto.

Nikolai miró la mano sobre su hombro.

—Tienes que irte, Georgi, ahora —dijo Lilly.

—Está bien... yo me ocuparé de esto —dijo Nikolai.

—Ahí tienes —dijo Georgi—. Soñando de nuevo, Nikolai.

—Quita tu mano de encima.

—¿O qué?

La compostura de Nikolai se estaba desmoronando. Lilly se adelantó, decidiendo que era mejor interponerse entre ellos...

En un movimiento borroso, Georgi clavó su puño en el estómago de Nikolai y lo empujó contra una estantería. Lilly esquivó un expositor de rosas que se vino abajo estrellándose contra el suelo. El cristal se hizo añicos por todas partes.

Georgi avanzó de nuevo. Su segundo golpe conectó con la mandíbula de Nikolai. Sonó como una rama al quebrarse, y la fuerza lo lanzó contra otra estantería.

Las macetas cayeron al suelo. La tierra se derramó por las baldosas como sangre oscura.

—¡Parad! —gritó ella—. Ще се обадя на полицията!

—Llama a la policía —la desafió Georgi, retrocediendo hacia el mostrador, sonriendo—. Con suerte, compartiré celda con el soñador. Nos lo pasaríamos bien.

Nikolai se dobló, jadeó y se agarró la mandíbula. Los ojos de Lilly recorrieron frenéticamente los destrozos en su suelo. Vio un trozo grande de cristal y se lanzó a por él. Cuando se enderezó, vio a Nikolai abalanzarse sobre Georgi.

Se le cayó el alma a los pies.

Nikolai embistió con el hombro contra el abdomen del hombre más corpulento. El aire salió de golpe de Georgi. Su novio logró asestar algunos golpes en el torso del hombre más grande mientras estaba aturdido. La caja registradora fue derribada del mostrador y cayó estrepitosamente al suelo.

—¡Parad! —gritó Lilly, pero el aire estaba ahora espeso con los sonidos de gruñidos, jadeos y el golpeteo de carne contra carne.

Georgi se lanzó por encima del mostrador, para que actuara como una barrera entre ellos.

Georgi ahora tenía tiempo para orientarse, lo que hacía que la siguiente parte fuera casi inevitable.

Nikolai se lanzó alrededor del mostrador y se encontró con el puño de Georgi en un uppercut casi perfecto. Con un golpe seco, Nikolai se desplomó en el suelo detrás del mostrador, fuera del campo visual de Lilly.

Lilly avanzó con el trozo de cristal en la mano.

Georgi gruñía mientras pateaba repetidamente a Nikolai. Las venas sobresalían en su frente.

Cuando llegó al mostrador, Georgi se detuvo y se deslizó hacia su izquierda para que ella no pudiera alcanzarlo con el cristal por encima del mostrador. Sonrió.

—Basta, Georgi. Basta, o usaré esto.

El sudor corría por el rostro envejecido de Georgi, abriéndose camino entre las arrugas. Resopló, miró a Nikolai en el suelo y le escupió. —Me alegro de haberme mantenido en forma —dijo—. Echaba de menos esto.

Georgi se volvió hacia Lilly, asegurándose de que todavía hubiera una distancia adecuada entre ellos. —¿Estás lista para hablar como es debido, ahora que el soñador está fuera de combate?

Lilly podía oír los gemidos de Nikolai. Cada sonido de dolor le revolvía el estómago, pero al menos estaba vivo. Sin embargo, no podía verlo. No sabía lo grave que era.

—Lárgate de mi tienda —dijo Lilly, con la voz temblorosa a pesar de su intento de valentía. Ofreció su arma improvisada aunque estaba demasiado lejos.

Georgi giraba la cabeza de lado a lado, con incredulidad en su rostro. —Simplemente no aprendes, ¿verdad?

Vio la coronilla de Nikolai. Se estaba levantando, usando la pared a su lado como apoyo. Estaba junto a la puerta abierta del sótano.

Georgi se volvió para enfrentarlo y dio un paso lateral, de modo que estaba parado junto a la puerta abierta. Sonrió a Nikolai, que estaba jadeando. —¿Te queda algo, grandullón?

—Vete a la mierda —dijo Nikolai. La sangre goteaba por su barbilla, tiñendo su camisa de carmesí.

Georgi miró entre él y Lilly. —En serio, Lilly, ¿esto es lo mejor que pudiste conseguir? ¿No te apetece un hombre de verdad? Eh, esa es una idea. Tú y yo juntos... en los negocios, y también en lo demás. —Le dio una palmada en la cara a Nikolai—. ¿Por qué no te sientas, como un buen soñadorcito, y dejas que Lilly y yo pasemos un tiempo de calidad juntos?

Los ojos de Nikolai se entrecerraron. Su estómago se contrajo con temor. *No lo hagas*, pensó. *Ya es suficiente.*

Nikolai se irguió. Georgi se rio.

—Nikolai —dijo ella.

Él no la miró.

—Nikolai, no...

Pero era demasiado tarde. Nikolai golpeó con su mano izquierda, alcanzando a Georgi en plena cara. Lo aturdió, y cayó por la puerta abierta. Al hacerlo, su mano salió disparada y agarró la camisa de Nikolai.

Siguió una serie de golpes grotescos, mientras los dos hombres caían juntos por los escalones. Hubo jadeos y gemidos, antes de que se hiciera el silencio.

Lilly permaneció allí, paralizada, con la mano sobre la boca. Todo lo que podía oír era el latido de su propio corazón.

Esperó un sonido.

Nada.

—¿Nikolai? —llamó.

Esperó.

Nada.

Todavía sosteniendo el cristal pero sintiéndose inestable sobre sus pies mientras olas de náuseas la golpeaban, Lilly rodeó el mostrador.

Pulsó el interruptor junto a la puerta y la luz del sótano se encendió.

—¿Nikolai? —llamó de nuevo, más fuerte esta vez.

Nada.

Tomando aire profundamente, se asomó por la esquina.

Los dos hombres yacían desplomados al pie de las escaleras. Ninguno se movía.

Esperó y llamó de nuevo.

Cuando no obtuvo respuesta, supo que no podía quedarse arriba más tiempo. Respirando hondo, comenzó a bajar las escaleras, su mano deslizándose por la fría pared de piedra como apoyo.

Lilly parpadeó, dejando que sus ojos se adaptaran a la tenue luz. Susurraba su nombre, una y otra vez, su voz apenas audible sobre el golpeteo de su corazón.

Desde el último escalón miró hacia abajo a Nikolai, y dio un pequeño jadeo, como un animal herido.

Sus ojos estaban abiertos y sin vida. Parecían canicas reflejando la luz parpadeante de arriba. Un charco oscuro brillaba mientras se extendía bajo su cabeza.

—Nikolai. —Su nombre se quedó atascado en su garganta mientras dejaba el último escalón y se deslizaba de rodillas junto a él, su sangre humedeciendo sus piernas. Dejó caer el cristal sobre la piedra, y luego dejó que sus manos temblorosas flotaran sobre él. Deseaba desesperadamente tocarlo pero tenía tanto miedo de confirmar lo que sus ojos le estaban diciendo. Finalmente, se dio cuenta de que su vista no la estaba engañando, y acunó su rostro, las lágrimas nublando su visión—. Lo siento mucho. Nikolai, lo...

Un gemido hizo que Lilly se quedara inmóvil. Georgi, apenas a un metro delante de ellos, había rodado y se estaba incorporando. Estaba usando la pared de piedra a su lado como apoyo. La fulminó con la mirada. La sangre goteaba de un corte en su frente, un rastro carmesí serpenteando por su cara. Hizo una mueca al enderezarse. —Eso dolió, joder. —Sus ojos se movieron hacia la figura inmóvil de

Nikolai. Se acercó y miró hacia abajo—. Mierda —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Estúpido cabrón.

—Tenemos que llamar a una ambulancia. —La voz de Lilly temblaba.

—Está muerto.

—No... no... voy a llamarles.

Él se frotó la parte posterior de la cabeza. —Debería haberse quedado quieto. Allí arriba. Maldito idiota. —Se frotó con más fuerza —. Mierda... déjame pensar... vamos a tener que deshacernos de él.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo ella con la boca llena de lágrimas.

—No. Estás diciendo tonterías. Está muerto. Cállate de una puta vez y déjame pensar... y...

Sus ojos se entrecerraron. Una oleada de odio la recorrió. —¿Cómo puede ser él y no tú? ¿Cómo?

Él se encogió de hombros. —Оцеляване на най-приспособените.

Supervivencia del más apto.

Ella alcanzó el trozo de cristal y se puso de pie. —Voy a llamar a la policía.

Georgi negó con la cabeza. —Necesitas controlarte.

—Voy a contarles todo. Sobre el tráfico, los niños, yo, *tú*, todo.

—No seas ridícula. ¿Todo por lo que has trabajado... destruido? Perderás esta tienda, tu libertad. Esto no tiene por qué ser más que un trágico accidente. Nadie tiene que ir a la cárcel.

Ella lo miró fijamente por encima del cuerpo de Nikolai, su voz baja y peligrosa. Una sonrisa salvaje partió su rostro. —No me importa ir a la cárcel. Siempre que tú también vayas.

Georgi bajó la cabeza y suspiró.

Se frotó la parte posterior de la cabeza un momento más, luego levantó la cabeza y se encogió de hombros. —Temía que fueras a decir eso.

En un destello de movimiento, se abalanzó sobre ella.

Ella blandió el cristal, pero él fue demasiado rápido.

46

En el plato de Tom, Gerry colocó los filetes de salmón, asados hasta un rosa claro, sobre una cama de quinoa. Después de alinear los espárragos al vapor junto a ellos, con las puntas todas mirando en la misma dirección, situó un pequeño recipiente de mantequilla de limón exactamente a dos centímetros del borde.

Para ella, separó los ingredientes en cuatro platos.

Tom entró en la cocina para ayudar a Gerry a llevar los cinco platos a la mesa.

Le dio las gracias por mezclar su comida. Sabía que a ella le incomodaba.

—¿Y qué delicia culinaria ha recibido Rylan esta noche?

Como si fuera una señal, Rylan entró trotando en la cocina, moviendo la cola. —Pavo molido bajo en grasa. Es parte de su nueva dieta.

Tom se agachó para rascar detrás de las orejas de Rylan. —Bueno, amigo, ciertamente hueles mucho mejor. Mamá realmente te cuida bien.

Gerry encontró su comentario desconcertante. —Preferiría que no dijeras eso.

Él se puso de pie, sonriendo. —¿En serio...? Lo siento, pensé que todo el mundo decía eso.

—No a Rylan y a mí.

—Vale, mensaje recibido.

Se sentaron.

Ella notó su expresión taciturna.

—¿Crees que estoy siendo ridícula? —preguntó.

—No...

—Es que no puedo ver adoptar un perro igual que adoptar a un humano. Para mí, implica algún tipo de conexión entre especies de una manera que no me parece correcta.

Él se encogió de hombros. —Vale. Solíamos hacerlo cuando teníamos un perro. Un hábito, supongo. No volverá a ocurrir.

Ella extendió la mano y tocó la suya. —Gracias.

Tom inmediatamente empezó a comer, haciendo ruidos de apreciación. —Esto está fantástico, Gerry. Te has superado a ti misma.

—Era una receta —dijo ella, sin querer llevarse el mérito por algo tan básico como seguir una receta.

—Lo sé, pero has hecho un buen trabajo.

—Solo la seguí con precisión. —A menudo se preguntaba cómo se podía hacer un buen trabajo con algo que ya estaba predeterminado. El único elemento de creatividad era la disposición en el plato.

Tom sonrió, luego preguntó: —¿Y cómo ha ido tu día? ¿Algún caso emocionante?

Gerry dejó el tenedor, de repente seria. —Tom, ¿te parece bien si no hablamos de trabajo?

—Lo siento... lo olvidé.

Ella ya le había dicho que la razón principal por la que había buscado una relación era para tener una vida fuera del trabajo. No creía que lo hubiera olvidado. En algunos temas, Tom estaba empezando a mostrarse persistente. Decidió dejar claro que no quería que la presionaran en este asunto. —Quiero decir, si te hablara del trabajo, igual podría no estar en una relación, y en realidad estar trabajando.

—Creo que la mayoría de las personas que sienten eso simplemente dan una visión general sin entrar en detalles —dijo Tom, tomando un sorbo de agua.

Su determinación por hacerla cambiar de opinión era irritante. —¿Te parece bien contarme sobre tu día?

Parecía decepcionado, pero rápidamente se lanzó a contar una historia sobre la difícil tarea de quitar un árbol, deteniéndose ocasionalmente para evaluar la reacción de Gerry. Ella asentía tres veces por minuto para mostrar su interés.

Cuando terminaron de comer, Tom dijo: —Por cierto, creo que les caíste muy bien a mis padres.

A ella le costaba creerlo. —Eso parece poco probable, dado su comportamiento y lenguaje corporal durante nuestra cena.

Tom se rió. —Créeme, así son con todo el mundo. Incluso conmigo. Como viste. Pero han preguntado por ti desde entonces, lo cual es buena señal.

—Eso es agradable —dijo Gerry—. Es bueno saberlo. Aunque creo que es justo informarte de que no me cayeron muy bien. —Tomó un sorbo de agua—. En realidad, nada bien.

Tom, que estaba masticando su último bocado de salmón, tosió. Su cara enrojeció ligeramente y luego tragó. —No lo habías dicho. Parecías feliz... después...

Ella recordó sus juegos y sonrió. —Lo estaba. Pero en ese momento, estaba siendo educada. Puedo ser bastante hábil con la etiqueta. Eso no equivale a que me agrade alguien. No pensé que fueran malas personas. Simplemente no son de mi gusto. Fueron críticos contigo y aprovechaban oportunidades para juzgarme.

—Lo siento.

—No lo sientas. Quiero ser honesta.

—Para ser justos, has dado en el clavo. Así es exactamente como son. —Tom dio un largo sorbo de agua—. Mmm, hablando de padres, ¿puedes contarme más sobre los tuyos?

Habiendo terminado su comida, Gerry juntó su cuchillo y tenedor en uno de sus cuatro platos. —¿Por qué? Están muertos. Nunca los conocerás.

—Lo sé, pero... —Él también dejó su cuchillo y tenedor, y la miró con los ojos muy abiertos.

A Gerry no le gustaba esa expresión de Tom; siempre le hacía sentir como si estuviera suplicando algo.

—Me gustaría conocerte mejor... saber de tu pasado... Si conozco a tus padres, sabré más de ti. Deben ser importantes para ti. Esa

foto en la repisa...

—Es una sola foto —dijo ella.

—Es la única foto en toda la casa.

—Sí. Era su casa. De alguna manera sentí que era correcto tener su presencia aquí.

—Vale.

—Aunque eso no significa que no los adorara... porque lo hacía. Estoy segura de habértelo dicho antes.

—Sí. Me dijiste que eran buenas personas. —Tom sonrió—. También me contaste cómo murieron...

—Todo aclarado entonces. —Gerry se levantó para recoger la mesa.

—Pero Gerry —dijo Tom—. ¿Podrías contarme más?

—¿Sobre qué, exactamente?

—Sobre vuestra relación.

—Vale. —Se sentó—. Jugábamos al Scrabble juntos. Me enseñaron sobre etiqueta. —Hizo una pausa para pensar—. Navegábamos mucho.

Tom asintió, y luego sus ojos se abrieron de nuevo. Había más súplicas en camino.

—Espero que no te importe, Gerry... pero investigué un poco... sobre cómo murieron tus padres.

—Ya veo. Pero te conté cómo murieron.

Él asintió. —No me dijiste que tú estabas allí.

Ella bajó la mirada. —No parecía importante. Yo no morí.

Él suspiró. —Lo siento, no debería haberlo investigado.

Al darse cuenta de que ella habría hecho lo mismo, confirmó lo que él había descubierto. —Hubo una tormenta inesperada. Me ordenaron ponerme un chaleco salvavidas y saltar. Lo hice. Ellos no. Intentaron salvar el barco. Fracasaron.

—Gerry, lo siento mucho. Debió ser terrible. —Gerry vio cómo la mano de Tom se acercaba a la suya por encima de la mesa, y se apartó.

—Sí, fue terrible. Ellos apoyaban mucho mi... condición. Me proporcionaron una buena vida, me llevaban regularmente de

vacaciones en yate e intentaron ayudar en mi desarrollo social. Me querían. Mucho.

Tom asintió con gesto alentador. —Suenan maravillosos, y estoy seguro de que tú también los querías.

—Eran excelentes padres... fui muy afortunada.

Él se inclinó hacia delante. —Entonces cuéntame más sobre las vacaciones en yate.

Gerry se tensó ligeramente. —Ya he compartido bastante, Tom. ¿Quizás podríamos cambiar de tema?

—Esta es una oportunidad perfecta para conocerte mejor. —Su voz era suave, pero eso no la hacía menos insistente—. Vale, si no el yate —puedo entender cómo eso podría no ser el mejor tema—, ¿qué otras vacaciones tuvisteis?

—Viajamos por Francia un año... —Se reclinó—. ¿Podemos dejarlo así?

—Rara vez te abres, Gerry.

Los dedos de Gerry se tensaron alrededor de su vaso.

Tom no parecía poder contenerse. —Gerry, las relaciones consisten en compartir y entenderse mutuamente. ¿No crees que es importante que conozcamos el pasado del otro?

Gerry cerró los ojos un momento, respirando profundamente. —Necesito un momento de silencio para ordenar mis pensamientos, por favor.

Después de menos de un minuto, él dijo: —¿Estás bien? ¿En qué estás pensando?

Gerry abrió los ojos.

Debió darse cuenta de que había presionado demasiado. Se levantó y se acercó a su lado. —Vale, ya es suficiente por ahora. Ya siento que te entiendo mejor, que estamos más cerca. Soy afortunado de tenerte. Soy feliz cuando estoy contigo.

Gerry levantó la mirada. —Me alegro por ti, Tom. Pero ahora es un momento en el que me gustaría tomar un descanso de nuestra relación.

Las cejas de Tom se alzaron de golpe. —¿Perdona...?

—Un descanso.

—¿Un descanso cuándo?

—A partir de este momento.

Su rostro se desmoronó. —¿Qué? —Negó con la cabeza—. ¿Estás rompiendo conmigo?

—No exactamente. Estoy solicitando un descanso. Después del descanso, decidiré si deseo continuar con nuestra relación.

—¿Por qué? No entiendo. Parece repentino. ¿Es porque investigué sobre tus padres?

—No tanto eso. Es más tu naturaleza persistente. Tus preguntas intensas a pesar de mis intentos de redirigir la conversación.

—¡Pero es porque me gustas mucho!

—Sí, pero esto no era una de mis expectativas para una relación. Sentirme abrumada. —Se puso de pie—. Así que ahora necesito tiempo para considerar si puedo continuar con alguien que persiste a pesar de mi incomodidad.

—Pero *solo* estaba tratando de conocerte mejor, y a veces lo pones *tan* difícil —protestó Tom.

—Entiendo que esa era tu intención —respondió Gerry, poniéndose de pie—. Sin embargo, intenciones y acciones son entidades separadas. Y ahora estás culpándome por tus acciones.

—¿Indirectamente? —dijo Tom, arqueando una ceja.

—Creo que es mejor que te vayas ahora. Yo limpiaré.

Caminó hacia el fregadero.

Cuando se volvió, él seguía allí; parecía completamente aturdido.

Le costó decidir si eso lo hacía entrañable o patético, pero la respuesta no haría ninguna diferencia. Ya había decidido.

—Por favor —dijo él.

—¿Por favor, qué?

Tuvo que pensar en esto. —¿Reconsidéralo?

—Mi descanso es para reconsiderar.

—Mierda. —Bajó la cara e infló las mejillas—. ¿Cuánto durará este descanso?

—No estoy segura.

Levantó la mirada. Parecía tener lágrimas en los ojos. —¿Podría al menos quedarme esta noche?

Ella consideró. —Pero eso retrasaría el inicio del descanso.

—¿Podrías empezar el descanso mañana?

Respiró hondo. —Ya veo. Y entonces, ahora, esta noche, ¿podríamos tener sexo?

Tom pareció atónito. —Iba a sugerir ver la televisión, pero sí, podría hacerlo.

—Vale, sexo esta noche, descanso mañana. Aunque preferiría dejar que la comida se digiera primero. ¿Te apetece Scrabble?

Tom asintió. —Eso estaría bien, sí.

47

Las farolas parpadeaban, proyectando enfermizos charcos de luz amarilla sobre aceras agrietadas y jardines descuidados.

Ray se detuvo frente a una casa achaparrada revestida de guijarros. Apagó el motor, sumiendo la calle en un inquietante silencio roto solo por el ladrido lejano de un perro y el golpe amortiguado de un bajo desde una casa cercana.

Agarró el volante, con los nudillos blancos mientras miraba fijamente la casa de Megan.

Entonces, su teléfono vibró en su bolsillo por sexta vez. Sería Kath. Los mensajes habían comenzado hace una hora, cada vez más frenéticos. El último que había leído antes de silenciar su teléfono resonaba en su mente:

> Lo siento. Sé que ella te reconoció. Tuve que decírselo a la policía cuando vinieron. ¿Y si esta mujer regresa? Parecía más seguro.

No podía culpar a Kath. No realmente. Que Megan lo conociera habría salido a la luz tarde o temprano, de todos modos. Solo había una forma de resolver este problema.

Tendría que enfrentarse a Megan él mismo.

Ray salió del coche, el aire frío de la noche mordiendo su rostro. Las ventanas de la casa de Megan estaban oscuras, con las cortinas corridas.

Se acercó a su puerta, sus pies pesados por el temor. Su jardín estaba lleno de colillas de cigarrillos. La pintura se desprendía de los marcos de las ventanas, y un canalón roto se combaba sobre la puerta principal.

Levantó la mano para llamar, luego dudó. ¿Y si ella abría la puerta en ese mismo estado frenético en que la había visto el otro día?

Podría estar encima de él en segundos, obligando a los vecinos a intervenir, y ese sería el resultado afortunado. El otro resultado, que involucraba sus uñas y sus ojos, era mejor no pensarlo.

Se dio la vuelta, apretando y aflojando el puño. Pero, ¿qué otra opción tenía?

El camino por el que iba ahora solo llevaba a un lugar.

Aquí.

Se volvió y llamó.

Esperó, y nadie respondió. Después de intentarlo por segunda vez, suspiró. *¿Y ahora qué?* ¿Esperaba aquí afuera, en su coche, a que ella regresara de donde quiera que estuviera? ¿O simplemente lo dejaba por esta noche?

Sin pensarlo realmente, probó el pomo de la puerta. La puerta se abrió.

Vale, esto realmente no es una buena idea.

Pero quizás esta era una oportunidad. Para aprender algo sobre Megan mientras ella estaba fuera. ¿Algo que pudiera ayudarle? ¿Comprar su silencio?

Se sentía tan engañoso y horrible, pero de nuevo, se sentía desesperado. Ella era quien había vuelto a su vida, amenazando todo. Si estaba ocultando algo, podría ser algún tipo de salida.

El corazón de Ray latía con fuerza en su pecho mientras cruzaba el umbral.

El pasillo olía a cigarrillos rancios y algo más, algo agrio y desagradable. Ray buscó a tientas un interruptor de luz, parpadeando cuando una dura luz fluorescente inundó el espacio. Delante, la puerta de la cocina estaba abierta. Podía ver platos sucios apilados.

Un pensamiento aterrador le golpeó. *¿Y si ella está aquí, después de todo? Durmiendo... borracha en el sofá... o demasiado asustada para abrir la puerta? ¿Cómo reaccionaría si me ve?*

De repente, parecía más seguro advertirle de su presencia. —¿Megan? —llamó suavemente.

Esperó un momento. No hubo respuesta.

—Megan, soy el Reverendo Ray Lawson. Llamé, pero quería asegurarme de que estabas bien... ¿después del otro día?

Habló más fuerte esta vez, y de nuevo no hubo respuesta. Concluyó que debía estar fuera.

Miró dentro del salón. Era un caos. Muebles dispares y ceniceros desbordantes. Una botella de vodka medio vacía estaba sobre una mesa de café, rodeada de un montón de frascos de pastillas. El estómago de Ray se revolvió. ¿Todo esto podía remontarse a su fracaso? ¿De verdad? ¿Cuando ella era joven y desesperada por su ayuda?

Se adentró más en la casa, sus pasos amortiguados por la alfombra raída. —¿Megan? —llamó, todavía tomando precauciones —. Soy el Reverendo Lawson. Solo quiero hablar.

Se volvió hacia las escaleras, su mirada atraída por una puerta en la parte superior.

Las escaleras crujieron bajo su peso mientras subía, cada sonido parecía anunciar su presencia a la casa vacía. En la parte superior, se detuvo, escuchando atentamente. ¿Era eso respiración lo que oía, o solo el susurro del viento a través de ventanas mal selladas?

La mano de Ray se cernía sobre el pomo de la puerta. Quizás era mejor simplemente esperar afuera.

Excepto, ¿y si ella estaba aquí? Inconsciente. Borracha, y bajo los efectos de algún tipo de sustancias. Desesperada por ayuda.

Giró el pomo y empujó la puerta para abrirla.

La habitación estaba oscura, iluminada solo por la tenue luz que se derramaba desde abajo. Ray pudo distinguir la forma de una cama, ropa esparcida por el suelo. Un tocador estaba contra una pared, su espejo reflejando la oscuridad.

Al principio, creyó detectar movimiento en la cama. Su adrenalina se disparó. Respiró hondo. —Solo quiero arreglar las cosas, Megan.

—Las palabras sonaban vacías, incluso para sus propios oídos. ¿Cómo podría posiblemente arreglar las cosas después de tanto tiempo? Encendió la luz. La cama estaba vacía. Suspiró.

Ray se dio la vuelta, extendiendo la mano hacia el interruptor para apagar la luz de nuevo...

Su corazón casi se detuvo.

Megan estaba de pie en la puerta, su pequeña figura recortada contra la luz del pasillo. En sus manos, sostenía un gran jarrón de cerámica.

—Megan —comenzó Ray, levantando las manos en gesto apaciguador—. Por favor, yo...

El jarrón describió un amplio arco. Ray tuvo una fracción de segundo para registrar la mirada de puro odio en los ojos de Megan antes de que el dolor estallara en su sien.

La visión de Ray se volvió borrosa, la oscuridad extendiéndose por los bordes. Vagamente fue consciente de su cuerpo golpeando el suelo, de Megan alzándose sobre él.

Luego, oscuridad.

48

La Abadía de Whitby se recortaba como una silueta dentada contra un cielo oscuro.

Los arcos góticos, antes orgullosos y elevados, ahora se alzaban rotos y expuestos.

Las sombras jugaban sobre las piedras desgastadas, y el gran ventanal oriental se abría como una boca. Esquelético, hambriento, anhelando un alma.

Raven avanzó tambaleándose por el cementerio. Nombres borrados de las lápidas. Bajo sus pies, huesos olvidados hace mucho tiempo.

¿Adónde van todas las almas?

¿Vagan errantes?

¿Como yo?

Deteniéndose, convencida de que podía oír el débil eco de antiguas oraciones, inclinó la cabeza.

Los monjes. Voces que subían y bajaban en ritmos ancestrales.

Quizás siglos de devoción se habían impregnado realmente en la piedra de la abadía.

¿O era solo el viento silbando a través de los arcos vacíos?

—¡Hola, Raven!

Reconocía la voz, pero no de dónde venía. Giró sobre sí misma, con el corazón acelerado, pero solo vio la penumbra y algunas figuras caminando a lo lejos.

—Una noche preciosa para dar un paseo, ¿verdad? —Otra voz, esta vez desde detrás de ella.

Raven se dio la vuelta de nuevo, su vestido negro ondeando a su alrededor—. ¿Quién anda ahí?

Tumbas y ruinas.

Presionó las palmas contra sus sienes, cerró los ojos con fuerza y respiró hondo varias veces.

Cuando abrió los ojos, la abadía parecía alzarse aún más imponente. Las intrincadas tallas en los pilares restantes se retorcían y contorsionaban.

Sabía que se estaba acercando al borde del acantilado. Que se estaba desviando del sendero. Una señal de advertencia. Rojo intenso contra los tonos apagados del paisaje. Sabía que si continuaba, si cruzaba la valla, se uniría a los muertos.

¿Y adónde iría mi alma?

Abajo, el Mar del Norte se agitaba, y las violentas olas la llamaban. Detrás de ella, la imponente abadía la juzgaba.

Tommy.

Pecas... huecos entre los dientes... sopa humeante frente a él.

—Tommy —sintió las palabras salir de su boca.

Sus ojos estaban fijos en ella—. Emily. ¿Me prometiste contarme un cuento mientras como?

—Por supuesto. ¿Sobre piratas?

—No. Cuéntame un cuento sobre monstruos.

—Vale.

Los ojos de Tommy se iluminaron. Levantó la cuchara hasta sus labios.

—Los monstruos están aquí, Tommy —dijo ella, pero ya era demasiado tarde. El niño había desaparecido. El recuerdo se había esfumado. Era el borde del acantilado.

Y un alma.

Un alma sin lugar adonde ir.

Su alma.

—Lo siento.

Sintió que su pie resbalaba sobre la grava suelta al borde del acantilado...

Hubo un firme agarre en su brazo. Se dio cuenta de que no estaba cayendo, pero también estaba confundida.

Había un hombre que no reconocía sujetándola—. ¿Está usted bien, muchacha?

¿Sería él también un alma perdida?

Su pelo era blanco y sus ojos amables—. Está demasiado cerca del borde.

Ella miró la mano que le sujetaba el brazo.

Parecía real... se sentía real...

—Lo siento —dijo el hombre—. No quiero soltarla hasta que se aleje del borde, ¿de acuerdo?

Ella levantó la mirada, parpadeando, intentando con todas sus fuerzas enfocarse en él, mientras detrás de ella las ruinas de la abadía parecían cambiar y transformarse.

—De acuerdo —dio un paso hacia él mientras él retrocedía.

—No es seguro estar tan cerca del borde en la oscuridad.

Ella mantuvo la mirada fija en la abadía. ¿Estaban realmente vacías esas ventanas?

Su visión se volvió borrosa.

—¿Está bien? ¿Puedo llamar a alguien? —preguntó el hombre.

Sintió el frío en sus mejillas y se dio cuenta de que estaba llorando—. Están muertos —dijo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, cargadas con el peso de una culpa enterrada hace mucho tiempo. A lo lejos, la abadía parecía inclinarse hacia ellos—. ¿Puede oír la abadía? ¿Puede oír los sonidos?

Los ojos del hombre ya se habían abierto de par en par—. ¿Quiénes están muertos?

Las piernas de Raven cedieron, y se desplomó de rodillas sobre el suelo frío y húmedo.

—Un niño pequeño con pecas y una sonrisa con huecos entre los dientes que confiaba en mí y... y... —Sus palabras se disolvieron en sollozos desgarradores—. Otros. Niños. Almas pequeñas y perdidas. Y yo dejé que sucediera.

Miró de nuevo a la abadía. Sus piedras desgastadas contenían el peso de innumerables confesiones a lo largo de los siglos.

La piedra y el pecado perduran, pensó.
Al igual que mi alma atormentada.
La abadía permaneció impasible.
Nunca se le concedería la absolución.

49

El aire en el despacho de Donald estaba cargado con el olor a galletas rancias.

Donald pidió un segundo para terminar su correo electrónico y les sugirió que cogieran una galleta.

—No, gracias, señor —dijo Gerry.

Frank ni siquiera le honró con una respuesta.

Había dormido mal otra vez. Se notaba en sus ojos inyectados en sangre, y se acentuaba aún más con su mal genio.

Se frotó las sienes. Los acontecimientos de anoche se repetían en un doloroso bucle.

Maddie.

Tan cerca.

Tan dolorosamente cerca.

¡Había visto ese maldito Ford Cortina dos veces! ¿Por qué no lo había perseguido cuando tuvo la oportunidad?

Improbable en Bertha, hay que reconocerlo, ¡pero al menos podría haberlo intentado!

¿Qué podía ser tan importante en su casa, en esa maldita bolsa, para que ella hubiera esperado a que él se ausentara para cogerla? Imagina si hubiera llegado temprano a casa y la hubiera encontrado allí. Si le hubiera suplicado que le escuchara...

Tomó una respiración brusca y suspiró.

¿Y quién era ese maldito imbécil con el que andaba?

Dios, ¿y si no vuelvo a verla nunca?

¿Y si he perdido mi última oportunidad?

Los pensamientos se cernían como una sombra oscura y cancerosa.

—¿Frank?

Abrió los ojos y miró fijamente a Donald.

—¿Estás con nosotros?

—Sí.

Apenas, pensó.

—Siento haceros venir tan temprano.

Frank contuvo una réplica. *¿En serio? ¿Era tan importante que tuviéramos que aguantar el final de tu correo mientras nos ofrecías galletas rancias? Ve al grano, Donald... acaba con mi sufrimiento.*

—Raven Blackstone —dijo Donald.

Frank miró a Gerry, quien aprovechó una rara oportunidad para cruzar la mirada con él.

Se enderezó y tomó aire.

—¿Tenemos acceso a sus archivos?

—No exactamente.

—Joder. —Frank miró su reloj. Hizo un cálculo rápido—. Entonces, ¿qué hemos logrado en veintitrés horas? —Había estado a punto de decir *tú* en lugar de *nosotros*. Eso sí que habría cargado el ambiente.

Donald entornó los ojos.

—Escuchadme. Tenemos lo suficiente. Ha cambiado de identidad. Por suerte. Probablemente estaría muerta a estas alturas si no... —Miró a ambos—. Por eso debemos tener claro, *meridianamente claro*, que exponerla en este momento es completamente inviable.

—¿Incluso si mató a Greg Lyle? —preguntó Frank.

—Eso, por supuesto, alteraría la perspectiva, como explicaré en breve.

Frank suspiró.

—¿Puede decirnos simplemente quién es, por favor...? —Hizo una pausa deliberadamente irritante antes de añadir—: Señor.

Donald se recostó, entrelazó las manos y dijo:

—Emily Thorne.

El nombre le resultaba familiar. Una sensación de horror y pavor se enroscó en sus entrañas como una serpiente mientras intentaba recordar de qué lo conocía.

—Emily Thorne —repitió Frank para sí mismo, tratando de que su mente consciente alcanzara a su instinto.

—La pareja de Robert Aldridge —dijo Gerry.

La serpiente enroscada atacó.

—Joder. No puede ser.

Donald asintió.

Frank se incorporó.

—¿*La* Emily Thorne?

—Sí. La. Pareja de Robert...

—¿El Envenenador de Pallister? —preguntó Frank.

Donald asintió.

—Joder —dijo Frank de nuevo.

En 1993, el maestro de primaria Robert Aldridge, de cuarenta y tres años, secuestró y envenenó con acónito a cinco niños de diez años en Middlesbrough. Fue capturado ese mismo año, y los pequeños cuerpos fueron recuperados del sótano.

—Cinco niños —dijo Frank. Negó con la cabeza—. Sin sentido. Sin razón...

Donald dijo:

—Recuerdo que la razón por la que lo hizo...

—El mal no tiene razón —lo interrumpió Frank, mirándolo fijamente.

Gerry intervino:

—En realidad, Frank...

—No —dijo Frank, dirigiéndole su mirada fija—. No hay razón. Ninguna que puedas darme, en todo caso.

Ella apartó la mirada, y en ese momento, él se dio cuenta de que era lo más brusco que había sido nunca con ella. Se sintió algo culpable y bajó los ojos.

—Vale, entonces, olvidémonos de la palabra *razón* —dijo Donald —. *Sabemos* que su patología provino del abuso que sufrió de niño. Sus experiencias a los diez años están bien documentadas por los psiquiatras.

Siempre tienes que tener la última palabra, ¿verdad, Donald?

—¿Qué tal lo que yo sé? —La voz de Frank estaba tensa—. Aldridge utilizó su posición como profesor suplente para identificar a cinco niños de diferentes escuelas cuyas situaciones familiares estaban siendo investigadas por abusos. Los envenenó y los dejó bajo su suelo para ahorrarles el trauma que él había experimentado. No encuentro razón para nada de eso.

—Frank —dijo Donald—. Estás cansado y alterado. Sabes cómo funciona esto. Atribuimos motivos.

—O, en este caso, yo atribuyo maldad.

—Bueno, el resultado sigue siendo el mismo. Además, esto no es sobre él. Nunca volverá a ver la luz del día.

—No debería poder volver a respirar siquiera.

—Así que, volviendo a la implicación de Emily Thorne —dijo Donald—. Debemos tener muy claro esto. Fue declarada no culpable...

—Sí, pero aún así estuvo presente cuando mataron a los cinco niños.

—Tenía quince años, y estaba completamente bajo su influencia...

—Lo recuerdo bien... ese cabrón la manipuló. —El rostro de Frank se oscureció.

—¿Y entonces entiendes que era inocente? —preguntó Donald.

—Por supuesto, pero aún así *estaba allí* cuando ocurrió.

—De cuerpo, que no de mente —dijo Donald.

—Psicológicamente hablando, su sentido de identidad probablemente se desintegró —dijo Gerry—. Se convirtió en una observadora pasiva, creyendo que estaba ayudando, cumpliendo con un bien mayor, completamente bajo su control. No es infrecuente en casos de manipulación extrema.

—No estoy en desacuerdo con ninguno de los dos. ¡Os estáis perdiendo mi punto! Emily estaba allí. Cinco niños murieron. ¿Cómo podemos simplemente ignorar eso considerando la naturaleza de nuestra investigación?

—Porque podría ponerla en peligro —dijo Donald—. ¡Tenía quince años!

—Lo entiendo, pero no olvidemos que Greg tenía catorce. ¿Quién vela por él si vamos por este camino? Voy a hablar con ella... tengo que hacerlo.

Donald abrió mucho los ojos.

—Estás a un pelo de que te aparten de este caso.

Frank se mordió el labio e inhaló aire por la nariz. Eso no sería ninguna solución.

Donald los miró a ambos.

—Los dos os mantendréis alejados de ella. ¿De acuerdo? No me obligues a hacerlo, Frank.

Frank se inclinó hacia delante, elevando la voz.

—Es lo mismo que apartarme del caso, de todos modos.

—¿De qué estás hablando, hombre?

—Estoy investigando el asesinato de un niño, ¿y una persona que una vez fue sospechosa de matar niños está en nuestra lista de últimos contactos conocidos? Quieres que vincule mi buen nombre a una investigación que ignora las pistas más obvias. Mejor que me aparten.

—Buen nombre —resopló.

Frank entrecerró los ojos.

—Fue sospechosa, no culpable, Frank, joder, entra en razón...

—¿Así que recibe un pase libre de la investigación?

—No... claro que no... pero ¿te imaginas si se descubre la verdad sobre ella?

—No ocurrirá.

—Pero si ocurriera... Sería peligroso para ella... muy peligroso... pero no hay pase libre.

Frank suspiró. Cerró los ojos, se frotó las sienes y se dio cuenta de que se había perdido en el cansancio, la ira y la amargura, que estaban tan conectados con lo de anoche y Maddie como con esta nueva pista.

—Entonces, ¿cómo procederás? —dijo Frank, sin abrir los ojos.

—Estoy diciendo que no puedes acercarte a ella, pero... si sale a la luz cualquier otra cosa... *cualquier cosa*... que sugiera su implicación, entonces hablas conmigo primero. Una vez que tenga munición, entonces volveré a recurrir a instancias superiores.

¿Qué podría darte yo, pensó Frank, *que supere el hecho de que fue juzgada por matar niños?*

—Hay algo más —dijo Donald—. Esto tampoco te va a gustar. Lo dejé para el final porque no quería que salieras corriendo de la habitación hasta que conocieras la situación con Raven.

Frank abrió los ojos y lo miró. *Salir corriendo de la habitación*.

—Esto no me está inspirando ninguna confianza.

—Lo siento, pero no te va a gustar.

¿Cuándo me ha gustado algo?

—Anoche —continuó Oxley—, vieron a Raven...

—Emily —interrumpió Frank.

—Raven —continuó Donald—, deambulando cerca del borde del acantilado junto a la Abadía de Whitby. Malcolm Pearce, bombero jubilado, le ofreció ayuda, preocupado de que quizás intentara suicidarse. Resulta que estaba borracha y muy angustiada. La cuestión es... —suspiró—. Le dijo a Malcolm que era responsable de la muerte de un niño.

Frank ya estaba de pie.

—¿No es esa la munición?

—Siéntate. No estaba hablando de Greg, Frank. Estaba hablando de una de las víctimas de Robert. Tommy Chambers.

—¿Pero estaba confesando un asesinato? —dijo Frank, aún sin sentarse.

—No estaba confesando, realmente.

—Esto es increíble.

—Siéntate. Ahora.

Frank dudó.

—Que Dios me ayude, Frank. No me pongas a prueba.

Frank apretó los dientes y se sentó.

—Anoche llevaron a Raven para interrogarla, pero su nombre obviamente activó la misma alarma que nosotros activamos —continuó Donald—. Alguien del Servicio de Protección de Personas del Reino Unido intervino. Ella estuvo presente cuando Tommy murió, como sabemos, y se sentía responsable, a pesar de recordar muy poco. Fragmentos.

—Estuvo presente cuando todos murieron —dijo Frank.

—Sí... pero no recuerda haber hablado con los otros. Con Tommy, recuerda fragmentos de su conversación. Él fue cariñoso con ella. Le tomaba la mano mientras ella le contaba cuentos. Los psiquiatras creen que fue Tommy quien le hizo reaccionar. Si no hubiera sido por él, puede que nunca hubiera acudido a la policía. Podría haber continuado. Alguien del SPPRUK ha hablado con ella sobre Greg. Están convencidos de que ella no tuvo nada que ver con Greg.

—¿Y debemos fiarnos de su palabra?

—Sí.

—¿Y qué hay de mi opinión? Soy el investigador principal.

—La muerte de Greg no comparte nada en común con las cinco víctimas de Aldridge —dijo Gerry—. Las edades son diferentes, el método es diferente, y...

Frank se volvió hacia ella, traicionado, con los ojos ardiendo.

—¿Pero cómo podemos simplemente ignorar el denominador común? ¿Emily Thorne?

Donald ahora se frotaba las sienes.

—Por el amor de Dios. —Era la primera vez que Frank oía a Donald decir palabrotas—. Frank, cálmate. Esto no puede salir a la luz, o habrá una reubicación de emergencia. Costará una fortuna, y el hacha caerá sobre un servidor. Encuéntrame alguna prueba concreta que la conecte con la muerte de Greg, y entonces hablaremos. ¿Está claro?

Frank abrió la boca para seguir discutiendo, pero fue interrumpido por el estridente sonido del teléfono de Donald. El jefe de policía contestó, y su rostro se fue poniendo cada vez más pálido mientras escuchaba.

Después de un tenso "Entiendo", Donald colgó y miró a Frank y Gerry con expresión grave.

—Mierda. Tengo una noticia terrible. —Negó con la cabeza—. Frank, prepárate.

Frank se dejó caer en su silla, sintiendo que se le revolvían las entrañas.

50

La luz de la mañana temprana luchaba por penetrar el humo denso y acre.

—Mierda —dijo Frank. Estaba de pie con Gerry en el lado opuesto de la calle frente al esqueleto ennegrecido que, solo ayer, era la Floristería Seabreeze.

Una cacofonía de sonidos le asaltaba: el crepitar de las brasas moribundas, el siseo del agua al encontrarse con las cenizas calientes, el murmullo de los espectadores conmocionados y el constante parloteo de las radios de emergencia.

No podía apartar de su mente la experiencia en el sótano del día anterior. La puerta acuñada con una regadera. Una escoba en su mano.

Un allanamiento.

¿Había sido una señal de advertencia temprana de que algo más devastador iba a ocurrir?

Podría haber evitado esto.

El pensamiento resonaba en su mente, implacable y acusador.

Un bombero estaba recogiendo su manguera en la acera opuesta, negando con la cabeza mientras lo hacía. Frank no podía evitar preguntarse si el hombre compartía su sensación de inutilidad, de llegar demasiado tarde para marcar la diferencia.

Recordó el interior de la tienda. Una vibrante exhibición de vida y color. El recuerdo hacía que la destrucción fuera aún más cruda. La que una vez fue una pintoresca fachada se había hinchado y pelado,

revelando los ladrillos carbonizados debajo. Con un techo parcialmente colapsado, el interior ahora destripado quedaba expuesto al cielo gris a través de una enorme abertura.

Frank se volvió hacia su vehículo, vislumbrando a Rylan que miraba solemnemente desde la ventana los escombros.

Una bombera se acercó a ellos. —Soy la jefa de bomberos Louise Dawson. Acabamos de terminar otra inspección. Todavía no podemos permitirles entrar.

Frank asintió. —Puedo verlo.

—Y será escena del crimen —continuó ella—. Hemos encontrado evidencia de acelerante.

—Entonces, ¿el local ha sido incendiado deliberadamente? —preguntó Frank.

—Parece que sí. Había mucho acelerante.

Él asintió hacia la carcasa. —¿Así que esas dos personas fueron asesinadas?

—Quizás.

—¿Es posible que los incendiarios se vieran atrapados en un accidente? —preguntó Gerry.

—De nuevo, quizás. Pero ambos cuerpos estaban en el sótano —dijo Louise—. Tenían una ruta de salida cerca. Así que, probablemente no, pero es posible.

—Sí —dijo Frank, pensando, *Sabemos todo sobre esa ruta de salida. Alguien entró por ahí ayer.*

—Es difícil en esta etapa —dijo Louise—. Lo he visto todo y no quiero precipitarme. Accidente, asesinato, incluso suicidio.

Fueron asesinados, pensó Frank para sí mismo.

—Había dos vehículos sin reclamar aparcados en la parte trasera de la tienda —continuó Louise—. Hemos transmitido estos detalles.

Frank asintió. Ya sabía sobre ellos. El Vauxhall Astra estaba registrado a nombre de Lilly Petrova, y un Ford Focus pertenecía a un tal Nikolai Volkov.

Frank infló sus mejillas. Ese allanamiento se había perdido en la locura de ayer. La identidad oculta de Raven, la caída de Terry Kane y el reverendo fugitivo. Pero ahora deseaba haber insistido más en

lugar de dejar que dos agentes uniformados registraran el allanamiento.

Dos personas estaban muertas.

No podía hablar por Nikolai, pero Lilly parecía una buena persona. Había hablado de Greg con sinceridad en su voz. Cálida compasión. Y sin olvidar que Gerry había visto la bondad en sus ojos.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo pasará antes de que podamos meter a un equipo? —preguntó, sabiendo ya que la respuesta le desinflaría.

—El lugar es una pérdida total. La estructura es inestable. Un trabajo de demolición completo. Cualquiera que entre tendrá que estar entrenado. Podemos quedarnos y ayudar por ahora.

Frank suspiró internamente, asintió y dijo: —Gracias.

Cuando Louise regresó con su grupo, Frank se volvió hacia Gerry. —Después de lo de ayer, no pensé que las cosas pudieran empeorar. Me siento como en una maldita lavadora.

Gerry dio un giro completo, señalando varias cámaras de CCTV. —Tiene que haber algo aquí.

—Sí. Debería haber insistido más para que las revisaran ayer en lugar de dejarlo en manos de otros.

—No podíamos saber que sería tan significativo —dijo Gerry.

—Es nuestro trabajo saberlo, Gerry. Algún cabrón acaba de quemar a dos personas. ¿Cómo puede ser tan despiadado?

Frank hizo una serie de llamadas, poniendo en marcha la maquinaria investigativa. La Dra. Nasreen Quereshi comenzaría las autopsias, aunque una identificación positiva podría llevar tiempo. Solicitó que agentes uniformados comprobaran los hogares de Lilly y Nikolai y prepararan a sus familias para una posible tragedia. Le pidió a Reggie que investigara sus antecedentes. ¿Quién era este Nikolai? Quería a Sharon en las cámaras de CCTV, pero no quería que Sean se distrajera de la búsqueda del peculiar y mentiroso Reverendo Lawson.

Incluso con su tono seguro mientras coordinaba a su equipo, se sentía derretido por dentro. Siempre iban un paso por detrás de

todos los que habían estado involucrados con Greg Lyle. Siempre reaccionando, nunca previniendo.

Estaba harto de todo esto.

Se volvió hacia Gerry y señaló la carcasa. —La responsabilidad de esto es mía.

—Es desafortunado, pero creo que no tienes la culpa.

—No. —Se quitó las gafas de la cabeza para poder pasarse los dedos por su pelo negro y crespo—. Estoy harto de pisar con cuidado, Gerry. De jugar con las reglas establecidas por Donald y compañía. Reglas que a estos cabrones malvados les importan un comino. Piensa en esto, Gerry. Piensa en lo ridícula que se ha vuelto esta situación. Sobre las últimas cuatro personas que vieron con vida a ese pobre chico ese día. La primera, Raven Blackstone, una mujer juzgada por asesinato infantil, está protegida por los altos mandos. La segunda persona, Lilly Petrova, acaba de ser asesinada. El tercero, el reverendo, ha desaparecido. Luego, estaba ese paseador de perros, Harold Cross, que murió hace años. ¿Qué se supone que debemos hacer... sentarnos aquí jugando con los pulgares? O tenemos que ser proactivos o rendirnos.

—No estoy segura de entender. Tenemos un procedimiento —insistió Gerry—. Ya oíste lo que dijo Donald, te apartará del caso...

—¿Y qué? ¿Qué maldito caso hay con todo este maldito procedimiento?

Ella apartó la mirada.

—Mira. —Asintió hacia la tienda de nuevo—. El procedimiento no ha ayudado a Lilly. No nos está acercando a la verdad sobre Greg. No podemos acercarnos a alguien que fue juzgada por asesinar a niños. —Frank respiró hondo. Se volvió hacia su coche—. Vuelve a la comisaría, coge un taxi. Continúa coordinando la investigación desde allí. Necesito seguir una pista.

Gerry le siguió. —¿Frank?

Él la miró. —He dicho que quiero seguir una pista. Coge a Rylan y...

—Frank, no —dijo Gerry—. No puedes hablar con ella.

—Hay dos cadáveres más a mis espaldas —replicó Frank—. Se acabó el esperar sin hacer nada.

—Pero no tenemos pruebas de que Raven esté involucrada en esto.

—El ex de *Emily* era un asesino de niños. Un novio posterior fue el padre de la víctima. Simon. Quien tampoco está quedando precisamente como un santo, debo añadir.

—Nada de eso indica...

—A mí me parece bastante indicativo. —Abrió la puerta trasera e invitó a salir a Rylan. Se arrodilló y le acarició las orejas—. Consuélala —susurró—. Va a estar cabreada conmigo... —Le entregó la correa a Gerry y cerró la puerta. La miró.

—Estás cansado, frustrado y estás dejando que tus emociones nublen tu juicio.

—Probablemente —dijo Frank—. Pero hace tiempo, en sus días, eso era bastante efectivo. Además, no me queda mucho en este trabajo de todas formas... bien podría hacer algo bueno.

Mientras Frank subía a su coche, vio el esqueleto quemado de la Floristería Seabreeze en su espejo retrovisor. Se alzaba como un crudo recordatorio de lo que estaba en juego, de las vidas que pendían de un hilo. *Lo siento Lilly*, pensó, con un nudo formándose en su garganta. *Te dejé escapar entre las mallas.*

La responsabilidad termina aquí.

Arrancó el coche.

Donald podía irse a la mierda. Era hora de aplicar presión.

51

El aspecto de Raven distaba mucho de ser el de la extravagante reina gótica de la que Frank había oído hablar. Unos simples vaqueros y una camiseta. Sin maquillaje elaborado. Su pelo teñido de azul estaba desordenado y sin ningún estilo.

Tenía unas ojeras oscuras e hinchadas que incluso podrían competir con las suyas.

—¿Señorita Blackstone?

Ella asintió. Él le mostró su identificación y se presentó.

Su voz era áspera. —Pensé que todo había quedado aclarado anoche.

—No se trata solo de lo de anoche, señorita...

Su frente se arrugó y las líneas alrededor de sus ojos parecieron oscurecerse. —De verdad que no es un buen momento. Probablemente sepa que anoche estaba borracha. He pasado la mayor parte de la mañana sobre el inodoro, y espero volver a él en breve. Ya he hablado con las personas pertinentes.

Frank asintió, bajando la cabeza para que ella no pudiera ver cómo apretaba la mandíbula. *Personas pertinentes intentando proteger presupuestos e intereses personales*.

—Realmente no hay nada más que discutir —dijo ella.

Eso lo juzgaré yo, pensó Frank, sin ganas de andarse con rodeos y con la carta más importante en la mano. Pensó en Lilly Petrova, y sus ojos amables, siendo llevada al depósito de cadáveres. —No soy

una de esas personas pertinentes, pero insisto... —Pensó en Greg en el fondo del océano durante todos esos años—. Emily.

Ella se apoyó contra el marco de la puerta, pareciendo más abatida que sorprendida. —Bueno, si sabe quién soy —su voz apenas era un susurro—. Entonces debería saber que no debería estar aquí. En mi puerta. Podría ponerme en peligro.

—Es un riesgo que debo correr —dijo Frank—. Porque estoy investigando el asesinato de Greg Lyle.

Al escuchar el nombre de Greg, Raven se desplomó aún más. Ahora tenía que sostenerse contra el marco para mantenerse erguida. —Por favor... váyase... tiene que marcharse.

Ver cómo se derretía de ansiedad no le daba ningún placer, pero Frank mantuvo su voz firme. —Me temo que no puedo hacer eso. *Si sabes algo, los padres de Greg tienen derecho a la verdad. Greg tiene derecho a la verdad.* —No me iré hasta que hayamos hablado.

Ella negó con la cabeza, sus ojos llenos de miedo. —Voy a cerrar la puerta.

Frank acercó su rostro curtido. —Entonces me quedaré aquí todo el día. Incluso si contacta con mis superiores, incluso si intentan arrastrarme lejos, gritaré a pleno pulmón. Estoy aquí por un niño asesinado, Emily. Un chico llamado Greg... un chico al que tiraron y olvidaron. Si tienen que llevarme a rastras a pedazos, que así sea. Al menos lo habré intentado.

Ella parecía entristecida y perdida. —No puedo ayudarle con eso... pero si pudiera, lo haría.

—¿Al menos podemos intentarlo? —Frank arqueó una ceja, presintiendo el éxito.

Durante un largo momento, Raven lo miró fijamente, sus ojos escudriñando su rostro. Luego, con un suspiro resignado, dio un paso atrás. —Entre. Ya no importará de todos modos...

—¿Por qué dice eso?

Ella lo condujo a una sala de estar que estaba cargada con el aroma del incienso. Cortinas de terciopelo negro enmarcaban las ventanas, y elaborados candelabros se erguían sobre mesas auxiliares antiguas.

Encontró la respuesta a su pregunta en un montón de maletas ordenadamente apiladas junto a la puerta.

—Se marcha.

Raven se hundió en un elaborado sillón de respaldo alto, sus dedos trazando los intrincados patrones tallados en los reposabrazos. —No tengo elección. La verdad saldrá de todos modos. Samantha Wells está amenazando con lanzar un podcast de crímenes reales. No habrá forma de detenerla. ¿Cree que usted está motivado, señor inspector? ¡Debería ver a esta arpía!

—¿Así que está huyendo? —Frank se sentó en el sofá.

—No, no estoy huyendo. Me trasladarán... otra vez. Les hablé anoche sobre el podcast. No podrán detenerlo. Libertad de expresión. Le pedirán que no lo haga. Si aun así sigue adelante, me trasladarán.

Frank respiró hondo. Exhaló y dijo: —No estaba al tanto de esto.

Raven se encogió de hombros. —Es algo obvio. Estoy viviendo tiempo prestado dondequiera que vaya. —Sus ojos se encontraron con los de él—. Para ser sincera, no culpo realmente a Samantha. La verdad no puede permanecer encerrada para siempre. Es la naturaleza de la bestia, supongo.

No, no puede, pensó Frank. *Igual que un niño pequeño encerrado en un frigorífico*. Frank se inclinó hacia delante, con voz baja e intensa. —Pero si usted fuera inocente... ¿no sería esa la verdad?

Ella lo miró fijamente. —Nunca dije realmente que fuera inocente.

Un escalofrío recorrió su espalda. Abrió la boca para hablar, pero se detuvo cuando Raven se levantó y se dirigió a las maletas. Abrió un bolsillo y sacó un montón de fotografías. Con manos temblorosas, regresó para pararse frente a Frank.

—Cinco —dijo ella, con una voz apenas audible. Golpeó la primera foto sobre la mesa de café entre ellos.

Era un retrato escolar de un niño joven con pelo rojo como el fuego. Sus ojos brillaban con picardía, una sonrisa torcida revelando que le faltaba un diente delantero. —Bruce —dijo Raven—. A lo largo de los años, han vuelto fragmentos... destellos... A Bruce le

encantaba contar chistes. Siempre tenía uno nuevo preparado. Me contó uno en el parque de donde lo llevamos. Ojalá pudiera recordarlo.

Otra foto se unió a la primera. Esta vez, un niño de piel oscura y pelo muy corto. Llevaba una camiseta de fútbol, con una mirada de feroz determinación en su joven rostro. —Marcus —continuó Raven, su voz empezando a quebrantarse—. Me dijo que soñaba con jugar en el Manchester United cuando lo recogimos en el coche. Llevaba un balón de fútbol con él. No recuerdo qué pasó con él.

La tercera foto mostraba a un par de gemelos, dos niños con idéntico pelo rubio y ojos azules. Tenían los brazos alrededor del otro, con sonrisas idénticas iluminando sus rostros.

—Phil y James —dijo Raven, su voz haciéndose más suave con cada nombre—. Eran inseparables y terminaban las frases del otro. Recuerdo que discutían sobre lo que iban a ver en la televisión antes de su última cena.

Finalmente, colocó la última foto en la mesa. Un niño con una mata de rizos castaños y una sonrisa con un hueco entre los dientes sonreía a la cámara. Suspiró su nombre. —Tommy. —Acarició la fotografía—. Le encantaban las historias. Recuerdo que me contaba algunas de ellas... Tommy... es al que más recuerdo. —Había lágrimas en sus ojos—. Quería que le contara historias. Sobre monstruos. —Miró a Frank—. Pero las historias eran reales, ¿verdad?

Frank miró fijamente las fotos, con una sensación de náusea creciendo en la boca del estómago. Luego volvió a mirar a Raven. Tenía lágrimas corriendo por su cara.

—Cinco —repitió ella—. Y yo fui responsable. No hay duda de eso.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Frank sintió como si el aire hubiera sido succionado de la habitación. Miró las caras sonrientes de los niños, y luego de nuevo a Raven.

—Y se lo dije —dijo ella—. Pero no me escucharon.

52

Los pulmones de Ray ardían mientras se retorcía en el agua helada. El pánico le atenazaba la garganta, su mente daba vueltas entre la confusión y el terror. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba pasando? ¿Se estaba muriendo?

Finalmente, encontró aire y lo absorbió, llenándose de nuevo tanto de vida como de esperanza.

Pero entonces llegó el frío. *Un frío abrasador.*

Vio una figura flotando a su lado, boca abajo e inmóvil.

Los hombros de Graham. Su cuello.

Mi hermano.

Ensangrentado y roto.

—Graham... lo siento —el agua le llenó la boca.

Escupió el agua. Ahora sentía la piel como si estuviera en llamas.

Graham giró. Sus ojos estaban vacíos.

La sangre enturbiaba el agua.

Se agitó. Necesitaba escapar. ¿Por qué el agua era tan espesa a su alrededor? ¿Por qué sentía sus manos y piernas tan atrapadas?

Los ojos vacíos de su hermano estaban sobre él de nuevo, así que los cerró.

Debería haberte salvado, Graham.

Cuando los abrió de nuevo, Graham había desaparecido, pero el agua helada seguía allí, al igual que el ardor... la claustrofobia... la opresión alrededor de sus brazos y piernas.

El cuarto de baño apareció nítidamente a su alrededor: azulejos agrietados, papel pintado desconchado. Miró hacia abajo. Estaba desnudo en una bañera. A su alrededor flotaban bloques de hielo.

Arriba, Megan le observaba.

Parecía diferente.

Tranquila.

En una mano sostenía un rosario, las cuentas hacían un suave ruido al moverlas entre sus dedos. En la otra mano, sostenía un envase de plástico azul.

Ray intentó incorporarse, sacarse de la bañera, pero su cuerpo no respondía. El pánico le atenazó la garganta cuando se dio cuenta de que tenía las manos y los pies atados, la cuerda se le clavaba en la piel.

—Megan —balbuceó, escupiendo agua—. Por favor. —Su voz se quebró, una mezcla de miedo y vergüenza.

Las cuentas chasqueaban en su mano.

Su expresión no cambiaba.

Ray se agitó en el agua helada. La bañera parecía encogerse a su alrededor, las paredes del baño le oprimían.

Reconoció el envase como lejía. Estaba abierto.

—Megan... te estaba diciendo la verdad... nunca mentí...

Un destello de movimiento.

Sus ojos se unieron a su piel en un ardor abrasador.

Cerró los ojos con fuerza mientras ella vertía más.

—Recemos —dijo Megan—. Padre nuestro, que estás en los cielos...

53

Los dedos de Raven recorrieron el borde de la fotografía de Tommy. —Ojalá pudiera explicarle cómo fue realmente mi tiempo con Robert. Pero, como le dije, los recuerdos, aunque han regresado parcialmente... siguen muy fragmentados. Es difícil de explicar. Son como retazos de viejos sueños, o momentos de programas de televisión que apenas recuerdas de la infancia. Borrosos. Indistintos. La hipnosis ha sacado algo a la luz. Pero lo que usted quiere, Inspector Jefe Black, lo que todo el mundo siempre quiso, no puede tenerlo. No puede tener la imagen completa, simplemente porque yo no puedo dibujarla. Ojalá pudiera darle una explicación —Acarició la fotografía otra vez—. Se lo merecen...

La ola de ira y adrenalina por estar en la oscuridad que había acompañado a Frank durante el viaje había dado paso a una sensación de inquietud. Cambió su peso, sintiendo la tensión en los hombros, preguntándose cuál sería el resultado de este viaje a la oscuridad.

—Solo hay un momento que arde —Su voz se quebró—. Es tan vívido... está conmigo cada segundo. Creo que sin él, me habría perdido, quizás para siempre. Lo mínimo que merezco, probablemente esté pensando usted. Ciertamente es lo que yo pienso.

—¿Cuál fue ese momento?

—El momento en que Tommy me pidió que le contara un cuento sobre monstruos... —Miró al niño en la foto—. Era una historia en la

que un pirata salvaba a un huérfano de un monstruo marino. La inventé en el momento. Le encantó —Sonrió—. Me encantó —La sonrisa desapareció, y cerró los ojos—. Poco después, murió en mis brazos.

Dios mío, pensó Frank, con las rodillas debilitándose. Se apoyó contra la pared, su mente dando vueltas por el fuerte contraste entre una historia tan bonita e inocente y su trágico y horrible desenlace.

Ella miró al vacío. —Cada segundo de esa experiencia permanece vívido. Cada momento de su felicidad y alegría, luego su dolor y su muerte. *Cada segundo*. Claro. Cristalino —La angustia cruda en su voz era innegable. Miró a Frank.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Y entonces desperté.

Frank abrió la boca para hacer una pregunta, pero se dio cuenta de que realmente no tenía ninguna, así que volvió a cerrarla.

—Durante mucho tiempo después, mi mundo estuvo en silencio. No vacío como antes con Robert. De alguna manera, eso podría haber sido más tolerable. Era como si existiera en un lugar amortiguado y remendado de ansiedad, confusión... pavor. La gente me pedía continuamente la verdad... pero yo realmente no sabía cuál era. Los profesionales me ayudaron a recuperar mi identidad. Pero incluso ahora, como he explicado, solo existe en fragmentos y vislumbres. Mi identidad actual. Raven Blackstone está más completamente formada y reconocida. Así que, la historia que querían, la historia que Samantha quería, la historia que *usted* quiere... no está ahí para tenerla.

La mente de Frank, impulsada por la justicia, luchaba contra su creciente empatía. No creía, *no quería creer*, que actos tan atroces pudieran simplemente olvidarse.

Siempre había creído que cualquiera que hiciera cosas tan horribles debería ser torturado por ellas para siempre.

Sin embargo, de alguna manera, ella estaba siendo torturada cada día. Torturada por la ausencia de lo que realmente ocurrió. No saber cuánta parte tuvo realmente en esta grotesca serie de eventos debía ser una forma tortuosa de culpa, como ninguna otra.

Ella miró fijamente a Frank. —Por favor, entienda que nunca alegué inocencia. Nunca pedí ser alojada y atendida por profesionales. Realmente no hablaba. No hablaba porque me sentía perdida. Ni siquiera me sentía una persona. Me quedé con mis fragmentos. Luego, años después, quedé libre, aquí, reconstruyendo mi identidad.

Frank quería reconciliar a la mujer destrozada que tenía delante con el monstruo que había imaginado todos estos años, pero no era capaz de hacerlo. —¿Cómo conoció a Robert?

—De nuevo, fragmentos, pero sé esto. Vino a mí en mi momento más vulnerable.

Como hacen todos los monstruos, pensó Frank.

—Recuerdo pasar la mayor parte del tiempo en el parque local, lejos de mis padres. Mi padre solía pegarme... mi madre pasaba la mayor parte del tiempo con las drogas y apenas me reconocía. Me sentaba en un columpio. Todos los días. Recuerdo que él me observaba. Luego, un día, se me acercó. Solía llamarme su pajarito. Decía que mis alas estaban rotas. Recuerdo que me prometía, todo el tiempo, que me arreglaría. Que todos los pajaritos volverán a volar.

Se encogió de hombros. —Y a pesar de lo que era, recuerdo sus pequeños momentos de amabilidad hacia mí. También recuerdo su compasión por aquellos que eran acosados y heridos por quienes deberían saber comportarse mejor. Nunca lo he vuelto a ver, pero he leído sobre él... Él creía que estaba ayudando a esos niños a escapar de vidas traumáticas.

—¿Usted lo cree?

—¿Qué? ¿Su sentimiento o su afirmación de que esto era bueno?

—¿Ambos?

—Bueno, por supuesto, Raven Blackstone no cree que él ayudara a los niños. ¿Emily? Pues, no puedo recordar. Él y su sentimiento... no lo sé. ¿Quién sabe lo que una persona realmente cree? Todos somos tan diferentes. No parece haber mucha compasión en la forma en que esos chicos murieron, a pesar de sus afirmaciones. Pero quizás él lo creía, quién sabe. Me envenenó a mí también, ¿sabe? Alteró mi percepción con productos químicos. Me quitó mi

comprensión de la realidad. Las drogas pueden haber ayudado a destruir mi memoria... mi identidad anterior. A lo largo de los años, los profesionales han intentado ayudarme a decidir que yo era otra de sus víctimas en lugar de... bueno... pero nunca pedí eso, y tantas veces, cuando pienso en ellos, cuando pienso en Tommy, me cuesta creer que yo fuera una víctima.

Frank respiró hondo. Estaba tratando de no sentir lástima, pero le costaba contenerla. La complejidad de la situación de Raven —tanto víctima como perpetradora— pesaba mucho sobre él.

—Ni que decir tiene que Raven ha venido con equipaje. Episodios disociativos, trauma, TEPT. Intentos de suicidio. No es una excusa. Cinco chicos. Cinco. Yo estaba allí. El dolor está justificado. Samantha Wells quiere todos estos fragmentos. Quizás debería dárselos antes de irme. Disponerlos todos. Pero son fragmentos de cristal. Fragmentos de cristal viciosos que me penetran cada día. Y siento cada desgarro... cada herida... Eso haría que todos supieran que estoy sufriendo... quizás sus oyentes se merecen eso, ¿no? No lo sé.

—También estoy aquí por Greg —dijo Frank.

Raven se levantó y volvió a sentarse en su silla. —Greg era un buen chico. Inteligente. Curioso. Me sentí horrible mintiéndole sobre el paradero de su padre ese día. Simon estaba arriba.

—Lo sabemos —dijo Frank—. Simon nos lo contó.

—Un error. Mirando atrás ahora. Un error enorme. No puedo esconderme tras excusas. No hay memoria fragmentada en esta ocasión. Pero creo que entiendo por qué lo hice. Todavía era joven. Veinte años. Solo había sido Raven durante poco tiempo. Estaba construyendo un sentido de identidad. Simon se aprovechó de eso. Fue amable conmigo. Me hizo sentir que todavía había calidez en el mundo. Obviamente, lo estaba haciendo para su propio beneficio, pero no sería la primera joven en caer en eso, ¿verdad? Al final, quería ayudarlo. Me dijo que sería mejor si le mentía a Greg sobre su presencia allí... El pajarito ataca de nuevo... arruinando vidas por todas partes.

—Podría haber ofrecido la verdad después de que desapareciera.

—Lo sé. La misma excusa débil, me temo. Era una cobarde. Creando una nueva identidad que tenía terror de perder. Durante un tiempo, lo debatí, pero luego la policía anunció que fue un accidente. Una caída. No pensé que marcaría alguna diferencia presentarme... Lo siento.

—¿Qué pasó entre usted y Simon? —preguntó Frank.

—No mucho. Nuestra relación fue breve. Sabía que estaba casado, por el amor de Dios, ¡qué zorra soy! Sé que significa poco, pero nunca haría eso ahora. Ni hablar. Simon también tenía una vena desagradable. No violento, no como había sido mi padre. Nunca me levantó la mano. Pero cruel en sus palabras, despreciando los intereses y necesidades de Greg. Recuerdo una vez que Simon despotricó sobre cómo la obsesión de su hijo con la biología marina era "inútil" y una "pérdida de tiempo". ¿Quién hace eso con su propio hijo?

Frank asintió, animándola a continuar.

—Lo terminé después de que Greg desapareciera. Le dije que estuviera con su esposa. Que esperara a que su hijo volviera a casa. Me llamó de todo. Nunca volvimos a hablar.

—¿Y alguna vez habló con Greg antes de aquella mañana?

—No. Lo juro. Era nueva en el pueblo. Era la primera vez que lo veía fuera de una fotografía. Fue literalmente ese único encuentro.

—¿Cree que Simon podría haber herido a su propio hijo?

Raven frunció el rostro. —No lo habría pensado. Si lo hubiera pensado, habría dicho algo. Pero, como bien sabe ahora, difícilmente se me puede considerar una experta en juzgar el carácter... Me dolió mucho enterarme de cómo murió Greg. Obviamente yo, más que nadie, sé que tal horror existe en el mundo, pero ver que volvía a ocurrir tan cerca... Pensar que podría haber sido la última persona con la que Greg habló... —Miró a Tommy—. Como Tommy.

—No lo fue.

Ella asintió.

Frank observó cómo los hombros de Raven temblaban, su compostura finalmente derrumbándose. Permaneció de pie, contra la pared, conflictivo. Una parte de él quería consolarla, pero otra parte

retrocedía ante el pensamiento de lo que ella había estado involucrada, incluso si no podía recordarlo todo.

Dejó que llorara por un breve tiempo mientras ella se perdía en un torbellino de qué-pasaría-si y podría-haber-sido. Frank se preguntó cómo habrían sido las cosas si alguien hubiera reconocido la vulnerabilidad e inestabilidad mental en Emily cuando era niña. Si alguien hubiera intervenido para ayudarla, salvarla de un padre abusivo, salvarla antes de que Aldridge clavara sus garras en ella.

Después de un momento de duda, se acercó y colocó una mano en su brazo, sorprendiéndose a sí mismo con el gesto.

Ella lo miró, con los ojos hinchados. —Lo siento muchísimo. Por todo. Por no ser más fuerte, por no luchar con más fuerza, por ser ese pajarito. Por Tommy, por Greg, por todos ellos. Sé que no cambia nada, no los trae de vuelta, no borra lo que pasó. Pero lo siento. ¿Me cree?

—Sí —dijo Frank simplemente. Y se dio cuenta de que no estaba mintiendo.

—¿Encontrará a quien hirió a Greg?

Frank asintió. —Lo haré.

—Por lo que valga, no creo que fuera Simon.

Todos con los que hablo probablemente no estarían de acuerdo contigo, pensó Frank. —Yo tampoco lo creo —. De nuevo, estaba diciendo la verdad.

Su teléfono vibró en su bolsillo. Lo sacó y vio el nombre de Gerry. —Disculpe.

Raven asintió.

Frank salió para atender la llamada.

—¿Qué tal, Gerry? Antes de que digas nada, no te preocupes, está hecho. He hablado con ella y dudo que haya repercusiones.

—No se trata de eso.

—Ah... vale... —Aunque le irritaba constantemente, en realidad resultaba bastante desconcertante que por una vez no se preocuparan por él—. ¿De qué se trata, entonces?

—Frank, el vídeo ha sido restaurado.

Su corazón se aceleró. —Trabajo rápido. ¿Y?

—Mejor que vengas a verlo. Es significativo.

Notando la urgencia en la voz de Gerry, le dijo que iba de camino; luego, regresó con Raven para despedirse de la mujer destrozada, dándose cuenta de que no importaba cuán viejo se hiciera, nunca dejaba de asombrarse por la complejidad de la naturaleza humana.

54

El estridente sonido del timbre rompió el silencio del hogar de Raven, haciéndola sobresaltarse. Se quedó paralizada, con un vestido negro de encaje a medio doblar entre sus manos temblorosas. La conversación con el DCI Black la había dejado expuesta, vulnerable. Cada sombra parecía albergar los fantasmas de su pasado, cada reflejo un recordatorio de las vidas que había vivido... y perdido.

Con un profundo suspiro, se acercó a la puerta. A través de la mirilla, vio el rostro familiar de Damien, con una bolsa de papel marrón entre las manos. La visión de su amigo le provocó una oleada de emociones contradictorias: alivio por ver un rostro amistoso, culpa por los secretos que había guardado y una profunda tristeza sabiendo que esta podría ser la última vez que lo viera.

Rápidamente cerró la puerta del salón para que él no viera las maletas si entraba.

Luego abrió la puerta, forzando una sonrisa. —Damien. Me alegro de verte, tío.

Por su expresión de asombro, se dio cuenta de que pensaba que tenía un aspecto terrible.

—Pensé que te vendría bien algo de comer —dijo, mostrando la bolsa—. Y algo de compañía. Te he notado muy rara últimamente. Y sé que Derek se ha marchado. Traigo helado para que nos sentemos a criticar a los hombres...

Pensó en las maletas del salón. Dudó un momento y luego se apartó. —En ese caso, pasa, pero siéntate en la cocina. He roto un jarrón en el salón. Ya lo recogeré más tarde.

Él asintió, sonriendo.

Mientras comían helado en la cocina, Raven sintió una curiosa sensación de desapego, como si se estuviera observando a sí misma desde lejos. Ya había cambiado de identidad antes, pero esto se sentía diferente. Raven Blackstone había sido más que un simple nombre: había sido una oportunidad de redención, una vida que había construido desde las cenizas de su pasado.

Mirando el rostro preocupado de Damien, Raven tomó una decisión. Él merecía saber la verdad, y sería mejor que la escuchara de ella que de algún podcast sensacionalista. Le contaría todo: sobre Emily Thorne, sobre Robert Aldridge, sobre los niños. Sería su último acto como Raven Blackstone, una confesión y una despedida envueltas en una.

Mientras se armaba de valor para hablar, Raven sintió que el peso de su inminente pérdida se apoderaba de ella. La mayoría de la gente temía el final de una vida; ella estaba a punto de perder la segunda. Sin embargo, bajo el miedo y la tristeza, había un destello de algo más: una férrea determinación para afrontar con dignidad lo que viniera después.

Afuera, el sol se abría paso entre las nubes, proyectando un cálido resplandor a través de la ventana de la cocina. Raven cerró los ojos, saboreando el momento. Pronto, sería alguien nuevo, en algún lugar nuevo. Pero por ahora, seguía siendo Raven Blackstone, preparándose para contarle la verdad a un amigo y para enfrentar el final de otra vida.

55

Durante el viaje de regreso a la central, Gerry preparó a Frank para lo que iba a ver en la cinta VHS recuperada.

Haberle advertido había sido un gesto amable. Compadecía a sus colegas por haber visto ese vídeo sin saber lo que contenía.

Solo oír hablar de ello ahora le revolvía el estómago. Las revelaciones de Raven ya habían puesto sus nervios a prueba, y sabía que ver este vídeo los destrozaría aún más.

—Greg le había advertido a Terry que el vídeo nunca debería salir a la luz... que sería destructivo. Menudo eufemismo —Frank terminó la llamada y, mientras conducía, encendió dos cigarrillos preliados uno tras otro. La nicotina hizo poco por calmar sus nervios, pero era mejor que nada.

En la central, en su despacho, Gerry le esperaba sentada en una silla junto a su ordenador. Había dejado su sillón giratorio de piel vacío a su lado para él.

Rylan estaba acurrucado a los pies de Gerry. Ella hundía los dedos en el pelaje de su perro.

—No tienes que verlo otra vez, Gerry.

—Quiero hacerlo —su tono era plano, pero la forma en que acariciaba a Rylan sugería una historia diferente—. Puede que se me haya escapado algo.

—¿Cuántas veces lo has visto? —preguntó Frank, acomodándose en su silla, cuyo cuero gastado crujió en protesta.

—Dos veces.

—Dios mío, Gerry.

El brillo de la pantalla del ordenador proyectaba sombras inquietantes sobre su desordenada mesa.

El dedo de Gerry flotaba sobre el botón de reproducción. —¿Listo?

Frank asintió con gravedad. —Todo lo listo que puedo estar.

El vídeo cobró vida. La imagen era granulada, la iluminación pobre, pero Frank pudo distinguir una pequeña figura encorvada en una silla. Greg Lyle. Parecía algo más joven que en la foto del tablón de la sala de incidencias. Su pelo castaño claro le caía sobre la frente, ocultando parcialmente unos ojos que miraban nerviosamente alrededor de la habitación. Frank reconoció la sacristía, donde se habían sentado con Ray ayer.

—Cuéntame cómo te has estado sintiendo, Greg —dijo Ray, fuera de cámara. Su voz era suave y tranquilizadora.

Los dedos de Greg retorcían el dobladillo de su camiseta. —No lo sé...

—¿Repasamos de nuevo, entonces? De la misma manera que lo hicimos antes.

—No sé si puedo.

—Puedes, Greg. Exactamente igual que hicimos antes. No tienes que cambiar nada en absoluto.

—Por favor, yo...

—Greg... debes hacerlo. Cuantas más veces lo verbalices, más posibilidades tendremos de sacar estas cosas. Una vez fuera, podremos erradicarlas. Estamos a salvo... *aquí*. Este es un espacio seguro.

Frank se aferró a los brazos de su silla. —Espacio seguro y una mierda —murmuró.

En el vídeo, Greg tomó aire profundamente. —Ayer, sentí como si estuviera fuera... como me siento casi todos los días. Pero esto fue peor de lo habitual. Era como si estuviera mirando a todos los demás a través de una ventana, pero no pudiera averiguar cómo entrar. John y Lewis se estaban riendo sobre *Friends*. Quería unirme, pero simplemente no pude. No la había visto. No sabía qué decir. Había un muro allí. Las palabras se me enredaban en la cabeza, y para

cuando logré averiguar cómo romper el muro y participar en la conversación, ya habían pasado a otro tema.

Frank miró a Gerry. Su rostro permanecía impasible, pero se inclinó hacia delante mientras sus dedos continuaban su rítmica caricia en el pelaje de Rylan.

Greg continuó, sus palabras saliendo ahora más rápido. —Más tarde, el Sr. Banks, mi profesor de inglés, me hizo una pregunta. Era sobre *La mujer de negro*. Sabía la respuesta, pero ese muro estaba allí otra vez. Rompí el muro, pero como la última vez, ya era demasiado tarde. Alguien más había hablado. Podía sentir mi corazón... latiendo demasiado fuerte... estaba desesperado por que se detuviera.

Frank se inclinó hacia delante, más cerca de la pantalla, absorto en la lucha de Greg. Era demasiado fácil imaginar a Maddie a esa misma edad, cuando empezó a lidiar con sus propios demonios.

—Greg —dijo Ray—. Quiero que consideres algo. Algo sorprendente... diferente... único respecto a nuestras formas habituales de percibir las cosas. No deberías sentirte tan aislado. Los adolescentes luchan, sí, pero no hasta este punto. Estos son síntomas de algo más.

Sabiendo lo que venía, Frank apretó el puño.

—Hay fuerzas en este mundo, Greg —continuó Ray—. Fuerzas que buscan separarnos de la luz de Dios.

El puño de Frank golpeó sobre el escritorio. La pantalla tembló. —¿Te imaginas a alguien hablándole así a tu hijo? Es como si lo estuvieran adoctrinando en una secta.

—No es muy diferente —dijo Gerry—. La táctica consiste en crear un problema y luego ofrecer la solución.

Con disgusto, Frank escuchó continuar a Ray. —Nuestro mundo nace de la conexión... del entendimiento. Pero existe otro mundo, una antítesis de Su creación. Así que debemos mirar hacia esto.

—¿El infierno? —preguntó Greg. Había un temblor en su voz.

—No exactamente —dijo Ray—. El infierno es un lugar de castigo para los malvados. Este mundo ni siquiera merece un nombre. Es un reino del caos, de la desconexión. Se alimenta de la energía de

nuestras vidas pasadas, de nuestros traumas no resueltos llevados a través de milenios.

Por el amor de Dios, pensó Frank, pausando el vídeo. Se quitó las gafas y se frotó la frente con el dorso de la mano. —¿Crees que Lawson realmente cree en estas cosas?

—Basándome en su tono y en la consistencia de su mensaje a lo largo de múltiples sesiones, diría que sí. Lo cree —Gerry dudó antes de añadir—: También encontré algo en las notas de Ray Lawson y en algunas entrevistas antiguas que dio cuando descubrió el cuerpo de su hermano. Después del suicidio de su hermano Graham, habló de que su hermano estaba bajo el "control caótico" de "almas oscuras" que "lo desconectaron de la realidad".

—Mierda —dijo Frank—. ¿Y así es como pretende devolver a alguien a la realidad? Quiero decir, seguramente esto te aleja más de ella. ¿Crees que esta locura empezó con su hermano?

—No lo sé. Puedo decir que hay correlaciones.

Frank reinició el vídeo. —Nuestras almas han vivido innumerables veces —continuó Ray—. Y cada vida deja su huella. Algunas almas cargan con más oscuridad que otras. He conocido almas así. Otras almas.

—¿Cómo... cómo lo detenemos? —preguntó Greg.

—No hay nada impactante en lo que voy a decir —dijo Ray—. A través de la oración, Greg. Abriéndote al amor de Dios y rechazando la oscuridad.

La voz de Frank era un gruñido grave. —¡Hay todo lo impactante en lo que estás diciendo, cabrón! ¡Estás manipulando a un niño vulnerable!

Ray apareció en el plano por primera vez, pero era un ángulo trasero. A diferencia de ahora, tenía una cabellera completa. Se arrodilló frente a Greg y puso sus manos sobre sus hombros. Hubo un momento de silencio en el que pudieron oír algunos ladridos débiles en el fondo.

—¿Buddy? —Frank miró a Gerry.

—Sí —dijo Gerry—. Aparece en el metraje más adelante.

—¿Estás listo para intentarlo, Greg? —preguntó Ray.

Greg asintió. Sus ojos estaban muy abiertos. Frank estaba seguro de que podía ver la confianza en su expresión a pesar del metraje granulado.

—Inclina la cabeza.

Greg lo hizo.

Ray entonces inclinó la suya. —Padre Celestial, venimos ante ti ahora, pidiendo tu divina protección. Protege a este niño de las fuerzas que buscan aislarlo, confundirlo. En el nombre de Jesucristo, reprendemos cualquier espíritu de oscuridad, cualquier energía persistente de vidas pasadas que se aferra a Greg. Que rompa su voluntad. Ayúdanos a sanarlo —la voz de Ray subía y bajaba en una cadencia rítmica—. Suplicamos la sangre de Jesús sobre la mente de Greg, su corazón, su misma alma. Como está escrito en Efesios 6:12, "Porque no luchamos contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra malicias espirituales en los lugares celestiales".

Greg apretaba los ojos. El pobre chico parecía estar sufriendo.

—Por el poder investido en mí como siervo del Dios Altísimo —dijo Ray—. Ordeno a cualquier espíritu inmundo, cualquier remanente de trauma de vidas pasadas, que abandone a este niño. En el nombre de Jesús, amén.

—Amén —susurró Greg.

Frank pausó el vídeo de nuevo. —Lo siento. Esto es demasiado —se quitó las gafas otra vez, y apretó los ojos.

—Deberías tomarte un descanso —dijo Gerry.

—No... no lo necesito. Simplemente estoy constatando un hecho: que esto es demasiado —miró a Gerry; su visión estaba borrosa por haberse frotado los ojos—. ¿Quién se cree que es? ¿El maldito exorcista? ¿Cuántas sesiones hay en esta cinta?

—Hay dieciocho sesiones de oración.

—Dios mío. Dieciocho sesiones de adoctrinamiento religioso. Esto es horroroso.

—En realidad, hay veintiuna sesiones de adoctrinamiento religioso —dijo Gerry.

Frank miró fijamente el rostro de Greg congelado en la pantalla, con el corazón doliéndole por el chico. —Sí... las sesiones de agua, supongo.

—Sí —dijo Gerry.

—Lo siento, chaval. Que te llenen la cabeza con semejantes tonterías... —respiró hondo y se volvió a poner las gafas—. Gerry, por favor, avanza hasta una de las sesiones de agua. Dijiste que la última fue la peor.

Gerry lo hizo.

—No es tan malo como lo pintaste, ¿verdad? —preguntó él.

Ella no respondió. Simplemente reinició el vídeo y volvió a hundir la mano en el pelaje de Rylan.

Vistiendo solo unos pantalones cortos, Greg estaba sentado en una vieja bañera metálica llena de agua, cruzando los brazos sobre su pecho agitado, temblando y jadeando. A su lado había un cubo lleno de hielo. Ray se arrodilló y, usando una jarra de plástico para medir, rellenó el agua con hielo. *Maldito monstruo*, pensó Frank.

—Por favor —tartamudeó Greg con los dientes castañeteando—. Tengo frío. Quiero a Buddy.

—Está esperando fuera por ti. Está a salvo.

—Por favor.

Frank se preguntaba cuánto tiempo podría aguantar antes de verse obligado a tomar aire. Esto era obsceno... completamente obsceno.

—El frío purifica —dijo Ray, su voz irritantemente tranquila—. Expulsa la oscuridad. Así como Cristo fue bautizado en el Jordán, usamos esta agua helada para limpiar tu alma. El frío esteriliza, Greg. Combate a los invasores que se aferran a tu espíritu.

Greg estaba temblando. Se estaba congelando.

Frank sintió bilis subiendo por su garganta. Había visto cosas enfermas en sus años en la policía, pero ver a un niño siendo torturado en nombre de la religión... le daban ganas de atravesar la pantalla con el puño.

Ray leyó, su voz elevándose por encima de los gemidos de Greg. —Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal

alguno: porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

La cabeza de Greg se inclinó hacia atrás, con los ojos vidriosos. Estaba llorando.

—Quédate conmigo, Greg —instó Ray—. Lucha contra ello.

De repente, Greg se incorporó de la bañera. Ray puso sus manos sobre los hombros del niño y lo empujó de nuevo hacia abajo. Luchó y se retorció.

Frank no podía entender todas las palabras de Greg. Algunas de las que identificó fueron: "Ardiendo", "Buddy", "Mamá".

El agua salpicó por los lados. Ray continuó. —Porque no nos ha dado Dios espíritu de temor —jadeaba mientras cantaba, claramente esforzándose por mantener a Greg sentado—. Sino de poder, de amor y de dominio propio.

Frank observaba con una rabia impotente mientras Greg se retorcía. Tenía los nudillos blancos donde ahora agarraba los brazos de su silla. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso. Su instinto era saltar y de alguna manera intervenir.

Finalmente, Greg se liberó de los brazos del cansado reverendo, y la bañera se volcó. El agua, el hielo y el pobre chico se derramaron sobre el suelo de la sacristía.

Ray desapareció de la vista y regresó con una toalla. Se arrodilló y la colocó sobre el niño tembloroso, lo atrajo hacia su pecho y lo meció. —Ahí está, Greg, se acabó. Lo hiciste bien —le frotó los brazos enérgicamente—. La oscuridad está aflojando su control. Puedo sentir cómo se afloja.

Greg asintió débilmente, sus dientes aún castañeteando.

Ray mantuvo a Greg cerca envuelto en la toalla para tratar de calentarlo. Después de un breve tiempo, preguntó: —¿Cómo sientes esos muros ahora?

—Menos gruesos, Reverendo.

—¿Como si no necesitaras romperlos? ¿Como si tal vez pudieras atravesarlos camin...

Frank lo pausó. —Dijiste que había un vídeo final... ¿una especie de evaluación del tratamiento?

—Sí, ¿quieres que te lo enseñe?

—En un momento... primero, repásalo conmigo otra vez.

—Bueno, hablan sobre los principales intereses de Greg. De repente parecían más variados... dijo que se sentía menos atraído por las criaturas marinas y las flores, y que estaba disfrutando de algunos programas de televisión, e incluso de algún deporte. Ray lo saboreaba, llamándolo un éxito parcial... que el dominio oscuro de otras almas sobre él se estaba aflojando. Que sus tendencias obsesivas estaban perdiendo su control.

—A menos que simplemente le estuviera diciendo al cabrón lo que quería oír, en lugar de ser sometido de nuevo a este horror.

—Sí... como dije antes, estas son tácticas empleadas por las sectas. Estrés físico... todo diseñado para quebrar el sentido de identidad de la víctima.

La mente de Frank volvió a Raven, recordando sus ojos atormentados mientras explicaba cómo Aldridge había destruido su sentido de identidad con drogas y abusos.

—En qué mundo vivimos, Gerry... en qué maldito mundo. Apágalo, por favor. Ya he tenido suficiente —Frank se desplomó en su silla—. Es repugnante y depravado. Necesitamos encontrar a Ray y encerrarlo. ¿Cómo vamos con su localización?

—No he oído nada —dijo Gerry.

—Así que, naturalmente, vamos a pensar que él mató a Greg y, habiendo visto parte de ese vídeo, creo que va a tener dificultades para argumentar lo contrario...

De repente notó algo en el rostro de Gerry. Había una tensión alrededor de sus ojos, algo que no estaba acostumbrado a ver. También había una ligera caída de la comisura de su boca. —¿Estás bien?

—No lo sé —dijo ella.

Era tan impropio de Gerry estar insegura de sus sentimientos.

—Bueno, ha sido duro, y lo has visto dos veces enteras, y luego un poco más conmigo, así que tómate un momento...

Gerry asintió. —Ha sido duro, sí. Pero he sobrellevado bien todo excepto... bueno... —acarició a Rylan.

—Continúa, Gerry.

—En el último minuto más o menos, Ray hizo que Greg admitiera que Buddy era solo un perro... nada más... —su voz bajó a un susurro—. Y que realmente no lo necesitaba.

Como si fuera una señal, Rylan se levantó y colocó su cabeza en el regazo de Gerry para que ella no tuviera que inclinarse más. Le rascó detrás de las orejas, con la mirada distante.

—Lo siento, Gerry... estoy seguro de que realmente no lo creía. Solo estaba desesperado por escapar de ese hombre enfermo. ¿Tenemos una marca de tiempo en el vídeo?

Gerry asintió. —Este último extracto se grabó dos días antes de su desaparición.

Frank se levantó bruscamente, su silla rodando hacia atrás. —Así que, si Greg robó el vídeo ese día y lo escondió en la casa del árbol —cerró los ojos, reflexionando sobre cómo podría haberse desarrollado—, esto podría haber llevado a algún tipo de altercado esa última mañana. ¿Y si "trae" en ese mensaje del buscapersonas el día que desapareció se refería a esta cinta? Ray quería recuperar la cinta. Esto podría ser porque estaba "perdiendo el control", también en el mensaje. ¿Qué pasó durante esa confrontación? — recorrió la pequeña oficina, su mente acelerada—. Quiero que lo encuentren ahora. Esto es más que un simple BOLO. ¿A cuántos otros niños ha sometido este monstruo a sus retorcidos secretos a lo largo de los años?

—Necesito algo de aire fresco —murmuró Frank, dirigiéndose hacia la puerta.

56

Raven se aferró a los bordes del lavabo. El espejo del baño reflejaba un rostro que apenas reconocía.

Su intención era echarse agua en la cara, reunir valor y confesárselo todo a su mejor amigo.

Con lo que no contaba era con ver a esta cobarde devolviéndole la mirada en el reflejo.

No tenía agallas para cargar a Damien con ese peso. Para mancharlo con su oscuridad. Aunque, de todas formas, era inevitable.

Sería mejor que viniera de ella.

Pero no tenía valor.

Se le escapó un sollozo. Rápidamente ahogó el siguiente con la mano. Con lágrimas calientes e implacables, se deslizó hasta el suelo, con la espalda contra la fría pared de azulejos.

Era hora de arrancarse su propia piel, de desprenderse de esta identidad como una serpiente que muda sus escamas viejas y contaminadas.

Raven perdió la noción del tiempo, y cuando finalmente logró ponerse de pie, se echó agua fría en la cara y se armó de valor para enfrentarse de nuevo a Damien, se preguntó si él seguiría allí.

Tal vez había mirado en el salón, había visto las maletas preparadas y, sintiéndose traicionado, se había marchado.

Cuando abrió la puerta del baño, vio inmediatamente que Damien seguía allí. Estaba junto a la puerta de entrada. Tenía el

rostro ceniciento. Sus mejillas brillaban con lágrimas.

Lo sabía.

—¿Damien? —La voz de Raven salió como un susurro ronco. Sonaba ajena a sus propios oídos, como si ahora perteneciera a otra persona.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y... *¿podría ser?* Miedo.

Su mejor amigo estaba aterrorizado de ella. Levantó su teléfono. —No puedo... no puedo...

—Damien, escúchame...

—Lizzie me ha enviado un mensaje...

—*Escúchame*...

—Me habló de un podcast. Hay un podcast.

Las palabras golpearon a Raven como un golpe físico. Tambaleó, extendiendo la mano para apoyarse contra la pared.

—Dime que no es verdad.

—Damien, por favor. —Intentó hablar con firmeza, claramente, pero ni siquiera podía estar segura de que las palabras salieran—. Tienes que dejarme explicarte...

—¿Es cierto?

—Damien...

—¿Lo es?

—Sí.

—Dios mío. No... no... No puedo... simplemente no puedo.

Ella empezó a acercarse a él, pero él ya estaba dándose la vuelta, y entonces se había ido. La puerta se cerró tras él con un suave clic que resonó como un disparo en el repentino silencio.

Por un momento, Raven permaneció inmóvil, mirando la puerta cerrada. —Damien —dijo, sabiendo con absoluta certeza que nunca volvería a verlo.

Entró en el salón, quedándose paralizada al oír el sonido del reloj que hacía tictac sobre la repisa de la chimenea.

Los últimos tictacs de mi existencia.

Se movió mecánicamente por la habitación, sus dedos rozando los artefactos de la persona que estaba dejando atrás. Los elaborados candelabros de plata, las láminas enmarcadas de joyería

victoriana de luto, los libros de poesía gótica encuadernados en terciopelo.

El sol se había puesto fuera de su ventana, sumiendo la habitación en sombras. En la oscuridad creciente, se dejó caer de rodillas. A lo lejos, la iglesia de Santa María tocaba la hora.

¿Estaba anunciando el fin de Raven Blackstone y el renacimiento de una mujer sin nombre, sin pasado y con un futuro incierto extendiéndose ante ella?

57

En lugar de aire fresco, Frank optó por dos cigarrillos más en el desgastado asiento del conductor de su viejo Volvo. Apenas logró mitigar todo aquello.

Pero estar en Bertha, en su gastado asiento con la puerta cerrada, siempre le ofrecía un espacio seguro. Aquí, el tiempo parecía detenerse, mientras fuera, el mundo continuaba su atroz e implacable marcha.

Lió otro cigarrillo. Sus dedos se movían con facilidad practicada, la memoria muscular tomando el control donde su distraída mente flaqueaba. Los rituales de un fumador de toda la vida, grabados en su propio ser.

Miró fijamente la comisaría, preguntándose si tendría la fuerza para volver a entrar, sabiendo en el fondo que no era realmente una cuestión. Era inevitable que iría.

Demasiadas personas dependían de él.

Tanto vivas como muertas.

Había perdido la cuenta del número de veces que había cruzado esas puertas, cargando con el peso de los casos sin resolver sobre sus hombros...

¿Cuántas veces más sería esa voz para los que no tienen voz?

Greg en aquella bañera con hielo, temblando y aterrorizado, pasó como un destello ante sus ojos.

Reverendo Ray Lawson.

Se suponía que debías protegerlo, ¡maldito santurrón!

¿A cuántas mentes jóvenes has deformado con tus gilipolleces religiosas?

¿Esa mujer que te arañó la cara fue otra de tus víctimas?

Frank notó el humo enroscándose a su alrededor en el coche. Bajó la ventanilla y arrojó el cigarrillo.

A lo lejos, escuchó reír a una mujer, y su respiración se quedó atrapada en su garganta.

Maddie.

Era *su* risa.

Salió del coche y miró por encima de los vehículos en el aparcamiento, y vio a dos detectives hablando y bromeando juntos.

No era ella.

Cerró los ojos y, sin razón discernible, pensó en el olor de su pelo, cuando era joven. Un aroma floral.

Volvió a subir al coche, centrando su atención en Lilly en una tienda llena de aromas similares.

Sus amables ojos.

¿Qué se me pasó por alto? ¿Podría haber detenido esto?

Peor aún, ¿mi presencia de alguna manera causó tu muerte?

Sacudió la cabeza, también Raven apareció en su consciencia, revelando sus fragmentos, que la conectaban con la muerte de cinco chicos inocentes.

¿Cuándo se había vuelto el mundo tan oscuro, tan envuelto en sombras?

¿Pero lo ha hecho, Frank?

¿O simplemente estás perdiendo la capacidad de hacer a un lado los horrores y seguir adelante?

¿Simplemente te estás haciendo viejo?

¿Pasando tu mejor momento?

El recuerdo de la voz de Mary, suave y suplicante, lo atravesó como un cuchillo. ¿Qué pensaría ella de él ahora, fumando un cigarrillo tras otro en su coche, persiguiendo víctimas olvidadas, almas perdidas y monstruos?

Sesenta y cinco años de edad.

Con una hija perdida en las calles.

—Debería haberte escuchado, Mary. Realmente debería haberte escuchado.

Y entonces, quizás, Nigel nunca habría entrado en escena.

¿Quizás?

¿A quién engaño?

Con toda seguridad.

Su reflejo en el espejo retrovisor parecía burlarse de él. Pelo canoso, líneas profundamente marcadas alrededor de unos ojos que habían visto demasiado. ¿Cuándo se había convertido en este hombre? Un hombre tan empeñado en torturarse hasta la desesperación.

El estridente timbre de su teléfono interrumpió sus cavilaciones.

Sean.

—Bienvenido al infierno, Sean —dijo.

—¿Eh?

—Olvídalo.

—Tengo a nuestro pirómano. El vídeo de vigilancia de cerca de la floristería Seabreeze. Era la misma persona que entró ayer. Lo tenemos en la calle trasera, bajando las escaleras hacia la puerta trasera de la tienda. A última hora de la noche, lo tenemos entrando en la tienda, saliendo, luego regresando con un bidón de gasolina, y marchándose de nuevo después de prenderle fuego.

Frank respiró hondo y cerró los ojos. —Yo estuve allí cuando el cabrón había estado allí.

Sean no respondió.

¿Estoy cometiendo errores debido a mi edad? ¿Debería haber sido más vigilante con Lilly y esta vulnerabilidad?

—Bastante idiota... —dijo Sean.

Sí, pensó Frank, *lo soy*.

—...volver una y otra vez con el acelerante. Quiero decir, ¿no es obvio que hay cámaras por todas partes hoy en día?

—La gente puede ser idiota cuando está con la adrenalina por las nubes. —Se preguntaba hasta dónde podría verse tentado a llegar él mismo antes de que todo esto terminara—. ¿Quién es el asesino entonces?

—El software de reconocimiento facial nos dio a Georgi Vasilev, cincuenta y nueve años, nacional búlgaro, en el país desde 1983. Lo trajeron como ingeniero especialista para Ford. Durante los últimos diez años, ha tenido su propio taller, trabajando en exteriores de coches. Organizaré una detención.

—No. Yo lo recogeré.

Hubo silencio.

—¿Cuál es la dirección, Sean?

—De verdad, señor... no tiene que hacer eso. Es pan comido... haré que algunos agentes lo traigan.

—La dirección, Sean.

Frank arrancó el motor de Bertha. El familiar rugido del motor se sentía como una llamada a la acción.

Otra pausa. —Podría ser peligroso... ¿quiere que vaya con usted?

—¿Por qué? Está cerca de los sesenta. ¿Dos viejos? ¿Qué podría salir mal? Dame la maldita dirección.

Sean cedió. Mientras Frank se alejaba, consideró la reacción de Donald cuando se enterara de sus hazañas de hoy, comenzando con una visita a Raven, y concluyendo con un enfrentamiento con un asesino que se había incriminado a sí mismo en la cámara de todos modos.

Casi podía oír el suspiro exasperado de Donald, podía imaginar la vena palpitando en su frente. *Pues que le den*, pensó Frank. *Si voy a caer, mejor hacerlo luchando*.

Mientras conducía, Lilly, Ray, Greg y su hija pasaron por su mente en una secuencia que se negaba a ceder.

Rápidamente, la ira se convirtió en furia.

Las calles de Whitby pasaban borrosas, lugares conocidos se volvían extraños y siniestros bajo el control de su rabia. Frank sintió que algo despertaba dentro de él: una ira primaria y justa que quemaba la melancólica niebla de la duda.

58

Con la mente acelerada, Sharon marchó de la casa de la feligresa Maggie Holland hacia su coche, llamando a Reggie en el camino. —Vamos... vamos...

El teléfono parecía sonar eternamente, aumentando su frustración.

¡Mierda!

Debía estar en medio de una conversación con otro de los feligreses.

No contestó.

Le dejó un mensaje resumiendo sus descubrimientos.

Maggie se había mudado a Whitby desde Knaresborough en 1997. Mientras estaba en Knaresborough, su reverendo había sido Ray Lawson. De hecho, había elegido Whitby como lugar para su jubilación porque sabía del inminente traslado de Ray allí. —Un hombre tan admirable...

Admirable.

Maggie había enfatizado esto varias veces a Sharon.

Sharon se preguntó qué haría a esa impresión un vistazo al vídeo.

Aun así, la adoración de Maggie por Lawson no era lo importante.

Lo importante era que había reconocido a la mujer que lo había atacado.

Megan Powers.

—La recuerdo bien. De mi época en Knaresborough. Era una adolescente, rebelde, siempre metida en problemas, pero sus padres la llevaron a la iglesia. Siempre me pareció un alma perdida, confundida y enfadada cada vez que hablaba con ella. No puedo creer que simplemente apareciera en esa iglesia, hiriendo al reverendo así. Él no ha sido más que amable con su rebaño...

Así que Megan había sido otra víctima. Otra alma en la que Ray había clavado sus garras.

Sharon preguntó por la dirección actual de Megan Powers.

Su voz era seca y profesional mientras hacía su petición, pero por dentro, su mente estaba hirviendo.

¿Cuántas más habría?

¿Cuántas vidas más había destrozado Ray?

Había aproximadamente noventa minutos hasta su casa en Starbeck, un pueblo a las puertas del antiguo territorio de Ray.

Veinticinco minutos después de iniciar el viaje, habló con Reggie.

—Te seguiré y te encontraré allí —la voz de Reggie crepitó a través del altavoz, con evidente preocupación en su tono—. Solo espérame, ¿vale?

—Estaré bien —dijo Sharon, poniendo los ojos en blanco.

La autopista se extendía ante ella, una cinta de asfalto que atravesaba el campo de Yorkshire. A medida que pasaban los kilómetros, la mente de Sharon corría con posibilidades. ¿Qué encontraría cuando llegara a Megan?

Sospechaba otra alma rota, retorcida por la manipulación de Ray.

Impaciente por descubrirlo, pisó el acelerador.

59

El polígono industrial era una extensión retorcida de metal corrugado y hormigón. Antes próspero, el lugar estaba ahora en mal estado. Muchas naves tenían las persianas bajadas. Los ojos de Frank recorrieron los letreros descoloridos: «Chatarras Grimshaw», «Mecánica North Star», «Suministros de Madera Yorkshire». Fantasmas de una era industrial en declive.

A Bertha no le sentaba bien el terreno irregular. La superficie áspera zarandeaba el viejo Volvo de un lado a otro, y el ruido era brutal.

Encontró la nave que buscaba. Titulada simplemente: «Vasilev's».

Se le cayó el alma a los pies. Las persianas estaban bajadas.

¿Estaba persiguiendo otra sombra?

Aparcó varias naves más atrás, golpeó el volante dos veces, cerró los ojos y tomó unas cuantas respiraciones profundas.

El golpe sordo de sus manos contra el volante hacía eco de su frustración. Podía sentir la tensión enrollada en sus hombros, como un resorte demasiado tenso a punto de estallar.

Salió del coche. El olor acre a aceite y óxido flotaba en el aire, mezclándose con la humedad fría del anochecer que se aproximaba. Bajo sus pies, los charcos reflejaban el cielo gris, creando un mundo espejo sombrío. Fumó otro cigarrillo, dándose cuenta de que había perdido la cuenta de cuántos había fumado.

Miró las persianas del taller de Georgi más adelante.

El metal brillaba opacamente en la luz menguante. Era como un rostro inexpresivo e implacable vuelto hacia él, burlándose. ¿Justicia? *Te estás ralentizando, Frank. Demasiado viejo, demasiado lento... deja la justicia a los más jóvenes-*

La puerta junto a la persiana se abrió. El chirrido de las bisagras sonó anormalmente fuerte en el silencioso polígono.

Frank se bajó las gafas y se arrodilló en el lado del conductor, para ser menos visible.

Georgi emergió como un viejo boxeador de categoría, su cuerpo aún conservando el recuerdo de la fuerza y la violencia pasadas. Se movía con arrogancia... orgulloso de su físico musculoso y amenazador.

Todo en él contrastaba completamente con Frank, quien en ese momento sentía cada uno de sus años, cada kilo de más, cada crujido de sus articulaciones.

Georgi se volvió para cerrar la puerta, pero entonces se detuvo, la abrió y desapareció dentro de nuevo.

¿Olvidó algo?

La puerta se cerró tras el asesino.

Frank respiró hondo, y entonces se dio cuenta de algo.

Bajo los dolores y las molestias, y sus inseguridades, su viejo amigo aún se agitaba.

Determinación feroz.

La edad no se había llevado eso. *Nunca se lo llevaría.*

Y a veces la determinación feroz era todo lo que se necesitaba.

Agarrando sus esposas del interior de Bertha y deslizándolas en el bolsillo de su chaqueta, marchó hacia la entrada.

En la puerta, reprimió el impulso de irrumpir. Las cámaras de por aquí todavía podían estar operativas. El propio Georgi estaba en esta situación debido a un enfoque tan idiota.

Llamó.

Georgi Vasilev llenó el marco. Sus hombros eran como los de un toro y sus brazos estaban acordonados de músculos. Su pelo y barba blancos contrastaban con el mono manchado de grasa que llevaba. Parecía un luchador de la WWE envejecido.

—¿Sí? —la voz de Georgi era un retumbo bajo, teñido de un acento que cuatro décadas en Inglaterra no habían borrado del todo.

Frank le mostró su placa. —¿Señor Vasilev?

—Sí, ¿qué?

—Inspector Jefe Frank Black. Necesito hacerle algunas preguntas sobre anoche —mantuvo su voz firme, profesional, incluso mientras la adrenalina corría por sus venas—. Como dónde estaba usted.

—¿Eh? —Georgi hizo todo lo posible por parecer confundido—. En casa.

—Durante la madrugada. ¿Digamos a la una?

—¿De qué coño va esto?

—De un ataque de incendio provocado que se cobró dos vidas. Tenemos imágenes de CCTV...

—Le aconsejo que se largue, viejo.

Frank respiró hondo. Alcanzó las esposas en el bolsillo. —Me gustaría que se diera la vuelta, señor Vasilev, queda dete...

—¿Está sordo? —Georgi apretó los puños.

Frank señaló con los ojos a derecha e izquierda. —Cámaras. Si se resiste, empeora las cosas para usted, especialmente si, como afirma, estaba en casa y no hizo nada malo. Resistirse al arresto, agredir a un oficial de policía... no son delitos menores.

—¿Qué cámaras? —resopló—. Como si funcionaran.

Frank no pudo resistir una sonrisa. —Cometió ese error anoche. Le aconsejo que no lo cometa de nuevo —sacó las esposas—. Ahora dese la vuelta, señor Vasilev, queda usted detenido...

Georgi se movió para cerrar la puerta.

Frank estaba preparado para esto. Su mano salió disparada, deteniendo el avance de la puerta.

El impacto le recorrió el brazo, pero Frank tenía la adrenalina para soportar el dolor.

Georgi retrocedió hacia su nave.

Frank le siguió adentro. —...por sospecha de dos cargos de asesinato de personas aún sin identificar en la Floristería Seabreeze de Church Street, Whitby.

Georgi desapareció en un charco de oscuridad.

Mierda...

Frank miró alrededor. La luz de la puerta abierta era limitada. Podía distinguir piezas de coches y herramientas. También podía oler el metal y el aceite.

Con los ojos escudriñando las sombras, dio tres pasos hasta que estuvo junto a un coche en proceso de ser pintado, con sus ventanas cubiertas de periódico.

Georgi salió. Sostenía una llave inglesa grande. —No hay cámaras aquí dentro, gilipollas.

Lo sé, pensó Frank, preguntándose si, de hecho, quería un enfrentamiento...

Su corazón martilleaba en su pecho. —Incluso si estropeo esto —dijo Frank—. Usted se lleva tres cadenas perpetuas consecutivas en lugar de dos. Y la vida como asesino de policías... bueno... ¿necesito elaborar? —apretó los puños—. Gano en cualquier caso.

Georgi se acercó. —Yo también gano en cualquier caso si ya estoy jodido. Bien podría disfrutarlo.

Frank entrecerró los ojos. La adrenalina corría por él; realmente no había imaginado que llegaría a esto. La mayoría solía ceder cuando llegaba a esta fase. Estúpido de Frank, realmente... pero clavar su rodilla en los huevos del grandullón y golpearlo en la cara podría ofrecer algo catártico.

—Vale, ¿qué quiere? ¿Dinero? —dijo Georgi—. Puedo darle dinero.

Como era de esperar, pensó Frank. *Rajándose*.

—Dos personas están muertas, pedazo de mierda. Quemadas vivas. No me interesa.

—A vosotros siempre os interesa el dinero.

—¿Ah, sí? Quizás el mundo ha evolucionado desde que usted jugaba en esos círculos.

—No pretendía matarlos. Fue culpa de ellos. Como usted, se interpusieron en el camino...

—Dese la vuelta y póngase de rodillas.

—¿Va a aceptar el pago? Se lo aconsejo. Esto todavía podría terminar muy bien para usted. Para ambos.

—Prefiero que termine mal para ambos —Frank levantó las esposas—. Dese la vuelta ahora —se movió hacia Georgi—. No tiene

que decir nada. Pero puede perjudicar su defensa si no menciona al ser interrogado algo en lo que más tarde confíe en el tribunal. Cualquier cosa que diga puede ser presentada como prueba.

—Viniendo solo, debe tener ganas de morir —dijo Georgi.

Las palabras tenían cierto peso. Frank las sintió. ¿Había verdad en lo que estaba diciendo? Es decir, ponerse en esta posición precaria... ¿estaba desesperado por ser castigado? —Deje la llave en el suelo antes de que tenga que inmovilizarle.

La advertencia sonó hueca en este espacio oscuro y amenazador. Frank respiró hondo. El siguiente movimiento parecía casi inevitable.

En ese momento, mientras Frank esperaba a que el bastardo se abalanzara, una calma inexplicable se apoderó de él.

Su propósito aquí era doble. Estaba aquí por justicia y venganza, pero también por cualquier destino que le tuviera reservado en este rincón de mierda del mundo manchado de aceite.

60

Después de que Raven terminara la llamada con Bryan, su contacto en el UKPPS, las instrucciones de él se repetían continuamente en su mente: «No salgas hasta que hayamos preparado una casa segura y me haya puesto en contacto contigo de nuevo para organizar tu recogida. Sospecho que será en unas pocas horas. Llevará tiempo que la información del pódcast se filtre al público. Si alguien llega a tu casa antes que nosotros, no abras la puerta, solo contacta con la policía».

Raven dejó escapar un largo suspiro tembloroso.

Unas pocas horas hasta que esa ola de finalidad se estrellara y Raven dejara de existir.

Luego, otra vida —una *tercera* vida— comenzaría.

Se sentó al borde de su silla, considerando la ironía de todo aquello.

Casi todo el mundo tenía una sola oportunidad en la vida, y sin embargo ahí estaba ella, a punto de embarcarse en su tercera.

¡Y después de todo en lo que había estado involucrada!

Decir que no lo merecía sería quedarse corto.

No es que abandonar una vida antigua por una nueva fuera algo digno de celebrar.

Nunca volvería a ver a sus amigos.

Su último recuerdo de Damien, su amigo más cercano, sería esa mirada desesperada de traición y angustia en sus ojos.

Luego estaba Derek. Por fin alguien con quien había conectado... alguien con quien podría haber *construido* algo...

Su corazón dolía.

¿No podía despedirse? ¿Aunque fuera una vez?

Sin pensarlo, cogió su móvil, buscó el número de Derek y le llamó. Sonó una vez, dos veces, tres veces antes de pasar al buzón de voz.

¿Por qué no contestaba?

Pero entonces, ¿no era obvio?

El pódcast probablemente ya estaría por todas partes.

Se imaginó a Derek sentado allí, escuchándolo con su hija en la universidad, su rostro palideciendo, su corazón desplomándose en su pecho.

Dejó un mensaje. —Derek, soy yo —intentó mantener el control de su voz—. Lo siento. Por todo. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Después de colgar, cerró los ojos e intentó ser positiva. Imaginó un funeral para Raven Blackstone. Vio a Derek allí. Su rostro grabado con confusión y dolor. Damien, también, probablemente, junto con el resto de la comunidad gótica que había construido a su alrededor. Hablarían de ella, aceptarían que la Raven que conocían no era la Emily que había sido manipulada por Robert Aldridge. Ellos *podrían* perdonarla. Mientras se despedían, sentirían algo de calidez hacia ella.

Un funeral que, por supuesto, nunca ocurriría.

¿No se merecía algo? ¿Algún tipo de cierre?

Odiaba defenderse, pero Raven no era Emily. Era una persona completamente diferente. Sus recuerdos de existencia eran vagos con Emily, pero con Raven eran vívidos y reales. Aparte de su indiscreción con Simon, que había sido confusa y equivocada, un problema de adaptación que vino con una repentina nueva vida, ¿no había sido Raven una buena persona? *¿Una muy buena persona?*

Pero defenderse era inútil y, de alguna manera, inmerecido, así que con pasos pesados, Raven se acercó a su bolso y sacó un blíster de pastillas para dormir. De vuelta en su silla, sacando las pastillas del blíster, se dejó llevar de nuevo a la escena del funeral.

Rosas negras por todas partes, por supuesto.

«Lovesong» de The Cure sonando suavemente de fondo.

Allí estaba Damien dando un elogio fúnebre, su voz espesa por la emoción mientras relataba sus aventuras juntos.

Derek, sosteniendo la mano de su hija, susurrándole al oído lo buena persona que había sido ella, realmente... en el fondo.

Se llenó la boca de pastillas y las tragó con un vaso de absenta que tenía a su lado. *¡Un baile más con el hada verde!*

Durante los minutos siguientes, consideró escribir una nota.

¿Era necesario?

¿Pensarían que buscaba compasión?

Además, ya se había abierto a aquel detective. Le había explicado que nunca dudó de su responsabilidad, que no quería perdón... había dicho sus nombres en voz alta... «Bruce, Marcus, Phil, James... y Tommy». Quizás entonces la vida de Raven Blackstone podría ser juzgada y llorada por sus propios méritos.

Cerró los ojos, preparándose, repitiendo el funeral una y otra vez. Cada vez se volvía más vívido, más real. Los rostros de sus amigos, el olor a incienso, los tristes silencios entre las palabras pronunciadas.

Pero, mientras su mente drogada comenzaba a divagar, el funeral cambió del de Raven al de Emily. Cinco chicos, eternamente jóvenes, eternamente inocentes, estaban alrededor de su lugar de descanso.

—Lo siento —susurró, sabiendo que no podían oírla.

Tommy miró hacia abajo, al agujero donde ella descansaba. —Cuéntame un cuento.

—Lo siento tanto, tanto.

Entonces, hubo una voz desde fuera de la visión.

—¿Por qué lo sientes?

Era una voz que reconocía... pero ¿no podía ser?

—¿Qué has hecho? —¡Ahí estaba otra vez! Abrió los ojos.

Ya no estaba sola en su salón.

61

La luz inundó la unidad de almacenamiento de Georgi.

Dos agentes uniformados entraron, uno empuñando una pistola eléctrica. Sean debía haber llamado refuerzos.

Sin rencores, chaval Sean, pensó Frank, levantando las manos. *Yo habría hecho lo mismo.*

Sin aliento, estaba sentado junto al inconsciente y esposado Georgi. Logró articular algunas palabras entre respiraciones. —Inspector jefe Black... He inmovilizado al sospechoso...

Los agentes miraron a su alrededor mientras se acercaban.

—Solo voy a sacar mi identificación —dijo Frank, sintiendo que recuperaba el aliento.

—Despacio —dijo uno de los agentes, manteniendo su táser apuntándole.

Después de comprobar su identificación, el agente guardó su arma y gruñó mientras se incorporaba.

—¿Es ese su coche ahí fuera? —preguntó uno de ellos. Había un claro tono de sorpresa en su voz.

—Sí... ¿por qué? ¿Tienes algún problema con eso?

—No —dijo alguien desde la puerta—. Pero estoy seguro de que el taller lo tendrá la próxima vez que lo lleve a la ITV.

Frank se sacudió el polvo. —Dejadme preocuparme por eso a mí. Bertha es invencible. ¿Quién eres tú?

Georgi gruñó.

—Jesús... —dijo uno de los agentes—. Está construido como un tanque...

Frank vio cómo los agentes desviaban la mirada entre él y el sospechoso inmovilizado. Frank sacudió su dolorida mano. —Puede que no lo aparente... pero nunca subestiméis... —Asintió hacia Georgi—. Como hizo este imbécil.

—Pero él te alcanzó —dijo un agente.

Frank se tocó el labio hinchado y miró la sangre en sus dedos. —Creo que me lo hice yo mismo, mordiéndome el labio.

El hombre de la puerta se había unido a ellos. Estaba en sus cuarenta y tantos, vestido con traje, camisa blanca impecable y una corbata anudada con precisión militar. Sus zapatos brillaban incluso en la tenue luz de la unidad de almacenamiento. Todo en él gritaba "burócrata de carrera". Estaba mirando a Georgi. Entrecerró los ojos hacia Frank. —¿En serio? ¿Tú?

—Nunca juzgues a un viejo gordo por su apariencia. —Frank se encogió de hombros—. Pero si queréis saberlo, chicos, para cuando lleguéis a mi venerable edad, y potencialmente, peso, siempre mantened el estilo antiguo.

—¿Estilo antiguo?

—Sí. Primero a las pelotas. Una vez que les das ahí, no importa cuántas pesas pueda levantar un hombre.

—¿Está inconsciente? —dijo el hombre del traje, todavía incrédulo.

—Sí. Otra regla a la antigua usanza. Si el cabrón va armado, tú también te armas. ¿Habéis visto el tamaño de la llave inglesa? Después de derribarlo, se negó a soltarla, así que encontré mi propia herramienta. —Golpeó ligeramente una palanca de neumáticos en el suelo junto a su pie.

—Bastante arriesgado —dijo el hombre del traje—. Podrías haberlo matado.

—¿Has visto el tamaño de este tío? Apenas le hice mella. También hubo mucha adrenalina. Supongo que sabes lo que hizo este cabrón, ¿no?

—Sé mucho sobre este hombre, inspector Black. Soy Max Riles, Jefe de Operaciones para trata de personas en la NCA.

El estómago de Frank se retorció. *Otra maldita complicación*, pensó. *Justo lo que necesita este caso*.

—Supongo que usted también ha visto las imágenes de las cámaras de seguridad —dijo Max—. Nosotros también las vimos y estábamos aquí para detenerlo... —Suspiró—. Parece que usted llegó... primero.

—Me muevo rápido cuando se trata de asesinos a sangre fría.

Parece que Sean no lo había comunicado, después de todo, pensó Frank. *Había hecho lo que se le dijo. ¡Maldito idiota!*

—Bueno, Georgi solía estar involucrado en la trata de personas hace años —dijo Max—. Atrapamos a bastantes de sus colegas, pero él siempre fue el más escurridizo. Llevaba bastante tiempo fuera de nuestro radar. De hecho, habíamos estado vigilando a Lilly Petrova últimamente. Todo esto fue bastante inesperado.

Frank se frotó el cuello rígido. —No otra vez. ¿Está Donald Oxley por aquí, listo para saltar y gritar sorpresa?

—Lo siento... no le sigo.

Frank suspiró. —¿Me van a decir que Georgi no forma parte de mi investigación sobre el asesinato de Greg Lyle, y que debería apartarme educadamente?

Frank pudo deducir por el silencio de Max que ese era exactamente el caso. Frank miró al búlgaro, que todavía estaba boca abajo, pero ahora murmuraba y maldecía en su propio idioma.

—Hablemos fuera —dijo Max.

—Hagámoslo —dijo Frank.

Ya fuera, Frank respiró profundamente, tratando de aclarar sus ideas. Había otros dos agentes de pie junto a un vehículo.

A diferencia de Frank, Max no había venido sin un respaldo significativo.

El anticuado Frank. *Todo bien hasta que te maten, pedazo de idiota.*

Max continuó. —Queríamos a Lilly Petrova y Nikolai Volkov por trata de personas.

—¿En serio? ¿Trata? Mire, no sé nada de Nikolai, pero Lilly no era traficante de personas.

—Me temo que está equivocado, inspector.

—Bueno, entonces la estaban obligando a hacerlo.

—No es el caso.

Frank negó con la cabeza. El mundo era un lugar extraño, sin duda. —Bueno, ahora no los va a conseguir... al menos, si son ellos... todavía tienen que ser identificados.

—Son ellos —dijo Max y suspiró—. Mire... es prácticamente irrelevante ahora, pero si quiere saberlo, Lilly pensaba que estaba haciendo algo bueno. No participaba en el proceso de trata para ganar dinero, solo intentaba ayudar a niños desesperados, que estaban en peligro en Bulgaria.

Frank gruñó. —Cristo... es una lástima que nunca pudierais echarle el libro encima. —Puso los ojos en blanco.

—La ley es la ley... ya sabes cómo funciona.

—Sí —dijo Frank con un suspiro—. Demasiado a menudo sin compasión.

Max suspiró, pasándose una mano por su pelo perfectamente peinado. Por un momento, parecía casi humano. —En fin, teníamos suficiente para ir a por ellos. Los últimos tres niños habían sido entregados a tres familias reclutadas por nuestro departamento. Era una trampa. Estábamos listos para detenerlos. De hecho, usted estaba allí cuando estábamos listos para actuar, pero entonces Georgi aparece de la nada, irrumpe, despierta nuestro interés... No nos dimos cuenta de que estaba involucrado. Así que nos contuvimos, porque si podíamos conseguir algo contra él también, podríamos atrapar a los tres.

—Eso fue un error —dijo Frank—. Os pusisteis codiciosos. Deberíais haberos quedado con esos dos... todavía estarían vivos.

—La verdad es que —dijo Max—. Lo estábamos vigilando antes de que usted entrara allí...

—Oye... yo no entré de golpe. Él evadió el arresto. Intentó cerrarme la puerta en las narices.

Max sonrió. —Bueno, entramos tan rápido como pudimos. Sinceramente, pensé que me encontraría con un baño de sangre.

—Nah. Fui suave con él —gruñó Frank.

Max se rio.

—Demasiado suave... pero quiero que esté intacto aquí arriba. —Frank señaló su cabeza—. Quiero la verdad.

Max asintió. —Me lo imagino. Sé lo que está investigando... cuando le vimos en la tienda ayer, investigamos.

—Entonces, ¿sabe lo importante que es? Ese hombre puede haber matado a un niño inocente.

—¿Crees que te lo diría aunque lo hubiera hecho?

—Es mi trabajo al menos intentarlo.

La expresión de Max se suavizó ligeramente. Parecía casi arrepentido. —Mire, creo que sabe lo que va a pasar aquí. Voy a disculparme por adelantado... pero tiene que ser así.

Frank sintió el peso familiar de la frustración asentándose sobre sus hombros. —Maldita sea. —Otro retraso burocrático en el horizonte. ¿Cuántos obstáculos más le pondrían en el camino antes de poder obtener justicia para Greg? *¿Estás seguro de que Donald no va a aparecer y decir sorpresa?* Esta vez lo pensó en lugar de decirlo.

Max continuó: —Vamos a cerrar el caso de trata y acusarle de asesinato. Cuando sepa que está acabado, averiguaré lo que pueda sobre el niño. Si está involucrado, le haré entrar en la sala con él, inmediatamente. Y... tiene mi palabra. Le presionaré con fuerza. Si tiene algo que ver con ello... lo descubriré.

—¿Tengo elección?

Max no respondió.

Frank negó con la cabeza. —Por el amor de Dios. ¿Y si no te confiesa nada? ¿Me toca a mí?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —dijo Max—. Pero te conseguiré la verdad. Soy el hombre que puede hacer los tratos. Se enfrenta a dos cadenas perpetuas.

—¡Pues no le dejes salir!

—Ahora mismo, este hombre no sobrevivirá el tiempo suficiente para volver a ver la libertad. Reducirle a una cadena perpetua y sus posibilidades siguen siendo escasas. Se tratará de hacerle pensar que está ganando cuando no será así.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—He estado aquí antes —dijo Max.

Frank suspiró. —Bueno, señor Sabelotodo, ¿estás seguro de que puedes manejarlo, o necesitas que lo derribe por ti otra vez?

Max sonrió. —Nos encargaremos a partir de aquí, Frank.

—Adelante —dijo Frank, dirigiéndose a Bertha, preguntándose si tal vez debería haber golpeado más fuerte al asesino mientras tuvo la oportunidad. Si no podía interrogarle, entonces matarlo habría sido lo siguiente mejor.

62

GERRY ESTABA SENTADA en el despacho poco iluminado en la parte trasera del cuartel general, lejos de su sala de incidencias y del despacho de Frank.

Llevaba más de una hora allí, acariciando a Rylan, utilizando su presencia como un ancla reconfortante en una tormenta de emociones.

Durante su infancia, había experimentado muchas crisis, pero desde que era adulta, casi siempre había conseguido alejarse del precipicio. De hecho, no podía recordar ni una sola crisis desde que comenzó su carrera.

Ni siquiera el día que perdió a sus padres.

Aunque, tenía que admitir que ese había sido el día más difícil de su vida.

En este momento, sin embargo, estaba luchando. Su mente era un torbellino. No era tanto la imagen de Greg, vulnerable y confiado, sentado en aquella bañera llena de hielo, siendo "tratado" por su autismo como si estuviera "causado" por un espíritu maligno — aunque eso no ayudaba. Era más el momento en que Ray Lawson había intentado acabar con la dependencia de Greg hacia Buddy, y la admisión de Greg de que podría estar ocurriendo.

Miró a Rylan, cuyos cálidos ojos la observaban. Para Gerry, Rylan no era solo un perro, era un salvavidas, una constante en un mundo que a menudo se sentía abrumador y caótico.

Y podría haber sido lo mismo para Greg.

El húmedo hocico de Rylan presionó contra su mano.

Pensó en Greg, joven y confundido, al que le decían que su conexión con Buddy carecía de sentido.

Era cruel.

No era la primera vez en su carrera que se encontraba con algo inhumano, pero era la primera vez que la hacía entrar en espiral.

Gerry se estremeció ante la idea. Sabía, con absoluta certeza, que lucharía si alguien intentara separarla de Rylan.

'Por encima de mi cadáver.'

No era propio de ella usar tal expresión. No era literal. Implicaba propósito y determinación para luchar. Pero la había escuchado muchas veces de colegas, testigos y sus propios padres, y conocía el poder de la frase.

Acarició a Rylan de nuevo.

Y entonces pensó en Buddy.

¿Qué le había pasado? Nunca lo habían encontrado... ¿Lo habían llevado?

Por encima de mi cadáver.

¿Había luchado Greg para mantener a Buddy de alguna manera y pagado con su vida?

Se sintió alejándose del precipicio de una crisis, y su mente analítica se activó, repasando todas las pruebas hasta el momento.

El mensaje inacabado en el buscapersonas: *me estoy perdiendo. Queda WA. Trae*

Trae...

¿Trae a Buddy?

Era un salto, pero Gerry no era ajena a los saltos que se convertían en pistas.

De nuevo, pensó en lo que ya sabía sobre Buddy.

Buddy había sido un perro rescatado de dos años.

Este simple hecho abrió un vacío enorme en la mente de Gerry.

Gerry no toleraba los vacíos.

Alcanzó su teléfono.

63

Raven intentó resistir. Buscó cualquier cosa a la que aferrarse. Finalmente, encontró solo el aroma de la cera de vela derritiéndose para mantenerse anclada. Podría haber sido un recordatorio de que la vida que había construido se estaba disolviendo, pero la mantuvo con los pies en la tierra. Temporalmente.

—Dime qué le pasó a mi hijo —los ojos de Simon se estrecharon.

—No sé...

—¡Dímelo!

Su grito aclaró momentáneamente su cabeza. Ya no dependía del olor a cera derretida, de repente estaba hiperconsciente de todo. Su pie golpeando el suelo en una cadencia frenética y desigual, y su propio corazón, ralentizado por el efecto de las pastillas para dormir, pero aún fuerte y firme en sus latidos.

—No lo sé —dijo ella—. Pero lo siento mucho por lo que perdiste.

Sus ojos estaban inyectados en sangre y desorbitados. —Tú lo sabes. He escuchado el podcast. Emily Thorne... ¿Por qué hiciste todas esas cosas? —Sus ojos la taladraron con una intensidad que la hizo estremecer incluso en su creciente estupor—. ¿Por qué mataste a mi hijo? ¿A Greg? ¿Cómo lo hiciste?

De repente, la habitación giró a su alrededor. —No lo hice —La náusea era abrumadora.

—Cinco niños. Me mentiste... entraste en mi vida... y te llevaste a *mi* hijo.

—Lo siento...

—¡Lo sientes! —rugió él.

Ella abrió los ojos. Ahora él estaba de pie sobre ella.

—¿Qué hiciste?

—Lo siento.

—Deja de decir que lo *jodidamente* sientes. —Su mano se movió. Ella sintió presión en su frente. Él le estaba apretando la cabeza contra el respaldo de la silla.

—Lo siento —dijo ella, con las palabras atascadas en su garganta.

—Dilo otra vez y te haré daño. Mucho daño.

—Nunca toqué a tu hijo... esa es la verdad... pero aun así lo siento. Lo siento por todos a quienes he hecho daño.

Él la soltó y comenzó a caminar de un lado a otro. Se pasó las manos por el pelo, tirando de mechones como si intentara arrancar algo.

—Pero todo lo que hiciste —escupió, con la voz quebrada—. Todo lo que hicisteis *los dos*. Esos niños. ¿Cómo pudiste? ¿Qué *eres*? Cristo... —Ahora se frotó la cara con las manos—. Mi hijo... mi niño. Pensé que había sido yo... pensé que yo lo había matado.

La angustia cruda en su voz atravesó la creciente neblina causada por las pastillas. Su culpa era tan antigua y tan familiar para ella. Culpa voraz. Royéndole las entrañas durante tanto tiempo.

Por un momento, fue como mirarse en un espejo, viendo su propio tormento reflejado.

—¡Debería haber ido a verle ese día! ¡En lugar de esconderme arriba...

Raven recordó a Greg en su puerta aquella mañana hacía tanto tiempo, con el rostro crispado de preocupación mientras suplicaba ver a su padre.

—¿Por qué no me obligaste a ir? ¿Por qué no me dijiste que fuera?

No era justo culparla por eso, pero ella no respondió.

—Cada minuto... cada segundo, veo su cara. ¡Mi hijo! ¡Mi niño! —Ahora estaba llorando—. Me dijeron que se cayó de un acantilado. —Se golpeó el pecho con el pulgar—. ¿Qué se suponía que debía pensar? ¿Qué se suponía que debía creer?

—Ninguno de los dos mató a Greg —dijo Raven.

—¡Mentira! —rugió Simon, su rostro contorsionándose de furia. Arremetió, barriendo con el brazo la repisa de la chimenea. Los adornos se estrellaron contra el suelo. Un jarrón se hizo añicos, derramando agua y flores negras por el suelo—. ¡Mentira! —Arrancó candelabros ornamentados de las paredes, lanzándolos por la habitación. La cera salpicó, las llamas se extinguieron cuando chocaron contra el suelo—. Eres una asesina de niños. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo conseguiste echarle toda la culpa a otra persona? Todo el tiempo estabas allí... relamiéndote los *jodidos* labios. —Se acercó más a ella, temblando—. Estaba en todas las noticias. Lo recuerdo. Nadie vio nunca tu maldita carita mentirosa, ¿verdad?

—Porque yo era una niña. —Para ella, sonaba hueco, pero era todo lo que tenía.

Su rostro se descompuso. —Él también. —Sollozó—. Mi hijo también lo era. —Se derrumbó de rodillas. El sonido de su desesperación desgarró el corazón de Raven.

—Zorra fría y despiadada... —murmuró entre lágrimas—. Zorra fría y despiadada...

Después de varias repeticiones más, rugió de angustia y se puso de pie de un salto. Ella realmente creyó que vendría por ella. En cambio, él se giró, agarró de la pared una foto enmarcada de ella con varios amigos góticos en El Elsinore, y la lanzó. Explotó contra la pared.

Contemplando los destrozos, Simon murmuró: —¿Por qué lo metiste en un frigorífico? ¿Tenía miedo? ¿Mi chico tenía miedo? —Se volvió hacia ella, juntando sus manos como si le estuviera rezando —. ¿Lo tenía? —Su voz había adquirido un tono desesperado y suplicante que era peor que la ira. Se acercó arrastrando los pies—. No estaba despierto, ¿verdad? Oh Dios, por favor, Raven, no estaba despierto, ¿verdad? Dime que no estaba despierto. —Se interrumpió, ahogándose con las palabras.

La mente de Raven corrió, mezclando imágenes del rostro asustado de Greg con recuerdos de los otros niños. De repente sintió dudas. ¿Podría haber estado involucrada? ¿Podría ser este otro de esos recuerdos disueltos? ¿Fragmentos que nunca se recuperarían?

Negó con la cabeza. *No.* Puede que no recordara todo como Emily, pero los sentimientos, la sensación de haber estado allí, de alguna forma, eran innegables. No tenía la misma sensación con Greg. Raven negó vehementemente con la cabeza, arrepintiéndose al instante del movimiento, ya que hizo que la habitación girara aún más fuerte. No le quedaba mucho tiempo. —No —jadeó—. Créeme... yo no... —Arcadas. Saboreó la bilis. Luego volvió a tener arcadas y se sorprendió de no haber vomitado.

Jadeó, levantando la mirada hacia los ojos abiertos de Simon. —No... no... —Podía sentir que estaba babeando, y partes de su cuerpo se enfriaban.

—¿Qué te pasa? —preguntó Simon.

Raven se limpió la boca con el dorso de la mano. —Se acabó... he terminado... —Su lengua se sentía demasiado gruesa para su boca.

Él se acercó. Ella vio que movía la mano hacia un lado y luego sostenía el blíster frente a su cara. —¿Cuántas? ¿Cuántas has tomado?

—No quiero... empezar de nuevo.

Volvió a agitar el paquete. —¿Cuántas?

—Estoy cansada... no más... esta soy yo... Emily... la *verdadera* yo... asumiendo la responsabilidad.

Él se arrodilló, la tomó por los hombros y la sacudió. —No... no lo hagas, joder. Dime qué hiciste.

—Raven debería ser recordada... correctamente... —Tuvo arcadas y volvió a saborear la bilis—. Era una buena persona.

Sus manos se cerraron alrededor de sus brazos, clavándole los dedos. Se puso de pie y tiró de ella hacia arriba. Ella cedió sin resistencia. Su cuerpo se sentía vacío. Debía estar requiriendo cierta fuerza por su parte mantenerla en pie. —¡No! —gritó él, sacudiéndola—. ¡Dime la verdad! ¡Dime la puta verdad!

La cabeza de Raven se balanceaba, su visión entraba y salía de foco.

—Muérete después de decírmelo... —La sacudió—. *Después*.

Luego la soltó. Ella cayó hacia atrás. Se preguntó si se había hundido de nuevo en su silla, pero entonces se dio cuenta de que la

había esquivado y estaba sentada en el suelo, con la espalda contra ella.

—¡Habla, maldita sea! ¡Habla!

Su cabeza cayó hacia delante. —Lo siento... —Cerró los ojos-

Sintió un apretón en su garganta, luego una presión aplastante alrededor de su mandíbula. —Abre... *abre...* —Sintió su mano en su boca. Sus dedos en su garganta.

Abrió los ojos, ahogándose. Era doloroso, abrumador. Intentó zafarse, pero tenía poca energía y él la tenía fuertemente agarrada. Se atragantó varias veces más, y luego él sacó su mano de golpe.

Tuvo arcadas, violentamente. El vómito le quemó la garganta y la boca antes de salpicar sobre las manos de Simon y su camisa. Giró la cabeza hacia un lado y cayó hacia delante, vaciando el contenido de su estómago en el suelo.

—Sácalo todo —gruñó él—. ¿Crees que es así de fácil... escapar?

El mundo para Raven ahora era apenas un punto de agonía y vergüenza.

¿Habría absorbido ya suficiente droga para matarla?

No quería volver ahora. Estaba satisfecha con irse. Satisfecha con dormir.

Cerró los ojos y se recostó. En la distancia, creyó oír agua corriendo.

Era relajante... tranquilo... sentía como si estuviera flotando en el agua, cerca de una cascada quizás, preparándose para la libertad y el vacío-

Su mejilla ardió.

Abrió los ojos.

Simon estaba allí de nuevo. Abofeteándola. —Despierta.

En sus manos, sujetaba una botella de agua. La estaba agitando arriba y abajo. —Voy a limpiarte por dentro. —Su voz estaba extrañamente calmada ahora, como si intentara tranquilizarla, como si fuera en realidad un médico o un enfermero, allí para ayudar.

—Por favor —jadeó Raven, con la voz áspera y dolorida—. Déjame ir... te lo juro...

La botella la interrumpió. El sabor era agresivo y salado. Intentó no tragar, pero era imposible. Algo se derramó y le escoció en los

ojos.

—Bebe.

Intentó girar la cabeza de nuevo, pero él ahora la agarraba por el pelo, dolorosamente, manteniéndola quieta. Tosió y se atragantó. El líquido se derramaba por los lados de su cara. —¡Bebe! —Él forzó la botella aún más fuerte, apretando, llenándole continuamente la boca hasta que su garganta también estaba llena, y entonces ella simplemente cedió por miedo a ahogarse, y tragó y tragó-

Arcadas. Sus pulmones también ardían. Era demasiado.

Él la soltó, ella rodó y vomitó. Ácido y sal brotaban de su boca. —Por favor... —suplicó. Vomitó de nuevo—. Por favor... por favor...

—¡Bebe! —gritó él, agarrándola y manteniéndole la cabeza quieta por el pelo otra vez.

Ya no luchaba. Tragó lo que pudo y vomitó cuando él la soltó.

Durante todo eso, mantuvo su mente en aquella mesa de comedor en Middlesbrough.

No en los días en que los niños se habían sentado a comer, sino en los días en que ella se había sentado en la oscuridad, mientras Robert permanecía entre las sombras llamándola. *Mi pequeña ave... mi pequeña ave...*

¿Era esta su penitencia ahora?

¿Estar aquí para siempre?

El apacible olvido que había buscado había sido una fantasía. No habría cascadas para ella.

No. Estaba atrapada.

Con las alas cortadas.

Mi pequeña ave...

64

Sharon y Reggie se acercaron juntos a la puerta principal. Ella respiró hondo y llamó con firmeza.

Durante un largo momento, hubo silencio. Entonces, justo cuando Sharon estaba a punto de llamar de nuevo, la puerta se abrió con un chirrido.

Una mujer estaba allí, con el rostro demacrado y ojos hundidos. —¿Sí? —preguntó, con una voz apenas audible.

—¿Megan Powers? —preguntó Reggie, mostrando su identificación policial.

—Sí... —Aunque Megan tenía poco más de treinta años, había algo en su expresión atormentada que la hacía parecer mucho mayor, como si hubiera vivido varias vidas de tormento.

—Soy el sargento detective Moyes, esta es la agente detective Miller —dijo Reggie—. ¿Podemos pasar y hacerle algunas preguntas?

—¿Sobre qué?

—El reverendo Ray Lawson —dijo Reggie.

Al mencionar el nombre de Ray, el rostro de Megan se transformó en una mueca. Retrocedió.

Irritada con Reggie por ser tan directo, Sharon se deslizó por delante de él hacia el umbral y se acercó a Megan con la mano extendida. —Está bien, Megan. Estamos de tu lado. Estamos aquí para ayudarte en todo lo que pod...

Un gemido desde el piso superior hizo que a Sharon se le helara la sangre.

—Sharon —dijo Reggie—. Retrocede...

Sharon examinó a Megan de arriba abajo. No había armas visibles. Estaba haciendo muecas y parecía más probable que se desplomara en el suelo a que atacara.

—Megan, ¿quién está arriba?

—Él —dijo, frotándose ahora las mejillas—. *Él.*

Sharon sintió la mano de Reggie en su brazo. Se la quitó de encima.

—Megan, ¿puedes darte la vuelta y mirar hacia la pared? Para que podamos ayudarte.

Los ojos de Megan se movieron nerviosos entre sus rostros. —¿Ayuda?

—Sí —dijo Sharon—. Queremos ayudarte... muchísimo.

Megan asintió y se volvió hacia la pared. Sharon se giró para mirar los ojos muy abiertos de Reggie, haciéndole un gesto para que entrara y la inmovilizara.

Mientras Reggie se acercaba a Megan, Sharon dijo: —¿Solo está el reverendo arriba?

—Sí —dijo Megan. Ahora estaba llorando—. Siempre ha sido él. Pero ya no puede hacer daño a nadie.

Sharon subió las escaleras de dos en dos, con el corazón latiéndole en los oídos mientras seguía los débiles gemidos que resonaban desde arriba. Los sonidos la condujeron a un pequeño cuarto de baño al final del pasillo, con la puerta ligeramente entreabierta.

Al abrirla, una oleada de productos químicos acres asaltó sus sentidos.

Ray yacía desnudo en una bañera llena de agua helada, temblando. Sus muñecas y tobillos estaban atados, lo que le dificultaba mantener la cabeza por encima de la superficie helada. Su piel había adquirido una palidez cenicienta, salvo por sus párpados, que estaban hinchados y de un rojo furioso y en carne viva.

El abrumador hedor a lejía le hizo llorar los ojos. Ahora era evidente la causa de las ampollas en los ojos de Ray. Sus gemidos eran débiles; probablemente estaba empezando la hipotermia.

—¡Reggie, te necesito! —gritó hacia las escaleras.

—Vale... ya voy...

Se inclinó y agarró las ataduras de sus muñecas; el hedor a lejía era abrumador.

—Dios mío —dijo Reggie detrás de ella, cuando entró.

—¿Megan? —preguntó Sharon.

—Esposada al radiador —dijo Reggie—. He avisado... vendrá una ambulancia también.

—Ayúdame. Cógele los tobillos.

Juntos, levantaron al tembloroso reverendo del agua. —Llévalo al pasillo —dijo Reggie.

Sharon retrocedió por la puerta, con la cabeza de Ray ahora contra su pecho mientras sujetaba la cuerda alrededor de sus muñecas.

Lo tumbaron. —¡Toallas! —dijo Reggie, desapareciendo de nuevo en el baño. Salió con toallas que Sharon pudo colocar sobre el hombre tembloroso. Reggie fue entonces a buscar algunos edredones de un dormitorio.

Ray no dejaba de gemir. Después de envolverlo, pensó que podría estar diciendo algo. Se inclinó hacia él.

—Mis ojos... —dijo—. Mis ojos...

65

La voz del taxista interrumpió los pensamientos de Gerry. —Aquí estamos. ¿Quiere que la espere? Esta no es la zona más agradable.

Miró por la ventana. La urbanización era un estudio de decadencia urbana: paredes cubiertas de grafitis, tiendas tapiadas y contenedores desbordantes.

Gerry pagó al taxista. —No, gracias —. Conocía Scarborough lo suficientemente bien. Caminaría con Rylan hacia la costa y encontrarían un taxi de regreso por el camino.

El taxi se marchó, y ella se acercó a una casa adosada de aspecto decrépito con Rylan atado a su correa. El aire estaba cargado con el olor acre de goma quemada y algo menos identificable. Marcó el número de Frank otra vez y le salió directamente el buzón de voz. Ya le había dejado un mensaje explicando la pista, comentando que todos estaban ocupados y que vendría sola. Ahora dejó un segundo mensaje, conciso y preciso, como era su costumbre. —Estoy fuera de la casa de Ben Rhodes en Scarborough. He pedido a Clara un perfil detallado sobre él. Cuando lo tenga, te lo reenviaré.

Ya sabía que Ben Rhodes tenía cincuenta y cinco años, estaba desempleado y vivía solo.

También sabía que había tenido graves problemas por maltratar a su perro, Roland, en 1996.

El teléfono de Gerry vibró inmediatamente después de dejar la grabación.

Era otro mensaje de texto de Tom, disculpándose.

De alguna manera, era agradable. Nadie se había preocupado tanto por ella desde sus padres.

Aun así, no dejaba de irritarla. Los mensajes constantes eran intrusivos.

Tendría que considerar seriamente, más tarde, si la naturaleza intensa de su persecución le estaba beneficiando o no.

Gerry llamó a la puerta. Esperaba que Frank la criticara por venir sin él, pero eso era solo parte de su naturaleza hipócrita. Además, con Rylan, una presencia constante a su lado, realmente no se sentía sola ni vulnerable.

Oyó ruidos desde dentro, luego la puerta se abrió, revelando a un hombre corpulento que llevaba un mono manchado de aceite. Se estaba limpiando las manos con una toalla.

Una barba desigual hacía poco por ocultar las profundas arrugas alrededor de la boca de Ben Rhodes. Su rostro estaba más desgastado que el de una persona promedio de su edad, pero tenía una complexión fuerte que sugería que cuidaba de su salud.

A Gerry le costaba mantener el contacto visual, pero en un contexto profesional, se desenvolvía mucho mejor. Era un modo que practicaba, y aunque seguía siendo incómodo para ella, era menos doloroso cuando no era algo personal.

Ben ni siquiera intentó el contacto visual. En cambio, su mirada cayó inmediatamente sobre Rylan, y se puso en cuclillas.

—Labrador Retriever —murmuró Ben, agachándose. Extendió la mano, pero se detuvo, recordando claramente la grasa en sus manos—. No voy a ensuciar ese pelaje tan fino.

Gerry parpadeó, desconcertada por su completa indiferencia hacia su presencia. —Señor Rhodes, soy la inspectora Gerry Carver. Estoy aquí para hacerle algunas preguntas sobre...

—¿Qué edad tiene? —interrumpió Ben, con la mirada aún fija en Rylan.

—Tres... —respondió Gerry—. Señor Rhodes...

—¿Cómo se llama?

Preferiría ir al grano, pero se requería algún tipo de cortesía, especialmente considerando su comportamiento atípico. —Rylan.

—Hace mucho tiempo que no tengo un perro en casa.

—Si prefiere que Rylan no entre en su casa, podemos hablar fuera —dijo Gerry.

—Qué va —dijo, extendiendo la mano otra vez, pero retirándola antes de tocarlo—. Es un chaval muy guapo. Pasad.

Gerry vio a Rylan mirándolo con suspicacia. Rylan solía aceptar a todos con facilidad, pero también estaba luchando con esta atención repentina. —Me gustaría una foto de Rylan si pudiera. Cuando estemos dentro. Juntos. Él y yo.

Gerry no estaba segura de cómo responder a eso. No estaba contenta con la sugerencia, por supuesto, pero no quería que la entrevista empezara con mal pie. —¿Podemos hablar de eso dentro?

Finalmente se puso de pie, continuando limpiándose las manos con la toalla.

Ben miró fijamente a Rylan, y Gerry estaba casi segura de que aún no la había mirado directamente. —Engánchalo a la válvula del radiador. Está sucio aquí dentro. Me rompería el corazón si se lastimara.

Gerry frunció el ceño. —No hay necesidad de atarlo. Rylan está muy bien entrenado. Permanecerá quieto si se lo indico.

Ben negó con la cabeza mientras se daba la vuelta. —Por favor. Engánchalo.

Gerry sopesó sus opciones. La insistencia de Rhodes era una irritación, pero parecía más fácil estar de acuerdo que discutir. —De acuerdo.

Mientras Gerry cruzaba el umbral, intentó explicarle nuevamente por qué estaba allí. —Señor Rhodes...

Pero él ya había desaparecido por una puerta y estaba fuera de vista.

Ella lo siguió.

Había convertido la sala de estar en una especie de taller. Aunque había un único y desgastado sofá, y un viejo televisor de tubo con una antena de conejo, la mesa de café apenas era visible bajo un desorden de trapos aceitosos, tornillos y tuercas. Piezas mecánicas estaban esparcidas por el suelo sobre periódicos

manchados de aceite. También había un fuerte olor a aceite de motor.

—¿Está reparando cosas? —preguntó Gerry.

—Si puedo —dijo Ben—. Me gusta recuperar. Hay tanto desperdicio, ¿no crees? —Señaló una pieza mecánica—. Un microondas destripado. Lo arreglo. Lo vendo. Buen latón. Y estoy haciendo mi parte, ya sabes, contra todo el desperdicio. —Señaló un radiador de aspecto resistente—. Para Rylan.

Ella se acercó y enganchó su correa alrededor de la válvula. Le acarició la cabeza. —No tardaré mucho, Rylan. Quédate quieto.

—¿Té? —preguntó Ben desde detrás de ella—. ¿Tengo Yorkshire?

—No, gracias —rechazó educadamente. Gerry nunca aceptaba bebidas preparadas por otros.

—Nunca he conocido a nadie que rechace el Yorkshire.

Cuando se volvió de Rylan, se sorprendió al ver que Ben se había ido. —¿Señor Rhodes?

—Un momento —gritó él desde la cocina.

Ella se sentó en el sofá.

Él entró sosteniendo un álbum de fotos y una cámara polaroid anticuada.

Dejó la cámara entre las tuercas y tornillos sobre la mesa de café. —Para la fotografía y... —Se volvió hacia ella e hizo contacto visual por primera vez—. Mire. —Ofreció el álbum de fotos—. Verá que tengo buenas intenciones.

¿Buenas intenciones? Algo extraño para decir.

Gerry abrió el álbum. La primera imagen era de un Ben más joven y delgado con su brazo alrededor de un perro pastor. En la siguiente página, tenía aproximadamente la misma edad, arrodillado junto a un par de dálmatas. Página tras página de fotografías. Pasó hasta el final. Ben era mayor en la última, empezando a encanecer. Estaba acariciando a un pequeño chihuahua.

—¿Bonitas?

Ella asintió. —Sí. Son bonitas. Me encantan los perros. —Empezaba a sentirse impaciente—. Pero...

—Un momento... tengo más. —Sonaba aún más ansioso ahora. Se dirigió a la otra habitación—. ¡Espere ahí!

Gerry cerró el álbum, dejándolo a un lado. Frank siempre comentaba lo firme y directa que era ella. A veces en exceso. Eso no podía estar más lejos de la verdad ahora. ¿Qué había en este hombre que la mantenía a distancia?

—Señor Rhodes, realmente necesito hacerle algunas preguntas —dijo cuando él regresó con tres álbumes—. ¿Podría sentarse, por favor? —Usó un tono insistente.

Él asintió. —Por supuesto. —Se sentó en el otro extremo del sofá y puso los tres álbumes entre ellos. Se inclinó hacia la mesa y comenzó a limpiarse las manos grasientas nuevamente—. ¿Es grave?

—Señor Rhodes. Quizás haya oído hablar de un cuerpo recuperado del mar en Whitby el viernes.

—Es la primera noticia que tengo.

—Cerca del muelle de Tate Hill.

—Ah... qué terrible.

—El cuerpo pertenecía a un chico de catorce años llamado Greg Lyle.

Ben se frotaba los dedos con la toalla. Miraba hacia abajo mientras lo hacía. —No lo conozco. —Su respuesta fue más brusca de lo habitual.

—No le pregunté si lo conocía —dijo Gerry—. Pero gracias por ofrecer esa información voluntariamente. —Sacó su cuaderno.

—¿Qué está haciendo? —preguntó. Miró de reojo, rápidamente, pero luego volvió su atención a sus dedos.

—Solo estoy tomando algunas notas, señor Rhodes. ¿Está de acuerdo con eso?

Miró a Rylan y asintió. —Si me permite esa foto, puede tomar tantas notas como quiera.

Gerry respiró hondo y abrió el libro. —Gracias.

—¿De qué quiere tomar notas, de todos modos?

—En 1996, fue acusado de maltratar a su perro.

Ben puso el trapo encima de los álbumes junto a él. Se frotó la cara. Ella podía oír el roce de su barba desigual. Parte del aceite manchó sus mejillas. —Un malentendido, aunque, todo eso... Un malentendido. —Asintió y sonrió a Rylan como si se dirigiera a su perro y le ofreciera garantías.

Gerry encontró la fotografía en su teléfono de Greg y Buddy. —Este era su perro. Un golden retriever. Roland. Se lo quitaron.

Él no miró.

—¿Quiere mirar?

—No puedo...

—¿Por qué?

—Me rompe el corazón.

Gerry asintió. —La imagen muestra a Roland, su golden retriever, y a Greg...

—Un vecino dijo que estaba lastimando a Ro, ya sabes. Pero no era cierto. Rylan puede verlo. —Guiñó un ojo—. ¿Verdad, chico? Uno de esos errores judiciales.

—Su vecino tomó fotos de usted maltratando a Roland —dijo Gerry con calma.

—Nunca lo hice. Lo amaba. Las fotos pueden falsificarse, ¿no?

—Sí. Mucho más fácil ahora que antes. ¿Le gustaría ver las imágenes de nuevo?

—Mentiras... malentendidos... errores judiciales... ¿Estamos listos para tomar mi fotografía ahora?

—Señor Rhodes, después de que le quitaran a Roland, recibió una prohibición de por vida para tener perros. También cumplió tres meses en prisión. Me pregunto, ¿volvió a verlo después de...?

—Me quitaron a Ro. —Hizo un rápido asentimiento al final para enfatizar la injusticia que percibía.

Gerry asintió. —¿Volvió a verlo alguna vez? —preguntó Gerry.

Él negó con la cabeza.

Todavía no había mirado la fotografía en su mano. Ella lo intentó de nuevo. —¿Podría mirar la foto, por favor, señor Rhodes?

—Lo que sea. —Se volvió y miró hacia abajo. Una sonrisa parpadeó en su rostro—. Mi mejor muchacho —susurró. Señaló una distintiva mancha blanca en el pecho del retriever—. Con forma de media luna. Ese es mi mejor, mejor muchacho.

—¿Y reconoce a este niño?

Él negó con la cabeza.

—Greg Lyle. El cuerpo que fue recuperado —explicó Gerry—. A Roland lo llamaron Buddy después de la adopción.

Asintió y apartó la mirada de nuevo, mirando a Rylan. —¿Tuvo una buena vida entonces? ¿Mi muchacho?

—No lo sabemos —dijo Gerry suavemente—. Porque Buddy desapareció el mismo día que Greg, en octubre de 1998.

Se frotó la cara otra vez, esparciendo el aceite. —Eso es triste.

Le dio un momento. —¿Tiene alguna idea...?

—No... —murmuró de nuevo. Se puso de pie—. Solo dame un momento. Lo siento... esto es abrumador. —Salió de la habitación.

Gerry miró alrededor de la habitación, tratando de obtener una comprensión más profunda de quién era Ben, pero todo lo que veía era aceite, suciedad y caos. Un hombre triste que se había alejado de la realidad. Sus instintos sobre la desaparición de Buddy, anteriormente, la habían llevado a este hombre, pero ahora no podía evitar sentir que quizás se había precipitado. Oyó el inodoro tirando de la cadena desde algún lugar de la casa.

Se acercó y continuó hojeando los álbumes de fotos.

Se detuvo de golpe.

Un golden retriever. Una distintiva mancha blanca en forma de media luna. Ben, orgulloso como un pavo real, arrodillado junto a él.

Volvió a mirar la foto de Buddy en su teléfono. La misma mancha en forma de media luna. Exactamente igual. En la parte inferior de la fotografía polaroid estaba garabateado: 8/9/99. Estaba manchado, pero estaba casi segura de que era el año 1999. Un frío se apoderó de ella. Esto había sido tomado menos de un año después de que Greg y Buddy desaparecieran. Gerry pasó varias páginas más para mayor confirmación. El mismo perro, otra vez... definitivamente Roland... 6/5/02. A medida que pasaba las páginas, notó que las imágenes que incluían a ese mismo golden retriever se hacían más frecuentes, y Ben iba envejeciendo, volviéndose más canoso y corpulento. Luego, en algunas de las fotos posteriores, 4/4/06 por ejemplo, el retriever también parecía mayor, más desgastado y perdiendo el brillo en su color.

Así que Ben había recuperado a Roland.

Gerry sintió que su ritmo cardíaco aumentaba. Podía oír movimiento en la casa. Su teléfono vibró: era un mensaje de Clara desde la central. Adjunto había un PDF titulado "Historial laboral de

Ben Rhodes". Hizo clic en él y la aplicación correspondiente lo abrió. Escaneó la lista buscando las fechas más relevantes.

De 1992 a 1998, Ben trabajó para Whitby Appliances.

Respiró hondo.

Whitby Appliances.

WA.

Recordó el busca: *perdiendo el control. Encuentro WA. Trae*

Sus ojos se movieron entre la imagen del retriever envejecido junto a Ben y su historial de empleo.

Greg había devuelto a Buddy a Ben. ¿Por qué? ¿Porque estaba perdiendo el control? ¿Implicaba eso que Ben había matado a Greg?

Sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal.

El frigorífico...

Whitby Appliances...

Miró las piezas mecánicas dispersas.

Todo podría encajar.

Necesitaba irse. Se puso de pie, con el teléfono en la mano, enviando un mensaje a Frank...

Una mano aceitosa surgió de la nada, le agarró la muñeca y le arrebató el teléfono.

—No deberías haber venido aquí —dijo Ben.

Rylan ladró.

De repente, sintió como si su cabeza estuviera ardiendo. Él la empujó de vuelta al sofá. Con los ojos llorosos, levantó la mano para arañar la mano que sujetaba su pelo.

Fue arrastrada a lo largo del sofá. Vio a Rylan tensando su correa, ladrando.

—No te preocupes, cuidaré bien de él.

—Suéltame...

La tiró de nuevo, brusca y repentinamente, por encima del brazo del sofá, y luego sintió un golpe repentino en el costado de su cabeza.

Todo se volvió negro.

66

Samantha no se hacía ilusiones. Siempre supo que el impacto de su pódcast iba a ser sísmico. Sin embargo, había subestimado la velocidad a la que se volvería viral. Apenas lo había publicado hacía varias horas, y ya estaba en todas partes.

Pensó que habría tenido más tiempo para convencer a Raven de que contara su versión de la historia.

Sin embargo, ahora era obvio por el clamor en internet que Raven habría desaparecido en el éter antes de que acabara el día.

Samantha necesitaba actuar inmediatamente antes de que Raven dejara de existir.

Presentarse en la casa de la persona a la que habías expuesto —algunos dirían destruido— podría parecer atrevido y algo arrogante.

Pero Samantha no se achantó.

Cuando se trataba de la verdad, todo lo demás era irrelevante.

No se sentía demasiado confiada de obtener una respuesta de Raven. La había rechazado rotundamente la otra noche. Pero ahora, con el final cerca, quizás ella apreciaría la oportunidad de compartir su versión de la verdad con aquellos que dejaría atrás.

Mientras llamaba varias veces a la puerta, realmente esperaba no haber llegado demasiado tarde. Que no se la hubieran llevado ya.

¿Podrían haber venido a por ella... haberla trasladado tan rápido?

No hubo respuesta.

Sintiendo una gran decepción, se deslizó hacia un lado e intentó mirar por la rendija de las cortinas cerradas—

Su mano voló hacia su boca.

La habitación estaba en desorden. Había cosas rotas y volcadas. Y, en el centro de todo, Raven yacía boca arriba.

Inmóvil.

Fue hacia el picaporte de la puerta principal. Estaba abierta. Dentro, el hedor a vómito era abrumador. Le hizo llorar los ojos. Se cubrió la nariz con la manga mientras entraba en la habitación.

Raven estaba pálida, inmóvil, tumbada en un charco de vómito.

—¿Raven? —Samantha se arrodilló junto a la mujer postrada, sin preocuparse por el vómito que empapaba sus pantalones. La sacudió suavemente—. ¿Puedes oírme?

Nada.

Le tocó la cara, pálida y fría, luego buscó el pulso. Débil, pero ahí estaba. Divisó un blíster en el suelo. Pastillas para dormir.

Se le heló la sangre.

Una sobredosis.

Podía sentir la culpa... asomando su fea cabeza.

La verdad a veces tiene un precio, pensó para sí misma, alcanzando su teléfono. Sus convicciones no serían suficientes a largo plazo para alejar la culpa, pero le darían algo de fuerza en las horas venideras.

—Llegas tarde —dijo una voz detrás de ella—. Está muerta.

Samantha se dio la vuelta bruscamente, con el corazón en la garganta.

Simon Lyle estaba en el umbral.

—¿Qué hace usted aquí? —Se le heló la sangre. ¿Había sido *él* quien había hecho esto? Miró alrededor de la habitación, buscando cualquier cosa que pudiera servir como arma...

—Quería saber si ella mató a mi hijo.

—¿Y lo hizo? —preguntó Samantha, levantándose lentamente.

Él se encogió de hombros. Luego, se giró hacia un lado y se marchó.

67

Fuera del hospital, Frank dio una larga calada a su cigarrillo liado y trató de hacer un cálculo rápido en su cabeza de cuántos había fumado hoy.

Fracasó miserablemente.

Miró el que tenía en la mano. Tenían que desaparecer.

Anoche, cuando el apoyo llegó del lugar más inesperado en la figura de Henrietta Timber, Frank se había mantenido fuerte. A pesar del casi encuentro con su hija, había rechazado su oferta de un whisky para calmarse.

Suspiró. Solo pensar en la perspectiva de luchar contra el alcohol y los cigarrillos por el resto de su vida le hacía sentirse agotado, pero era eso, o probablemente no viviría lo suficiente para ver a su hija de nuevo.

Y eso era inconcebible.

Miró su reloj. Los médicos llevaban bastante tiempo trabajando en los ojos de Ray. Habría daños, pero todavía estaba por ver cuántos.

Megan también le había dado una cucharada de su propia medicina con un baño de hielo, aunque le había dejado allí durante demasiado tiempo. Sus órganos no habían reaccionado muy bien a eso.

En pocas palabras, el hombre no estaba en condiciones de ser interrogado, así que los médicos no le permitirían acercarse.

Este parecía ser el tema de toda la investigación.

Con Ray en mente, miró hacia arriba, preguntándose si alguien allá arriba conspiraba contra él.

Mantente alejado Frank, no hablarás con ninguno de tus sospechosos.

Desechó esta idea. Después de todo, no tenía ni un gramo de religiosidad en su cuerpo. Su conclusión final fue que simplemente era un detective de policía con una maldita mala suerte.

Sharon, que estaba en el hospital en este momento, le había dicho a Frank que Ray había estado murmurando el nombre de su hermano durante todo el trayecto en ambulancia, disculpándose repetidamente. *Graham*. Reggie ya había hablado con Megan bajo custodia. Su historia era similar a la de Greg en esos vídeos. Adoctrinamiento religioso que la había dejado dañada y perdida en la vida.

Frank suspiró. Temía la verdad. ¿Cuántos niños habían sufrido a manos de este hombre?

Ray, independientemente de si mató a Greg o no, iría a la cárcel por mucho tiempo.

Tener el coraje de robar ese vídeo a Ray y esconderlo había sido un movimiento valiente y admirable por parte de Greg.

¿Pero le había costado finalmente la vida? ¿Había intentado Ray recuperarlo?

¿La palabra *trae* en ese mensaje del buscapersonas se refería a esta prueba?

¡Cómo deseaba poder preguntarlo!

Y luego estaba Georgi. Max ya había llamado para decir que Georgi había admitido haber visto a Greg, pero insistía en que no tenía nada que ver con su muerte. Había estado algo preocupado por la creciente relación entre Lilly y Greg, pero sus palabras más recientes sobre el asunto, dirigidas a Max, fueron: «¿Crees que sería tan jodidamente estúpido como para enfrentarme a un chico del pueblo, y mucho menos matarlo?»

Aun así, de nuevo, Frank preferiría realizar él mismo el interrogatorio.

Una ambulancia interrumpió su hilo de pensamiento.

Se acercó con las sirenas sonando.

Observó cómo la ambulancia frenaba bruscamente cerca de Urgencias, sus luces pintando la noche con destellos alternantes de rojo y azul.

Los paramédicos salieron disparados de la parte trasera, sacando una camilla a toda velocidad. Frank no estaba demasiado lejos, así que, mientras pasaban rápidamente cerca, se colocó las gafas sobre la nariz y alcanzó a ver al paciente.

Maldita sea... no podía ser...

Samantha Wells bajó de la parte trasera de la ambulancia.

¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Qué ha ocurrido, Samantha?

Los ojos de la mujer estaban desencajados, su respiración entrecortada. —Ella... intentó suicidarse. Pastillas. La encontré así.

—¿Qué hacías allí?

—Ofrecerle una entrevista.

—¿Por qué? ¿No te advirtieron que no publicaras ese pódcast?

—Sí... pero lo publiqué hace dos horas.

Sus ojos se agrandaron. —Maldita sea. —Miró las puertas de Urgencias, que aún se balanceaban tras el paso apresurado de la camilla.

Volvió a mirar a Samantha, entrecerrando los ojos.

—Sé lo que piensas —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Di lo que piensas si quieres.

—¿Serviría de algo?

—No.

—Supongo que somos quienes somos, ¿eh? Sin importar el coste.

—Creo en la verdad.

—Ya veo. Como dije. Sin importar el coste.

Ella se estremeció, pero luego se endureció y le devolvió la mirada. —Simon Lyle estaba allí. El padre de Greg.

Los ojos de Frank se abrieron de par en par. Dio un paso adelante. —¿Por qué?

—Dijo que quería preguntarle sobre su hijo. ¿Si ella lo mató?

Frank asintió. Tenía sentido. Debía haber escuchado el pódcast. Entonces, ¿por qué no lo haría? Más temprano, Frank había hecho exactamente lo mismo.

—Ella no lo hizo —dijo Frank.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—Eso no es realmente una cita decente que pueda usar si...

—¿Crees que me importa?

—¿Crees que Simon podría haberle hecho eso? —preguntó Samantha, arqueando una ceja.

—Por el amor de Dios. Vete a casa, Samantha.

Se dio la vuelta. Era un punto muy válido. Alcanzó su teléfono, planeando hacer que detuvieran a Simon.

Mierda... lo había dejado en el coche.

Al acercarse a Bertha, vio el tenue resplandor de la pantalla de su teléfono a través de la ventanilla. Abrió la puerta de un tirón, agarrando el dispositivo. Dos llamadas perdidas de Gerry y un mensaje de voz.

Después de escucharlo, arrancó el motor. *Maldita sea, Gerry.*

Y tienes el descaro de llamarme a mí un temerario.

68

Frank intentó llamar a Gerry cuatro veces durante el trayecto sin obtener respuesta. Con cada intento, se ponía más y más ansioso. A diferencia de él, ella era eficiente. Siempre contestaba sus llamadas. Para cuando llegó a la deteriorada propiedad, el sol ya se había puesto, su corazón latía con fuerza y estaba empapado en sudor. *De todas las malditas estupideces*, pensó.

¿Era culpa suya? ¿Su enfoque impulsivo estaba influyendo en Gerry?

En realidad, tenía poco sentido. Influir en Gerry era imposible. Ella tenía sus propias maneras y métodos.

Apagó el motor y miró la casa, esperando que simplemente el teléfono de ella se hubiera quedado sin batería.

Después de todo, estaba con Rylan.

Pero mientras se acercaba a la casa, no podía evitar que su mente paranoica se acelerara. Había escuchado los mensajes sobre ese tal Ben Rhodes. Sonaba prometedor. Lo que significaba que Gerry podría haber tropezado con la verdad...

¿Y cuán peligrosa podría ser la verdad?

Se apresuró sobre el pavimento agrietado, pero cada paso se sentía como una milla. Podía oír a un perro ladrando frenéticamente. ¿Rylan?

Sacudió la cabeza. En este momento, para su mente paranoica, cualquier perro sonaría como Rylan.

Pero a medida que se acercaba a la casa, los ladridos se hacían más fuertes y, como resultado, parecían más desesperados.

Se le heló la sangre y echó a correr.

La luz estaba encendida en la sala de estar. Atravesó el jardín y la hierba muerta hasta la sucia ventana delantera. Su repentina respiración agitada empañó el cristal, así que tuvo que limpiarlo antes de poder ver correctamente.

¡Sí *era* Rylan!

Estaba atado al radiador, tirando de su correa, ladrando frenéticamente. Dirigió su atención a Frank en la ventana, gimió varias veces y luego ladró de nuevo.

Frank examinó el interior, que era un caótico desorden de piezas mecánicas, trapos manchados de aceite y...

Se le cortó la respiración.

Había un charco oscuro en el suelo cerca del sofá que se parecía a sangre.

¡Mierda! Gerry, mierda...

Corrió hacia la puerta principal. Estaba cerrada. Con el corazón golpeando contra sus costillas, consideró derribarla de una patada.

Mientras optaba por ir por la parte trasera, sacó su teléfono y marcó a Sharon.

—Sharon... habla con Clara... consigue respuesta para... —Estaba jadeando por aire.

—Señor, ¿está bien?

—¡La casa de Ben Rhodes ahora!

—¿Señor?

—¿Me escuchas? Ben... Rhodes...

—Sí, señor.

Colgó.

El jardín trasero, bordeado por una pared baja y desmoronada, se extendía cubierto de hierba alta y maleza. Había un cobertizo grande al fondo en silueta. Agarró un ladrillo suelto de la pared, cuyo peso le resultaba reconfortante en la mano.

Jadeando ante la puerta de la cocina, sacudió la cabeza. *Contrólate, pedazo de cabrón.*

La puerta de la cocina cedió. Frank entró, sus fosas nasales asaltadas por el olor a aceite. Platos sucios se apilaban en el fregadero. La encimera estaba desordenada con herramientas grasientas y latas de judías a medio comer.

Entró en la sala de estar. Rylan gimió cuando lo vio de nuevo. —¿Cómo estás, colega? —Su voz estaba tensa por la tensión. Echó un vistazo a la mancha oscurecida otra vez y sintió que se le revolvía el estómago. Desenganchó la correa del perro del radiador—. ¿Dónde está Gerry?

Con otro gemido, tiró de Frank hacia la cocina.

—¿Fuera? —preguntó Frank, pero era innecesario. Rylan tiró de él con *fuerza*.

De vuelta en el jardín, Frank miró el cobertizo, de lado, en la creciente oscuridad.

—Vale, espera aquí —susurró, tratando de asegurar a Rylan al pomo de la puerta—. Mierda, Rylan, quédate quieto...

Con un poderoso tirón, el Labrador se liberó y salió disparado hacia la penumbra, ladrando de nuevo.

Frank lo persiguió, recordando la pared desmoronada en el último segundo, y haciendo un pequeño salto torpe. Tropezó. La imagen de aquella mancha de sangre cruzó por su mente. Esto le inspiró a corregir su pisada y lo impulsó a seguir, a pesar de que su cuerpo envejecido y con sobrepeso estaba casi agotado.

Supo entonces, en ese momento, que si perdía a Gerry, había terminado con el mundo.

Hubo un grito. La voz de un hombre, llena de dolor y rabia.

Rylan estaba gruñendo y soltando gruñidos amenazantes.

Frank vio que el cobertizo de lado estaba en realidad ligeramente orientado hacia fuera de la casa. Se vio obligado a rodearlo para ver exactamente qué estaba pasando.

Un hombre, presumiblemente Ben, estaba en la entrada tirado en el suelo mientras Rylan tenía los dientes clavados alrededor de la pierna de su mono de trabajo, tirando y gruñendo.

El cabrón estaba arremetiendo contra Rylan con algún objeto metálico de aspecto pesado.

—¡Rylan, aléjate de él! —gritó Frank, sabiendo en el fondo que nunca abandonaría la pelea. Se acercó a ambos con el ladrillo. Cuando pudo ver directamente dentro del cobertizo, su corazón casi se detuvo.

Dios, no...

Había una linterna en el suelo que Ben debía haber dejado caer cuando Rylan lo emboscó. Estaba encendida y apuntaba directamente a la cara de Gerry.

Había sangre manchada en la mejilla inmóvil de su inspectora, y algo más brillando en la madera bajo su cabeza.

Rylan soltó un grito.

Frank volvió a la realidad justo a tiempo para ver al Labrador retrocediendo apresuradamente. Estaba gimiendo.

—No quería hacer eso, chico —dijo Ben, quien comenzó a ponerse de pie, sosteniendo el arma que había usado contra Rylan.

Frank estuvo allí en un instante, su brazo inmovilizando la garganta de Rhodes en una feroz llave. Hizo una promesa que no tenía intención de romper—. Voy a partirte el puto cuello.

69

El mundo de Gerry recuperó un doloroso enfoque. La cabeza le palpitaba, cada latido enviaba oleadas de náuseas por todo su cuerpo. Sus pensamientos estaban fragmentados, su comprensión de lo ocurrido era esquiva.

Pero entonces los recuerdos llegaron en una serie de destellos. El álbum de fotos, un golden retriever envejeciendo a través de las páginas, el historial laboral en su teléfono. WA. Whitby Appliances. Ser arrastrada del sofá. Un dolor abrasador en el cuero cabelludo por su mano, y luego por un golpe repentino en un lado de su cabeza...

La comprensión la golpeó como un impacto físico, obligándola a tomar una repentina bocanada de aire. Gimió, el sonido parecía venir de lejos. Su mano se movió instintivamente hacia el lado de su cabeza, sus dedos quedaron pegajosos de sangre. La mente analítica de Gerry se activó, incluso a través de la niebla del dolor. Probable conmoción cerebral. Posible fractura de cráneo. Tiempo transcurrido desde la lesión incierto...

¡Rylan!

Jadeó. Él había estado tirando de su correa, desesperado por llegar hasta ella.

—Rylan —dijo en voz alta.

Inmediatamente, sintió la cálida y reconfortante sensación de su lengua en la cara. Su mano encontró su pelaje, anclándola en el presente.

Parpadeó contra la tenue luz de la linterna a su lado. El mundo se inclinó y giró mientras intentaba incorporarse. Las formas se movían, las voces resonaban, pero todo parecía distorsionado, como si estuviera bajo el agua. Rylan gimió suavemente, acercándose más a ella, lamiéndola, convenciéndola de que no se moviera todavía.

Gradualmente, su visión se aclaró. Desde donde estaba tumbada, podía ver la espalda de alguien. Hombros agitados. Un hombre corpulento. *¿Frank?*

—Frank... —llamó Gerry, con una voz apenas por encima de un susurro. Tragó con dificultad, saboreando el cobre, e intentó de nuevo.

Le llegó más claridad. Se dio cuenta de que era Frank y estaba golpeando a alguien.

—Para... —Su voz era demasiado débil—. Frank.

Frank gritaba mientras golpeaba. No la oiría.

No parecía que fuera a detenerse.

—Frank...

Hubo una pausa momentánea mientras Frank cesaba su ataque. ¿La había oído? ¿O estaba sin aliento?

¿Importaba?

—Frank... Frank...

Él se volvió al sonido de su voz. —Gerry...

Avanzó tambaleándose hacia ella mientras intentaba incorporarse de nuevo.

—No, chica —dijo él—. Quédate quieta... quédate quieta...

—Él lo mató, Frank... Ben Rhodes mató a Greg. Detenle.

Frank se arrodilló junto a ella y tomó su mano. —Lo haré... cuando despierte. —Le tocó la mejilla con el dorso de la mano. Tenía una expresión afligida en su rostro que nunca había visto antes—. Me alegro tanto... Pensé... Yo...

Sintió a Rylan lamiéndole la otra mano.

—¿Le has hecho daño? —preguntó Gerry.

—Pensé que... —continuó Frank.

—¿Qué tan grave, Frank?

Hubo una pausa. Su mente analizó. Uso excesivo de la fuerza. Posibles cargos por homicidio involuntario. Mala conducta que podría

acabar con su carrera.

—Estará bien —dijo Frank, pero su voz no sonaba sincera.

A lo lejos, podía oír sirenas. Acarició a Rylan con una mano, cerró la otra alrededor de la de Frank.

La habitación volvió a dar vueltas.

—Vamos, Gerry, chica, vamos —dijo Frank—. Mantén esos ojos abiertos.

Intentó aferrarse a la sensación de la mano de Frank y la lengua insistente de Rylan, pero la oscuridad que se acercaba era implacable.

70

Reggie y Sharon estaban sentados frente a Ben en la sala de interrogatorios.

Sus ojos se estaban amoratando. Tenía tiritas en la frente y sostenía un pañuelo contra su nariz ensangrentada.

Junto a él estaba sentada su abogada. Escribía en su cuaderno con expresión severa y labios fruncidos.

Ya le habían examinado en el hospital, curado y hecho radiografías. No tenía nada roto. Tenían que vigilarle durante veinticuatro horas, y podría haber sido prudente retrasar el interrogatorio, pero él había insistido en hacerlo ahora porque quería presentar una denuncia. —Ese agente se pasó de la raya.

Donald estaba convencido de que la denuncia no tenía fundamento. La vida de Gerry había estado en grave peligro, después de todo. Sin embargo, como precaución, la solución sensata era que Ben fuera interrogado por alguien que no fuera Frank.

Frank le había dicho a Donald directamente: —Sharon y Reggie, por favor.

Donald había concedido la petición. Estaba sintiendo la presión del caso y quería resolverlo todo sin más problemas con Frank.

Sharon se inclinó hacia delante, con voz firme pero con un trasfondo de acero. —Te alegrará saber que la inspectora Gerry Carver, la agente a la que agrediste, Ben, estará bien. Tiene una conmoción cerebral, pero se recuperará. Como tú... solo necesitamos vigilarla.

Los ojos de Ben recorrieron la habitación. Todavía no se habían posado en ninguno de los detectives. —Se cayó.

—La arrastraste del sofá tirándole del pelo —dijo Reggie.

—No pretendía que se golpeara la cabeza.

La mirada de Sharon era imperturbable, su tono engañosamente tranquilo. —Entonces, ¿qué pretendías?

Ben se encogió de hombros. —Hay momentos, ¿sabes? Me dan como arrebatos. Habría llamado a alguien.

—¿Por qué la llevaste a tu cobertizo, entonces? —preguntó Reggie.

—Pensé...

La abogada lo detuvo con un toque en el hombro.

—¿Pensaste qué? —preguntó Sharon.

—Pensé que ya estaba muerta.

La abogada retiró su mano. Hubo un breve movimiento de cabeza mientras tomaba otra nota.

Ben dejó caer el pañuelo de su nariz. Tenía el labio superior manchado de sangre. Sin embargo, parecía que el sangrado se había detenido.

La voz de Sharon cortó el silencio, precisa y profesional. —Hablemos de Greg Lyle un momento, Ben.

Hubo un momento de silencio mientras él jugueteaba con sus manos manchadas de aceite. No respondió.

La abogada le susurró al oído y luego dijo: —Mi cliente...

La cabeza de Ben se levantó de golpe, sus ojos repentinamente enfocados directamente en Sharon. —¿Cómo está el buen chico? ¿Rylan?

Sharon lo miró fijamente, luego asintió brevemente. —Estará bien —dijo Sharon.

La voz de Ben tembló. —No quería que eso pasara. Me estaba agarrando. Y, a veces, ya sabes, como dije, a veces tengo esos momentos... —Se interrumpió.

—Me gustaría un momento para hablar con mi cliente —dijo la abogada.

—Amo a los perros. Amaba a Ro. ¿Me crees? —Miró directamente a Sharon otra vez.

Sharon asintió. Podía ver la sinceridad en sus ojos. —Sí.

—Bien. —Bajó la cabeza, miró sus manos y asintió—. Greg era un buen chico... Siento lo que pasó.

Sharon y Reggie intercambiaron una mirada.

—Ben —dijo la abogada, tocándole el brazo de nuevo.

Ben apartó el brazo bruscamente, su voz elevándose con un tono desesperado. —Ya es demasiado tarde, de todos modos. —Miró a Reggie y asintió—. Lo saben.

—Hay muchas pruebas. —Reggie lo miró con ojos duros.

—Solo quiero que sepáis que fue por Ro... siempre por Ro. Cuando me quitaron a mi chico, no fue solo como perder a un mejor amigo... Ro era mi familia. A veces me enfadaba con él, me daban arrebatos. Hacía cosas, cosas fuera de mi control. Nunca le hice tanto daño como todos decían. Ese vídeo que grabó el vecino, bueno... —Bajó la cabeza, su voz convirtiéndose en un susurro—. Era un imbécil. Ese no era yo, ¿sabes?, no realmente. Después de que se llevaran a Ro, estaba perdido. Tampoco me permitieron tener otro perro, aunque tampoco habría importado. Quería recuperar a Ro.

—¿Ben? —dijo la abogada.

—¡Vete a la mierda!

Ella se estremeció y bajó la mirada.

Las palabras de Ben empezaron a salir más rápido. —Lo vi un día. A mi chico, Ro. Caminando cerca de West Cliff, cerca de donde estaba trabajando en ese momento. Supe que era mi chico. Y él también me reconoció. Me acerqué, y empezó a ladrar en mi dirección. —Una sombra de sonrisa cruzó su rostro magullado y lleno de lágrimas.

Sharon se inclinó hacia delante, su voz suave pero inquisitiva. —Solo para aclarar, ¿para quién trabajabas en ese momento?

—Whitby Appliances.

—Gracias.

Él asintió. —Ro era feliz con Greg. Lo sabía, realmente lo era, honestamente. Se notaba. —Miró a Sharon por primera vez en un rato—. No podía creer lo que veían mis ojos, como que... tan feliz... tan bien cuidado. Mi chico adoraba a Greg. Estaba triste, pero al

mismo tiempo, feliz, ¿sabes a lo que me refiero? Me alegraba por Ro.

Sharon asintió, su expresión suavizándose ligeramente. —Sí.

—Greg era un buen chico. Llegué a conocerlo. Todo bien, ¿sabes? —Escucharon mientras Ben describía unos felices meses, su voz subiendo y bajando con los recuerdos—. Pasaba cerca de mi trabajo cada mañana, y yo siempre me aseguraba de estar allí. Claro, no podía decirle la verdad. ¿Cómo podría? —Sonrió y cerró los ojos—. Pero la vida fue tranquila por un tiempo.

Pasó un breve tiempo. La sonrisa de Ben desapareció, pero sus ojos permanecieron cerrados. Estaba perdido en algún lugar... y después de un par de minutos, ella pensó que era hora de hacerle volver. —¿Qué pasó? —preguntó Sharon.

Él abrió los ojos y los fijó en los de ella. —Nunca lo planeé ni nada. Esa es la verdad. Estar cerca de Ro otra vez era lo que importaba. —Negó con la cabeza—. Y me caía bien el chico, Greg. Era como yo, ¿sabes? No igual que todos los demás. Amaba a los animales, como... —Sonrió y volvió a perderse en sus pensamientos —. Animales marinos. Conectamos. No eran solo Ro y yo; éramos yo, Ro y Greg. Aunque, ¡llamarlo Buddy todo el tiempo me dolía la cabeza! Teníamos un lugar para encontrarnos también. Verás, el señor Faulkes, el dueño de WA, era viejo. Apenas venía ya. Me había confiado la dirección de esa tienda. ¡Y yo era de confianza, también! La gente traía sus cosas viejas para arreglar. Me encanta abrir las cosas, ver cómo funcionan, volver a montarlas. De todos modos, Greg solía venir, y yo le mostraba estas cosas. Parecía estar interesado. Dibujaba. Hacía bocetos. ¡A veces dibujaba el interior de las máquinas para mí! Ojalá todavía los tuviera.

—¿Cuánto tiempo duró esto? —preguntó Sharon.

Ben se encogió de hombros. —Meses.

—¿Cuántos, aproximadamente?

—No estoy seguro... tres, cuatro... podría ser más... no se me da muy bien llevar la cuenta del tiempo y esas mierdas.

—¿Los padres de Greg sabían de estas visitas?

Ben negó con la cabeza, bajando la voz. —No. Greg sabía que sería nuestro secreto. Que sus padres no lo entenderían. Sé cómo

suena eso, pero en ese momento, no quería arriesgarme a perderlos a ambos... especialmente a Ro... Por fin lo había recuperado, ¿sabes?

Cerró los ojos otra vez y hubo más silencio que se prolongó, y fue Reggie quien eligió acelerarlo esta vez. —¿Qué pasó?

La cara de Ben se contrajo. Negó con la cabeza, murmurando para sí mismo. Parecía estar en dolor físico.

—¿Ben? —dijo Sharon, suavemente.

Ben abrió los ojos. —Greg lo descubrió. Morris Nile. Viejo entrometido. Llegué tarde al trabajo una mañana, así que acabé detrás de Buddy y Greg mientras venían a verme. Me di cuenta de que hablaban con Morris, más adelante. Me quedé atrás. Morris conocía al vecino que me había denunciado. Pero me vio, ¿no? Empecé a caminar en la otra dirección. Ya era demasiado tarde. El cabrón me señaló a Greg. Viejo bastardo. No derramé lágrimas cuando me enteré de que la había palmado. Se lo merecía. Ese día, esperé hasta que Morris se largó, y luego fui tras Greg y Ro. Mierda. Sabía, incluso antes de alcanzarlo, que todo estaba jodido. Greg estaba triste... enfadado... No me escuchaba. Estaba furioso, dijo que se lo iba a contar a sus padres, a la policía... y luego simplemente se fue. Desapareció. ¿Y qué iba a pensar? Era obvio que iba a perder a Ro una segunda vez... ¿Y si nunca lo volvía a ver?

Ben bajó la cara.

La abogada, con aspecto frustrado, continuó tomando notas.

Sharon dijo: —Las fotografías que vio la inspectora Carver sugieren que lo viste de nuevo... hasta su vejez.

Ben levantó la mirada, su expresión atormentada. Asintió. —Sí.

—¿Y volviste a ver a Greg? —preguntó Reggie.

Asintió. —Una última vez.

—¿Cómo ocurrió eso? —preguntó Reggie.

—Su número de buscapersonas. Solo sus padres lo usaban, para que llamara a casa, pero tenía el número pegado en la parte trasera en una pequeña etiqueta blanca. Lo había copiado una vez en el pasado cuando lo vi. Llevaba más de una semana sin verlo. Le envié un mensaje. Le dije que viniera a la tienda a la mañana siguiente, que trajera a Buddy. Necesitaba intentarlo. Y... bueno, le dije que

estaba deprimido, que me estaba perdiendo a mí mismo... que estaba al borde del precipicio. Sabía que me veía como un amigo. Que vendría.

—¿Qué habías planeado hacer?

—Solo suplicar —dijo Ben—. Lo juro por Dios. Nada más. Intentar convencerle de que yo era una buena persona... que amaba a Ro... a Buddy... que entendía que Buddy ahora era suyo... Que nunca le haría daño de nuevo. Que era diferente ahora, que podía controlar mi temperamento, pero que solo quería seguir viéndolo.

Pasó un largo silencio.

—¿Y? —preguntó Sharon.

—Y, cuando dijo que no volvería a venir... —Miró al techo—. Esa cosa volvió a pasar.

Más silencio.

—¿Qué cosa? —preguntó Reggie.

—Lo mismo que pasó con esa chica que vino a verme hoy. Perdí el control, y...

Se interrumpió.

—¿Entonces? —continuó Reggie.

—Es borroso... muy borroso... —dijo Ben.

—¿Entonces sabes lo que hiciste? —preguntó Sharon.

—Sí, lo sé. Lo sacudí. Le grité. —Se frotó los ojos—. Le pegué. —Bajó las manos—. Cuando estoy así... yo... simplemente sigo hasta que, bueno...

—Continúa, por favor —dijo Sharon, sintiendo que todo su cuerpo se derrumbaba, mientras Ben relataba la muerte de un niño.

Ben cerró los ojos y puso las manos en sus sienes alrededor de las tiritas. —Ro me estaba ladrando, tirándome de la pierna con los dientes, pero todo lo que podía sentir era rabia y pérdida. Me lo quitaron. Y ahora me lo estaban quitando otra vez. ¿Por qué nadie me escuchaba? ¿Me entendía? ¿Me ayudaba? ¿Es que yo no importo? Y entonces... bueno, y entonces...

—¿Entonces? —dijo Sharon.

—Ya no se movía, ¿verdad? Le había pegado demasiado fuerte. Demasiadas veces.

—¿Estaba muerto? —preguntó Reggie.

—Eso parecía.

—¿Pero pensaste que la inspectora Carver estaba muerta hoy?

—Sí —dijo, asintiendo.

—¿Así que podría haber estado vivo? —dijo Reggie.

Oh Dios, pensó Sharon, *por favor, que no sea ese el caso.*

Ben se encogió de hombros. —No lo sé.

—¿Pensaste en llamar a una ambulancia? —preguntó Reggie.

—No.

Sharon miró a Reggie. Tenía la cara roja. Le dio un suave asentimiento, tratando de comunicarse con él sin hablar.

Pareció entender el mensaje de no perder los estribos. Era horrible, pero la confesión lo era todo. Respiró hondo y pareció calmarse.

—¿Y después? —preguntó Reggie.

—Tenía que esconderlo. Había algunos electrodomésticos viejos almacenados en la parte trasera de la tienda. Al señor Faulkes le gustaba guardar algunos como recuerdos. Neveras y hornos viejos y cosas así. Lo metí en una vieja nevera. Sabía que si se despertaba, no podría salir. Vomité allí mismo, por todo el suelo, pero ¿qué podía hacer? Era él o yo. Esa noche, estuve despierto, con Ro a mi lado. Entré en pánico. Me imaginaba a Greg golpeando la nevera desesperado por salir. Me imaginaba al señor Faulkes encontrándolo a la mañana siguiente.

El estómago de Sharon dio un vuelco. Incluso notó que la abogada estaba pálida ahora, y probablemente aliviada de simplemente obtener esta confesión completa, hacer que lo encerraran y pasar a un nuevo cliente.

—Volví esa noche con la furgoneta. No se oía nada. Juro que ya debía haberse ido, pero no podía arriesgarme. La nevera era pesada, especialmente con Greg dentro. Usé una carretilla, la subí por una rampa instalada en la tienda, la cargué en la furgoneta y lo llevé al muelle. Estaba oscuro, no había nadie... Tiré la nevera por un lado.

Sharon se reclinó en su silla. Reggie respiró hondo otra vez, todavía tratando de calmarse.

—Estoy seguro de que ya estaba muerto, pero a veces, a veces me pregunto si se despertó allí dentro, en la oscuridad, en el agua

fría —dijo Ben, frotándose la cara—. El dolor, las pesadillas, la agonía que he pasado a lo largo de los años... ha sido duro...

La voz de Reggie sonó de repente más alta. —¿La agonía por la que *tú* has pasado?

Percibiendo que había estallado, Sharon le agarró del brazo.

La voz de Reggie temblaba con furia apenas contenida. —¿Qué hay de sus padres? ¿Qué hay de Greg?

Ella le apretó el brazo. —¿Señor?

—¿Qué hay de Buddy? ¿Ro? ¿Perder a alguien que lo trataba como a un rey? —La voz de Reggie era cortante.

La voz de Ben de repente sonó lastimera, pequeña. —Pero yo amaba a Ro.

—No te impidió darle una paliza al pobre animal. ¿Es eso lo que volviste a hacer, cuando lo recuperaste... pegarle al pobre?

Ben negó con la cabeza. Había una única e inesperada lágrima corriendo por su mejilla.

La abogada parecía horrorizada, pero no habló.

—Señor —insistió Sharon.

Reggie se puso de pie, su cuerpo tenso con ira contenida. —¿Podrías terminar aquí, agente Miller?

Ella asintió. —Sí, señor.

Reggie se fue.

Sharon terminó, y después, miró a los ojos de Ben durante unos minutos, tratando de encontrar algo tangible y sólido. Algo que realmente tuviera sentido.

Pero, aparte de su amor por Roland, había poco que encontrar.

Parecía sin sentido.

Epílogo

Algún tiempo después

La sala de duchas estaba cargada de vapor y el aire impregnado con el aroma del jabón industrial. Georgi cerró los chorros de agua. Con una toalla alrededor de la cintura, salió de la cabina, súbitamente consciente de lo silencioso que se había vuelto todo.

Había llegado con otros ocho reclusos, y ahora estaba solo.

Sonrió con suficiencia.

No hacía falta ser un genio para entender lo que estaba pasando.

Se quitó la toalla, limpió la condensación del espejo y observó su reflejo. Examinando su cuerpo, pasó la mano por su pelo húmedo y canoso. Tenía un aspecto fantástico. Dentro, había tenido más tiempo que nunca para ejercitarse.

Se crujió la espalda, escuchó el goteo constante de agua de una ducha con fugas por un momento, y luego dijo, —¿Cuánto tiempo vas a hacerme esperar?

En el reflejo, vio emerger de una cabina a un hombre más joven, desnudo y más fuerte. Mantenía las manos detrás de la espalda.

—¡Mihail! —Georgi hizo un rápido gesto con la cabeza—. ¿Un compatriota, además?

Las manos de Mihail cayeron a los lados. Tenía una hoja rudimentaria en la mano derecha. —Помниш ли ме?

—Claro que me acuerdo de ti. Eras un pequeño cabrón agresivo. Me mordiste, si mal no recuerdo, ¿verdad?

—Пусна кръв.

El rostro de Georgi se abrió en una amplia sonrisa. —Sí, lo hiciste. Lo recuerdo. Me salía a chorros. Todavía tengo la cicatriz. ¿Crees que puedes volver a conseguirlo?

Mihail asintió.

Georgi arqueó una ceja. —¿Sin remordimientos? ¿Después de todo lo que hice por ti?

Mihail sonrió.

—Te traje a este país, Mihail, te di una nueva vida...

—Брей, какъв живот.

—No fue tan malo, ¿verdad? Estás aquí, lo que significa que tomaste muchas decisiones que no tuvieron nada que ver conmigo.

Mihail entrecerró los ojos y habló en inglés por primera vez. —Me entregaste a un hombre que abusó de mí.

Georgi se encogió de hombros y se arregló el pelo húmedo en el reflejo, manteniendo un ojo en su presunto asesino. —Unas se ganan y otras se pierden, supongo. Te aconsejo que tengas cuidado con ese cuchillo, Mihail... Hombres más fuertes y jóvenes que tú han fracasado...

—Lo sé —dijo Mihail—. Grigor.

Otro hombre emergió de una cabina, también corpulento, desnudo y empuñando un cuchillo.

—Refuerzos. Movimiento sensato, Mihail. Así que, Grigor... no me acuerdo de ti.

—¿No recuerdas 2005? —preguntó Grigor.

—Igual que recuerdo 2004 y 2006. Vagamente.

—Mi hermana, Elena, murió en un viaje que tú organizaste.

Georgi suspiró. —Estas cosas pasan, Grigor. ¿Cómo estaba de salud Elena? ¿Seguro que fue todo culpa mía?

—Sí. No la dejaste ir al médico.

Georgi se rio. —Lo siento... ¿quizás debería haberla ingresado en el hospital y haberme quedado con ella?

Volvió a concentrarse en su pelo. Había tenido un pico de adrenalina, pero no se sentía excesivamente preocupado. Guiñó un ojo en el espejo. —He vencido las probabilidades antes.

Se abrió otra puerta de cabina. Un tercer hombre, más pequeño y aún más joven esta vez, delgado y fibroso, también empuñando un

cuchillo.

Georgi respiró hondo. —Parece que estamos teniendo una auténtica reunión de búlgaros aquí. Podía sentir su ritmo cardíaco aumentando. —¿Quién eres tú?

—Kaloyan.

—Bien, Kaloyan, ¿cómo te ofendí?

—Esto es por Lilly Petrova.

Los ojos de Georgi se abrieron de par en par. —Inesperado. ¿Cómo la conocías?

—Ella trajo a mi hermana menor Rada al país. Rada ahora va a un buen colegio.

—¿Y estás dispuesto a prolongar tu condena? Considerablemente. ¿Y no ver a Rada... nunca más?

—De todas formas nunca voy a salir —dijo Kaloyan.

Mihail dijo, —Какви са шансовете сега?

—¿Las probabilidades? Ya no son muy buenas, la verdad. —Georgi se giró, desnudo, con los puños apretados—. Никога не казвай никога.

Nunca digas nunca.

Los tres asesinos avanzaron.

~

Tessa Bridges respiró el súbito aroma del pan recién horneado que llegaba desde la cocina de la panadería.

Divino.

La campanilla sobre la puerta de la tienda sonó.

Rose Beevis, la joven madre que vivía dos puertas más allá, entró. Sus dos hijos, Sam, de diez años, y Milly, de ocho, iban tras ella. Ambos sostenían un libro mientras cuchicheaban sobre pasteles.

Rose la miró. —No pensarías que ir a la biblioteca daría tanta hambre, ¿verdad?

Tessa se rio. —Esta panadería sin duda tiene la capacidad de abrirte el apetito.

Rose sonrió. —Entonces, ¿cómo te estás adaptando? ¿Estás recibiendo tu parte gratuita de pasteles, espero?

—Solo llevo dos semanas en el trabajo. —Se llevó la mano a la boca y susurró en broma—: ¿Puedes creer que me han dejado probar los hornos?

Rose se rio. —¿Ya te has instalado bien en el bungalow?

—¡Por fin empieza a parecer habitable! ¿Qué vas a tomar?

Sam apretó la cara contra el cristal, con los ojos abiertos de asombro ante la variedad de delicias que tenía delante. Su hermana tiró de la manga de su madre, señalando emocionada una bandeja de magdalenas coloridas.

—Dos empanadas de salchicha. Un éclair de chocolate. —Revolvió el pelo de Sam—. Y una magdalena para esta. —Acarició el rostro de Milly.

Mientras Tessa lo empaquetaba todo, Rose dijo, —Tengo una pequeña reunión este fin de semana. Solo algunos vecinos. Eso te incluye a ti.

El estómago de Tessa dio un vuelco. Todo era *tan* nuevo, todavía. Pero era importante hacer el esfuerzo. Mantener las apariencias. —Sería estupendo.

—Genial —dijo Rose, sacando su teléfono—. ¿Cuál es tu número?

Tessa lo recitó. Mientras entregaba los paquetes, notó que Sam miraba su libro junto a la nevera. Sonrió al niño, aunque él no pareció darse cuenta. —A mí también me encanta leer, Sam.

Rose dijo, —Está obsesionado con la lectura últimamente. ¡Ojalá yo tuviera el tiempo para ello!

—¿Qué tienes ahí, cariño? —preguntó Tessa.

Sam levantó su rostro pecoso. Una gran sonrisa con huecos entre los dientes le iluminó la cara.

Tessa respiró hondo.

—¡Es sobre monstruos! —exclamó él, sosteniendo el libro en alto.

A Tessa le temblaban las manos, así que las mantuvo a los costados, fuera de la vista. Se obligó a mantener la sonrisa en su sitio.

Rose se rió. —Es todo de lo que habla últimamente.

La voz de Tessa apenas superaba un susurro cuando preguntó: —¿Cuál es tu monstruo favorito?

El niño pensó por un momento, arrugando el ceño en concentración. —Me gustan los que viven en lo profundo del océano —dijo finalmente—. Porque nadie sabe cómo son realmente.

Después de que la familia se marchara, Tessa se retiró al callejón detrás de la panadería para su descanso. Sus manos temblaban mientras encendía un cigarrillo. Se apoyó contra la pared exterior, exhalando una temblorosa columna de humo. Cerró los ojos y vio a otro niño con huecos entre los dientes y la cara pecosa.

Sus ojos brillaban de curiosidad.

Los monstruos están aquí, Tommy.

Tessa cuadró los hombros y respiró hondo.

Asintió, aceptando, sabiendo que siempre llevaría el peso de su pasado. Era importante que así fuera. Esta carga era su penitencia... su redención.

Y así debía ser.



El dolor de cabeza estaba remitiendo, así que Ray abrió los ojos y, a través de la neblina de su visión dañada, leyó la carta que había escrito y la metió en un sobre.

El irritante zumbido de las luces fluorescentes en el pasillo de la prisión traspasaba sus tapones para los oídos, así que se los quitó y se puso un par nuevo.

Desde que su vista se había debilitado, su oído había compensado.

Escribió en el frente del sobre pero luego sintió otra punzada en las sienes. Suspiró y cerró los ojos de nuevo. Lo último que quería era arriesgarse a una migraña.

Recordó su última sesión con Amelia.

La voz de la terapeuta de la prisión era tranquila, sin prejuicios, y resonaba en su mente. —Quizás no sea esta la primera vez que está en prisión, Ray... al menos en sentido figurado.

—¿Qué quiere decir?

—Quizás estaba atrapado en una creencia... creyendo que podía cambiar cosas que no podían cambiarse.

Con el tiempo, Amelia le había permitido ver sus recuerdos sobre Graham de manera diferente.

Ahora, con los ojos cerrados, volvía a ver a su hermano junto a aquellas vías del tren.

Su muerte no había sido culpa de Ray.

Nada de esto había estado nunca bajo su control.

Ese mundo de oscuridad, ese reino de caos que había conjurado para explicar lo inexplicable, se disolvía gradualmente, como la niebla bajo el resplandor de un sol naciente. Amelia le había hecho comprender que fue un desesperado intento infantil por dar sentido a algo sin sentido que había cristalizado falsedades dentro de él.

Abrió los ojos y leyó el nombre en el frente del sobre: *Megan Powers*.

Sus dedos, antes firmes cuando daba sermones, ahora temblaban ligeramente mientras recorrían el borde de la pila de sobres. Una letanía de vidas que había dañado.

Había sido idea de Amelia escribir las cartas. Ella le advirtió que quizás nunca serían leídas. Imaginaba que algunas serían tiradas. Otras incluso podrían ser quemadas o escupidas.

Nunca podría realmente reparar el daño. Sugerirlo sería una locura. Palabras en papel nunca podrían sanar las heridas que había infligido.

Cada carta era una confesión, una disculpa, una súplica desesperada por un perdón que sabía que no merecía, pero esta era su penitencia.

Y era apropiado que siguiera intentándolo.

Podía esperar que en el intento encontrara algo de paz, pero no debería esperarla.

Ray miró su reloj. Tenía una carta más que escribir antes de retirarse.

Sentía que era la más difícil de escribir.

Fuera de su celda, el mundo seguía adelante. Pero aquí, en este pequeño espacio, Ray enfrentaba los fantasmas de su pasado, un

sobre a la vez.

Comenzó la última carta de la noche.

Querido Greg.



El cielo era de un azul ininterrumpido.

Simon Lyle estaba en el umbral, entornando los ojos contra el brillo.

Respiró hondo, armándose de valor, y llamó a la puerta.

La puerta se abrió, revelando la figura desgarbada de Terry Kane. Cuando era niño, su pelo siempre había estado descuidado, cayendo sobre su frente en mechones grasientos. Nada había cambiado.

Simon forzó una sonrisa, tratando de ignorar su estómago revuelto. —Hola, Terry.

—Señor Lyle.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —dijo Terry, empujando el flequillo grasiento detrás de su oreja—. Mucho tiempo.

—¿Cómo has estado?

Terry no respondió. En su lugar, un silencio incómodo cayó entre ellos, mientras Terry jugaba con el dobladillo de su camisa, pareciendo incómodo.

Simon se aclaró la garganta. —Bueno... esperaba que pudiéramos hablar.

Terry lo consideró, con el ceño fruncido en concentración.

—Si no te importa, claro —dijo Simon, intentando mantener un tono ligero—. Realmente no debería llevar mucho tiempo.

—Vale. —Trabajaba en su flequillo con una mano, y con la otra retorcía su dobladillo—. Pasa.

Simon siguió a Terry hasta un salón estéril. El mobiliario era escaso y funcional. Arte moderno adornaba las paredes.

Se sentaron en extremos opuestos de un sofá rígido, con la distancia entre ellos palpable. —Así que —dijo Simon, dándose cuenta de que su voz sonaba demasiado alta en la habitación

silenciosa. Bajó el tono—. ¿En qué has estado ocupado últimamente?

Los ojos de Terry revoloteaban por el salón, sin posarse en Simon más de un segundo. —Trabajo en McDonald's. Limpiando.

—Fantástico. Bien por ti.

—Ah... —Trabajaba en su pelo—. Es... está bien, supongo... simplemente bien.

—Ya veo. Comida gratis, ¿eh? No puede estar tan mal.

—No me gusta la comida.

Simon sonrió. Terry le recordaba tanto a Greg. —Eso es bueno. ¡Es mala para ti! Pero sabes que un trabajo estable es importante.

—Sí —coincidió Terry—. Y me gusta cuando las cosas están limpias. Ordenadas. Puedo concentrarme cuando estoy allí.

—Puedo ver lo ordenado que eres —dijo Simon, señalando alrededor de la habitación—. ¿Tienes alguna afición? ¿Cosas que disfrutas haciendo en tu tiempo libre?

Simon notó una chispa en la expresión de Terry.

—Dibujo animales. Aves, principalmente.

—Siempre lo hiciste, si recuerdo correctamente. Malditos buenos dibujos. Perdona mi lenguaje.

Se sonrojó. —También veo documentales de naturaleza.

—Simplemente maravilloso —dijo Simon—. Recuerdo verte a ti y a Greg en la mesa, hablando sobre animales... dibujando y dibujando. Miró hacia el infinito. Greg adoraba esas criaturas marinas, ¿verdad? Como tú amabas esas aves.

—Sí. De nuevo, Terry parecía entusiasmado.

Hablaron durante un rato. La conversación se volvió más sosegada, y mientras Simon orientaba la charla en torno a los intereses de Terry, fluía y se sentía tan natural como era posible.

Finalmente, Simon llegó al motivo de su visita. —No fui un buen padre, Terry.

Sabía que Terry no respondería a esto. Estaría demasiado lejos de su zona de confort, pero igualmente le dio tiempo para asimilarlo antes de continuar. —Esperaba... bueno, me preguntaba si tendrías algo de tiempo... Su voz se quebró.

Hubo un silencio mientras Simon respiraba hondo. Quería recomponerse antes de volver a formular su petición.

No fue necesario.

—Tengo algo de tiempo —dijo Terry.

Simon sonrió. —Siempre fuiste un buen chico, Terry. Sus ojos se humedecían. Se giró y se los secó con la manga. Realmente no quería inquietar a Terry. Cuando se sintió sereno, volvió a mirarle. —Nadie le conocía como tú.

Los ojos de Terry se fijaron en un punto más allá del hombro de Simon. Tras un largo momento de consideración, asintió.

—Por favor, háblame de él —dijo Simon.

Terry continuó mirando fijamente. Quizás estaba pensando por dónde empezar. Había sido una petición difícil.

—Lo siento —dijo Simon.

Terry negó con la cabeza, se levantó y caminó hacia la ventana trasera. —Ven conmigo.

Simon se puso de pie, le siguió y se colocó a su lado. Contempló el jardín. Entre los árboles se encontraba una casa del árbol.

Terry levantó una mano temblorosa, señalando. —Greg y yo la construimos juntos. Era nuestro lugar favorito. Podíamos ser nosotros mismos.

Simon casi podía verlos allí: dos niños pequeños, únicos en su manera de ver el mundo, diferentes en sus deseos y necesidades pero, en última instancia, felices en presencia el uno del otro. Su visión se nubló con lágrimas, convirtiendo la casa del árbol en una mancha marrón contra el verde vibrante de las hojas.

—Háblame de él, Terry. Cuéntame todo lo que puedas recordar sobre mi hijo.

~

Gerry estaba sentada en un banco en West Cliff, con vistas al Mar del Norte. Las olas estaban tranquilas hoy, y podía ver barcos en la distancia, sus velas blancas ondeando contra el horizonte. Un buque de carga se movía lentamente por el agua, su oscuro casco en

marcado contraste con el centelleante mar azul. Rylan estaba sentado a sus pies, su cola golpeando suavemente contra los listones de madera del banco.

—¿Gerry? De repente Tom estaba frente a ella, balanceándose sobre las puntas de sus pies con energía nerviosa. Parecía un niño pequeño con sus ojos brillando de esperanza.

—Siéntate, Tom, por favor —dijo Gerry—. He llegado a una conclusión respecto a nuestra relación.

Tom se sentó en el banco junto a ella, y se inclinó hacia delante con entusiasmo. —¿Y?

—Aún veo potencial para crecer juntos en el futuro.

Tom sonrió y asintió.

—Gerry, yo-

—Hay algo que tengo que compartir contigo primero. Metió la mano en la mochila que tenía a sus pies junto a Rylan y sacó una fotografía enmarcada que tenía en la repisa de su chimenea en casa. —Mis padres. Señaló al hombre. —Mi padre se llamaba Edward. Era aventurero, divertido y amable. Cuando era pequeña, me cepillaba el pelo todos los días para desenredarlo. Decía que quería hacerlo porque él nunca había tenido nudos en su propio pelo y quería ver de qué iba tanto alboroto. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. —Mi madre —su dedo se movió hacia la mujer de la foto— se llamaba Margaret. Las primeras veces que fui a nadar, me permitió llevar un peluche conmigo porque estaba nerviosa...

Mientras continuaba compartiendo historias sobre sus padres, el sol comenzó a ponerse, proyectando un cálido resplandor sobre el mar. Los barcos distantes eran ahora siluetas contra el cielo anaranjado, sus contornos fundiéndose con el horizonte. Rylan se había acurrucado a sus pies.

Tom tomó su mano y Gerry sostuvo su mirada durante mucho tiempo.

No se sentía incómodo en absoluto.



Frank se mantenía atrás, moviéndose inquieto de un pie a otro, con un ramo de Zdravets búlgaro acunado en sus brazos.

Janet Wainwright asomó la cabeza en la habitación de su madre y luego miró a Frank y sonrió. —Adelante. Está lista para verle.

—Sí, de acuerdo.

Janet salió de la habitación para que Frank pudiera entrar. Frank le hizo un torpe gesto con la cabeza. —Muchas gracias.

Janet sonrió, probablemente por su nerviosismo. —No es molestia.

Frank entró en el dormitorio. La habitación estaba bañada en un suave resplandor rosa, con delicadas cortinas florales enmarcando la ventana. Un acogedor sillón descansaba junto a la cama, con una manta de ganchillo sobre su respaldo.

Evelyn estaba acostada. Era más pequeña y frágil de lo que la recordaba de su enérgico encuentro en el cementerio hace unos meses. Sin embargo, la chispa resistente en su mirada ardiente permanecía. —Frank, me alegro de que haya venido.

Frank ofreció las delicadas flores rosadas. —Sí... bueno, he traído estas... Su voz era áspera, delatando su nerviosismo.

—Son bonitas. Creo que nunca he visto nada parecido. Sus dedos se extendieron para acariciar los pétalos.

—Son búlgaras —dijo él—. Pero no he ido hasta allí para conseguirlas. Resopló ante su propio chiste.

Ella sonrió y el rostro de él se iluminó.

—Sí, bueno, ¿dónde las pongo?

—En la mesita, por favor, y luego tome asiento.

Frank colocó las flores en la mesita de noche, luego se acomodó en el sillón, reprimiendo su habitual gruñido. Se movió, intentando encontrar una posición cómoda. —Bonito lugar. Intentó no hacer una mueca al pensar lo forzada que debía sonar su charla trivial.

—Es de mi hija. Janet ha sido maravillosa mientras me he estado recuperando. Volveré a casa tan pronto como pueda. Quizás intente impedírmelo... Un destello de determinación apareció en los ojos de Evelyn mientras hablaba y sonrió de nuevo.

Frank rio entre dientes. —¡No lo conseguirá, ¡me apuesto algo!

—Bueno, usted ya tiene experiencia de primera mano con esa fortaleza —dijo Evelyn.

Compartieron una risa. La postura de Frank se relajó ligeramente. Sus manos se aflojaron de su tenso agarre en los reposabrazos.

—Bueno —dijo Frank—, sobre esa discusión, me gustaría-

—Por favor, Frank. Evelyn le interrumpió con un gesto de su mano. —No es por eso por lo que quería que viniera.

—Vale... entiendo...— *Bueno, si no es para hablar de eso*, pensó Frank*, ¿para qué estamos aquí?*

—Lo último que quería era tenerte aquí disculpándote por tu pasión... por tu pérdida...—

Él asintió.

—Todos necesitamos nuestro fuego, Frank.—

—Sí...— Esbozó una sonrisa irónica. —Aunque a veces es mejor mantenerlo bajo control.— Recordó el mes pasado cuando las cosas se habían descontrolado. Había sido demasiado duro con dos sospechosos; afortunadamente, sus quejas no habían llegado a nada. Como era de esperar, un traficante de personas y un asesino de niños habían tenido dificultades para conseguir apoyo. Pero eso no lo hacía correcto. Frank sabía que había ido demasiado lejos. Había límites. Y ahora habría más ojos puestos en él que nunca.

Evelyn lo estudió por un momento, pareciendo sentir el peso de sus pensamientos. Se acomodó en la cama, haciendo una ligera mueca de dolor con el movimiento antes de recostarse contra las almohadas. —La razón por la que hablé con Helen y le pedí que te trajera aquí puede parecer extraña al principio, pero por favor, escúchame.—

Frank asintió, frunciendo ligeramente el ceño con curiosidad. —Sin problema.—

Ella lo miró fijamente. —Quiero saber más sobre Mary.—

Frank se tensó. Sus ojos se abrieron ligeramente. Abrió la boca para responder pero no tenía ni idea de cómo reaccionar a eso, así que simplemente la cerró de nuevo.

—Te lo advertí,— dijo ella. —Petición extraña, ¿eh?—

Frank asintió. Era todo lo que podía hacer. Su espalda estaba rígida como una tabla contra la silla, y le dolía.

—Por alguna razón, Frank, tu esposa entró en mi vida. No quiero ignorar eso. Ni pasarlo por alto. A decir verdad, no puedo. Y sospecho que tú sientes lo mismo... en el fondo... Verás, yo sabía todo sobre Nigel, Frank. *Todo.* Y sin embargo descubro que estaba equivocada. Había algo más. Una cosa. Y no una cosa pequeña, precisamente. Mary. Una persona maravillosa, estoy segura. Como tú me dijiste. Al no saber sobre ella, siento que me falta alguna parte de él. Y me siento vacía... hueca. Independientemente de lo que ocurriera, yo amaba a ese hombre. Le entregué mi vida.— La voz de Evelyn tembló ligeramente. —Quiero saber sobre esa persona especial que entró en su vida.—

La garganta de Frank se tensó. Tragó saliva y bajó la mirada. Podía sentir la irritación habitual dentro de él, amenazante, pero también podía sentir algo más. Una sensación de resignación. Había descuidado a Mary en vida, posiblemente causado este problema, y ahora que ella se había ido, ¿continuaría descuidando lo que Mary habría querido?

Ella no habría querido su irritación... su ira... habría querido su comprensión. —Sí. Era especial. Mucho. Te escucho.—

—Simplemente háblame de ella.—

Las manos de Frank se cerraban y abrían sobre su regazo, bajando la mirada al suelo mientras luchaba con sus emociones. El mundo seguía adelante ahora, de una manera misteriosa, y él no era la mejor persona para avanzar con él. Pero tenía que hacerlo.

Podría tener sesenta y cinco años, pero nunca era demasiado mayor para cambiar... para aprender...

Si creyera lo contrario, entonces carecería de compasión.

Y si carecía de compasión, ¿cómo podría seguir haciendo lo que hacía a diario?

Asintió lentamente, y luego añadió: —Vale, pero escucha, Evelyn, esto es importante... No estoy preparado para hablar de Nigel. Y te advierto que quizás nunca lo esté.—

—Lo entiendo.—

Bajó la mirada mientras hablaba. —Aunque sospecho que no era el monstruo que yo creía si estuvo casado contigo todos estos años...— Se arriesgó a mirarla.

Los ojos de Evelyn brillaron, con una triste sonrisa en sus labios. —Frank, nunca te exigiría que lo perdonaras. Si yo elijo perdonarle a él, y a Mary, esas son mis decisiones... No te las impondré.—

Frank asintió. Arqueó una ceja. —¿Lo has perdonado?—

Ella sonrió. —Sí. ¿Tú no has perdonado a Mary?—

—Sí... sí... por supuesto...— Sintió que se le contraía el estómago. —Eso creo... Maldita sea... *perdón*... No lo sé, a veces.—

—Lo harás,— dijo Evelyn. —Llegarás a aceptarlo.—

Pensó en sus explosiones de ira, en su hábito de fumar. —Eso espero.—

Evelyn se inclinó hacia adelante. —Todos somos humanos, Frank. Tu hija, Maddie... Helen me contó que todavía no ha regresado a casa.—

—No.— Su barbilla tembló. —La echo de menos... a las dos... echo de menos a *las dos*.—

Evelyn extendió la mano, sus frágiles dedos agarrando la mano más grande y callosa de Frank. Fue una inesperada oferta de consuelo. Él dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Ambos lo tomaremos paso a paso, lentamente,— dijo Evelyn.

—Sí.— Frank asintió.

—Entonces, ¿podemos empezar con Mary, por favor?—

Él asintió. —Sí, podemos.—

—¿Podrías contarme cómo os conocisteis?—

Rodeados por el dulce aroma del zdravets, los dos desconocidos, unidos por la pérdida, hablaron largamente mientras la luz de la tarde se desvanecía.

Y aunque Frank enfrentaba el dolor que ardía ferozmente dentro de él, sabía que esto era algo bueno.

Por primera vez, no huía de él, ni corría hacia él. En cambio, intentaba aceptarlo.

Agradecimientos

A medida que la historia de Frank y Gerry se profundiza, también lo hace mi gratitud hacia todos los que han hecho posible esta serie. Mi familia sigue siendo la piedra angular de mi escritura. Jo, Hugo y Bea - vuestra capacidad para capear temporales de plazos y distracciones con buen humor nunca deja de asombrarme. Este libro es un testimonio de vuestro inquebrantable apoyo.

Un sincero agradecimiento a los lectores que han viajado con Frank y Gerry desde el principio. Vuestro entusiasmo ha hecho que esta serie sea una alegría de escribir. A la comunidad de blogueros literarios - vuestra dedicación a defender nuevas series es la savia vital de los autores en todas partes.

Tengo una deuda especial con Whitby. Su mezcla de encanto pintoresco y atmósfera gótica proporciona inspiración sin fin. Desde historiadores locales hasta pescadores curtidos por el mar, cada conversación añade profundidad a estas páginas.

Espero con ilusión nuestro próximo viaje, donde los ecos de crímenes pasados nos conducirán por sinuosos caminos...

Si has disfrutado leyendo **Almas Olvidadas**, por favor tómate unos momentos para dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.